

# LA DESHONRA DE MAZZOLA

---

FERNANDO LLORDÉN BROTA

---



La deshonra de Mazzola

Fernando Llordén Brota

*La deshonra de Mazzola*

Autor: Fernando Llordén Brota

Portada: Adrián Montoyo Rico

Primera edición: 2017 (Editorial Seleer)

Segunda edición: 2018 (Amazon Kindle)

**Para Áxel.**

—SFTA—

# Prólogo

## 0

El sentimiento más placentero que puedo sentir, sin duda alguna, es el crujir de los huesos ajenos al romperse contra mi puño. Eso es lo que hago; a eso me dedico, y me vuelco en cuerpo y alma. De hecho, lo estoy haciendo en este mismo instante.

A pocos centímetros de mí, una cara desfigurada pide clemencia. Por supuesto, se la niego. Sus cada vez más espaciados lamentos me indican que le falta poco para perder la consciencia. “Venga, aguanta un poquito más”, le animo en un susurro. El jefe ha dicho que debe aprender la lección, y yo quiero que el trapo con ojos que tengo frente a mí recuerde todos los detalles.

Inconscientemente, mis pensamientos retroceden un par de horas en el tiempo. Recuerdo el cuerpo desnudo de Valentina sobre el mío, su grácil figura meciéndose arriba y abajo, su cabeza mirando al techo y gimiendo, mientras se muerde el labio en un gesto que, ella lo sabe, me enloquece. El flequillo rubio está pegado a su frente, debido al sudor que perla todo su cuerpo. Yo la observo desde abajo, mis manos en sus pechos, inamovibles, apretando y pellizcando, comprobando cuándo duele y cuando proporcionan placer. Vaya joyita he encontrado con la rusa, siempre dispuesta a todo, siempre dócil. “¿Preparado?”, me pregunta sonriendo. Yo también sonrío, y ella imprime un punto más de velocidad a sus caderas. De esta manera, llegamos a un clímax acompasado tras el cual caemos rendidos, ella se derrumba y apoya su cabeza sobre mi pecho, jadeando entrecortadamente. Después de todo, quizá ese *sentimiento más placentero* sea discutible.

Sacudo la cabeza. “Ahora no estás follando”, me recuerdo a mí mismo. Ya no sé cuántas veces he aporreado al trapo mientras recordaba mi episodio sexual con Valentina. Espero no haberme excedido, pero por si acaso, decido darle un respiro.

—¿Has decidido ya si vas a pagar?

No hay respuesta. Me levanto, ya que estar en cuclillas siempre me ha provocado un dolor insoportable en las rodillas. Camino un par de pasos alrededor, mientras enciendo un cigarro. Me encuentro en un recóndito callejón y es la una de la madrugada; la noche me cobija, y tan solo la tenue luz de una farola lejana aporta el mínimo de claridad que necesito para hacer mi trabajo. No

soy cirujano, así que no necesito más.

Ahora recuerdo la cara con la que me ha recibido Osvaldo. Así se llama el trapo. Ha sido gracioso, la verdad. Ha mascullado un “no me jodas” y ha intentado salir corriendo por la puerta trasera de su tienda. Saltar el mostrador ha sido fácil, atraparle, todavía más. No sé qué esperaba al echar a correr, debe pesar más de cien kilos. Veo ahora la puerta de su trastienda abierta. Perfectamente puede haber entrado alguien por la puerta principal y haberle desvalijado el negocio. No es problema mío, que hubiese pagado.

Veo cómo algo se mueve a mi espalda, de forma lenta y exasperante. El trapo quiere escapar, y yo sonrío ante su instinto de supervivencia. Tiro al suelo el cigarro a medio fumar y giro sobre mis talones: vuelta al trabajo. En cuanto doy un paso comienzan a sonar de nuevo los lamentos, esa música que me acompaña a todas partes.

—Así que ya estás conmigo, ¿eh? —hago una pausa— ¿Recuerdas cómo me llamo?

—Delio...

—¿Qué más?

—Iermano...

—Muy bien, nunca olvides mi nombre. Segunda pregunta. ¿A quién le debes el dinero?

Tras diez segundos plagados de gimoteos pero carentes de respuesta, mi pie impacta en la boca de su estómago, y sin darle tiempo a respirar, me agacho y le pego un puñetazo en la barbilla. Mierda, me he hecho daño en la mano. Llevo una hora pegándole una paliza a este cretino, y ahora es cuando me hago daño. Agarro su pelo, y estrello su cabeza contra el suelo repetidamente. Efectivamente, el dolor de mi mano remite.

—Creo que te queda poco tiempo a mi lado —le digo al trapo, acercando su ensangrentada cara a la mía—, la próxima vez que abras los ojos estarás, si tienes suerte, en la cama de un hospital. Así que te lo voy a pedir por última vez: paga a mi jefe. Si no lo haces, tendré que volver a visitarte, y no me gusta que me saquen de la cama después de echar un polvo para venir a verte la cara.

Suelto su cabeza, que choca contra el asfalto sin freno alguno. Justo en ese momento comienzan a escucharse las sirenas de policía, acercándose. Suspiro con desazón, me giro y doy un par de pasos.

—Ah, y ya sabes —le recuerdo, sin darme la vuelta—, ni una palabra de quiénes somos, o la próxima vez será peor.

Camino sin prisa hacia mi coche. Salgo del callejón con ambas manos ensangrentadas, pero si mis cálculos son correctos, todavía tengo medio minuto para subir al vehículo y marcharme. Restriego las manos en los pantalones, lo

único que no me gusta de todo esto es el tacto resbaladizo que la sangre deja en la piel.

El jefe estará contento, yo creo que el trapo terminará pagando. No quiero imaginarme lo que sería capaz de hacer si el dinero que debe fuera el mío.

# 1

Una intermitente vibración la arrancó de su letargo, pues se hallaba ya en ese lapso temporal en el que uno acaricia la ensoñación; un instante más tarde, la consabida cancioncilla la acompañó para anunciar una llamada que reclamaba su atención. Agarró el aparato y miró a la pantalla, pese a que no le hacía falta para saber quién estaba al otro lado. Una conversación la aguardaba, aunque no tenía el más mínimo deseo de entablarla.

—Hola, cariño —su grave voz se abrió paso a través del hilo telefónico, se percibía un deje de remordimiento en sus palabras.

—Hola —contestó seca, haciéndose la dura.

—¿Vamos mañana a estudiar?

—De acuerdo, pero tiene que ser temprano, tengo mucho que hacer.

—Cuando tú quieras —respondió él, servicial.

—Entonces, espérame mañana en la puerta de tu casa —concluyó—. No hagas el camino tonto de todos los días, a mí me viene de paso.

—Perfecto —asintió complacido.

—Bien, a las ocho y media estaré ahí. Intentaré no tardar esta vez. Hasta mañana.

—Eh, Nora... —insistió.

—Sí, dime —entornó sus párpados en un gesto de exasperación.

—Que... —hizo una pausa—. Siento mi comportamiento. No debí ponerme así.

—No te preocupes —quiso zanjar ella.

—No, de verdad. Hay veces que no puedo controlar mis celos. Intentaré... conseguiré —se corrigió— que *el ogro celoso* se vaya.

—Te tomo la palabra. Mañana nos vemos. Un beso.

Colgó.

Palabras. Siempre palabras, pero tan solo eso. Palabras que se llevaba el viento una y otra vez, para diluirse poco después y volver a caer en el mismo error.

La discusión de esa noche había sido de las más complicadas en los últimos meses. Y el detonante siempre era el mismo: los celos. Esta vez incluso habían mantenido un intercambio de ofensas y acusaciones a través de mensajes de teléfono móvil, pero como siempre, a los pocos minutos tenía un *lo siento* esperándola para dulcificar la noche. Nora ya estaba acostumbrada, y

normalmente trataba de restarle importancia, pero en ocasiones se le hacía muy cuesta arriba. Eran ya muchos años juntos, y ella consideraba que la etapa de ese tipo de problemas debía haber concluido. Además, el recurso del ogro celoso ya era excesivamente repetitivo, y causaba más daño que el beneficio que reportaba. Todo provenía del inicio de su relación, cuando él decía que los celos no eran suyos, sino de un ogro que habitaba en su interior y lo poseía en ese tipo de momentos. Una frecuente excusa afectiva, que en su día tuvo gracia. Ya no.

Gorro, bufanda, guantes, medias bajo los pantalones... Cualquier prenda de abrigo era bien recibida los primeros días del invierno, y más concretamente de ese invierno, que amenazaba con ser de los más gélidos de los últimos años. Finalmente se colocó las botas, y estaba preparada para salir a la calle. Miró el reloj: efectivamente, iba a volver a llegar tarde. “Así tendrás más tiempo para recapacitar y arrepentirte”, pensó ella con maldad.

Salió por la puerta y un golpe de aire pre—invernal la azotó con vehemencia, haciéndola padecer un escalofrío; en ese momento, Nora sintió deseos de dar media vuelta, subir las escaleras y acostarse en su comfortable cama. Quizás, con algo de suerte, todavía mantuviese parte de la calidez nocturna. Pero tenía cosas que hacer, mucho por estudiar y un novio llamado Darío esperándola un par de calles más al sur.

Nos encontrábamos en Florencia, capital de la región italiana de la Toscana. Siempre ha sido una de las ciudades más importantes de la república, tanto que llegó a ser capital de la misma en el siglo XIX —cosa de la que Darío solía enorgullecerse—, y se encuentra en la zona centro—norte de la misma. Podía escuchar a su novio relatando sus datos de memoria, asumiendo la retórica del mejor de los guías turísticos que pudiera existir: “cuenta con cerca de trescientos setenta mil habitantes, y presume de cobijar algunos lugares de cuantioso interés, como el Duomo de Santa María del Fiore, la Galería de los Uffizi o la Piazza della Repubblica”.

En el mismo centro de la ciudad vivía Nora, y cerca, muy cerca, Darío, de forma que tenían una forma muy cómoda y romántica de verse, y no era otra que a pie, dando largos paseos por el Puente de Santa Trinidad.

El termómetro de la calle marcaba tan solo seis grados, lo que hizo que Nora se estremeciese de frío. Decidió moverse, porque si no lo hacía corría el riesgo de quedar petrificada ante la puerta de su propia casa. ¡Cómo echaba en falta el calor veraniego! El clímax de la baja temperatura todavía quedaba lejos, pero Nora sentía, cada invierno que llegaba, que su sufrimiento frente al frío era mayor.

Mientras caminaba hacia la ‘Via Purgatorio’, donde se encontraba la casa de Darío, tuvo tiempo de pensar acerca de su relación: en los últimos meses, su

pareja estaba distante en ocasiones, quizás nervioso; unos días cariñoso, otros tenso y brusco. Quizás esa ansiedad era a causa de los exámenes, ya que él nunca había sido buen estudiante, y ahora que le faltaba poco para finalizar su licenciatura en criminología podía estar algo estresado. En cualquier caso, Nora esperaba que el problema fuera algo pasajero, y confiaba en que poco después pudieran recordar ese bache como un impulso en su larga relación, que ya acaparaba ocho años y tres meses de sus vidas.

Lo tenían todo planeado. En cuanto Darío terminase la carrera y obtuviese el trabajo que deseaba, podrían por fin decir adiós a la convivencia paterna —ella— y a los controles y prohibiciones del padre de Darío, quien pese al tiempo transcurrido en el noviazgo de su hijo con Nora, no bendecía ni aprobaba dicha relación, y no permitía que viviesen juntos en una casa que, pese a no habitarla, era suya en propiedad.

Ése era uno de los grandes obstáculos que la pareja había superado, no sin dificultad. Y aunque la situación no era todo lo cómoda que Nora quisiera, al menos la etapa de no dejar salir a Darío de casa había pasado varios años atrás, a costa de haber seguido el curso de la naturaleza, haber crecido y haber alcanzado recientemente la cifra de veinticuatro primaveras. Nora no entendía qué no le gustaba a su suegro de ella: siempre había tratado de encandilarlo, siendo cortés y sincera con Carlo. Quizá fueran dos familias de clases sociales diferentes; la de Nora no tenía dinero para regalar precisamente, pero no creía que tuviera algo que ver con sus desavenencias con Carlo y el resto de los Mazzola.

Avanzaba por la calle contemplando el ajetreo matinal de una ciudad como Florencia. Gente de toda raza, cultura e ideología vagando con prisa, sin tiempo para distracciones. Nadie conoce a nadie, al igual que en cualquier ciudad importante. Cada persona, enfundada en su abrigo, se cobija en el anonimato para trabajar de la mejor manera posible. Dependientes de comercios, oficinistas, agentes comerciales... No hay tiempo que perder. También se puede apreciar el polo opuesto: personas sentadas cómoda y apaciblemente en las cafeterías tomándose sus *espressos* con tranquilidad y parsimonia.

Giró la última esquina, tan solo trescientos metros la separaban de su destino. Se le había olvidado el cabreo, y tenía ganas de ver a Darío. Ya se lo decía siempre Mina, que no podían vivir el uno sin el otro. Tras la tremebunda historia que los había unido, su incondicional amiga era un bastón al que agarrarse cuando alguna discusión los distanciaba. En el fondo le gustaba enfadarse, le encantaba escuchar sus disculpas, ruegos y promesas. La hacía sentirse bien, con control y confianza sobre él. Y, sobre todo, hacía más reconfortante el esperado y satisfactorio momento de la reconciliación.

Volvió a mirar el reloj: las ocho y cincuenta y cinco minutos de la mañana de

un frío Lunes, cuatro de Diciembre de 2017. Imprimió un punto más de velocidad a sus pies, porque Darío estaría congelado, aguardando en su portal la llegada de su tardía pareja. Pese a todo, Nora tenía la seguridad de ser recibida con una sonrisa, quizás ladeando la cabeza en su característico gesto cómplice.

Pero Darío no estaba. Al parecer, se había cansado de esperarla y había vuelto a subir a su casa, o lo que sería peor, se había ido a la biblioteca. Esta vez tendría que ser ella quien pidiera disculpas.

La puerta de la calle estaba abierta. El muelle que debía cerrarla trataba de empujar para concluir su labor, pero el viento bregaba poderosamente para impedirlo. En esa dura pugna se encontraban cuando Nora alcanzó el portal. Inquieta sobre la decisión de Darío, comenzó a subir los peldaños que la llevarían ante él.

La ausencia de un ascensor la hizo dudar en su empeño; pensó en gritar para que bajara, y así ahorrarse tres pisos de tediosas escaleras, pero decidió guardar las formas y no equipararse al nivel de la vecina que daba voces a todas horas sin reparar en el resto de la gente.

Un golpe la bajó de su nube de sueños y fantasías. Nora tenía la costumbre de subir y bajar escaleras mirando siempre al suelo, y un veloz e inesperado personaje chocó su hombro con el de ella al cruzarse en su camino en dirección a la calle.

—¡Eh! Un poco de cuidado —recriminó ella, aunque el hombre no escuchó o no quiso escuchar la reprimenda.

No le dio más importancia, pues tampoco creyó que la tuviera. Continuó subiendo escalones, uno tras otro, hasta que por fin alcanzó el ansiado cuarto piso. Estaba fatigada como no recordaba haberlo estado en varias semanas, y es que sus tiempos de gimnasta habían acabado varios años atrás. De aquella niña y adolescente deportista tan solo quedaban unas firmes piernas y unas muy bellas curvas, que siempre provocaban el deseo de Darío, pero que también provocaban sus celos cuando no era él quien la admiraba.

Giró la esquina del pasillo y se encontró la puerta de la casa ligeramente abierta, entornada, invitándola a pasar. Imaginó que Darío había preparado alguna de sus sorpresas a modo de disculpa. Así funcionaba él, con un enrevesado sistema de fallo y compensación. ¿Qué sería esta vez? Estaba impaciente por comprobarlo.

—¿Hola? —preguntó Nora, ingenua.

Nadie respondió.

—¡Ya puedes salir, cariño! —dijo alzando un poco más la voz.

El silencio era casi absoluto, solo quebrantado por el sonido que la televisión emitía de fondo.

Nora continuó avanzando: la cocina, como siempre, estaba revuelta, con todos los utensilios por aquí y por allá; el baño tenía el espejo empañado por el vaho resultante de una ducha reciente; el salón era el lugar de donde provenían las voces que el televisor no paraba de propagar, hasta que con un simple “clic” dejó paso a un, ahora sí, imperturbable mutismo.

A Nora no le gustaba jugar al escondite, y Darío lo sabía por experiencia propia, así que si esa era su sorpresa, no le iba a salir muy bien, ya que su chica se estaba impacientando.

Con la puerta ya cerrada, dejó su bolso sobre la mesa del salón, con intención de adentrarse en el último pasillo que daba a las dos habitaciones de que constaba el pequeño pero coqueto inmueble.

En la primera de ellas no esperaba encontrar nada, y de hecho no lo había, pues era la habitación destinada únicamente al acomodo de invitados, con un simple escritorio y una desvencijada litera como únicos integrantes de la misma. Echó un vistazo para asegurarse, pero pronto se encaminó a la habitación en la que siempre se encontraba Darío. Era más pequeña que la anterior, pero él la prefería por su mayor luminosidad, ya que disponía de una gran ventana con vistas a la calle, desde la que se admiraba el siempre bello río Arno.

Nada más entrar, la ventana abierta propició que la corriente diera un nuevo golpe de frío que hizo a Nora encogerse y apresurarse a cerrarla. Advirtió que la cama estaba hecha, pero mal hecha, con las almohadas fácilmente reconocibles bajo la sábana, queriendo hacer creer que había alguien oculto ahí. Ella estiró del edredón con fuerza, queriendo sorprender a Darío, dondequiera que estuviese, pero la sorprendida fue ella: en efecto, bajo el edredón estaba la sábana, que a su vez tapaba las almohadas, totalmente empapadas en... ¿sangre? Nora retrocedió de tal forma que si no hubiera cerrado la ventana con anterioridad habría caído a la calle. Se apoyó en el marco, mareada, aturdida, tratando de descifrar si lo que estaba viendo era real. “No puede ser”, se dijo a sí misma.

Tenía que ser una broma macabra, absurdamente macabra, pero no entraba en su mente que la tragedia se pudiera alzar de esa forma sobre ella. Rodeó la cama en busca de más información, en busca de una nota que explicara el juego de mal gusto al que su pareja estaba jugando. Deseaba con todas sus fuerzas que así fuera, para poder enfadarse —y mucho— con él.

En el otro lado de la cama pudo ver más restos de lo que sin duda era sangre, bajando por el oscuro edredón para terminar goteando en el suelo, formando un pequeño y espeso charco que iba expandiéndose con cada gota que impactaba contra él —tic, tic—. La pista la guiaba hasta el siempre peliagudo hueco que esconde una cama bajo su colchón, entre sus cuatro soportes.

Nora no sabía si seguir indagando, temiéndose lo peor, o salir corriendo

rumbo a casa y rezar para que todo fuese una pesadilla. El coraje venció al temor, y con un eterno movimiento, consiguió levantar el faldón que colgaba del edredón, para alcanzar a ver qué le aguardaba bajo la cama.

Nora encontró la mirada que tantas veces la había conquistado, esa mirada que Darío le dedicaba día tras día, la mirada del amor... Se había convertido en una mirada perdida, una mirada sin vida, que no decía nada, pues no había nada que decir. Los peores augurios y la más oscura de las sospechas que Nora había fraguado en los últimos minutos se había tornado de pesadilla en realidad; había transformado un buen día, como otro cualquiera, en el que a la postre iba a ser el peor de su vida. Alguien le había arrebatado a Darío su existencia, y de esa forma se la había arrancado también a ella. De ningún modo pudo contener un llanto que se alargó durante un tiempo que a ella se le antojó infinito.

Pasada una hora, logró separar su cara del suelo ensangrentado, sin dar crédito todavía a la situación, pero carente de más lágrimas que derramar. En su mente no había espacio para una tragedia de semejante calibre. Siempre que Nora tenía noticia de algún suceso semejante —habitualmente por televisión—, sentía cómo su corazón se encogía y se retorecía, sin tener vínculo alguno con los afectados. Le parecía tan lejano, tan irreal... En ese momento, su cerebro y su corazón, los motores que la hacían seguir con vida, se estaban fracturando de una manera que Nora nunca había experimentado, y quién sabe si algún día podrían recuperarse del golpe recibido.

Sacó fuerzas de donde no las tenía, y optó por complacer su curiosidad, dejando de lado su sentido de la responsabilidad, que le susurraba que no tocara nada y llamara a la policía.

Arrastró el cuerpo inerte hacia afuera, con mucho esfuerzo, debido a los ochenta y cinco kilos que tenía que mover, y debido también a que los incesantes sollozos mermaban su ya de por sí escasa fuerza. Pero de esta forma obtuvo lo que quería, y pudo conocer la causa de la muerte. Darío tenía incrustado un cuchillo en su pecho, medido certeramente a la altura del corazón.

Esto la hizo romper a llorar de nuevo. Un llanto inconsolable que iba a durar días, meses y años, pues el luto sería eterno. En un arrebató de ira, un impulso de impotencia, agarró el cuchillo sin pensarlo y tiró de él con fuerza, como si pensara que sacándolo de su pecho iba a conseguir que su difunto amado reviviera.

Un ascendente sonido interrumpió su mar de lágrimas y gritos. Cada vez con más estruendo, una sirena de policía hizo acto de presencia como quien irrumpe en una boda para expresar su desagrado por el enlace.

Y ahí se encontraba Nora, con las manos totalmente impregnadas en sangre, arrodillada frente al cuerpo de la víctima, empuñando el arma del crimen y sin

ninguna explicación verosímil de lo acontecido. Ahora se daba cuenta de la inmensa magnitud de la estupidez que acababa de cometer.

En apenas dos horas había pasado de ser una mujer dichosa a perder la vida del hombre al que amaba, y poner su propia libertad en peligro, incriminándose sin pretenderlo en un asesinato que no sabía quién había cometido ni a causa de qué se había cometido. Multitud de preguntas asaltaban su cabeza, pero todavía más infinito era el dolor que sentía por saber que ya nunca iba a abrazar, besar o tocar al único ser que había hecho de ella una mujer diferente, la única persona por la que había profesado el amor más puro que habitaba en su interior.

## 2

*“Te quiero”. Con solo dieciséis años, Nora acababa de escuchar por primera vez en su vida las dos palabras que daban significado al término ‘amor’. Notó cómo se ponía colorada su siempre pálida tez, cómo se acaloraba en cuestión de segundos, cómo se le acababa de formar un nudo en el estómago al escuchar las palabras que tanto conocía y esperaba, pero que tanto se habían resistido a salir a la luz. Al fin, tras varios meses de constantes citas, Darío le había entregado su corazón.*

*La ocasión lo merecía: ella, ataviada con sus mejores prendas, como lo eran una falda a la altura de la rodilla, con vuelo y color beige, y una blusa blanca con adornos del mismo tono para combinar; y él, con sus pantalones negros, un polo violeta —el de la suerte, según decía siempre— y un ramo de rosas rojas en una de sus manos.*

*El atardecer se cernía sobre ellos, el día coqueteaba con el ocaso y la mayoría de quienes estaban a su alrededor comenzaban a dar por concluida la jornada. Pero para ellos no había hecho más que comenzar. Las farolas de la calle se iluminaron, y su reflejo se estampó sobre el río, duplicando de esta forma el envolvente efecto luminoso que les rodeaba. Se sentaron en un banco con sus manos entrelazadas, simplemente observando la ascensión de la luna hasta topar con la cumbre del cielo. No mediaron palabra, pues no les hacía falta. Ambos sabían que esa sería una de las mil y una noches en las que contemplarían juntos, inseparables, el divagar de las estrellas en la noche florentina.*

La escena era de lo más escalofriante: una habitación revuelta, desordenada, la cama deshecha y dejando a la vista el gran contraste que formaban las sábanas blancas empañadas con el explosivo carmesí de la sangre que las había teñido.

Bajo el lecho, asomándose involuntariamente, permanecía el cuerpo estéril de Darío, todo él impregnado de la sangre que había derramado, quien se había despedido de la vida, sin quererlo, de forma sorpresiva y en circunstancias desconocidas.

A su lado, en pie, con las manos abiertas y las palmas ensangrentadas hacia arriba, se encontraba Nora, quien las observaba con incredulidad, sin dar crédito a lo acontecido en las últimas horas. Se imaginaba el momento en que la policía hiciese acto de aparición. No les sería necesario formular pregunta alguna. Ella en su lugar también lo tendría claro.

Nora estaba al borde de un ataque de pánico. ¿Qué iba a hacer? ¿Entregarse? Al fin y al cabo no había hecho nada, la verdad acabaría saliendo a la luz... ¿No? No se lo creía ni ella. Sus huellas estaban en el arma del crimen; manos y cara eran testigos mentirosos sobre un crimen ajeno. Recordó un programa de homicidios que había visto en televisión, en el que un experto revelaba que la mayoría de asesinatos tenían como parte implicada o culpable a la pareja de la víctima. Incluso se ofreció a aconsejar a la audiencia:

“Si alguna vez se encuentran un cadáver en su cocina —decía, señalando con el índice a la pantalla—, el primer sospechoso siempre será la pareja”.

En aquel momento, el tono sarcástico y burlón de aquel hombre la había hecho reír, además de parecerle un razonamiento lógico. Ahora no se reía tanto. Nora, con sus impulsivos e improvisados actos no había hecho más que servir en bandeja de plata lo que para los agentes sería un caso cerrado antes de comenzar.

Era consciente de que no podía quedarse, pero la huida, por tentadora que resultara, significaría un delito real, sin excusas. Ella no quería eso. Claro que ella no quería nada de lo que había ocurrido en ese miserable día. Y tenía que tomar una decisión con rapidez.

Mirándolo desde otra perspectiva, ¿qué le importaba ya lo que sucediera? Estaba cansada de girar en la rocambolesca noria a la que acababa de subirse, ignorante de que ni tan siquiera había completado la primera vuelta. ¿Por qué debería seguir las normas? Su única razón para hacerlo, para ser fiel a unos principios, se quebró en el momento en que aquel cuchillo penetró en el corazón de Darío. No se veía con fuerzas ni aptitud para buscar su propia justicia, ella no estaba hecha para eso, pero es lo único que le quedaba, el último recurso al que aferrarse, y lo único a lo que le encontraba sentido en aquel rompecabezas que acababa de iniciar.

Con la elección definitivamente tomada, solo quedaba pasar a la acción. Debía hacerlo rápido, ya que la policía no tardaría mucho en subir. Pero, ¿cómo iba a conseguir salir sin ser vista de un edificio con una sola entrada y una sola vía de acceso a las viviendas, como eran las escaleras? Tenía que idear algo. Miró por la ventana. Dos coches de policía, y en sus alrededores, un total de cuatro agentes erguidos, tres de ellos reunidos y el cuarto hablando por teléfono.

Nora era una mujer poco dada a tomar riesgos, no tenía experiencia en decisiones rápidas, y se sentía incómoda en los momentos de presión. Pensó que quizás podría salir corriendo por la puerta. Tal vez estuvieran despistados y no la alcanzaran.

“Piensa, Nora, piensa. Son policías, están acostumbrados a que la gente corra delante de ellos”.

También contempló la opción de camuflarse y salir andando como si nada

ocurriese, ya que posiblemente no la reconocieran.

“Bien pensado. Aun así, es demasiado arriesgado para tan baja probabilidad de éxito”.

Y como reza el refrán, a la tercera va la vencida: el ingenio de Nora carburó hasta hallar una posible solución. Recordó que el edificio contaba con una azotea comunitaria en su piso más alto, la cual estaba comunicada con el edificio contiguo.

Dispuesta poner en marcha su idea, estuvo a punto de cometer un gravísimo error, un descuido imperdonable que le habría costado todo cuanto le quedaba. Nora estaba cerrando ya la puerta cuando se percató de que la prueba más peligrosa permanecía todavía allí. El arma del crimen. El cuchillo, ensangrentado y con sus huellas, lo había dejado, presa de la confusión, sobre el suelo, a pocos centímetros de Darío. Lo agarró y sin saber qué hacer ni ocasión para discurrirlo, lo arrojó a la taza del retrete, confiando en que se filtrara completamente y se perdiera en el laberinto de tuberías. Tras un tenso momento de incertidumbre y par de tintineos contra la porcelana del inodoro, el desafío no representó problema alguno y solucionó su quebradero de cabeza con mayor facilidad de la esperada.

Sin más tiempo que perder, se dirigió escaleras arriba, no sin antes limpiarse la llamativa sangre; y en el momento en que cerraba la puerta que daba a la mencionada azotea, escuchó el alboroto provocado por los agentes comenzando a subir los cuatro pisos. Desde luego, si pretendían ser sigilosos, no lo estaban consiguiendo.

El espacio al que accedió, en la cima del edificio, era amplio, totalmente abierto y con una agradable vista de la ciudad de Florencia. A pesar del frío, los pájaros piaban y el cielo azul resplandecía... Era una verdadera lástima no tener tiempo ni ánimo para contemplar una ciudad que tiene una panorámica preciosa, en especial cuando se atisba el río Arno.

El recuerdo que Nora guardaba de la conexión entre el edificio en el que estaba y al que quería acceder era, siendo bondadosos, más optimista que la realidad con la que se encontró. Entre ambos bloques se podían contar cuatro o cinco metros, y la vía de acceso que Darío empleaba no era más que un tablón de madera, que tenía que colocar a modo de pasarela entre el punto de partida y el de llegada. El arrepentimiento comenzó a ascender por su organismo, pero su criterio la había conducido hasta ese lugar, y no contaba con el tiempo ni la experiencia necesarias para ponerse a idear otra manera. Recordaba su cara de reprobación cuando Darío le narró alguna de sus experiencias, y sin embargo, ahí se encontraba ella, a escasos segundos de rememorar esos episodios.

Con el paso de los meses, años, y tras sufrir durante tiempo indeterminado

las inclemencias meteorológicas, su pasaporte hacia la salvación no causaba una buena impresión, y despertaba las dudas sobre cuánto peso podría soportar danzando sobre sí. Nora esperaba que sus escuetos cuarenta y cinco quilos no fueran un lastre excesivo para tal misión.

A duras penas pudo apoyar el tablón en las lindes de ambos edificios, tras lo cual, sus piernas comenzaron a temblar. Le parecía que la anchura de la pasarela había mermado, o quizá era eso lo que el miedo le hacía ver. Lo había hecho cientos de veces, muchos años atrás, en sus entrenamientos de gimnasia, pero nunca sobre una caída de más de cincuenta metros. El frío que acompañaba al calamitoso día de Nora, unido a una fuerte ventisca, no hacía más que empeorar la situación. Pero si había algo de lo que no tenía miedo ella en ese día era a la muerte.

Esta percepción la hizo armarse de valor y cruzar al otro lado sin palidecer, ni siquiera cuando le pareció escuchar el quejido de la madera bajo sus pies. Un amago de rotura que no fue tal, y tras pasar, Nora pudo retirar el listón de madera y ocultarlo al otro lado del edificio, para obstruir la remota opción de que alguien quisiera seguir sus pasos.

El pecado estaba perpetrado. No había matado a nadie, mucho menos al que consideraba el hombre de su vida, pero acababa de iniciar una huida para tratar de no ser capturada por ello.

Una vez en el vestíbulo del edificio, bajó su gorro y subió su bufanda con la idea de tapar lo máximo posible su cara. Había llegado la hora. El momento del todo o nada. Debía lograr pasar inadvertida y girar por la primera esquina lo más rápido posible, momento en el que explotaría de pánico y echaría a correr. Tenía que girar a su izquierda nada más salir, para no verse obligada a pasar de nuevo por el portal de Darío; cruzar la calle lo antes posible para conectar con la ‘Via del Parione’ y, en ese momento, perdería todo contacto visual y decrecería paulatinamente la sensación de peligro.

“Explicado de esta forma, parece incluso fácil”, ironizó.

Abrió la puerta y descubrió que la cantidad de gente husmeando en los alrededores se había multiplicado. Nora detestaba el gusto que tiene la gente por el morbo gratuito. Por el simple hecho de ver un coche de policía, las masas se agolpan a su alrededor con la imperiosa necesidad de ser los primeros en saber quién ha muerto, quién ha sido robado, quién ha caído escaleras abajo, o quién va a ser detenido por los agentes de policía.

Por suerte, la multitud iba a ayudarla a no llamar tanto la atención, aunque desde el primer momento, obsesión o no, le dio la sensación de que el ojo ajeno se clavaba en su espalda según avanzaba a contracorriente. Decidió apartar su repentina demencia y continuó caminando, al no hallar impedimento alguno, y

viendo que tan solo unos metros la separaban de la anhelada esquina.

—¡Signorina! —tronó una voz a lo lejos.

Su corazón se heló de repente, sintiendo incluso cómo paraba de latir. El llamamiento, aunque educado, había sido contundente, dejando claro que debía ser escuchado. Quiso pensar que el grito no iba dirigido a ella, al fin y al cabo había mucha gente a su alrededor; pero la volvió a invadir la sensación, esta vez real, de que todas las miradas se volvían en su dirección. No dejó de caminar, pues sabía que era su única ventaja, e incluso dotó de un punto más de premura a sus gráciles piernas.

—¡Por favor, signorina!

Las pocas dudas que pudieran permanecer se habían disipado. La nueva llamada la impulsó a acelerar más el paso, sus pies se levantaban del cemento con mayor ligereza. La potencia del grito se había intensificado, lo que podía asegurarle que su ventaja estaba menguando.

En unos segundos que parecieron horas, Nora pudo girar la esquina. Pocas veces sus piernas le habían parecido tan veloces como en aquella ocasión. Cuando recorrió aproximadamente treinta metros, deceleró para no llamar la atención del agente, quien según sus cálculos estaría girando la esquina en ese preciso instante. Avistó un escaparate de ropa y entró sin pensarlo. Sí, un rápido e improvisado cambio de atuendo la ayudaría a despistar a los policías, que no tardarían mucho en dar su descripción al resto de agentes. Sin mucho miramiento, escogió dos prendas muy llamativas que contrastaban con la discreción de su actual vestimenta, y un gorro semejante a una boina a juego con la vistosidad de las prendas que acababa de seleccionar. De esta forma pretendía no ser relacionada con la sencillez de su indumentaria original, y despistar así a la policía. Ahogó un grito sofocado cuando vio los precios del lugar, y es que Nora no era amiga de despilfarrar dinero en ropa de marca. Un total de trescientos cincuenta y siete euros destinados a una falda, abrigo y sombrero que ni siquiera eran de su gusto, pero la ocasión bien lo merecía. Se acercó al mostrador para pagar las prendas, y fue entonces cuando el mundo se le vino abajo.

El bolso. Lo había dejado en la mesa del salón de casa de Darío, y con las prisas, el llanto, los temores, la ofuscación, los sollozos, el llanto de nuevo y toda la incertidumbre que había soportado en las últimas horas, había desatendido su bien máspreciado. Esta torpeza iba a acarrearle muchas consecuencias, todas ellas negativas y a cada cual peor que la anterior. Para empezar, ese bolso era una prueba que la situaba en la escena del crimen, por no mencionar que en él se encontraba el dinero que necesitaba para afrontar su carrera por la libertad, y eso era algo que podía significar el éxito o el fracaso en

determinadas situaciones, como la que la ocupaba en ese momento. No podía comprar esa ropa, y lo que era peor, iba a tener que dejarse ver en la calle con la que ya habían visto los agentes, y sin la ventaja de estar por delante de ellos esta vez.

“Estúpida, estúpida, ¡imbécil!”, se gritó a sí misma.

Colocó las manos en su cara con violencia y presionó, arañándose y dañándose. Volvió a gritar indescriptiblemente, dio un par de saltos de rabia y concluyó su espectáculo tapándose la cara de nuevo.

La dependienta la miraba de arriba abajo, a medio camino entre la incredulidad y la diversión, reprimiendo una sonrisa ante la escena de una mujer que estaba claramente desequilibrada.

—¿Ocurre algo? —preguntó finalmente.

—No... Perdona —contestó Nora, adecentándose su propia ropa, descolocada tras las sacudidas de las que había sido víctima—. Me he dejado el bolso en casa, y no voy a poder pagarte.

—Ah, bueno, ¡no se preocupe! —resolvió enérgica—. Se lo puedo guardar aquí, y la próxima vez que venga, se lo lleva.

—Gracias... Isabella —respondió escuetamente Nora, tras mirar la identificación de la dependienta.

Y de esta manera, Isabella quedó satisfecha consigo misma, creyendo haber solucionado los problemas de una compradora compulsiva con un ataque de pánico. Nora dejó que la chica le tomase nota de unos datos falsos, y por su parte, utilizó este tiempo para reordenar sus pensamientos.

Se encontraba en mitad de la ‘Via del Parione’, y necesitaba al menos cruzar una calle más, para llegar a ‘Lungarno Corsini’, una avenida mucho más transitada, que daba al río Arno, y de esta forma podría entremezclarse con más facilidad en la cotidianidad de Florencia y ser una presa más difícil para la policía. Una policía que en el mejor de los casos habría pasado ya de largo, y en el peor, estaría merodeando en esa misma calle.

Nora estaba histérica, pero por increíble que pareciera, estaba comenzando a controlar sus nervios, detenerse tres segundos si era necesario para calmarse, y enfocar la situación de otro modo. Comprendía que una actitud como la que acababa de mostrar ante la dependienta es la que terminaría por llevarla directamente a la sala de interrogatorios de la policía. Debía calmarse y mostrarse impertérrita ante cuanto aconteciese frente a sus ojos.

Pidió permiso a Isabella para entrar al probador, y pese a que la miró nuevamente con expresión de extrañeza, asintió con la cabeza, accediendo. Una vez dentro, Nora comenzó su transformación para volver a salir al exterior. Se quitó el gorro, una prenda con la que la identificarían, y pasó entonces a mostrar

su rojiza melena. Le dio la vuelta a su abrigo, olvidando definitivamente los cánones que marcaba la moda, mostrando así el forro interior blanco; se sorprendió al ver que no desentonaba demasiado. Así consiguió maquillar un poco su aspecto, y sería más difícil de reconocer. Tuvo que ignorar la inquisitiva mirada de la dependienta, perpleja al ver semejante abominación textil, y se dirigió a un expositor de revistas. Agarró una de ellas, plagada de ofertas de la tienda, acercándola hasta el límite de lo racional con el fin de tapar su rostro, tanto que casi consiguió adherirla como si de una segunda piel se tratara. Con esta última acción concluyó su urgente metamorfosis.

Salió de la tienda con decisión, sin mirar a ningún lugar que no estuviese frente a sí, como si de un caballo con anteojeras se tratara. No pudo apreciar cómo Isabella suspiraba de alivio al verla marchar, maldiciendo interiormente todo lo que tenía que aguantar por un sueldo mínimo. Nora cruzó el paso de cebra, cuyo semáforo daba luz verde a los peatones —así lo había estado calculando tras la cristalera del comercio—, y se sintió feliz de ver que la primera parte de su frenético y espontáneo plan, la parte más peliaguda, se estaba llevando a cabo sin sobresalto alguno.

Comenzó a recorrer la ‘Via de’ Tornabuoni’, dejando a su izquierda el Museo Salvatore. Recordó fugazmente su única visita allí, un par de años atrás. El museo expone más de diez mil creaciones de Salvatore Ferragamo, un conocido zapatero que causó furor en la época, desde 1920 hasta 1960, siendo un pionero en la creación de zapatos que fueran algo más que una simple prenda que cubre y protege el pie. Recordó también cómo su madre, Francesca, tan apasionada como ella, le contó en una ocasión la gran cantidad de celebridades que lucieron sus obras muchos años atrás, como Audrey Hepburn o Marilyn Monroe.

Atravesó el pavimento empedrado con ligereza, sabiendo que no tenía tiempo que perder. Afortunadamente no encontró rastro de la policía, así que supuso que ya habían pasado de largo. Pero, ¿en qué dirección? ¿Y si, al intentar escapar, no hacía más que acercarse a ellos? Debía pensar algo, y rápido. Se encontraba en una difícil tesitura, pues debía seleccionar el itinerario que fuera a salvarla de aquello. Al girar a la derecha iba a dirigirse al lugar de donde procedía, donde probablemente hubiera alguna patrulla merodeando, por si a Nora se le fuera a ocurrir volver. Opción descartada. Si seguía de frente, iba a cruzar el puente de Santa Trinidad. Ese puente que tantas veces había cruzado, la mayoría de ellas, de la mano de Darío. No quería ponerse a divagar en ese momento, el movimiento era la más urgente de sus necesidades. Ya tendría otro, más adelante, para la frustración y el desconsuelo.

Necesitaba encontrar un lugar próximo, cercano, en el que poder confundirse

con la gente que siempre colapsa la ciudad. ¿Cuál sería el lugar más concurrido a su alcance? Sin ningún resquicio a la duda, el Puente Viejo. El célebre y distinguido Ponte Vecchio, santo y seña de Florencia. Se encontraba a tan solo unos pocos metros, solamente tenía que atravesar la avenida que se encontraba a su izquierda y se toparía con él.

La historia del Puente Viejo cuenta que fue construido en el siglo I por los romanos. En aquella época era de madera. Posteriormente, ya formado en piedra, fue gravemente dañado por desbordamientos del río Arno, y su histórica leyenda comienza en el año 1.345, cuando se construyó para ser concebido como un puente comercial, que albergara tiendas a ambos lados. Años, décadas, siglos después, los propietarios de las tiendas ensancharon sus estructuras para poder habitar en ellas, haciendo sobresalir las extensiones, de forma que parecen expuestas al vacío, dando la impresión de precipitarse al río de un momento a otro. Ésta es una de las características que mayor fama ha dado al puente, haciéndolo ser visitado por una gran mayoría de turistas, y convirtiéndolo en uno de los lugares más transitados de toda Florencia. Y eso es lo que necesitaba Nora en ese momento. El gentío que tantas veces la había hecho desistir de cruzarlo era el mismo que en aquella ocasión, paradojas de la vida, la hizo querer atravesarlo.

Las tiendas que se apreciaban a lo largo del Puente Viejo eran joyerías, lujosas joyerías que hacían tambalearse los ahorros de muchos compradores, quienes, atraídos por la calidad de sus productos, pero ante todo por la fama que precede al puente, consideraban la visita como una oportunidad única de regalar algo muy especial en un lugar todavía más singular.

Consiguió zambullirse sin llamar la atención en la algarabía, disminuyendo así las posibilidades de ser detectada. Ahora debía ingeniárselas y hallar un lugar en el que resguardarse definitivamente del miedo. Necesitaba asentarse en algún sitio donde no temer ser vista, donde poder sentarse, dar vueltas a sus ideas y llegar a alguna conclusión que le indicase el rumbo a seguir. Ese lugar no era el Puente Viejo. Ese lugar no era Florencia. Nora pensaba todo esto al tiempo que se hacía la interesada con la mirada puesta en un escaparate de joyas. Mirando pero sin mirar. Disuadía a los joyeros de sus ofrecimientos como si realmente los estuviera escuchando, cuando en realidad no pensaba en otra cosa más que en Darío, en su libertad, en la felicidad que jamás podría recuperar.

Recordó, y se felicitó a sí misma por hacerlo, que al otro extremo del puente se encontraba una parada de autobús. No sabía cuáles eran sus destinos, porque su transporte habitual era el coche de Darío, y no estaba familiarizada con los transportes públicos, pero estaba ante una vía de escape directa y aparentemente fácil hacia algún lugar tranquilo en el que poder descansar su ahora inestable

mente.

Se abrió paso entre la multitud, y avanzó poco a poco. Había incluso más gente de la habitual, debido a la cercanía de las navidades. Los más previsores ya estaban buscando algo que regalar para tan señaladas fechas, y los comercios comenzaban a frotarse las manos imaginando cómo de beneficiosa sería esta temporada navideña para ellos. No importaban las obras que se estaban realizando a mano izquierda según avanzaba Nora; la plena actividad de la mañana florentina estaba rebosante de ocupación.

Ya podía avistar el fin del puente, ese anhelado punto y seguido en su presuroso camino. La parada de autobús, a mano izquierda, estaba un poco retirada, pero fácil de abordar. La opción más sabia, se dijo, era esperar entre la multitud a que el siguiente autobús hiciera acto de presencia para subir lo más rápido posible, y de esta forma mostrarse el menor tiempo. Había bastante gente esperando, lo que la hacía suponer que no tardaría mucho en escuchar el rechinar de los siempre desgastados frenos de un servicio público.

Se colocó a curiosear en un tenderete de souvenirs, *La pulce* —la pulga—, cuyos productos no le interesaban lo más mínimo, pero se encontraba manifiestamente cerca de la parada del autobús, y eso era lo que a ella le importaba. Postales, fotos enmarcadas, platos de cerámica con paisajes típicos de la Toscana, y un sinfín de camisetas con la bandera italiana como seña de identidad eran los objetos más codiciados y visibles que ofrecían los minoristas, normalmente a precios que triplicaban o cuadruplicaban, cuando menos, su coste.

Y por fin, desde la lejanía se comenzó a intuir primero, escuchar después, y soportar finalmente, el estallido sonoro que el vehículo arcaico no cesaba de emitir. No se podría asegurar cuál era el sonido más estridente que originaba: el traqueteo del motor, el aullido proferido por los frenos o el chirrido de las puertas al abrirse. Nora aprovechó la aglomeración para escaquearse del pago de billete. No era primeriza, sin embargo, y es que en plena adolescencia se convirtió en una experta en el arte de escurrir el bulto. Era la única habilidad ilícita que se le había dado bien. Algunos pequeños hurtos, siempre impulsados por la necesidad de una niña camino de mujer que no tiene medios para costearse aquello que quiere, y no puede pedirlo a su familia pues contaban con los mismos recursos, nulos, que ella.

Cuando se vio en el interior del autocar, creyó que por fin tenía un respiro. Un momento de paz y calma para dedicárselo a sí misma, sin que nadie ocupase su mente más que Darío. Fue consciente de que acababa de tener su primer golpe de suerte del día, pues desde su llegada al Ponte Vecchio no había tenido contratiempos de ningún tipo, había conseguido seguir su plan sin que se torciera

lo más mínimo. Además, se encontraba en un lugar tan turístico que la mayoría de quienes ocupaban el autobús hasta esa parada habían dejado un asiento vacío, por lo que Nora iba a poder sentarse para descansar sus piernas fatigadas .

“¡La suerte está de mi lado!”, gritó el sarcasmo en su mente.

Miró el cartel de orientación colocado sobre la puerta del autobús. Estaba en uno perteneciente a la línea D, que se dirigía al Este de Florencia, pero cuya última parada estaba aún en el corazón de la ciudad. No era suficiente. Necesitaba salir de allí.

Se acomodó en un asiento lateral de la última fila con el propósito de trazar una hoja de ruta. “Afortunadamente —se dijo—, tengo unos diez o quince minutos para pensar cuál va a ser el siguiente paso”.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es Eleonora Laguzzi! —las palabras tronaron en el autobús con un volumen innecesariamente elevado.

No podía ser. Reconocería esa voz, esa odiosa voz, en cualquier lugar del mundo y bajo cualquier circunstancia.

—¡Cuánto tiempo! —gritó de nuevo— ¡Qué guapa estás! Bueno, como siempre, porque siempre has sido muy guapa.

Gina Baccelliere. Esa típica compañera de clase cuya voz repele a quien se aproxime, incapaz de callarse ni aunque se juegue la vida con ello. Esa típica compañera que, en clase, trataba de ser el centro de atención, la primera en contestar al profesor tanto si éste preguntaba algo como si no lo hacía. Esa compañera que gustaba de hablar y parlotear mientras todos los compañeros, cada uno más hipócrita que el anterior, la rodeaban y escuchaban con atención. Para colmo, fue la precursora del descubrimiento sexual para un grupo de chicos y chicas de menos de quince años. Una serie de cualidades que, sumadas todas ellas, daban como resultado a Gina Baccelliere.

Por otra parte, al César lo que es del César, rezumaba belleza por donde pasaba. Su larga y lisa melena negra no había perdido el vigor que siempre la había caracterizado, y su esbelto cuerpo adolescente se había transformado, como ya se intuía en el instituto, en la perfectamente esculpida figura de una mujer que podría haber conseguido a casi cualquier hombre que se hubiera propuesto. Su cara, con unos ojos negros, felinos y penetrantes como buque insignia, culminaba unos atributos físicos que muchas mujeres habían envidiado en la pubertad, y probablemente también en la actualidad.

No era el caso de Nora, cuyo mayor motivo de animadversión hacia Gina era lo pedante de su carácter, y el ansia que la corroía por acaparar la atención a todas horas.

“Quizá haya cambiado. Han pasado muchos años”, pensó.

—¿Qué tal estás? —continuó farfullando Gina—. Hace tanto tiempo que no

nos vemos... ¿Tres años? Desde aquella cena de antiguos alumnos, ¿verdad?

—Yo no fui a esa cena, Gina —espetó Nora con desgana.

—Ay, es verdad. Bueno, cuéntame, ¿cómo te va? ¿Llevas el abrigo del revés? Qué raro en ti, siempre has sabido vestir muy bien, no descuides eso —era bochornosa la facilidad con la que enlazaba frase tras frase sin dar margen para respirar—. ¿A dónde vas?

Si Gina había cambiado, no lo demostraba a primera vista. Quizá la madurez no había acudido a casa de los Bacceliere después de todo.

—Voy a visitar a una amiga que vive al este —contestó con estudiada indiferencia, pensando en Mina, pero inventándose su domicilio.

—¿Has comido ya? —Gina volvió a girar bruscamente el timón de la conversación—. Si no tienes prisa podrías invitarme a comer y recordamos la íntima amistad que nos unía.

Nora no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Eludiendo el descaro de una persona que propone ser invitada a comer, la mención de ambas como amigas íntimas, cuando nunca llegaron a ser siquiera simples amigas, le provocó un escalofrío que le hizo sacudir la cabeza.

—No tengo tiempo, y además, ya he comido —mintió ella, al tiempo que su estómago la castigaba por ello con un rugido.

—Bueno, no pasa nada, otro día será —parecía haberse quedado durante un instante sin ideas—. ¿Cómo está Darío?

Era la pregunta que estaba temiendo. Los nervios comenzaron a aflorar dentro de su ser, notaba cómo se le humedecían los ojos, y no encontraba nada que responder. No podía evidenciar que algo pasaba, porque Gina lo notaría y no haría más que preguntar, y preguntar, y preguntar, pero le era imposible disimular su tristeza. Finalmente rompió a llorar, ante la atónita y penetrante mirada de todos los pasajeros del autobús.

—¡Ay, cariño, no te preocupes! Hay más hombres en el mundo —vociferó con innecesario volumen—. Es verdad que hacíais buena pareja, pero ya verás cómo dentro de poco le habrás olvidado y encontrarás otro que te haga feliz. Si Darío te ha dejado, acabará arrepintiéndose.

De no ser por lo dramático de la situación, Nora habría agradecido que Gina hubiera atado sus cabos y se hubiera inventado una historia que nada tenía que ver con la realidad. En cualquier caso, solo tuvo que seguir llorando, algo que no le fue difícil, para dar credibilidad a la fantasía de Gina.

Consiguió levantar la mirada para percatarse de que se estaban acercando a la parada final. Se situaba en la zona oriental de la ciudad, de forma que había conseguido distanciarse del fuego, pero todavía olía a quemado. Tenía que alejarse más, quería salir de la ciudad, escapar a algún paraje tranquilo, Marte o

Júpiter quizá, donde poder ordenar su cabeza y decidir cómo y cuándo dar el siguiente paso. Sin ni siquiera despedirse de Gina, se levantó y salió corriendo del autobús, siendo la primera en hacerlo. Hubiera sido conveniente confundirse entre los demás pasajeros, para no llamar la atención, pero Nora no atendía a razones; sus ojos, anegados en lágrimas, no eran capaces de ver más allá del siguiente instante.

Tuvo la suerte de que otro autobús estaba haciendo la pausa de rigor antes de comenzar su ruta, y aprovechando que la puerta trasera del vehículo estaba abierta, entró por ella, ocultándose lo mejor que pudo. El autocar estaba vacío, por lo que nadie podía haberla visto desde dentro. El conductor estaba atendiendo al primer pasajero que entraba por la puerta delantera. Se ocultó entre dos filas de asientos, esperando a que éstos comenzaran a poblar las butacas, momento en el que aparentó ser una más. Nora estaba destapándose como una genial viajera clandestina.

Una vez iniciada la marcha, se levantó para mirar qué le deparaba este nuevo trayecto. Se podía decir que era el destino quien la estaba guiando, ya que ella no había elegido en ningún momento hacia dónde viajar. En esta ocasión había tenido suerte. Sería un desplazamiento más largo, consiguiendo salir por fin del centro de Florencia, para llegar a una última parada situada en Bagno a Ripoli, una población que Nora no había visitado nunca, a pesar de la cercanía respecto a Florencia, y es que el pueblo estaba situado a tan solo siete kilómetros al este del núcleo florentino.

Miró su reloj. Pasaban las dos y media de la tarde, y su estómago volvió a rugir por la ausencia de alimentos. Nora se arrepintió profundamente de su costumbre de no incluir el desayuno entre sus comidas diarias. Instintivamente observó a su alrededor: casi cada pasajero estaba masticando, ya fuera un bocadillo, patatas fritas o un croissant. Bajó la mirada, la tortura gastronómica no le iba a beneficiar en absoluto.

Cuando por fin pisó el asfalto de Bagno a Ripoli, el primer establecimiento que vieron sus ojos fue un supermercado que había al cruzar la carretera, y hacia allí encaminó sus pasos. Dejó para más adelante los exámenes morales sobre si debía hacerlo, si sería capaz de robar algo para comer; en ese momento no era su mente quien establecía las prioridades. Apenas dos minutos después, Nora estaba de vuelta en la calle, con un paquete de sándwiches en el bolsillo exterior del abrigo —que ahora, no olvidemos, se encontraba en el interior—.

Aunque no creía que la noticia de la muerte de Darío se hubiera propagado lo suficiente todavía, Nora caminó con la cabeza baja; no quería darse la oportunidad de ser observada por nadie. Zigzagueó varias calles, buscando una menos transitada, y tuvo la fortuna de encontrar la que encajaba con sus

pretensiones. A un lado, un edificio en obras en las cuales no se trabajaba, y al otro, viviendas unifamiliares que no tenían ningún movimiento aparente. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el muro de una de estas viviendas. Le dio la vuelta al abrigo, para no seguir llamando la atención, y sacó el botín obtenido en la tienda. Devoró esos sándwiches como pocas veces había hecho con anterioridad, y al menos hasta la noche, quedó saciada su hambre.

Habían transcurrido varias horas con aparente tranquilidad, pero fue en ese momento cuando escuchó un sonido que le resultaba familiar, reciente, de ese mismo día. Las estridentes y llamativas sirenas de los agentes de la ley hicieron acto de aparición, congelando la sangre que corría por las venas de Nora.

“¿Ya están aquí?”

¿Estaban buscándola a ella? Permaneció sentada, agazapada, cubriéndose como si esperara recibir un ataque frontal. No estaba expuesta a la visión de los agentes, pero tampoco estaba oculta: si prestaban atención podrían verla. Pasaron por su lado como una exhalación, lo que la hizo suspirar de alivio.

“¿Cómo me han encontrado en esta calle tan escondida? La paranoia te está dejando tonta, Nora...” Continuó caminando en la misma dirección que estaba siguiendo antes, pero solo por unos pocos metros, hasta que se dio de bruces con la respuesta a sus preguntas. El lugar donde se había comido su sándwich creyéndose a salvo de todo se encontraba a unos pocos metros del principal cuartel de los carabinieri en Bagno a Ripoli.

### 3

*Era la primera vez que veía por los ojos de Darío asomar una lágrima. Una lágrima de rabia, de impotencia. Una lágrima de frustración. Estaban enamorados, Nora y él, él y Nora, y nada se interponía entre ellos. Solo su padre. El padre de Darío había montado en cólera al conocerla. De ninguna manera iba a permitir, según sus propias palabras, que su hijo perdiera el tiempo a sus diecisiete años con mujeres. Ya tendría tiempo para eso.*

*—Es un chico inmaduro todavía, no tardará en utilizarte y apartarte de su lado en cuanto no le intereses.*

*Fueron las únicas palabras que dirigió Carlo a Nora en el día de su presentación, y acto seguido cerró la puerta del salón con toda la vehemencia que acumulaba en su interior.*

*Nora estaba confundida. No sabía el porqué de esa reacción en Carlo. Darío trató de tranquilizarla, convencerla de que todo lo que su padre había dicho era un engaño, y cuando vio que no lo iba a conseguir, mudó su expresión desde la bondad hacia Nora hasta una mueca de irritación hacia su padre. Irrumpió en la estancia contigua y cerró la puerta de un golpe tras de sí. Durante cinco minutos, el griterío que llegaba a sus oídos solo fue interrumpido por sus propios sollozos.*

*Al ver que la discusión no cesaba, decidió marcharse. El camino de regreso a casa se le hizo interminable. No consiguió levantar la mirada, y anduvo todo el recorrido observando tan solo el instintivo movimiento de sus pies. Llegó a casa, abrió su cama y se introdujo en ella, y entonces una explosión de desconsuelo se apoderó de ella hasta que perdió la noción del tiempo y cerró sus ojos tumefactos.*

*Al día siguiente comprobó que Darío había estado llamando toda la noche. Cuando hablaron, lo hicieron, cómo no, sobre su padre. Los adjetivos que usó para calificarlo fueron una sarta de zafiedades que Nora no creía haber escuchado jamás. Darío también estaba destrozado, y le confesó que su padre no le dejaba salir de casa. ¡Como si de un niño de diez años se tratara! Tendría profesores particulares que acudirían a impartirle clase, y cualquier cosa que necesitara del exterior le sería facilitada por él mismo o por cualquier persona del servicio.*

*La situación era un delirio. Una relación que había comenzado unos pocos meses atrás, sabiendo que su novio estaba a menos de un kilómetro de ella, y no*

*iba a poder verlo. ¿Tan arraigado era el odio que Carlo sentía hacia ella? No era capaz de comprenderlo.*

*Tuvieron contacto constante por teléfono, y aunque no pudieran verse, su relación construyó unos fuertes cimientos gracias a la adversidad. La negación de Darío a seguir el plan de estudio que su padre había establecido fue una dura pugna entre ambos. El chico se jugaba su futuro. El padre se jugaba la educación de su único hijo y su propia reputación, y así se lo hizo ver Darío.*

*Con esa amenaza, el hijo venció al padre. Pulsó la tecla adecuada. Nora podría verle en los trayectos hacia el instituto, y eso fue un gran paso.*

*Con el tiempo, el yugo opresor de Carlo fue distendiéndose hasta limitarse a un gruñido cada vez que salía el nombre de Nora, y a la total prohibición de que ella entrase en su casa. La pareja seguía teniendo un grave problema en la figura del Sr. Mazzola, pero al menos se podía decir que habían salido vencedores de la primera batalla.*

Una carcajada, mitad alivio, mitad desvarío, salió de la boca de Nora con una fuerza que no hubiera imaginado albergar en sus cuerdas vocales.

La casualidad había querido que el lugar de reposo y descanso que había escogido en una localidad de más de veinte mil habitantes estuviera situado a escasos metros de las dependencias de los carabinieri en Bagno a Ripoli. Al menos, se dijo, había sido una coincidencia que no había llegado a convertirse en problema.

No obstante, su misión principal debía ser alejarse a toda costa de allí. Anduvo deambulando durante lo que quizás fueron segundos u horas, centímetros o kilómetros, con el único fin de perderse físicamente y de encontrarse mentalmente. Debía investigar la historia en la que acababa de sumergirse, y dejar de llorar la muerte de Darío, porque las lágrimas no iban a vengarle. Se merecía una explicación. No sabía quién debía dársela, pero sabía que nadie iba a ir en su búsqueda con disculpas corteses y palabras de consuelo para aclararle lo acontecido. Si quería llegar a saber el porqué de su muerte, iba a tener que investigar, luchar, mentir, persuadir, actuar y ser más lista que nadie para destapar quién era el culpable de su gran desdicha, del pozo de oscuridad en el que se acababa de sumir.

Pensó. Por primera vez en ese día, razonó. Cortó las raíces de sus bloqueos mentales, e intentó buscar, parte con el corazón, parte con el cerebro, quién podría saber algo sobre Darío además de sí misma. El círculo social de su pareja era bastante estrecho, y solía limitarse a compañeros de carrera, su padre, Carlo, y la propia Nora. Era cierto, no obstante, que ella no solía inmiscuirse en los vínculos de su novio con el resto de gente; en parte porque le gustaba darle libertad, en parte porque él era una persona cerrada con sus asuntos.

Pero había alguien, una persona omnipresente desde el día en que la pareja se conoció. Amigo antes de que Nora llegara y también desde entonces, lo más parecido a una familia para Darío, más cercano en algunas ocasiones que su propia familia consanguínea. Tino Risso era su nombre, y aunque con ella nunca había confraternizado tanto, era de las pocas personas que podían saber algún secreto que hubiera oculto al conocimiento de Nora.

Se encontraba sola, en Bagno a Ripoli, alejada de la algarabía de la Florencia. Si descubría que Tino sabía algo, debería volver. ¿Realmente quería? Se le hacía muy cuesta arriba volver a esconderse, ahora que llevaba un par de horas sin tener que hacerlo gracias a la escasez de gente que rondaba aquellas calles. Y si se lo estaba preguntando en ese momento, prácticamente al comienzo de lo que podía ser una pesadilla, ¿tendría fuerzas para continuar hasta el final? Lo dudaba, sinceramente.

Gracias a la estúpida pérdida de su bolso en Florencia, en ese momento se encontraba sin teléfono, sin dinero para llamar y... sin el número de la única persona que podía ayudarla. Este último podía ser un escollo fácil de solventar, pues Nora tenía una gran facilidad para recordar números de teléfono, matrículas de coches y códigos por el estilo, y no creía que descifrar el número de Tino Risso fuera a ser un obstáculo insalvable. Comenzó a caminar, y su cabeza solo trabajaba en cómo hacerse con un teléfono móvil, o cómo conseguir algo de dinero para poder llamar desde alguna cabina telefónica que encontrase.

Un azote llamado realidad la golpeó en sus primeros intentos por obtener la llamada. Optó por utilizar la vía diplomática, el préstamo de un teléfono por un par de minutos a alguna persona que quisiera hacerle el favor. Hizo su petición un par de veces, ambas denegadas, primero por un hombre seboso que alegó no tener teléfono —al tiempo que lo sostenía en su mano—, y después por una mujer de edad avanzada que simplemente negó con la cabeza, mientras aceleraba el paso, sin ni siquiera levantar la mirada. Le dio la sensación de que la respuesta hubiera sido la misma si le hubiera preguntado si quería ganar un coche de lujo o cuál era su postura frente a la explotación de los países tercermundistas. Lo intentó una tercera vez y ni siquiera pudo formular la pregunta, ya que su interlocutor la ignoró por completo.

Se vio a sí misma como una vagabunda que mendigaba por una llamada telefónica, y acabó dándose asco y pena, como si estuviera mirándose desde los ojos de otra persona. Y entonces, al sentirse así, quien le dio asco y pena fue la sociedad a la que pertenecía. Una sociedad que no era capaz de otorgar un minuto de su vida y unos cuantos céntimos de su bolsillo para que otra persona consiguiera el fin que se proponía, que no era otro que una simple y escueta conversación con alguien.

Fue un sentimiento tan profundo, tan lleno de rabia y resentimiento, jamás paladeado hasta entonces... La acumulación de todo cuanto había soportado ese día la hizo, metafóricamente, llenar su boca de un veneno que hubiera intoxicado a quien se cruzase en su camino.

Así pues, se construyó una coraza de creencias, recuerdos y amores pasados, se prometió a sí misma que nada cambiaría en su interior, que siempre seguiría siendo la persona amorosa, afable e ingenua que era, y que los actos que cometiera desde ese momento en adelante no debían cambiar su personalidad. Porque para enfrentarse a una sociedad tan dura como esa, se necesitaba una persona igualmente dura. Pero para enfrentarse a lo más siniestro y despreciable de esa misma sociedad, al asesino de Darío, no solo se necesitaba ser una persona dura, sino que se necesitaba ser una persona sin escrúpulos, sin reparos en infringir cualquier ley, por indeseable que se pudiera sentir o criticables que fueran sus actos. Como un héroe que se calza su disfraz, o un ladrón que se enfunda su pasamontañas, pues lo que ambos tienen en común es que ocultan sus verdaderas personalidades para dar vida a una nueva muy diferente. Así se sentía Nora en ese momento. Dura, implacable, insensible, capaz.

Se dirigió con paso decidido hacia Bagno, y tan solo doscientos metros después se encontraba en el parking de unos grandes almacenes. Comenzó a seguir las filas de automóviles estacionados, y al cabo de un par de minutos, encontró un vehículo cuyo despistado dueño no iba a poder llamar en lo que restaba de día. Nora debía decidir cómo proceder, pues no podía dejarse ver demasiado, y ya había comprobado que el dueño del coche no era tan despistado como para también dejar el coche abierto. No todo iba a ser tan fácil.

El supermercado tenía un molesto servicio de megafonía en el aparcamiento, y comprobó que cada cinco minutos decidía perturbar los oídos de los clientes que merodeaban por el parking. Así pues, aprovechó esta megafonía para acolchar su codo con la chaqueta y asestar un furioso golpe al cristal del copiloto del Fiat 500 que guardaba un teléfono para ella. Anteriormente había comprobado que el coche no tenía alarma —al menos, visible—, y tan solo tuvo que alargar el brazo para recoger su botín y caminar, a toda prisa pero sin correr, rumbo a cualquier lugar alejado de ese cristal roto. Teléfono en bolsillo y chaqueta puesta, todo había salido, a priori, a pedir de boca. Su codo estaba algo dolorido, pero creía poder soportarlo.

Comprobó el teléfono: batería cargada. Solo podía esperar que su propietario no cortase la línea demasiado pronto, que tuviera el tiempo suficiente de hablar con Tino Risso y, sobre todo, que éste pudiera aportar algo de luz sobre lo acontecido, en caso de que lo supiera.

Cuando se disponía a marcar el número de Tino, descubrió que sus dedos

habían tomado otra decisión, y estaban tecleando el número de la persona en la que más podía confiar realmente, ahora que su alma gemela le había sido arrebatada. Tenía que hablar con Mina. Su amiga Mina Casola era la única, aparte de Darío, que tenía conocimiento de cada zancada que daba o de cada bocanada de aire que tomaba.

Sabía que en cuanto contactase con ella o con Tino estaría dejando un rastro de miguitas de pan, exactamente igual que Hansel y Gretel; un rastro que la policía podría seguir para localizarla. No obstante, eran llamadas que necesitaba hacer. Negó con la cabeza: había tomado una decisión y la iba a cumplir.

Al pulsar el botón de llamada, el tono que escuchó la tranquilizó, sabiendo que iba a comunicarse con alguien capaz de comprender cada recoveco de la mente de Eleonora Laguzzi.

—¿Aló? —respondió con su genuina y alegre forma de saludar.

—Mina, soy Nora —sollozó.

—¿A quién le has robado el teléfono? —rió, sin sospechar que su broma era una realidad— No tengo grabado este número.

—Calla. Tengo problemas. Problemas serios.

—Vale, vale. ¿En qué te puedo ayudar?

Buena pregunta. ¿Qué podía necesitar Nora que su amiga le pudiese ofrecer? Consuelo y apoyo aparte, no encontró una respuesta satisfactoria. Y la situación no daba un margen suficiente como para que dicho consuelo tuviera cabida. Imaginó a Mina, sentada a los pies de la cama de su habitación, y no creyó conveniente hacerla partícipe de sus problemas. Bastante había sufrido ya, y aunque sabía que la ayudaría en cualquier cosa que le pidiese, supo que la elección adecuada era no inmiscuirlo en semejante embrollo.

—¿Nena? —preguntó— ¿Estás ahí?

—Sí, Mina. Aquí sigo —sonrió con tristeza ante la imposibilidad de expresar cómo se sentía—. Solo quería decirte... que eres la mejor amiga que se puede tener.

—¡Vaya! ¿Te has levantado *sentimentalona* hoy? Sabes que no es verdad —contestó serenando su tono de voz, adquiriendo un solemne matiz—. Siempre estaré en deuda contigo, no lo olvides.

—Gracias —contestó agradecida Nora—, era todo lo que necesitaba escuchar. Una cosa más: recuerda todo lo que acabas de decir, no lo olvides y, por favor —hizo una pausa—, no dudes de mí.

—Pero... ¿qué me tenías que pr...?

El chasquido de la línea al cortarse la sumió en una vorágine de pensamientos entretejidos que se solapaban entre sí, enviando una lluvia de recuerdos a la cabeza de Nora. Recordó el inicio de la amistad que la unía a

Mina, y por raro que pueda parecer, era un recuerdo que jamás hubiese querido atraer. Debido a esto, y al apremio de su presente situación, barrió con su mano toda evocación posible, y se centró en su principal quehacer.

Nora se encontraba de pie, con un hombro apoyado en los rojizos adoquines de un bloque de viviendas. Desde el prisma ajeno, nadie la hubiera considerado sospechosa de nada, quizás una persona abatida como tantas otras en una ciudad cualquiera. Sin embargo, ella se sentía oprimida y enjuiciada, y reprimía a cada segundo la tentación de ponerse cara a la pared. Debía terminar su misión con presteza.

Como bien había imaginado, recordar el número de Tino no fue excesivamente difícil. Lo había visto cientos de veces en su propio teléfono, e incluso alguna vez lo había llegado a marcar. Tras unos inquietantes cinco tonos, la cálida y segura voz del mejor amigo de Darío hizo acto de presencia en el tormentoso día de Nora:

—¿Sí? —preguntó con la curiosidad de quien no sabe la identidad de su interlocutor.

—¿Tino? Soy Nora, la... —hizo una pausa— novia de Darío.

—Ah, hola guapa, hacía tiempo que no escuchaba tu voz —comentó él con alegría—. Dime.

—A ver, ¿por dónde empiezo? ¿Cuánto tiempo hace que no hablas con Darío?

—Pues una semana o así. ¿Por qué?

—¿Tanto? —se sorprendió ella, algo decepcionada— Necesito que me digas si sabes algo que me pueda haber ocultado. Lo que sea, aunque te parezca una tontería.

—¿Qué pasa? —interrogó, algo intranquilo— ¿A qué viene tanta pregunta? Te noto alterada, cuéntame...

—Tengo prisa, Tino, y es muy importante. Contéstame.

—Bueno, bueno. No sé si debería decirte esto, espero que Darío no me lo acabe echando en cara, pero lleva varias semanas planeando algo para tu cumpleaños. No sé qué será, porque todavía falta tiempo para el día veintidós, pero...

—No —cortó en seco a Tino—. Nada de eso. Me refiero a algo gordo. ¿No sabes nada más?

—Nora, no sé lo que estás buscando, pero si Darío se entera de que estamos hablando de estos secretos...

—Darío está muerto —zanjó al fin.

—¿Cómo? —un impertérrito silencio se apropió del hilo telefónico.

—Como lo oyes— la garganta de Nora se sintió atenazada por un vigoroso

nudo que la oprimía. Era diferente pensarlo a decirlo, a escuchar con sus propios oídos la palabra *muerto*—. Ha aparecido muerto esta mañana en su habitación. La noticia estará a punto de propagarse, si no lo ha hecho ya. Probablemente salga mi nombre como sospechosa, porque yo misma he visto su cuerpo después de morir. Tienes que creerme, Tino, no tengo nada que ver. Solo he ido a verlo por la mañana y... y... —no pudo más, estalló en un llanto desconsolado y se sumergió en lo más profundo de sus penurias.

—Nora, ¿me estás hablando en serio? —Tino parecía desquiciado— No he estado en casa en todo el día y no he podido ver las noticias. Dime dónde estás y nos vemos, me lo cuentas todo con más tranquilidad.

—No, imposible, seguro que me están buscando —resolvió ella—. Veo que no sabes nada, y no puedes ayudarme. Siempre has sido una persona muy importante para Darío, alguna vez más importante de lo que yo hubiese querido, pero él te quería como a un hermano. Llórale como yo le lloro, y créeme cuando te digo que no he tenido nada que ver. No voy a huir, pero tengo que esconderme. Estoy decidida a averiguar quién le ha hecho esto a Darío. Gracias por todo, Tino.

—Nora, déjame ayudarte, vamos a...

Colgó el teléfono. Tino era una buena persona, y estaba claro que no sabía nada. Ahora estaría en estado de shock por la noticia, probablemente encendiendo la televisión para saber más acerca del asunto. Esa noche no iba a poder dormir, y estaría totalmente consternado. Nora se sintió mal al experimentar cierto alivio por no ser la única que sufría por Darío. ¿Tan egoísta era? Nada se había solucionado, pero solamente el saberse acompañada en su desasosiego pareció liberarle de una ínfima parte de su carga.

El teléfono comenzó a sonar, era Mina. Rechazó la llamada y puso el teléfono en silencio, sabiendo que Tino también llamaría de nuevo. Dos llamadas, cero respuestas. Cero por ciento de efectividad, y dos personas preocupadas por su inoportunidad.

El problema seguía presente. ¿Qué iba a hacer, ahora que la persona más cercana a Darío quedaba descartada? Aparte de Tino y la propia Nora, no había nadie importante en su vida como para saber un secreto que pudiera ocultar una muerte. A no ser que...

Carlo.

Si una cosa tenía clara es que Darío no querría confesar a su padre ni su más pequeña confidencia. En la cabeza del hijo existió temor, recelo, odio, e incluso algún día albergó respeto hacía su padre, pero nunca hubo confianza ni apoyo. Por su parte, Carlo siempre se había encargado de regar la semilla de la autoridad, dejando claro a su hijo que siempre iba a estar por debajo de él,

intentando crear un clima de sumisión que impidió que pudiera existir una relación afectuosa entre uno y otro. Si hubiera algún símil plausible para ilustrar lo que Carlo y Darío habían representado, sin duda alguna esa metáfora quedaría encarnada en un inexperto soldado y su férreo e implacable sargento.

Pero eso no quería decir que Carlo no supiera nada del asunto. Quizás Darío, en un desesperado intento por solucionar lo que le había llevado a la muerte, acudiera en busca de su poderoso padre para que lo ayudara. Si ese había sido el caso, desde luego, Carlo no había conseguido nada.

El sol había caído unos minutos atrás, y la noche se cernía sobre Bagno a Ripoli, dando carpetazo a un día que había amanecido tranquilo, como uno más, y en cuyo anochecer los sueños de Nora se habían desvanecido, como una borrachera daba paso a una terrible resaca. En este caso, la borrachera del amor había precedido a la mortal resaca que Nora estaba padeciendo.

Si había un hombre con quien no quisiera hablar en el mundo, ese era Carlo Mazzola, pero se dio cuenta de que representaba la única persona, esta vez de verdad, que realmente podía ayudarla, que podía indicarle el camino a seguir, si es que lo había. Así pues, con una pizca de miedo y otra de aversión, Nora pulsó las teclas adecuadas para hablar con Carlo.

—¿Diga?

—Carlo, sí, soy Nora.

—¿Nora? ¡Tú! —bramó— ¿Cómo te atreves a llamar? ¿Qué le has hecho a mi hijo? ¿Dónde estás? Voy a llamar ahora mismo a la policía.

—Carlo, no, déjame que te explique, yo no he hecho...

—¡Sales en todos los informativos! —exclamó de nuevo— Has huido de la policía, han encontrado tus cosas en la casa de Darío, mi pobre Darío, mi único heredero.

—Yo estoy todavía más confusa que tú —explicó Nora, aprovechando el afligido llanto de su suegro—. Había quedado con él para ir a estudiar, y cuando llegué a su casa lo encontré tirado en el suelo, ya muerto. Lo toqué, lo cogí, le lloré, y entonces llegó la policía. ¿Qué podía hacer? Iban a acusarme del asesinato, seguro.

—¿Y a ti solo te importa que te puedan encarcelar? ¿Asesinan al que proclamas el amor de tu vida y te limitas a huir? Ya se lo dije yo, que no conseguiría nada bueno estando junto a ti —la voz de Carlo sonaba realmente desangelada.

—De verdad, Carlo —insistió—, no hay nada en este mundo que yo quiera más que a Darío. Haría cualquier cosa por recuperarlo.

—Me temo que eso no va a ser posible. Mira, yo no sé en qué mientes y en qué dices la verdad, y cierto es que poco me importa, con la sangre de mi hijo

derramada en el suelo de su casa. Pero la policía te está buscando. Por el amor que mi hijo, inexplicablemente, sentía hacia ti, voy a darte la oportunidad de venir a mi casa y explicármelo, y trataremos de encontrar la mejor manera de salir de todo esto.

Nora había visto infinidad de veces los dibujos animados en los que el ratón caía en la trampa preparada para él con un succulento trozo de queso amarrado. El roedor se acercaba sigilosamente, mirando a ambos lados, sin creerse que su manjar preferido estuviera a tan solo unos centímetros de distancia. De repente, al acercar la pata al queso, la trampa mortal se cernía sobre él, atrapándolo. El ratón acababa maldiciendo su suerte y su exceso de confianza, aun cuando en el fondo sabía que nada podía ser tan fácil como le había parecido al comienzo.

Nora se veía representando el papel del ingenuo ratoncito, quien a sabiendas de que va a caer en la trampa, siente todavía la esperanza de que todo pueda arreglarse, de que su mayor detractor, Carlo Mazzola, pudiera ser por una vez un aliado.

Y ahí se encontraba, en Bagno a Ripoli, esperando un coche que la trasladara de vuelta a Florencia, de vuelta a la boca del lobo, de la que tanto le había costado salir.

La espera no se hizo larga, parecía que su suegro no quería darle tiempo para echarse atrás. El llamativo coche de lujo hizo acto de presencia, negra su carrocería, negros sus cristales, confundándose en la oscuridad de la noche, a excepción de los exclusivos faros xenón que todo lo alumbraban. Nora no era una experta en automóviles, pero la marca de este no era de las más conocidas. Carlo siempre se regodeaba de la exclusividad rodante que lo llevaba a todas partes. El coche paró a su lado, y sin tiempo de explicaciones, uno de los hombres de Carlo le abrió una puerta invitándola, si no obligándola, a entrar. Todo estaba hecho, había cambiado el destino de sus propias manos a las del hombre que menos la había querido desde que conoció a Darío. ¿Habría cometido el error más grande de su vida? La sensación en su paladar, en su mente y en su corazón era inequívoca.

El trayecto no fue largo, pues el conductor parecía tener la clara consigna de batir récords de velocidad. Pronto se vio volviendo a Florencia por la misma carretera que había usado para huir de allí, recorriendo prácticamente las mismas calles, y volviendo a un lugar muy cercano a la casa de Darío: la de su propio padre.

El apartamento de Carlo estaba ligeramente al noroeste del apartamento de Darío, a apenas unos quinientos metros caminando, y muy poco más alejado del modesto piso de la familia Laguzzi en la que Nora vivía, con lo que todo quedaba cerca. El coche, con su misión finalizada, aparcó en la puerta del

edificio, situado justo a las puertas de la Piazza Santa Maria Novella, uno de los lugares más acaudalados del centro de Florencia, donde solamente Carlo Mazzola y unos pocos hombres de bolsillo holgado más tenían el honor de poseer una vivienda.

El bloque tenía tres pisos, todos ellos propiedad de su suegro. La planta baja constaba de recibidor, salón comedor, cocina y aseo. Subiendo al nivel superior se podían encontrar las habitaciones para invitados y otro cuarto de baño, y en el tercer y último piso se encontraba la inmensa habitación de Carlo, obviamente con otro baño, y una terraza que daba a la plaza. Uno de los mejores, si no el mejor, edificio de toda la prestigiosa plaza florentina.

Nora acudió en busca de Carlo acompañada servicialmente por sus dos hombres, quienes no mediaron palabra con ella en ningún momento. Sus piernas comenzaron a temblar a medida que la distancia menguaba, todavía sin atisbar su presencia, pero sabiendo que ahí estaba, a ciencia cierta, su máximo temor. Y finalmente lo vio.

Carlo Mazzola era un hombre de costumbres. Siempre elegante, vestía un traje de seda italiano azul marino, rayano con el negro, con una camisa gris y una corbata negra como el carbón, en señal de luto por el fallecimiento de su hijo. Portaba su inseparable copa de whisky en la mano derecha, y a juzgar por el descuidado nudo de su corbata y su expresión sonrojada, no era el primer ni el segundo trago de la noche. La gruesa figura se apreciaba todavía más de perfil, que es como se le podía ver en este momento, y su pelo negro coqueteaba cada vez más con las canas con el paso del tiempo, ya que Nora hacía varios meses que no se encontraba cara a cara con Carlo. Mostraba la única expresión que ella conocía, siempre lúgubre, que esta vez se opacaba todavía más con el fuego de sus oscuros pero paradójicamente llamativos ojos verdes. Esa mirada que tanto la atenazaba se clavó en ella con semblante acusador, inquiriéndola, obligándola, empujándola a confesar.

Nora se vio acorralada por un impulso de culpabilidad, sin saber por qué. Quizás fuera la acusación de Carlo, o quizás fuera que él tenía algo de razón al culparla por abandonar a Darío en su lecho de muerte. Quizás fuera el sentir que, aunque fueran polos opuestos, en esta ocasión había algo que los unía, como lo era la trágica noticia de la muerte de Darío. La cuestión es que, sin saber cómo, Nora se vio abrazando a Carlo mientras lloraba desconsoladamente. No sabría decir si ese abrazo duró diez segundos o diez minutos, como tampoco sabría decir si su suegro llegó a empatizar aunque fuera mínimamente con su causa. Si fue así, no lo demostró.

—Por mucho que me abracés no vas a conseguir ablandarme.

—¿Cómo? —se separó de él— Yo...

—No hace falta que hables más. No sé qué parte de culpa tienes en todo esto, chiquilla, pero sé que esas lágrimas tienen más parte de culpabilidad que de pena por un novio perdido. Voy a llegar hasta el fondo de este asunto, y ahora mismo estás en el punto de mira de todo el mundo —el semblante de Carlo esgrimía, acusador, una férrea intimidación, con la que estaba minando la escasa moral que le quedaba a Nora.

—Pero Carlo, me dijiste que íbamos a hablar para solucionarlo —balbuceó ella, todavía incrédula.

—¿Solucionarlo? ¿Acaso la muerte tiene solución? No voy a ser yo quien te mande a la cárcel; desgraciadamente, ese poder no está en mi mano. Pero ten claro que no voy a facilitarte nada, y mucho menos dejarte libre para que te escapes de lo que quizás no hayas hecho, pero probablemente sí.

—¿Y qué vas a hacer conmigo? —cuestionó— ¿Entregarme a la policía?

—No lo descarto, aunque de momento no tengo tomada esa decisión —Carlo se hizo el interesante, cruzando las manos tras su espalda—. Voy a investigar por mi cuenta, y hasta que decida qué hacer contigo, vas a ocupar la suite de invitados del sótano.

—¿Suite de invitados? No recuerdo que haya ninguna...

—No la hay, pequeña, no la hay.

La carcajada de Carlo bien pudo escucharse en un par de kilómetros a la redonda.

## 4

Un nuevo día amaneció. Parecía un día normal, el sol salía por el este, y con toda probabilidad se acabaría poniendo por el oeste. Parecía un día normal, porque un viento enfurecido hacía restallar las cortinas por la estrecha abertura de la ventana que tenía sobre su mesa. Parecía un día normal, porque no había conseguido pegar ojo en toda la noche, dando vueltas y vueltas sobre una desvencijada cama cuyo estado no ayudaba al propósito del sueño.

Pero no era un día normal.

Su cabeza no había dejado de dar vueltas en la oscuridad de la noche. Pensar, pensar y pensar, y es que siempre había sabido que ese era uno de sus principales problemas. Andrea Longo era un hombre dado a usar su raciocinio, y aunque eso podía ser una notoria virtud, él consideraba esa virtud la culpable de muchas de sus malas decisiones en la vida.

Se incorporó en la cama, con los ojos cerrados, la cabeza agachada y sus dedos presionando sus palpitantes sienes, intentando darse un último respiro antes de acometer una nueva jornada. Finalmente se levantó, y encaminó sus pisadas hacia la cocina, formando una gran 'O' con su boca para de esa forma efectuar el primero de los muchos bostezos que le aguardaban en las próximas horas.

El café le supo rancio, tanto que pensó que quizás se había olvidado de añadir azúcar antes de tomarlo, pero no era así. Era el sabor de un nuevo caso en el que trabajar sin un rumbo que tomar, sin una pista que seguir, sin un indicio que buscar.

El día anterior había comenzado como otro cualquiera, esta vez de verdad. Por la noche pudo dormir algo, y el café sabía a café, sin amargura. Pero unas horas siguieron a otras, los acontecimientos se fueron sucediendo, y al llegar la noche se encontró con que tenía un asesinato que resolver, con una clara sospechosa que buscar y muchas pruebas que apuntaban a ella como clara culpable del crimen.

Todo comenzó con una llamada. Anónima, cómo no. Sospechosa, cómo no. La persona que llamaba decía haber oído un grito en la casa de Carlo Mazzola, en la Via Purgatorio. Decía ser uno de los vecinos del edificio, y decía también que en esa casa vivía el hijo de Carlo, llamado Darío. Pero cuando el agente que atendió al teléfono preguntó por el nombre de quien llamaba, el hombre colgó, justo después de decir que no quería dar sus datos porque no quería entrometerse

en asuntos turbios.

Normalmente no se le suelen dar credibilidad a ese tipo de llamadas, al no tener los datos quien llama, pero la tranquilidad de la mañana y la casualidad de tener un par de coches por la zona hicieron posible otorgar el beneficio de la duda al misterioso personaje que había llamado. Pasados veinte minutos, con los agentes en la puerta del edificio, Andrea les dio la orden de subir a inspeccionar la situación, llamar a la puerta para comprobar si había algo de realidad en la película que les habían contado.

Resultó que no había puerta a la que llamar, pues estaba abierta. Y resultó que el grito que el señor Anónimo había escuchado podía haber sido real, pues un chico yacía asesinado en la casa. Todas las alarmas saltaron. El propio Andrea se movilizó a la Via Purgatorio, y cuando llegó le informaron de que efectivamente, el cadáver correspondía a Darío Mazzola, hijo de Carlo Mazzola, un personaje importante en la ciudad de Florencia. Era un hombre que se había abierto hueco en el mundo de la moda, y su apellido daba nombre a una distinguida marca textil, Mazzola's, de las más requeridas en la ciudad. Así pues, pocas horas después de comenzar el día, Andrea Longo tenía ante sí el caso más importante desde que ascendió a *Ispettore Capo* de la *Polizia di Stato*.

No hacía mucho tiempo desde su ascenso, en realidad. Contaba treinta años desde su nacimiento, y hacía menos de uno que ostentaba su nuevo cargo. Había sido duro, llevaba diez años luchando en el mundo policial para llegar a donde estaba ahora mismo, siendo uno de los agentes más precoces de su generación. Ingresó con veinte años como *Vice Ispettore*. Dos duros años en la academia de *Ispettore* le dieron la posibilidad de abordar este nuevo rango, y tras siete más de antigüedad, con veintinueve, obtuvo el actual cargo de *Ispettore Capo*. Un duro pero exitoso camino hasta un puesto en el que, por fin, disfrutar de su profesión sin el ansia constante de escalar más.

¿Disfrutar? Eso había creído él, iluso como un adolescente ante su primera cita con una chica. Estaba sometido a más presión que nunca, con exigencias de sus superiores, peticiones de sus agentes, y más responsabilidad de la que jamás hubiera creído. Con el ascenso vinieron las noches de insomnio. Las noches de pelearse con las sábanas, de mirar la luna a través de la ventana, de levantarse a mitad de la noche para poner en orden su cabeza. Había transcurrido algo menos de un año, y poco a poco se iba haciendo con las riendas de su nuevo puesto, hasta que de repente llegó el caso Mazzola.

También le informaron de que en la escena del crimen se había encontrado un bolso, perteneciente a la novia de Darío. Identificaciones, tarjetas de crédito, teléfono móvil, perfume... Todo tipo de cosas que una mujer lleva consigo a todas horas. La situación no era nada halagüeña para la tal Nora Laguzzi, ya que

ese bolso la personificaba en el lugar donde se había producido un asesinato, concretamente el de su novio. Para agravar su tesitura, los agentes habían visto huir de la escena a una chica de su descripción y complexión física, que al ser llamada comenzó a correr. Desafortunadamente, consiguió escapar, en lo que se podía describir como una patética actuación policial.

Se había peinado la zona, enviado refuerzos por secciones circulares cada vez más amplias —a medida que avanzaba el día—, se habían extraído imágenes de Nora desde una de las fotos que tenía en su bolso para enseñar a los viandantes que caminaban por Florencia, todo ello sin ningún resultado. Se la había tragado la tierra.

“Chica lista. ¿O no?”, pensó Andrea. Huir no la iba a ayudar, ya que si finalmente daban con ella, iba a estar perdida.

Quien sí estaba perdido era él. Al llegar a la oficina le esperaba una dura reprimenda. El *Ispettore Superiore* Raffaele Gagliardi reposaba sentado en el despacho de Andrea, esperándole. Estaba fumando uno de sus característicos puros, apenas terminaba uno, ya tenía uno nuevo ocupando su lugar. No le importaba que no hubiese cenicero sobre la mesa, él tiraba la ceniza en el suelo. No era su suelo, no era su despacho.

Raffaele vestía un traje de tweed marrón, el mismo de siempre, con unas coderas de un tono más oscuro y una corbata azul totalmente a destiempo del resto de vestimenta. Su nudo, deshecho; y la camisa lucía una mancha de café que Andrea llevaba viendo varios días. ¿Era esa la imagen que debía dar un *ispettore superiore* de la *Polizia di Stato*? No lo creía. Era un hombre que veía acercarse el ocaso de su carrera; a sus cincuenta y cuatro años, estaba anclado a un trabajo en el que veía cómo muchos de sus antiguos compañeros lo miraban desde arriba en el escalafón policial. Su cargo era muy honroso; mucha gente se hubiera sentido orgulloso, echando la vista atrás en los años, por llegar tan alto dentro de un gremio tan exigente como lo era el suyo. Sin embargo, la ambición de Raffaele estaba mezclada con la rabia de saber que los había mejores que él, y eso le nublabla la mente sobremanera. Todo esto sin nombrar a Andrea, por quien sentía pura aversión: lo veía como un niño que no había hecho nada todavía para ganarse respeto alguno, y sin embargo, tan solo estaba un peldaño por debajo de sí mismo.

Esta irritación provocaba constantes rencillas entre ambos, representaba un sin vivir para Andrea. En los momentos buenos, que eran los menos, no aparecía por su despacho. No llamaba, no existía. Pero en los momentos problemáticos, en lugar de ser un apoyo, representaba una carga añadida. Se enfurecía, gritaba, daba golpes, aunque por dentro estuviera viviéndolo todo a carcajada limpia, divertido con el fracaso. Esos eran los días en los que a Raffaele le gustaba ir a

trabajar.

Y ese día, Raffaele estaba deseoso de ver a Andrea.

—¡Chico! ¡Contigo quería hablar yo! Eres un héroe —bufó sarcástico—. Toda la ciudad habla de ti.

—¿Sí? —replicó sarcástico Andrea— No me he visto en ninguna portada.

—Bueno, cuando todo un equipo policial es incapaz de atrapar a una niñata no es algo de lo que vanagloriarse, ¿verdad? Es mejor cubrirlo con alguna noticia secundaria, como la victoria de la Fiorentina.

—Déjame en paz, Raffaele, tengo mucho trabajo —las ganas de broma le habían durado poco a Andrea.

—Lo tienes, de momento. Lo de ayer fue un fracaso histórico para la Polizia di Stato en Florencia, y los de arriba están empezando a pensar que no mereces el cargo que tienes. Esta es la situación, chaval: tengo tus huevos en una mano y un cuchillo en la otra, y estoy dispuesto a utilizarlo —la delicadeza nunca había sido una de las virtudes de Gagliardi, y lo demostró con sus manos, simulando tener en cada una de ellas los objetos que había mencionado—. O solucionas esto ya, o te mando a firmar papeles hasta que te jubiles.

—¿Estás disfrutando hoy, eh? Ayer, cuando te enteraste, te reíste como hacía meses, ¿verdad?

—No te voy a mentir, no te tengo ningún aprecio, y esto no es ningún secreto; pero ¿sabes? Estás de suerte. Te doy dos días. Si en dos días no tenemos a la chica en el calabozo vas a tener serios problemas. Un descalabro se puede perdonar, sobre todo siendo un recién llegado al cargo, pero dos, y además, seguidos, serán una marca en tu expediente para toda la vida.

Y se fue. Apagó el puro en su mesa, entre las muchas marcas de otras anteriores reprimendas, y ahí lo dejó, justo después de haberle recordado su error anterior.

Andrea era joven, más todavía en relación a la función que desempeñaba. Muchos de los agentes que estaban a su cargo eran mayores que él y, algunos de esos muchos también lo infravaloraban por los mismos motivos que Raffaele Gagliardi. El resultado de todo esto fue que tenía alguna oveja negra dentro de su rebaño, que creía estar por encima de las decisiones de su recién nombrado ispettore capo.

Un día, una de esas ovejas negras desatendió una orden, lo que provocó que la resolución de un caso se retardara más de lo previsto. Fue un asunto trivial: hubo un intento de homicidio con arma blanca, en el que el agresor acabó huyendo en coche. Andrea ordenó al agente Gavioli, tras perder la pista del matón, que tomara dirección norte, porque otro agente había visto el coche objetivo, para de esa forma acorralarlo entre los dos. Gavioli, sin embargo,

desacató la orden, y se acabó perdiendo, nuevamente, la pista del objetivo. Tardaron todo ese día en poder localizar al sujeto, que durante la fuga provocó varios heridos más por atropello y multitud de pérdidas económicas para Florencia.

Al día siguiente, cómo no, Gagliardi estaba en su mesa apagando un puro. Andrea trató de defenderse, de forma estéril, de los ataques de su superior, quien, con una pequeña parte de razón, había abusado de ella para apisonar su reputación.

—Mira, chico —adoraba llamarlo así, una forma más de desdeñar a Andrea—, si no tienes la capacidad de mando necesaria para mantener a raya un grupo de agentes, mañana mejor te quedas en casa. Si no eres capaz de hacer que una orden tuya se cumpla inmediatamente, te quedas en la camita durmiendo, que se está muy bien. Pero para ser un *ispettore capo* hay que tenerlos bien puestos, hay que hacerse respetar, a base de confianza, a base de trabajo, o a base de miedo. Tú eliges la forma.

No le faltaba razón en aquella ocasión. El error no había sido directamente de Andrea, no había sido él quien había tomado la dirección equivocada. El plan de acorralamiento del individuo estaba muy bien trazado, y hubiera sido una operación exitosa. El problema había estado en la falta de confianza que Gavioli tuvo en él. Engreído como pocos, creía saber todo lo necesario para hacer su trabajo sin pensar más de la cuenta. Andrea había tenido contacto por radio con los dos agentes, sabía sus posiciones exactas, y sabía también dónde estaba el reo. Gavioli fue el peor parado de todos, desde luego, pero la autoridad de Andrea quedó en entredicho.

Pero aquello ya había pasado. Andrea tuvo una charla con sus agentes. Obviamente no con todos, eran muchos. Habló primero con los *sovrintendenti* y, después, con los agentes que tuvieron algún tipo de cercanía con el caso en cuestión. Creyó arreglar las cosas, y lo cierto es que desde entonces se sentía mejor. Habló de coordinación, habló de respeto, habló de confianza. Habló de trabajo en equipo, de interés por el oficio e interés por el bien de la ciudad, su ciudad, y el mensaje pareció calar hondo. Eran buena gente. Eran una buena sección. Eran la *III Sezione della Squadra Mobile in la Comisaría de la Polizia di Stato de Florencia*.

Alzó la mirada y observó el calendario que había colgado en la pared: cinco de diciembre de 2017. Rio con sarcasmo. Hasta entonces no se había dado cuenta, pero la maquiavélica casualidad había querido que precisamente ese día se cumplieran dos años desde que Andrea Longo estrenó soltería. Dos años en los que había aprendido lo que es perder el amor y la amistad, ambas de un plumazo. Y es que la que por entonces era su media naranja, Elia, llevaba meses

viéndose con uno de los amigos de Andrea. La palabra traición adquirió una nueva dimensión para él, por aquel entonces, ispettore ‘a secas’ Longo. Dicho cinco de diciembre, de 2016 en ese caso, fue cuando el agente de la ley desembrolló el caso más difícil hasta entonces, el caso de su vida sentimental, donde los culpables solamente cumplieron la pena de separarse del único obstáculo que tenían: él.

Tardó varias semanas en reponerse. Semanas de soledad e incomunicación, en las que sus únicas salidas eran para trabajar. Incluso en la comisaría percibieron su cambio de actitud, y le costó alguna que otra amonestación verbal. Esa comisaría fue su salvación, ya que sus propios compañeros fueron quienes le levantaron el ánimo. Longo reconvirtió ese desánimo en un renovado esfuerzo por el trabajo, al que dedicó todavía más tiempo si cabe.

Andrea sacudió la cabeza y volvió al presente; se puso a trabajar. Tenía que encontrar la forma de dar con esa chica, que era la clave de la situación. Había pasado un día entero desde todo lo ocurrido. Si era hábil y su objetivo era huir, ya estaría a cientos de kilómetros de Florencia. Había muchos casos de malos tratos o asesinatos entre miembros de una pareja al cabo del año, pero en pocos, poquísimos de esos casos era la mujer quien se tomaba la justicia por su mano. Habían revisado las pertenencias de Nora. Lo único útil fue el contenido del teléfono móvil: varios mensajes acusándose el uno al otro, pero al parecer todo había acabado arreglándose un par de horas después. ¿Entonces? ¿Dónde estaba el motivo para poder asesinar a tu pareja?

Andrea salió a la calle, tenía mucho trabajo que hacer, muchos lugares por visitar. La primera parada del día era la casa de los padres de Nora, en la que ella seguía viviendo hasta el día anterior. La madre, Francesca, era un manojo de nervios. Lloraba, lloraba y lloraba, y solo intercalaba el llanto con alguna tenue súplica. La mujer, gruesa a diferencia de su hija, tenía la cara enrojecida por el sufrimiento. Sus ojeras eran grandes, denotaban una noche de insomnio. Su marido, Filippo, estaba sentado en el sofá, fumando un cigarro y con la mirada perdida en un horizonte que solo él veía. No parecía estar presente en la casa. No contestaba a las preguntas, no hacía ningún gesto que indicara que había vida en ese cuerpo. Tan solo fumaba, una calada tras otra, un lento vaivén de humo que impregnaba la estancia y la hacía todavía más lúgubre de lo que ya era con el ambiente que en ella se vivía.

Andrea procedió a realizar las pertinentes preguntas. Usó un tono cercano, apaciguador. Su hija estaba siendo buscada por la policía por un supuesto asesinato, y Francesca no sabía nada, o eso decía, al menos.

—Francesca, ¿qué es lo último que sabe de su hija?

—Hace dos días que no hablo con ella —contestó con ansiedad—. Ayer pasó

todo esto, y el día anterior habíamos hablado, pero muy poco.

—¿Le pareció que Nora pudiera estar nerviosa la última vez que habló con ella? ¿Poco receptiva, evadiéndose quizás?

—No, fue una conversación normal, como cualquier otra. ¿De verdad cree...? —gimió, se derrumbó y trató de sobreponerse otra vez— Mi hija no puede haber hecho lo que dicen las noticias. Ella es un angelito, no tiene ninguna maldad.

—Señora, lo primero que tenemos que hacer es encontrarla, y después ya procederemos a aclarar quién es culpable de todo esto.

—Y el chico... Darío. ¿De verdad está muerto? Él también era una buena persona. Llevaban mucho tiempo juntos, ¿sabe? Él venía aquí a veces. Su familia tiene mucho dinero, pero a él no parecía importarle eso, era un chico humilde, trataba bien a nuestra hija —la madre de Nora estaba, al fin, abriendo la puerta de sus pensamientos.

—¿No discutían?

—¿Discutir? Sí, supongo, como todas las parejas jóvenes, siempre encuentran algún motivo para discutir, pero no más de lo normal, supongo. Tampoco me gustaba meterme en su relación, no soy de esas madres que están todo el día encima —quiso aclarar—. Con saber que la cuidaba yo estaba contenta.

—Francesca... Sé que la respuesta va a ser negativa, estoy seguro de ello, pero aun así, tengo que hacérsela. ¿Su hija no ha tratado de hablar con usted desde ayer, cuando se produjo el asesinato?

—¿Nora? No habría cosa que me gustara más en el mundo. Saber dónde está, saber qué pasó, que ella me cuente que no es verdad lo que se dice. Pero no —se secó las lágrimas con un pañuelo y contestó con decisión—, no he hablado con ella desde el día anterior.

—Todo es culpa de ese hombre.

Las palabras resonaron en el salón de los Laguzzi. Había sido Filippo quien las pronunciara.

—¿Perdón? —consiguió preguntar Andrea.

—¿Ya estamos con esas, Filippo? No le haga caso, inspector, tiene al padre del chico entre ceja y ceja, y piensa que todo es culpa suya.

—Porque lo es. Seguro que está detrás de todo esto. Siempre con sus aires de superioridad, por encima del resto, mirando desde arriba. Nadie importa, más que él y sus negocios —las palabras del padre sonaron con absoluta serenidad, como si hubiera estado esperando algo así desde mucho tiempo atrás.

—Pero de ahí a matar a su propio hijo hay una buena distancia, Filippo —trató de conciliar, a buen seguro por enésima vez, Francesca—. Te ciega el odio

hacia ese hombre.

Andrea les dejó discutir. Era la única forma de que Filippo se abriera y dijera todo lo que tenía en la cabeza. Desgraciadamente, no había nada más. La pobre pareja afligida solo sabía que su única hija se había esfumado sin decir nada, dejando sobre ella, y sobre sus propios padres, una pesada lacra llamada acusación.

El siguiente destino del día era el entierro del chico. Fue por la tarde, cuando el sol estaba poniéndose, dejando paso a la fría oscuridad que significaba el preámbulo de una nueva noche. Otro día estaba acabándose, el segundo, y seguían sin pistas de dónde podía estar Nora.

Cuando Andrea llegó al cementerio, el oficio había comenzado. El sacerdote estaba relatando alguna historia sobre el amor al prójimo y todo lo que se suele decir en estos casos, mientras la mayoría de gente miraba al suelo o al cielo.

Siempre que acudía a ese cementerio se acordaba de Renato. Hacía doce años desde su fallecimiento, y cada vez recordaba con menor claridad su fraternal relación. Él, inconscientemente desde su muerte, había dado a Andrea las fuerzas y la decisión necesarias para optar a la Polizia di Stato, y eso era algo que siempre le debería agradecer.

El sol asestaba sus últimos latigazos en la faz de los presentes, quienes se protegían con unas gafas que ocupaban casi la mitad de sus rostros. Fue bajando su posición hasta que dejó de atisbarse, pero las gafas de sol permanecieron inmóviles en las caras de familiares y amigos. Obviamente, el color negro acaparaba la ropa de los asistentes, y tan solo el verde del césped bregaba y contrastaba con la opacidad del entierro. Había multitud de gente, alrededor de doscientas personas, acertó a calcular Andrea. Esperó pacientemente a que finalizase el acto, y después, a que la marabunta de conocidos fuera entregando sus condolencias a la aquejada familia.

Carlo Mazzola dibujaba una pétrea expresión en su rostro. No se podía saber con exactitud si estaba enfadado, deprimido o si estaba a punto de ponerse a gritar. Su gabardina negra monopolizaba el resto de su atuendo, recorría su bajo cuerpo hasta finalizar en unos guantes igual de negros. Su mujer, Eva, sí expresaba su dolor con fuertes y chirriantes alaridos. No era para menos, pensó Andrea, acababa de perder a su único hijo.

Detrás de ellos, tres hombres aguardaban a que todo finalizara. Desde que supo de su existencia, nunca había entendido porqué una persona cuya riqueza provenía de la moda necesitaba guardaespaldas u hombres de protección como lo eran ellos. Dos estaban esperando inmediatamente detrás de Carlo y Eva, con gesto sombrío por una parte e indiferente por otra.

“Sí —pensó Andrea—, como Filippo Laguzzi había acertado a decir, daba la

sensación de que Carlo y su familia pretendían vivir un escalón por encima del resto”. Además de la escolta, también lo denotaba su coche, un *Maybach 57*, totalmente negro, cristales incluidos, que aumentaba la intimidad de Carlo durante sus trayectos por toda Florencia y toda Italia. Apoyado en él se situaba el tercero de los guardaespaldas de la familia, fumando y esperando a que todo finalizara.

Andrea esperó pacientemente a que la corriente de personas se fuera diluyendo, con idea de hablar, aunque fuera brevemente, con los padres de Darío. Gagliardi había sido tajante, y le había dicho que, en contra del protocolo habitual de estos casos, dejase un par de días de duelo a Mazzola. Órdenes de ‘arriba’. Como si no tuviese suficientes trabas para trabajar en este caso.

Se situó en la última posición de la menguante fila de sujetos que se acercaba a ellos, y cuando finalmente llegó su turno, habló.

No parecía que a Carlo le extrañase su presencia. No se conocían, no se habían visto jamás, y sin embargo, ningún indicio de sorpresa se atisbó en el rostro del señor Mazzola.

“No conoce a la mayoría de las personas que estaban aquí”, supo Andrea. “Para él, simplemente soy una persona más que viene a darle el pésame”.

Era de entender. La familia Mazzola siempre se había relacionado con un reducido círculo de amigos y conocidos, y no era raro que la mitad de los presentes fueran simples curiosos que quisieran estrechar la mano de una importante personalidad de Florencia.

—Lamento profundamente su pérdida, señor y señora Mazzola —abrió la conversación con tacto—. Soy el ispettore capo Andrea Longo, de la Polizia di Stato. Me gustaría...

—Si no le importa, hoy no, inspector. Estamos tratando de asumir la pérdida de Darío, y hoy no tenemos fuerzas para recordar lo sucedido —parecía realmente afligido, y su cabeza gacha corroboraba tal pesar—. No me cabe duda de que ustedes serán capaces de hacer perfectamente su trabajo sin mi colaboración, al menos por el momento. Le prometo que en cuanto reúna las fuerzas suficientes yo mismo me presentaré en su despacho y hablaré con usted.

No era lo que deseaba escuchar, y siempre se entrevistaba a los familiares del fallecido aunque hubiera transcurrido poco tiempo desde la muerte, pero Andrea no se opuso. Era tarde, Carlo Mazzola era un hombre poderoso que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contra, y Andrea necesitaba su colaboración. Decidió que lo llamaría al día siguiente y lo haría hablar; pero le dejó preservar la intimidad del duelo al menos en la noche del entierro de su hijo.

Quiso, antes de abandonar el cementerio, hacer una visita a Renato. Hacía meses que no se acercaba a verle, y lamentaba que fuera una cuestión laboral la

que le diera el empujón necesario para presentarse ante la lápida de su hermano. Mientras recorría las intrincadas callejuelas del camposanto, observaba los centenares de crucifijos que ocultaban tras de sí dispares historias, cada una diferente, todas ellas únicas. No lo era menos la de su hermano.

En los meses anteriores a su muerte habían mantenido arduas conversaciones acerca del futuro laboral de Andrea. Siempre había querido ser agente de la ley, pero sus padres se oponían. Querían que el menor de los hermanos Longo estudiase una carrera, y no que pusiese en peligro su vida con un oficio de riesgo como ese. Renato, sin embargo, le apoyaba incondicionalmente. Era su hermano mayor, había pasado por esa misma situación, solamente que él había sucumbido a la presión paterna, y terminó por acudir a la universidad. Por ello, encontró una manera de resarcirse ayudándole a cumplir su sueño. Andrea estudiaba sin descanso a espaldas de Massimiliano y Bianca, sus progenitores. El entrenamiento físico era un asunto más liviano, ya que ambos hermanos lo llevaban a cabo juntos, animándose y apoyándose el uno al otro.

Pero llegó el día. El fatídico día en que esos entrenamientos, esas carreras, acabaron en tragedia. Fue una tarde de Abril, ya en el ocaso, cuando las fuerzas flaqueaban. El trote era manso, menguante a causa de la fatiga, y un despiste provocó que un joven montado en su bicicleta chocara lateralmente contra Andrea. La colisión fue intrascendente, apenas unos arañazos para cada uno de los protagonistas, pero la actitud agresiva con la que el ciclista, empujado por sus bravucones amigos, se encaró, provocó una discusión que terminó siendo mortal. Un par de empujones a un Andrea que, acobardado a su reciente mayoría de edad, dejó que Renato abogase por él. Lamentaría esa decisión el resto de su vida, pues dicha pelea concluyó con su hermano mayor tendido en el asfalto de Florencia, mientras él corría con un río de lágrimas y plegarias en busca de ayuda.

Cabe imaginar el disgusto que esto ocasionó en los padres de ambos. Habían perdido al mayor de sus hijos en una reyerta innecesaria. Cuando supieron que el motivo de esas galopadas no era otro que la preparación para el futuro policial de Andrea, egoísta e injustamente atribuyeron un pedazo de la culpa al hermano menor.

La relación entre Massimiliano, Bianca y el que desde entonces era su único hijo se enfrió de forma irremediable. Los primeros no dejaban de llorar la muerte de Renato, mientras que el menor de los Longo retomó con renovado tesón sus intentos de ingresar en la Polizia di Stato. Se lo debía a sí mismo; se lo debía a su hermano. Cuando lo consiguiera, empaquetaría sus pertenencias y pondría varios kilómetros de distancia entre sus progenitores y él.

Huelga mencionar que en tan solo un año, Andrea Longo recibió su placa

como premio a tal obstinación.

Abismado en sus recuerdos, sonrió con tristeza a la lápida de Renato, al tiempo que acariciaba el frío marmol en un gesto de despedida, y dio media vuelta, volviendo a la realidad.

Un día más había transcurrido en la vida de Andrea Longo. Un día en el que esperaba solucionar algo, y no había conseguido nada. Había estado rodeado de dolor, tristeza, llanto y frustración por todos los lugares a los que había ido, sin obtener nada a cambio. Llegó a casa tarde, se tomó una cerveza que no consiguió ahogar sus preocupaciones y se dio una ducha que lo ayudase a limpiar sus ideas. Le gustaba darle vueltas a sus pensamientos mientras sentía el agua hirviendo caer por su cuerpo, mientras escuchaba el sonido de esa misma agua golpeando en el suelo de la ducha, filtrándose a través del desagüe. Se sumía en un pozo de reflexiones que rara vez le llevaban a un destino lógico, pero aun así, tras estas elucubraciones, salía de la ducha y se sentía notablemente renovado.

“¿Dónde estás, Nora?” Recordó los llantos de Francesca, su madre, y se preguntó si estaría en ese mismo momento preguntándose lo mismo que él. Ella estaba convencida de que su hija no había cometido el delito. Andrea querría creerla, pero claro, Francesca era su madre, no podía creer otra cosa de la niña a la que había criado.

Sacó de su carpeta una copia de la fotografía de Nora. Era guapa. Muy guapa, a decir verdad. Tenía una melena lacia marrón rojizo que daba color a su pálida tez, y sus profundos ojos verdes daban la impresión de poder cautivar a cualquiera. ¿Eran unos ojos inocentes, cándidos e inofensivos como parecían, o por el contrario se camuflaban en esa inocencia para albergar una pérfida personalidad? Andrea realmente quiso saberlo. Sin saber cómo, llevaba más de cinco minutos ensimismado mirando la cara de la supuesta asesina, que se había hecho famosa de la noche a la mañana.

Dejó la fotografía sobre la mesita de noche y se acostó en la cama. Tardó horas en dormirse, y cuando lo hizo, por la mañana, le pareció que apenas había dormido unos instantes.

El día siguiente transcurrió veloz y raudo, a sabiendas de que al finalizar ese día, llegaría la hora límite que Raffaelle le había impuesto. Andrea decidió no preocuparse por ello, estaba acostumbrado a la presión que Gagliardi le inyectaba día tras día, y creía poder eludirla y trabajar con la misma profesionalidad con que lo haría sin esa presión.

Uno de los agentes acudió a informarle sobre sus indagaciones. Era el encargado de supervisar las redes sociales de todos los implicados. En los tiempos que corren, Facebook, Twitter o Instagram son un pozo de información que no se debe desestimar en ninguna investigación. No sería la primera ni la

última ocasión en que se hallase la clave de un caso recurriendo a los perfiles sociales en la red. Por lo visto, éste no iba a ser uno de esos casos. Darío carecía de vínculo alguno con las mencionadas plataformas, y la sospechosa, Nora, pese a estar presente en Facebook e Instagram, no aportaba información alguna, más que varias fotos en las que posaba enviando algún beso a cámara, y alguna otra de fechas anteriores, con su novio abrazándola.

Una chica fue a visitarlo a su despacho. Decía ser amiga de Nora, y decía haberla visto el día de la muerte de Darío. Se llamaba Gina Bacceliere, y resultó ser una despampanante sucesión de curvas que hizo girarse a la mayoría de agentes de la comisaría. Ella sonreía, consciente de ser el centro de la atención, y orgullosa de ello, por lo visto. Lucía un vestido blanco, ceñido a más no poder, que moldeaba su escultural cuerpo. Su pelo negro como la noche flanqueaba un rostro perversamente atrevido, y caminaba con la seguridad de saberse poderosa.

Andrea pudo comprobar que no solo su apariencia era atrevida, sino que su personalidad no le iba a la zaga. No cesó de coquetear en todo momento con él; “bendito coqueteo”, pensó Andrea. Pero no dejó que su atención se desviara y trató de conducir a la chica a lo que tuviera que decir. Por lo visto se encontró con Nora el día del crimen, varias horas después, en un autobús por el centro de Florencia, cuando la noticia todavía no se había dado a conocer. Era un autobús que se dirigía al este de la ciudad, pero no salía de la misma, lo que hacía pensar que Nora habría tenido que tomar otro medio de transporte si había salido de Florencia. Gina no fue de mucha más ayuda, simplemente dijo que Nora llevaba el abrigo del revés y que se puso a llorar a mitad de conversación.

“Un buen recurso el darle la vuelta al abrigo. Seguro que fue así como escapaste de nosotros”. Le había llamado la atención el hecho de que Nora llorase ante Gina. Si había cometido el crimen ella, no tenía sentido llorar horas después. O quizás sí lo tuviera. O quizás Nora tuviera algún problema de equilibrio mental o... Quién sabe. Él no era psicólogo. Mandó a varios agentes a peinar la zona este de Florencia, y a otros más a buscar en los pueblos cercanos situados al nordeste, este y sudeste de la ciudad. Los elegidos fueron *Fiesole*, *Bagno a Ripoli*, *Grassina Ponte a Ema* y, un poco más al este, *Pontassieve*.

Hacía dos días desde el asesinato de Darío, y Andrea había planificado varias entrevistas a los vecinos del edificio donde se había perpetrado el crimen. La mayoría de ellos estaban aterrados. Algunos se preguntaban si sería un asesino en serie y éste sería solo el primero de muchos homicidios más. Otros se mostraban aliviados por no haber sido el objetivo del asesino, pero decían no saber nada acerca del caso Mazzola. Todos decían que no era un chico problemático, que no se le había visto discutir con nadie, y que no habían notado ninguna diferencia respecto a días anteriores. Nadie quiso identificarse como el

señor Anónimo que había llamado el día del asesinato, aunque Andrea tampoco lo esperaba.

Lo único que pudo sacar en claro fue que nadie había escuchado el grito que en teoría había proferido Darío en el momento de su muerte, como la llamada había anunciado. Esto le pareció significativo, ya que quien llamó lo había oído, y el resto del edificio no. En cualquier caso, no supo a qué atribuir esta contradicción.

Cuando Andrea acabó la entrevista con el último vecino, notó que sus fuerzas flaquearon. Ya estaba todo hecho. No sabía a qué agarrarse, no sabía cómo debía seguir la investigación, pues todas las vías estaban agotadas.

Había una clara sospechosa que se había esfumado sin dejar rastro. A decir verdad, había dejado un único rastro, el que la exuberante Gina Bacceliere le había notificado por la mañana. Pero todos y cada uno de los agentes destinados a buscar a Nora habían llamado a Andrea notificándole la ausencia de novedad. Había concebido esperanzas de encontrar algo que les condujera al siguiente paso que dar, tanto en la búsqueda de los agentes como en las entrevistas a los vecinos. Pero todo había sido en vano.

Salió del edificio, casi arrastrándose, con la cabeza gacha y pensando en el día siguiente. Ya podía ver a Raffaele disfrutando, aplastando su puro contra la mesa, junto con sus esperanzas e ilusiones. Y lo peor es que tendría todos los motivos del mundo para criticarle y crucificarle, y Andrea estaría desarmado ante todas sus acusaciones.

La noche se había cernido sobre Florencia, aunando su oscuridad a la de Andrea Longo. Montó en el coche. Encendió el motor. Escuchó el sonido de unos nudillos golpeando en el cristal del conductor. Era una anciana que caminaba con un bastón para asegurar su paso. Enarcó una de sus cejas, extrañado, al tiempo que bajaba la ventanilla para escucharla.

—¿Es usted el policía que se ocupa del asesinato del chico? —su voz era pausada hasta la exasperación, como probablemente todo en el funcionamiento de una mujer mayor.

—Sí, señora. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Usted a mí no. Pero creo que yo a usted sí.

## 5

*La gravedad hacía que las lágrimas corrieran por las mejillas de Nora, surcando su rostro y avanzando en una carrera con la meta de acabar muriendo en el suelo. Las manos cubrían su cara, intentando ocultar el estado de miseria en que se sumía su pisoteado corazón.*

*A unos pasos, ni muy cerca ni muy lejos, estaba Darío, gritando a toda persona que se cruzara en su camino y amenazando por doquier, sin atender a razón alguna. Era la peor situación en que la pareja había estado en sus dos años de relación. Habían tenido algunos roces; él era un chico demasiado celoso, y no dejaba que nadie se acercara a ella. Pero en esta ocasión la situación había ido más allá.*

*La pareja había ido a tomar algo a Caffé Slowly, uno de sus lugares favoritos para tomar una cerveza —o un refresco en el caso de Nora— y que, además, estaba muy cerca de sus casas. Un lugar íntimo en el que ambos eran conocidos y tratados con simpatía y confianza. Su propietario, Fabio, siempre bromeaba alardeando de que su negocio era el nidito de amor de la pareja.*

*Pero ese día hubo problemas. Ya había pasado la hora de la cena, era de noche, y había un grupo de personas que había bebido más de la cuenta. Darío se encontraba en el servicio, y uno de los chicos del grupo se acercó a Nora, tambaleándose y con una sonrisa alevosa en la cara. Apenas había tenido tiempo de decir nada, tan solo un par de pobres adulaciones como “¿Qué haces aquí tan sola?” y “¿Necesitas compañía?”. Se había sentado frente a ella, y no tuvo tiempo de decir nada más, pues el puño de Darío había estallado contra su pómulo.*

*El borracho cayó de bruces; todos sus amigos se giraron al escuchar el grito y el ruido ocasionado por la caída de éste al suelo. El local estaba vacío a excepción de ellos: cinco hombres más frente a Darío, escrutándolo, observándolo, juzgándolo. Nora se dio cuenta del gran problema al que se enfrentaban, e incluso el propio Darío parecía comenzar a entreverlo. Pero la ira le cegaba la mente, se la nublaba, y se le veía dispuesto a pelear contra todos esos hombres.*

*Y lo hizo. Vaya si lo hizo. Darío trató de aprovecharse del estado de embriaguez de sus enemigos, pero aun con todo eran cinco. Fabio gritaba que salieran de su local si querían matarse, pero que él no quería saber nada. Los hombres se acercaban, acorralando a su novio, acechantes. Uno intentó*

*golpearle, pero esquivó el embiste, haciendo que el atacante se desequilibrara. Darío aprovechó para empujarlo y su cabeza golpeó contra la pared. Uno menos. Otro de los hombres se había acercado mientras el primero fallaba, y golpeó con el puño cerrado. Esta vez sí hubo contacto, pero la mano de Darío había atajado el puño de su enemigo, aplacando así el dolor. Giró de la mano que había atrapado, retorciendo el brazo del hombre, que gritó como si se lo estuvieran arrancando. Cuando ya estaba de espaldas, recibió un empujón de Darío con el pie que lo dejó también fuera de combate. Dos menos. El tercero había aprovechado la pugna para acercarse, y no falló. Impactó su mano cerrada contra la cara de Darío, haciéndole palidecer, y haciendo que Nora ahogase un grito de terror. El cuarto y el quinto también se acercaron, y entre los tres derribaron a Darío.*

*Nora gritaba, chillaba, lloraba, maldecía, y todo cuanto hacía resultaba estéril, pues los hombres no le hacían caso. Su novio, su amante, su todo, yacía en el suelo, tan solo cubriéndose e intentando zafarse de los golpes rivales. Por suerte, Fabio había entrado en escena, intentando separarlos y diciendo que la policía estaba en camino. Esto pareció alertar a los hombres, que dejaron de golpear, levantaron a sus amigos y se fueron.*

*Ella se abalanzó sobre Darío. Lo abrazó, lo besó y le preguntó por su estado. “Podía haber sido peor”, pensó, pues estaba totalmente consciente y tan solo parecía tener heridas superficiales. Pero la cólera seguía poblando sus ojos, y quería salir del recinto para volver a pelearse.*

*En ese momento fue cuando Nora sintió la mayor decepción que había experimentado jamás. Su novio siempre había sido muy celoso, pero nunca había llegado hasta el punto de actuar sin pensar. Se había enfadado, había gritado, había insinuado cosas atroces, pero en el último momento siempre se había contenido, y era lo que hasta esa ocasión lo había salvado.*

*Pero ahora, había atacado, golpeado, y se había enfrentado a nada menos que cinco hombres, sin raciocinio alguno, sin pensar que era una lucha perdida, sin pensar en la seguridad de Nora, sin pensar en el pobre Fabio. Y lo peor no era eso. Lo peor era que, con todo acabado ya, seguía sin centrarse, seguía sin pensar. Continuaba obcecado, maldiciendo e injuriando. Nora se dirigió a Fabio, le dijo que al día siguiente volvería para hacerse cargo de todo lo que hubiera que pagar, y salió del local.*

*Se sentó en la acera, esperando a que Darío saliera con una disculpa en los labios. Pero no fue así. Él salió, pero seguía con su actitud ofensiva y amenazadora. No se acercó a ella, en su enfado Nora no tenía cabida. No existía nada más allá de sus gritos y sus puñetazos contra la pared. Lo oyó maldecir durante unos minutos más. Se cansó. Se fue.*

*Pasó un día. Darío llamó, pero ella no atendió la llamada. Otro día, otro, y otro más, y el teléfono no paraba de sonar. Tuvo que pasar una semana entera para que Nora accediera a coger el teléfono, y la voz entrecortada de Darío se hizo paso a través del hilo telefónico:*

*—Cariño... Ha sido el ogr...*

*—Como salga de tu boca la palabra ogro te puedes olvidar de mí para siempre. Y la próxima vez que vuelvas a hacer algo así —sentenció ella— no volverás a escucharme nunca más. No volverás a verme. Esta vez te voy a perdonar, Darío Mazzola, pero te juro por lo que más quiero, que eres tú, que la próxima vez desapareceré de tu vida para siempre.*

*Colgó el teléfono.*

Trató de abrir los ojos, impregnados en los restos de su insaciable llanto, cuando el perturbador sonido de la trampa se hizo notar. Ahí estaba Giulio, con el alimento diario de Nora. Fue un acto rápido: abrir trampa, tirar comida, cerrar trampa. Más de la mitad de lo que se suponía que debía comer se había desmoronado con el ímpetu del golpe, cayendo en el suelo.

Nora estaba pasando el mayor hambre que jamás había experimentado. El primer día se negó a comer. No aceptaba ser tratada como una esclava, como una prisionera. Carlo debía entrar en razón. ¿En qué maquiavélica mente cabía encerrar a una persona de esa manera? Hubiera preferido ser entregada a la policía. O quizás no. Después de haber escapado, el acabar en manos de la autoridad la hubiera llevado directamente a prisión, y al menos ahí, en casa de Carlo, estaba sola y nadie la molestaba. Eso pensó el segundo día, cuando Giulio le tiró la comida al suelo. Un suelo sucio, mugriento y hediondo, un suelo por el que las ratas corrían como si fuera su casa. Bueno, en cierto modo, lo era, y era Nora quien no estaba en su lugar. Desechó la idea de comerse esa inmundicia rebozada en tierra; prefirió esperar al día siguiente.

Pero tenía hambre. Más tarde se levantó y rugió a la puerta, esperando llamar la atención de alguien, demandando un plato de comida limpia. Golpeó y golpeó, pero nadie acudió. Debía de haber un largo camino hasta la estancia principal de la casa.

Ella no lo sabía porque le habían tapado los ojos en el trayecto. Arrastrada por los dos hombres, Giulio y otro de nombre desconocido, escuchó y sintió cómo bajaban escaleras, al menos dos pisos, hasta llegar a su habitación. ¿Habitación? Celda, mejor dicho.

Todo lo que había en la estancia era un camastro envejecido, descuidado y maltratado, duro como una piedra y sin sábana ni manta alguna, que la hacía pasar un frío atroz. Si al menos tuviera su ropa... Se la habían quitado a la fuerza, todo a excepción de la ropa más íntima y la camiseta interior blanca que

llevaba en el momento. También disponía de un cubo para hacer sus necesidades, cosa de la que Nora renegaba. No estaba dispuesta a perder su dignidad, por mucho que Carlo lo intentase. Además, como no entraba ningún alimento en su pequeño cuerpo, tampoco tenía una necesidad imperial de sacar nada de él.

Pero no tenía fuerzas. Su última comida había sido el sándwich del día que perdió la libertad. Era ya su segundo día ahí, y apenas tenía vigor suficiente para mantenerse en pie. Pasaba frío por la noche y recordaba esa última comida como un manjar inalcanzable.

Consiguió reunir la energía suficiente y volvió a golpear la puerta, gritando, sollozando y renegando de sus captores. Profirió insultos y amenazas, después optó por la súplica y el llanto, y finalmente acabó arrodillada con la cabeza apoyada en la puerta, propinando leves cabezazos al tiempo que entremezclaba murmullos depresivos con unas lágrimas abatidas y afligidas.

No sabía qué hora era, pues la oscuridad era total. Tan solo había una tenue luz en el pasillo que llevaba a la celda, una luz que se filtraba a través de la minúscula ventana de la puerta, y cuando estaba encendida acuchillaba con su brillante haz la impertérrita penumbra de la estancia. Escuchó unos pasos acercándose lentamente, anunciando su presencia a medida que avanzaban.

—Si sigues pegada a la puerta, más vale que te separes o acabarás aplastada.

Era la voz de Giulio. Nora gimió y se levantó lentamente, arrastrando sus pies hasta el lado opuesto de la celda, donde volvió a acurrucarse en la esquina, abrazando sus piernas y ocultando su rostro tras las rodillas. Sintió el tacto de la piedra, dura y fría, que se clavaba en su espalda. Escuchó cómo el mecanismo de la cerradura reaccionaba a la llave introducida, y la pesada puerta de metal cedió, abriéndose lentamente y dejando paso al matón.

—Esta vez vamos a hacerlo bien. Te traigo comida, y no la voy a rebozar en el suelo —traía consigo una silla, que utilizó para sentarse después de entregar el plato a Nora.

Nora devoró el bocadillo. Un bocadillo de pollo con una generosa base de *tapenade* <sup>[1]</sup>, que le supo a gloria. Ella siempre se había caracterizado por su forma de comer: lenta, pausada, insufrible para alguien que la acompañara en la mesa. Sin embargo, el sándwich de dos días atrás y el bocadillo de ese instante se habían esfumado en apenas cinco minutos. Giulio la observaba sin decir nada, divertido con la escena, esbozando una enigmática sonrisa a medio camino entre el regocijo y la compasión. Si no fuera por su carácter violento y su arrogancia, podría haber resultado incluso atractivo. Lucía un pelo negro como el ébano, largo y recogido en una coleta que le llegaba por la mitad de la espalda. Sus ojos oscuros acaparaban la atención, pareciendo hipnotizar a cualquiera que se fijase

en ellos, y los rasgos aguileños se acentuaban bajo su oscura sonrisa. Exhibía su característica perilla de varios trazos, recortada siempre hasta rozar la perfección.

—¿No me vas a dar las gracias? —se molestó él— Este plato no entraba en el menú del día para la señorita Laguzzi.

—Gracias —cedió Nora, deseosa de volver a estar a solas.

—¿Ya está? ¿Ni siquiera un “gracias Giulio, no sé qué haría sin tus favores” o “menos mal que estás aquí”?

—¿Qué hora es?

—Tarde. Muy tarde. Todo el mundo duerme —una extraña sonrisa pobló su semblante.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —cuestionó ella.

—Vas muy rápido, cielo. No te puedo decir nada más. Bueno sí, solo que Carlo va a hacer todo lo que tenga que hacer para que acabes confesando.

—¡Pero si yo no hice nada!

—Eso no es asunto mío, pequeña. ¿Has acabado? Déjame que te retire el plato. Así, muy bien. Ahora —dijo, al tiempo que se levantaba— ha llegado la hora de que le agradezcas a Giulio la cena que te ha traído.

Se quitó la chaqueta pausadamente, la dobló y la depositó sobre la silla en la que hasta ese momento había estado sentado. Los ojos de Nora se expandieron, incrédula ante la insinuación que acababa de hacer Giulio. Seguía acurrucada en la esquina de la estancia, viendo el fornido cuerpo del hombre plantado ante ella, como una montaña imposible de escalar. Por si había algún tipo de duda acerca de sus intenciones, comenzó a desabrocharse el cinturón del pantalón, con aire distraído pero pendiente en todo momento de la reacción de Nora.

—Pero, ¿tú estás loco? —se escandalizó— Hace solo dos días que han asesinado a mi novio, y me tenéis aquí encerrada como una esclava, como una prisionera, como...

—Como lo que eres —rio—. Mira, desde que el hijo del señor Mazzola te echó el guante he estado deseándote, siempre tan tímida, siempre tan inocente, siempre tan... provocativa. ¿Crees que no he notado cómo me mirabas? No te preocupes, nena, no le diré nada a Carlo, esto quedará entre tú y yo.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí! —se apartó Nora— Gritaré, alguien me oirá y vendrá a pararte los pies.

—¿Quién te va a oír? —Abrió los brazos para demostrar su omnipotencia y elevó el tono de su voz— ¡Estamos dos pisos por debajo de tierra! Grita cuanto quieras, eso solo hará que me des más placer todavía. No sabes cuánto tiempo he estado deseando esto...

Nora pasó, en apenas unos instantes, de estar preocupada, a estar

aterrorizada. Estaba sola, sin protección alguna, semidesnuda e indefensa ante un hombre de casi dos metros que la acechaba con una mirada lasciva e impúdica, inquiriendo, fantaseando con lo que él creía que iba a ocurrir. Estaba acorralada y tenía que pensar algo. Ya se había levantado, y se había subido a la cama, para de esa forma estar a una altura pareja con Giulio. Se abalanzó sobre ella, que consiguió esquivarle y huyó hacia el extremo opuesto de la habitación. Cogió el cubo y se lamentó por no haberlo llenado antes, pero en cualquier caso lo asió y lo lanzó hacia su cabeza, con puntería, con fuerza.

Giulio pareció sorprenderse ante la resistencia de Nora. Quizás pensó que iba a ser más fácil apoderarse de ella, y hubo un momento en que incluso un atisbo de temor asomó a su gélida mirada. No obstante, puso su antebrazo sobre la cara para protegerse del cubo, que pareció un juguete al impactar en su cuerpo y cayó estéril al suelo.

Y de nuevo, Nora estuvo acorralada. Esta vez sin escapatoria. Sintió que las fuerzas la abandonaban, que se desvanecían a una velocidad de vértigo. Intentó zafarse de nuevo ante la nueva acometida, pero esta vez no tuvo opción. Giulio la agarró por detrás, rodeando su cintura con un brazo, y su cuello con el otro, dejándola sin maniobra posible.

—Va a ser más fácil si colaboras y te dejas llevar —dijo él—. Puedes disfrutar de esto tanto como yo. Puedes imaginar que es Darío si quieres, puedes gritar su nombre, puedes recordar cualquiera de las veces que él te folló.

Las lágrimas caían por las mejillas de Nora, pero en esta ocasión eran lágrimas de rabia e impotencia, y liberó toda esa furia clavando sus dientes sobre la mano de Giulio. Mordió, apretó sus dientes y tiró de ellos, llorando esta vez de alegría al escuchar el sonoro alarido que el hombre profirió, y viendo cómo se alejaba de ella mientras miraba incrédulo su ensangrentada mano. También ensangrentada estaba la boca de Nora, que lucía ahora una sonrisa perversa, disfrutando de la adrenalina que le hacía palpar el corazón con un vigor desconocido hasta el momento para ella. Volvió a agarrar el cubo y se dispuso a asestar el golpe de gracia a un Giulio que seguía examinando su herida. Levantó el brazo, y cuando creyó tenerlo todo hecho, él reaccionó y, con un revés en la cara, hizo que su cuerpo liviano se topara de bruces contra el despiadado suelo.

Todo había terminado.

Nora tragó saliva. Una saliva compuesta de sangre y arena, que no alivió su angustia ni su desconsuelo. Vio cómo unos pies se acercaban a ella, la levantaban y sostenían su cuerpo, que por su cuenta no hubiera podido mantenerse en pie, para tirarla encima de la cama, una cama que le auguraba la peor de sus pesadillas. Le costó horrores abrir los ojos, y lo que vio le hizo arrepentirse de su acto. Giulio la miraba, con una mezcla de deseo y repugnancia

en sus ojos.

—Has tenido que elegir el camino difícil, ¿verdad? Has conseguido hacerme daño, pero tú has salido peor parada —un rabioso destello cruzó sus ojos—. ¿Qué me dices ahora?

—Que ha merecido la pena —Nora esbozó una sonrisa que ni ella misma se creyó.

—Al menos se puede decir que tienes carácter —concedió—. Pero siento decirte que todavía te queda lo peor.

Ella, inerte, nada pudo hacer. Trató de resistirse, trató de luchar, trató de gritar, pero ninguno de los músculos de su cuerpo pareció escuchar las órdenes de su mente. Ninguna de sus cuerdas vocales emitió sonido alguno. Su cuerpo se había resignado, supo. Nuevas lágrimas cayeron de sus ojos, mientras Giulio terminaba de quitarse la ropa.

“Que sea rápido. Al menos espero que se me conceda eso”.

Nora retrocedió atemorizada cuando sintió la cercanía y el calor del otro cuerpo, hasta que la esquina de la habitación donde estaba la cama le transmitió el mensaje: no tenía más espacio. Seguía sintiendo dolor, su pómulo izquierdo le latía, le pinchaba, le martilleaba, le hervía tras el golpe recibido.

Cuando Giulio trató de agarrarla, ella intentó eludir su mano, y creyó conseguirlo, hasta que se dio cuenta de que el objetivo no era otro que el cuello. Llegó tarde. Cuando se quiso dar cuenta, una garra letal aprehendía sin clemencia su débil garganta. Sintió que no podía respirar, que el aire no acudía a ella, y cuando estaba cerca de desistir, cuando creyó que todo iba a acabar, la fuerza opresora que la ajusticiaba cedió, devolviéndole al doloroso mundo del que pensó que iba a despedirse. Llevó sus manos al cuello a modo de auxilio, tratando de recuperarse, pero Giulio agarró sus dos muñecas, endebles e inofensivas, con tan solo una de sus grandes zarpas, apresándola de nuevo. De esa forma, la tuvo inmóvil, imposibilitada para cualquier forcejeo, totalmente a su antojo.

Él ya estaba desnudo, y a ella solo la protegía su diminuta ropa interior, lo cual no fue un problema para Giulio. Con su cuerpo bloqueaba las piernas de Nora, y con su otra mano terminó de desnudarla. Su mirada emanaba deseo. Sus ojos eran puro fuego, intimidando y atenazando a una inerte Nora, que solamente podía presenciar una violación que nunca creyó posible. No dejó de sollozar en ningún momento, algo que no pareció importar a su agresor.

Notaba su olor envolviéndola, apoderándose de ella, embriagándola, y pensó que no había vivido nada más repugnante en toda su existencia. Su mano libre la tocaba, la manoseaba, no dejaba un centímetro de su cuerpo sin palpar. Todo era brusco, carecía de sentimiento, y no había ninguna de sus acciones que la privara

de un dolor que iba en aumento. El aliento de Giulio perforaba sus sentidos, demostrando a Nora lo cerca que estaba de ella, quién había ganado la partida. Cada una de sus embestidas era una nueva puñalada sobre su desmembrado corazón, y ni siquiera el tener los ojos cerrados consiguió evadirla del averno tenebroso en el que su cuerpo se sumió.

Sintió dolor, físico y mental; sintió que su cuerpo se desgarraba literal y metafóricamente; sintió que jamás en su vida tendría fuerza suficiente para recoger los incontables añicos en los que su existencia se acababa de convertir. Giulio, por su parte, parecía disfrutar con todo aquello. No dejaba de moverse y gemir, como si fuera su primera vez. Su torso estaba perlado de sudor por el esfuerzo, y gritaba cada vez más, hasta que un colérico éxtasis se apoderó de él, que imprimió más fuerza todavía a sus movimientos para culminar su violación arrojándose sobre el cuerpo descompuesto de Nora, quien ahora gritaba de locura ante lo que acababa de presenciar, poseída por un delirio que la hacía sentirse fuera de sí. Mientras Giulio reposaba sobre ella, gritó con una voz endemoniada que lo sobresaltó. Trató de pegar, con más angustia que fuerza, con más intensidad en su voz que en sus movimientos, mientras él reía ante sus improductivos esfuerzos. Desconsolada, se zafó de su presa y volvió a esconder su cara tras sus rodillas, asomando tan solo unos indefensos ojos en los que llovía a mares.

La mole que tan solo unos instantes atrás había estado dentro de ella se levantó, y con una mirada de desprecio, rio con perversión.

—No ha estado mal, pero siempre soñé que este momento iba a superar mis expectativas, y siento decirte que no ha sido para tanto. Ni siquiera vales para eso —escupió al suelo, a apenas unos centímetros de ella, para ilustrar su comentario.

Una carcajada, sonora e interminable, acompañó su retirada, y el sonido de la puerta al cerrarse fue lo más parecido a una buena noticia que hubo escuchado en todo ese día. Finalmente, los pasos alejándose, tal y como habían anunciado su llegada, informaban en esta ocasión de que la profanación había finalizado.

No supo cuándo había cerrado los ojos. Sabía que habían sido horas las que había pasado quieta, inmóvil, dando vueltas a una cabeza incapaz de esquivar lo acontecido. Acababa de vivir el peor momento de su vida, algo que no iba a poder olvidar nunca.

¿Cómo iba a ser capaz de vivir? ¿Cómo iba a reunir fuerzas para afrontar lo que le había sucedido? No tenía nadie a quien acudir. Darío había perdido la vida, y ella deseaba perderla para reunirse con él. Se sentía un saco de huesos y carne; su cuerpo estaba mutilado, y su alma había sido apuñalada. No había salvación para ella.

Con estos pensamientos en la cabeza terminó cediendo ante una oscuridad que se apoderó de ella. Creyó que era la muerte, que al fin acudía en su auxilio; esta sensación la hizo esbozar una sonrisa perturbada, y acabó cerrando los ojos.

Soñó con Darío, soñó con su cálido abrazo que tanto la reconfortaba, y soñó que sus desquicios no eran más que nimiedades vistos desde el cobijo de los besos de su amado. Soñó que era libre, que era feliz; y albergó esperanzas de que todo volviera a ser como antes. No quería despertar, y Nora intentó aferrarse a un sueño tan vívido que pudo haber sido real tan solo días atrás. Darío le decía que no pasaba nada, que él estaba ahí con ella, y que ya no tenía nada que temer. Por un momento, tan solo por un pequeño instante, llegó a creerle. Y después despertó.

La cruda bofetada llamada realidad la golpeó con un hiriente latigazo que la alejó de todos sus anhelos. Sintió un escalofrío de odio hacia Darío; por no estar ahí, por no protegerla, por no haberla salvado de la profunda vejación que había sufrido apenas unas horas atrás. Acto seguido se sintió tremendamente hundida por haber acusado a su amor de lo sucedido, confusa por todo cuanto sentía, turbada por tantas emociones entremezcladas.

Debía tener todo un costado de su cara hinchado; el dolor y la opresión, unidos a la mugre que constreñía sus rasgos, le impedían abrir sus ojos. Tan solo lo consiguió con el derecho, el que no había sufrido daños por el golpe de Giulio, y se sintió exhausta al tener que enfrentarse de nuevo a la realidad de su reclusión. Vio la sangre en el suelo, donde horas atrás había golpeado su cabeza. Vio el cubo, que pudo ser su salvador, tirado desidioso en un costado de la estancia. Miró sobre el lecho y vio restos de sangre y barro, vio los restos de la persona que llegó a ser, la persona que en esa misma cama había muerto.

Tan pronto los pensamientos acudían a su cabeza sin disciplina alguna, conceptos al azar que no tenían sentido la mayoría de ellos, como de pronto su mente se sumía en una ausencia total de actividad, evadiéndose de todo cuanto la rodeaba.

Inmersa como debía estar en sus ensoñaciones, ni siquiera acertó a intuir unos pasos que se acercaban a ella, tal y como había sucedido la noche anterior. En el momento en que fue consciente de esos pasos, un alarido intentó salir de su boca en vano, un inmenso estremecimiento la recorrió, temerosa de lo que podía avvicínarsele. Un alegre silbido acompañaba esos pasos, cada vez más presentes, cada vez más reales. Era él.

—¡Cariño mío! ¿Ya estás recuperada de nuestra noche de amor? —se carcajeó.

Venía a por más. Estaba segura de ello. Su cuerpo se debatió entre la sumisión y la lucha, sopesando si tenía fuerzas y agallas para enfrentarse a

Giulio, o si prefería dejarse llevar y que todo acabase cuanto antes. Su orgullo la impedía quedarse ahí, pero ese orgullo había perecido la noche anterior, junto con su dignidad y su autoestima.

—Haz lo que tengas que hacer y vete —espetó Nora.

—Me halaga tu invitación, pero no me gustan las chicas fáciles como tú. Hoy vengo por una razón distinta. Carlo manda llamarte, y voy a llevarte con él. Pero antes quería hablarte de algo —tanteó la cama y se sentó junto a ella, a apenas unos centímetros—. El Sr. Mazzola no sabe nada de lo que pasó anoche aquí, y así debe seguir. Si te pregunta, que lo hará, debes decirle que la locura de tu soledad te ha llevado a hacerte estas marcas tú solita. Que estás desquiciada por haber perdido a tu novio y que la demencia se ha apoderado de ti. Lo harás así y te diré por qué: si crees que lo que pasó anoche es todo lo que puedo hacerte, es que todavía no me conoces.

La mano izquierda de Giulio, vendada a causa del mordisco de la noche anterior, acariciaba la pierna derecha de Nora. Era una caricia sutil, casi cariñosa, pero a ojos de ella eran las garras de la muerte que acudían para torturarla. La mano derecha se cernió sobre su cuello, tal y como lo había hecho en la oscuridad horas atrás, agresiva, violenta, implacable. Eran las dos caras de su acechador, una de ellas seductora, la otra voraz.

—Puedo violarte noche tras noche, golpearte, humillarte y destruirte como ni siquiera alcanzas a imaginar —susurró con perversa voz—. Si mantienes tu boca cerrada quizá, y solo quizá, te deje vivir tranquila mientras estés con nosotros. Si me jodes, te puedo asegurar que haré de tu existencia el mayor de los infiernos que se haya inventado.

Nora, intimidada, emitió un sollozo que salió del fondo de su corazón. Deseó decirle que no, que no diría nada, que sería la niña más buena que hubiera visto jamás. Todo lo que hiciera falta para que la dejara en paz. Se sintió indefensa, minúscula ante las amenazas de Giulio, e incapaz de plantar cara a alguien como él. La sola idea de luchar como hiciera la noche anterior se le antojó una locura intolerable, y no reconoció en aquella figura un sentimiento de lucha que, a buen seguro, había abandonado su cuerpo la noche anterior.

Giulio pareció interpretar su miedo y su silencio como un asentimiento. Sonrió satisfecho y salió a las escaleras del exterior de la celda. Volvió con un conjunto de ropa, que tiró encima de la cama.

—En cinco minutos vamos a subir con Carlo. Ponte eso y ponte también el disfraz de remilgada que siempre llevas. Guárdate la leona que vi anoche para futuras ocasiones —acompañó su indirecta con una sonrisa y un repulsivo guiño de ojo.

Nora obedeció, autómatamente, sabiendo que al menos iba a tener la oportunidad

de abandonar su cautiverio durante un tiempo. ¿Volvería después, o era otro su destino? ¿Dormiría esa noche allí? ¿Acaso estaría viva todavía al ponerse el sol?

Giulio acudió, fiel a su promesa, e hizo un gesto para que saliera de la celda. Al fin pudo ver el camino que la había llevado hasta ahí, hasta su infierno particular. Una sucesión de anchos escalones se alzaba ante ella, bajo el leve fulgor de una solitaria luz en la pared. Un giro, y luego otro, y tras cada uno de ellos más escalones representaban una dura prueba para ella. La atenazaba la intriga de saber si esas escaleras la llevaban a la salvación o la perdición. Finalmente alcanzaron un rellano tranquilo, vacío, en el que se podía percibir un murmullo lejano que prometía presencia humana.

Hacia allí se encaminaron, con la mano sana de Giulio siempre oprimiendo su brazo izquierdo, rehuyéndola de la remota idea de salir corriendo. Su caminar los llevó a una puerta cerrada, desde la que las voces eran claramente audibles. La de Carlo Mazzola resonaba imperativa, sabiéndose dueño de la situación.

—En efecto, ispettore, yo también estuve buscando a la chica, y la acabé encontrando —explicaba un obsequioso Mazzola—. Conseguí convencerla para que entrase en razón y no huyera, que viniese aquí, o que acudiese con ustedes. Prefirió venir conmigo. La he tenido como huésped en una de las habitaciones de la casa, y precisamente hoy iba a llamar a su oficina para notificarle que estaba bajo mi custodia y que se la iba a entregar a la policía. Ya sabe que siempre trato de ayudar en todo lo posible a su gremio.

En ese momento, Giulio abrió la puerta y entró en la estancia, con Nora por delante. Tanto el ispettore como Carlo giraron bruscamente sus cabezas, esbozando diferentes muecas en sus rostros ante el desdibujado rostro de la recién llegada. La cara del Sr. Mazzola se tornó sombría y decepcionada, y apenas un instante después miraba con reprobación a un amedrentado Giulio. Muy probablemente, de haber sabido el estado de Nora, Carlo hubiera optado por ocultarla a los ojos del ispettore, quien ya se había levantado y se estaba acercando a ella, con un gesto de sorpresa y aflicción que parecían totalmente sinceros.

—¿Qué le habéis hecho? —el silencio imperaba en la habitación, y el gesto del ispettore se fue tornando sombrío a cada segundo que pasaba—. ¡¿Qué le habéis hecho?!

## 6

Siempre que pasaba por ese lugar sonreía.

Andrea Longo siempre recordaba la ilusión de un niño pequeño al pasar por la Piazza Santa Maria Novella. Recordaba cómo su padre, Massimiliano, le había contado decenas de veces su historia, paso a paso. Cómo la basílica dominaba el panorama desde una de sus orillas. Se había imaginado en todas esas ocasiones las miles de prédicas de los monjes de la época a sus fieles, en las multitudinarias congregaciones de la Edad Media. Andrea siempre había sentido devoción por todo lo concerniente al pasado de su Florencia natal, y a su vez le inspiraba una curiosidad voraz todo lo relacionado con siglos anteriores y la historia en general.

Pero lo que realmente emocionaba a Andrea no era todo eso. Era el Palio dei Cocchi. Según le había contado su padre, se solían celebrar carreras el veintitrés de Junio de cada año, víspera de San Juan, patrón de la ciudad. Se trataba de carreras de carros, y el infantil Andrea Longo quedó fascinado ante la perspectiva de la competición a lo largo de una plaza tan célebre como aquella. Los dos obeliscos situados en ambos extremos de la glorieta marcaban el inicio y la meta de tan atractiva contienda, y se contaban por cientos las ocasiones en las que Renato y él corrieron de extremo a extremo de la explanada.

Y ahora, al menos veinte años después, el ispettore Longo se encontraba allí por una razón muy diferente. Giró su cabeza y miró a la residencia de Carlo Mazzola, desde luego no tan imponente como la basílica, pero sí un edificio digno de respeto. Su fachada, de un blanco immaculado, resplandecía bajo el implacable sol de aquella mañana de Diciembre, a la que poco le faltaba para dejar paso a una tarde que prometía emociones fuertes.

Andrea no venía, a priori, con intención de detener a Carlo. La anciana que había salvado el día anterior al ispettore no se había prodigado en detalles. No sabía la marca del coche, no sabía a quién había visto. Solo pudo decirle que, el día del asesinato, por la mañana temprano, había visto entrar a *'la chica esa que sale en las noticias'* en el edificio, pero que inmediatamente después había visto salir a un hombre alto, con prisa, que se había subido a un coche de lujo y se había ido como alma que lleva el diablo.

Tenía que ser Carlo. No él físicamente, sino alguno de sus hombres. “Coche de lujo” es una nomenclatura que encajaba a la perfección con el dueño de Mazzola's. Esto no significaba que el propio Carlo estuviera detrás del asesinato,

desde luego, pero podría ser un buen argumento con el que tratar de apretarle las tuercas.

La sombra del delito es muy alargada, y ya estuvo revoloteando alrededor del magnate de la moda en el pasado. El año anterior, 2015, tuvo un juicio por un asunto de prostitución ilegal, que quedó cerca de incriminarle. Finalmente quedó absuelto, mientras que fue uno de sus socios quien cargó con la culpa.

Además, en la comisaría habían conseguido asociar el hurto de un teléfono móvil con Nora Laguzzi, y tras rastrear las llamadas realizadas desde el mismo, habían descubierto los últimos movimientos que realizó. Tres llamadas, a tres conocidos de la chica: Mina Casola y Tino Risso en primer y segundo lugar, con los que el ispettore Longo había concertado sendas entrevistas en la comisaría por la tarde de ese mismo día. Podía ser un nuevo hilo del que tirar, y había ayudado, desde luego, a no tener que soportar esa mañana la petulancia de Gagliardi. La tercera llamada era al propio Carlo Mazzola, quien debería explicar, junto con la presencia de uno de sus coches en el lugar del crimen, la llamada que había recibido de la sospechosa del asesinato de su hijo, y la razón de no haberlo comunicado a la autoridad.

Había algo turbio en toda la situación, de eso no había duda. Mazzola era un hombre conocido por el amor a su hijo. Sabedor de que algún día Darío dilataría su legado, había estado instruyéndole con el paso de los años para que, llegado el día, el chico estuviese a la altura de las circunstancias. Éste, por el momento, había preferido seguir cultivando su porvenir, y estaba estudiando en la universidad. Andrea no podía imaginar a Carlo teniendo algo que ver con el crimen, pero su presencia en el lugar —en caso de ser cierta— a la hora aproximada en la que se cometió, introducía una nueva carta en una baraja que ya de por sí contaba con muchos ases.

Llamó al timbre. Al instante apareció una chica joven, esbelta, atractiva, vestida de limpiadora. Su pálida tez coqueteaba con los tirabuzones de su pelo y unos ojos azules que le demostraban a uno que levantarse por las mañanas tenía algún sentido. Mostraba una sonrisa resplandeciente, hasta que Andrea sacó su placa identificativa. Tartamudeó, dijo algo que Andrea no entendió y lo dejó esperando en la entrada del edificio.

Longo aprovechó esa espera para curiosear. Se encontraba en un vestíbulo algo escueto y oscuro para el nivel que esperaba en esa vivienda. Tan solo había una mesita al lado de la puerta con un pequeño marco de fotos donde se veía a Carlo y Eva, la cumbre de la familia, sonriendo en una instantánea tomada muchísimos años atrás. También había una pequeña alfombra color caoba, plagada de intrincados trazos dorados que se solapaban y enmarañaban entre sí, dando lugar a un puzzle imposible de resolver. Al ispettore le extrañó la

presentación del hogar, había esperado una suntuosidad digna de monarcas y se encontraba en una salita que podría confundirse con la de cualquier otro ciudadano de a pie.

En estos pensamientos se hallaba sumido Andrea, y habían transcurrido al menos diez minutos, cuando la sirvienta volvió. Sonreía de nuevo, pero una expresión de duda dominaba su semblante. Hizo pasar al ispettore y le indicó el camino hasta un amplio salón que, esta vez sí, hacía las veces de recibidor para los invitados.

Olvidando la antesala previamente visitada, la ostentación y la majestuosidad eran las señas de identidad de esta parte de la casa. Cuadros en todas las paredes, rodeados por unos marcos innecesariamente grandes, especialmente uno de ellos, que mostraba un retrato del *pater familias* <sup>[2]</sup> de los Mazzola. Una amplia lámpara de araña colgaba del techo, y varios sofás de cuero blanco redondeaban el mobiliario. Perfectamente planificado, el señor Mazzola acudió a recibir a Andrea en el momento en el que éste entraba en el habitáculo. Elegantemente vestido, caminaba con paso apremiante y con la mano tendida hacia él.

—¡Ispettore! —mostró sus dientes a modo de recibimiento— Tenemos pendiente una conversación, ¿verdad?

—Precisamente, Sr. Mazzola, por eso vengo —asintió él.

—Llámeme Carlo, amigo. ¿Y usted es?

—Ispettore Capo Andrea Longo —Andrea quiso recalcar la palabra ‘capo’ para que su interlocutor tuviera presente que, pese a su edad, era alguien a quien tener en cuenta.

—¡Longo, ya recuerdo! —posó una mano sobre la espalda de Andrea, indicándole el camino— Acompañeme y tome asiento, ispettore, tengo noticias para usted. ¡Valentina, tráeme un whisky! Y para el Sr. Longo... Imagino que no querrá otro, estando de servicio, ¿verdad?

—No, tranquilo, estoy bien.

Siguió a Carlo a una habitación contigua, distribuida a modo de despacho u oficina. Un gran escritorio de madera presidía la estancia, y una moqueta beige suavizaba el tacto al entrar en ella. El anfitrión se sentó en el sillón que había tras la amplia mesa y señaló a Andrea una de las dos sillas que había al otro lado. Carlo Mazzola había recuperado parte de su habitual vivacidad. Lógicamente no estaba feliz, pero al menos ya mostraba una predisposición a hablar, algo que en su anterior encuentro resultó imposible.

El empresario comenzó la conversación.

—Bien, ispettore, discúlpeme por mi negativa del otro día. Comprenderá —hizo una pausa y se palpó las sienes con ambos dedos índices— que no era un momento precisamente feliz para mi familia y no estaba en disposición de

articular palabra.

—No se preocupe, lo entiendo —declaró Andrea, que estaba deseoso de encauzar el diálogo hacia el fondo de la cuestión—. Señor Mazzola, ¿percibió usted algo inusual...? —no pudo terminar la pregunta.

—Tranquilo, ispettore, tranquilo —interrumpió Carlo esbozando una sonrisa — Es usted muy joven para ser ispettore capo, ¿no es así? Se aprecia la impaciencia de la juventud en sus palabras. Pese a ello, la suya habrá sido una carrera brillante para poder llegar hasta donde ha llegado.

—Así es, he trabajado con firmeza con el propósito de lograrlo —contestó con hastío Andrea, eludiendo las palabras de Mazzola acerca de su juventud o su supuesta impaciencia, algo que, no obstante, llevaba su carga de razón.

En ese momento Valentina les volvió a obsequiar con su presencia. Fue visto y no visto; llegó, sirvió el whisky para Carlo, y Longo no pudo dejar de apreciar que la chica dejó la botella en la mesa, a sabiendas de que su jefe la vaciaría esa misma jornada. Al ispettore, pese a no haber pedido nada, le sirvió un vaso de lo que supuso sería agua. Valentina se inclinó en un gesto servil, sonrió con delicadeza y se fue por donde había venido. Andrea vio a Carlo mirando el fondo del vaso de whisky, perdido en sus pensamientos. No lo esperaba, la verdad; estaba convencido de que se comería a su sirvienta con la mirada. Le agradó ver que no era así. Sin embargo, con el vaso en las manos volvía a parecer el mismo hombre derruido que vio unos días atrás. Callado, con la mirada sin un punto fijo. Pensando.

—Ispettore, no le quiero hacer perder el tiempo —sentenció tras salir de su aturdimiento—. Le he dicho que tenía noticias que darle, ¿lo recuerda?

—Así es.

—¡Valentina, dile a Giulio que la traiga!

Tras decir esto, Carlo miró a Andrea, esperando una reacción. No la hubo, ya que a éste no le encajaban las piezas. No entendía qué noticia podía darle que no hubiera comunicado a la policía previamente. Mazzola le allanó el camino.

—He encontrado a la chica —anunció al tiempo que sus labios se curvaban hacia arriba.

—¿Cómo?

—Como lo ha oído —se dio unos segundos de pausa, gustándose al atraer toda la atención de Andrea—. Me llamó, me dijo que la ayudara. Que ella no había sido y no sé qué sarta de mentiras. Que no llamase a la policía. La he tenido conmigo dos días, pero finalmente he decidido hacer lo correcto y llamarles.

—¿Dos días? —vociferó Longo— ¡¿Dos días?! ¿Me está diciendo que la Polizia di Stato ha estado poniendo patas arriba la ciudad de Florencia, y la chica

estaba aquí?

—Mire, ispettore, la chica ha sido toda la vida como de la familia. Era la novia de mi hijo desde hacía muchos años, tuve un momento de flaqueza en el que la creí —la torpe disculpa brotó de la boca de Mazzola, quien claramente no esperaba la disconformidad de su dialogador.

La temperatura de Andrea estaba subiendo por momentos. Afortunadamente, era una persona con capacidad para apaciguarse a sí mismo, y se recordó que lo mejor era actuar en frío.

—Explíqueme cómo pasó todo —demandó.

—En efecto, ispettore, yo también estuve buscando a la chica, y la acabé encontrando —explicaba un obsequioso Mazzola—. Conseguí convencerla para que entrase en razón y no huyera, que viniese a mi casa, o que acudiese con ustedes. Prefirió venir conmigo. La he tenido como huésped en una de las habitaciones de la casa, y precisamente hoy iba a llamar a su oficina para notificarle que estaba bajo mi custodia y que se la iba a entregar a la policía. Ya sabe que siempre trato de ayudar en todo lo posible a su gremio.

Y en ese momento llegó. La delicada silueta de Nora Laguzzi hizo acto de presencia tambaleándose, sin saber a dónde iba, posiblemente sin saber su propio nombre. Totalmente escuálida y con la cabeza agachada, a Andrea no le costó ver una llamativa hinchazón en su mejilla izquierda. Quizá Nora fuera culpable, quizá no, pero Carlo Mazzola no era quién para tomarse la justicia por su mano, ni para agredir a nadie. Definitivamente esto le hizo explotar.

—¿Qué le habéis hecho? —el silencio imperaba en la habitación, y el gesto del ispettore se fue tornando sombrío a cada segundo que pasaba—. ¡¿Qué le habéis hecho?!

Carlo estaba lívido. El asombro de su cara hacía ver que él no sabía nada, y sus labios formaban una gran ‘O’. Fue el acompañante de Nora quien habló.

—Se lo ha hecho ella sola —afirmó con convicción—. Está loca, ha estado todo el tiempo gritando y gritando. Debe estar trastornada todavía por la muerte de Darío. ¿Verdad, guapa?

—Sí, he sido yo... Echo mucho de menos a Darío, y... —Nora echó un último vistazo a Giulio; acto seguido rompió a llorar.

La chica estaba claramente coaccionada, Andrea no tenía ninguna duda. Se acercó a ella y le puso la mano en la espalda, a modo de consuelo. “Claro, acaríciala la espalda y seguro que se le pasa, Andrea”, se burló de sí mismo.

Cuando levantó la mirada, solo quedaban tres personas en la habitación.

—¿Dónde está el guardaespaldas? —inquirió con alarma.

—Se llama Giulio. Ahora viene, ispettore. Siéntese, por favor, vamos a tener una conversación pacífica, estoy seguro de que podrá calmarse —Carlo había

transformado su expresión, ahora mostraba un aspecto a medio camino entre la sospecha y la amenaza.

—¿Calmarme? —la dentadura de Andrea rechinó— Tiene usted muchas cosas que aclararme, Sr. Mazzola, y le invito a que comience ahora mismo. Empezando por el estado físico de Nora Laguzzi.

—Si le soy sincero —se explicó él—, no tenía constancia de que a la chica le hubiera pasado nada, pero si Giulio dice que se lo hizo ella misma, eso es lo que pasó. ¡Hasta ella lo ha reconocido!

—Y si le pidiéramos que dijera que es el mismísimo Mussolini, ¡lo haría! ¿No ve el estado lamentable en el que se encuentra? —miró a la chica, que agachó todavía más la cabeza con culpabilidad—. No está usted en una buena situación, Carlo. Un testigo vio su coche en la puerta de la casa de Darío el día del asesinato, a la hora en la que se produjo. ¿Le decimos a Giulio que nos lo explique, o prefiere hacerlo usted esta vez?

Era un farol. Un farol a medias. Andrea decidió ser agresivo, ya que los acontecimientos de los últimos minutos le hacían estar seguro de la implicación de Mazzola en el caso. Quizá no era culpable, pero estaba metido en el ajo. Sabía cosas. Nuevamente el asombro apareció en la cara de Carlo, confirmando el último pensamiento del ispettore. Se había delatado a sí mismo, pese a lo cual consiguió recomponerse.

—¿Tiene pruebas de lo que acaba de decir, ispettore? ¿Ese testigo está completamente seguro de que era yo quien estaba ahí? No quisiera que otro fracaso cayera sobre sus hombros, como le ocurrió hace unos meses. Es usted un hombre joven e inteligente como para tirar su carrera por la borda tan pronto. No se llene de gloria todavía, Sr. Longo, ya tendrá tiempo para triunfar.

—Veo que ha hecho los deberes, Mazzola, ha leído mi expediente. Enhorabuena, pero no me intimida el poder que usted pueda tener. De hecho, esta conversación es demasiado compleja para tenerla aquí. Va a tener que acompañarme a comisaría para que podamos atar cabos juntos.

Un atisbo de duda pobló la cara de Carlo. Realmente no había pruebas suficientes, solamente la confesión de una anciana que no había dado detalles y cuyo testimonio sería más que dudoso a la hora de la verdad. Pero eso Mazzola no lo sabía. Vio que habían cometido un fallo, que alguien había relacionado el lujoso vehículo con el asesinato de la Via Purgatorio, y una mueca de disgusto brotó de sus facciones. Miró al pasillo por el que habían venido, ¿pidiendo ayuda? Andrea miró también. Error. Carlo aprovechó la distracción para, con un gesto rápido, sacar una *Beretta 92* del cajón de su escritorio y apuntar al ispettore.

—No sabe nada, ispettore —susurró Mazzola—. Con mucho gusto le

explicaría todo lo acontecido, pero no puedo.

—¿Qué hace, Carlo? Baje ese arma y no cometa otra locura.

Andrea alzó la mano para disuadir la amenaza; no funcionó. Situó a Nora tras de sí. Carlo comenzó a moverse. Rodeó el escritorio, y poco a poco se dirigió a la puerta que daba al pasillo.

—Esta es la situación, Sr. Longo. Me voy a ir, y usted no se va a mover de donde está. Ya ha visto lo que pasó el otro día, así que entenderá que no voy a tener reparos a la hora de apretar el gatillo —estaba ya a dos pasos de la puerta.

—Piénselo, Carlo. Todavía estamos a tiempo de entrar en razón. Sabe que si escapa acabaremos cogiéndole —Andrea dio un paso hacia adelante, no estaba dispuesto a que se le escapara.

—¡No se mueva, ispettore! No querrá pasar el día de mañana entre cuatro tablones de madera, ¿verdad? ¿O le disparo a ella? Prefiero no hacerlo.

Y se fue. Dando pasos hacia atrás, con el extremo de la pistola siempre apuntando a Andrea, y cuando llegó a la puerta de salida al exterior, giró sobre sus talones y salió corriendo.

Andrea corrió también tras él, al tiempo que pedía refuerzos. Le dio el tiempo justo para salir al exterior y ver cómo Mazzola subía a una motocicleta pilotada por Giulio, quien abrió gas e hizo que ambos se esfumaran por la ‘Via della Scala’.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡¡Mierda!!

Corrió hacia su coche mientras gritaba órdenes a su radio. Más refuerzos, vigilancia, que unos agentes acudiesen a recoger a Nora a la finca Mazzola, el número de matrícula de la moto, nombres y descripción de los fugitivos... Tenían que cogerlos, no podía dejarlos huir. Subió a su coche y arrancó; tuvo que dar la vuelta. Perdió tiempo. Carlo y Giulio tenían más ligereza al llevar solo dos ruedas en lugar de cuatro. Ya no los veía, así que debía intuir hacia dónde se dirigían. Consiguió hacerlo porque allá por donde pasaban la gente estaba alborotada, con cara de sorpresa y miedo debido a la velocidad a la que circulaban.

La sirena del coche de policía atronaba en toda la ciudad, y sin embargo, dos niños despistados se interpusieron en el camino de Andrea, quien abrió los ojos como platos y pisó el freno de tal manera que creyó que su pie iba a salir por la parte delantera del coche. El chirrido de las ruedas sobre el asfalto intimidó a los niños, quienes miraban embobados hacia un coche que frenó a tan solo dos metros de ellos. Los chicos, de aproximadamente cinco años de edad, rompieron a llorar al unísono.

—¡Apartad! ¡Apartad! —chillaba Andrea, quien tuvo que bajarse del coche y dirigir a los niños hacia la acera.

De inmediato apareció una mujer, a buen seguro su madre. Al ver el espanto en la cara de los niños miró con reprobación a Andrea. Varios ciudadanos empezaban a arremolinarse alrededor de la escena, dando palmadas de apoyo en la espalda a los niños. Andrea los separó como pudo de su trayecto, ignorando las miradas acusatorias que lo acorralaban. Subió al coche de nuevo, arrancó y...  
—¿Dónde han ido? ¿Dónde se han metido?

## 7

La motocicleta era uno de los mejores inventos de la historia. En este momento, Carlo Mazzola hubiera dicho que era el mejor. Gracias a ella pudieron escapar del ispettore Longo, atravesando una sucesión de calles estrechas por las que su coche no pudo avanzar a la misma velocidad.

La adrenalina fluía por sus venas, se sentía extasiado por un momento; nervioso e inquieto, pero vivo y fascinado al mismo tiempo. Más tarde llegarían los reproches y los lamentos, ahora debían acabar lo que habían comenzado. Carlo seguía aferrado a la cintura de Giulio, que conducía con destreza zigzagueando por las esquinas del corazón de Florencia. No era tarea fácil, dada la gran afluencia de gente que circulaba por esas calles. Se aproximaban al Arno, punto clave en su recorrido.

A buen seguro el ispettore habría avisado a sus agentes, dando la alerta y poniéndoles en busca y captura. Cómo se había desmadrado todo. Tan solo tres días atrás su familia vivía una vida normal en apariencia, y ahora... Fugitivo. Carlo Mazzola, el gran mandatario de la moda, fugitivo de la ley.

—¿Mismo destino? —pregunto Giulio.

—Mismo destino —fue la réplica de Carlo.

¿Qué iba a hacer con Giulio? Siempre había sido de sus más leales empleados, no le había fallado todavía. Pero esta vez... ¿Por qué le habría pegado a la chica? De no haber sido así no estarían en esta situación. Habrían entregado a Nora a la policía y asunto resuelto. No podía dejar ese acto sin consecuencias, pero si Giulio conseguía sacarle de Florencia a salvo, quizá consiguiera salvar los muebles respecto a su reprimenda.

Y en ello estaban. Vista al frente, el Ponte alle Grazie. Ya con una velocidad moderada para no llamar la atención, sus miradas se centraban en avistar a tiempo cualquier coche patrulla que pudiera estar en su búsqueda. Con el río Arno a ambos lados, la tarea fue momentáneamente fácil. Cuando ya estaban sobrepasando el puente, Giulio giró a la izquierda, y ahí estaban. Dos agentes, con sus immaculados uniformes azules, hablaban con toda la parsimonia del mundo con otro par de civiles bajo el implacable sol de la ciudad. Carlo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Parecía que, al menos en esta travesía, todo les venía de cara. Sin embargo, uno de los agentes se giró a tiempo de verles.

Desde luego que Longo había dado aviso a sus agentes. Y por lo visto, a toda la ciudad. El rechoncho agente levantó su brazo como un resorte y salió

corriendo tras ellos, iluso al pensar que podría tan siquiera acercarse. Se dio pronto por vencido, pero a buen seguro no tardaría en dar parte de su descubrimiento.

—Gira a la derecha. Nos han visto.

Giulio no preguntó. Giró a la derecha para encontrarse con la Piazza Giuseppe Poggi. La torre de San Niccolò se alzaba señorial, supervisando todo cuanto acontecía a su alrededor. Con casi setecientos años a sus espaldas, Carlo sentía devoción por esa plaza, una mezcla de arquitectura y flora, ya que en su retaguardia se podía contemplar la Piazzale Michelangelo, con sus guardaespaldas Giardino dell'Iris y Giardino delle Rose. El verde predominaba a la vista de los turistas, y una sucesión de pendientes se entrelazaban para el deleite de los mismos. Una preciosa estampa para la que Carlo Mazzola no tenía tiempo.

Indicó a Giulio que bordeara la plaza. Los agentes les habrían visto entrar en la misma y quizá pensarán que iban a tomar su primera salida, a mano derecha. El rodear la torre para acabar tomando la misma dirección que seguían antes podría ser un cambio que no previeran. Sin embargo, les habían visto, así que tenían un dato muy aproximado de dónde se encontraban. Giulio debió pensar lo mismo, porque giró su puño para imprimir más fuerza a la moto, que rugió y avanzó vertiginosa sobre los adoquines de Florencia.

Anduvieron serpenteando por varias calles más, con el objetivo de no seguir un rumbo recto y previsible. Fuera cual fuera el resultado de esta aventura, Carlo creía estar tomando decisiones acertadas. Siempre se le había dado bien tomar determinaciones sobre la marcha, en cuestión de segundos. Gracias a ello se había librado de la prisión con el tema de la trata de blancas. Una vez pasada esa pesadilla, solamente le quedaba un recuerdo de todo aquello, y se llamaba Valentina. Con ella había vivido dos etapas totalmente opuestas la una de la otra. La primera, cuando solamente iba a ser una más, “mercancía” que quizás no llegara a siquiera a ver. Pero la vio. Y quedó embelesado. Siempre había tratado de ser fiel a Eva, y hasta la irrupción de Valentina lo había conseguido, pero la carne es débil y Carlo lo fue más. Solamente fueron un par de escarceos, una noche tonta en la que Eva estaba de viaje, y alguna otra ocasión espaciada. Después, ese cabrón de Delio Iermano le facilitó las cosas engatusando a la chica, y como quien dice, arrebatándosela. Todavía recordaba la cara de culpabilidad de Valentina cuando le reconoció que había conocido a un chico... Estaba enamorada de él, se notaba a leguas. Realmente Iermano le había hecho un favor, una tentación menos de la que preocuparse.

Desgraciadamente el negocio se fue a pique, y el afecto que Carlo le había tomado a Valentina hizo que la contratase como asistenta de su hogar. A partir

de entonces todo cambió. Fue el mismo Carlo quien decidió cortar con todo lo inmoral que quedase en su vida. Adiós a los negocios ilegales, adiós al adulterio, adiós a la angustia y el desasosiego. Iluso.

Diluido en sus propios pensamientos, habían alcanzado ya las afueras de la ciudad. Lo habían conseguido. Comenzó a disfrutar del trayecto. Pasaron muy cerca de Bagno a Ripoli, el pueblo al que Nora había conseguido huir el día de la tragedia. Había resultado espabilada al fin y al cabo, escapando de la policía y consiguiendo esconderse por sus propios medios. Pasado Bagno, volvieron a unir su camino al del río Arno, a la altura de Candelli. Sus trayectos, paralelos, le hicieron semejar dos esquíes sobre la nieve, deslizándose al unísono, viajando por el mero gozo de sentir el aire dispersándose a su paso. No era el caso, se recordó Carlo. Tenía que poner sus pensamientos en orden, empezando por Giulio.

—¿Se puede saber qué le hiciste a la ‘puta’? —gruñó el mandamás del textil.

—Jefe, no sabía que íbamos a entregársela a la policía —Giulio se justificó paupérrimamente—. Creía que iba a estar con nosotros un tiempo y... Siempre he sentido una atracción por ella.

—¿La violaste?

—Si hubiese dado su consentimiento no se llamaría violación —Giulio esbozó una maliciosa mueca de satisfacción.

—¡Era la novia de mi hijo! —protestó Carlo, aunque sin convicción.

—Vamos, Carlo, usted la odia más que a nadie. Con su hijo fuera de combate, esa muchacha solo es un trozo de carne.

A Carlo Mazzola nunca dejaba de asombrarle la perversión de Giulio. Tenía razón en parte, detestaba a Nora, pero aun así, la crudeza de sus palabras hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. Si no llevara junto a él tantos años, en ese momento tendría miedo. Claro que, por algo era una pieza tan valiosa para él.

—Sabes que si no llega a tener esa marca en la cara, ahora no estaríamos huyendo de la policía, ¿verdad? —Mazzola quiso dejar patente la culpabilidad de Giulio, que sintiera estar en deuda con él.

—No lo tenga tan claro, jefe —se defendió el esbirro—. Solo por haberla tenido retenida ese ispettore ya se la tenía jurada. Yo creo que le hubiera mandado al calabozo igualmente.

—¿Calabozo? ¿Yo? ¡Ja! —bufó un sarcástico Carlo— No lo verán tus ojos. En cualquier caso, el ispettore vino a casa porque alguien vio el coche en la casa de Darío.

—Le dije que ese era un trabajo para mí —replicó él, claramente contrariado con la decisión de dejarle al margen de ese encargo—. No nos hubieran visto si

hubiese ido yo.

—A ti te conocen, Giulio. Te conoce la chica, te conocen los vecinos, era un riesgo demasiado alto. Solo podía estar a la vista alguien que no conociese la gente.

—Aun así, ¿Leo? —se molestó Giulio— Yo creo que es el hombre más inútil a sus órdenes.

—Por eso le elegí. Ya no está a mis órdenes —rió Carlo.

—Ajá — comprendió Giulio entonces—, en ese caso cambio de opinión: no era un trabajo para mí.

Ambos rieron. Giulio era demasiado valioso para él. No podía tomar represalias por su salida de tono. No en la situación en la que estaba ahora mismo, así que decidió optar una simple advertencia.

—Mejor que no violes a nadie más si no quieres seguir el camino de Leo, ¿vale?

—Entiendo.

El asfalto iba retrocediendo bajo los gruesos neumáticos de la Ducati Monster, que engullía kilómetros con una facilidad admirable. Estaban atravesando una zona en la que se combinaba el río, con zonas boscosas e infrecuentemente alguna urbana con municipios a ambos lados. El ocaso iba acercándose y los trazos anaranjados que el sol dibujaba dotaban al cielo de unos tonos rosas y azules que hacían pensar a uno que tenía la paleta de un pintor proyectada ante sus ojos.

Se estaban aproximando a su destino, y a una tregua que Carlo ansiaba con todas sus fuerzas. Esquivar el primer envite de la Polizia di Stato había sido satisfactorio, pero no era más que el primer paso. El ispettore Longo tendría ganas de *vendetta*.

## 8

*Era un día feliz. Siempre que iban a pasar el día al campo, Nora se lo pasaba como una niña, aunque la actividad en sí fuera nula. Solo el olor del campo, las flores, el sonido del viento meciendo las ramas de los árboles... Le otorgaba una calma y una paz que la llenaban de júbilo. Habían llevado una sábana para sentarse encima; un picnic a la vieja usanza. Darío estaba ensimismado acabando una novela policiaca, “la mejor que había leído ese año”, según decía. Ella se limitaba a contemplar el paisaje, mientras mordisqueaba el tallo de una amapola que había arrancado. Había cientos, miles de ellas. De hecho, allí sentados, no se divisaba otra cosa que no fueran las rojas amapolas y el cielo azul, con el sol centelleando en lo alto. Era el mes de Mayo, la mejor época para disfrutar de la paz de los campos de la Toscana.*

*—¿Me quieres? —preguntó ella.*

*—Más que a mi vida —sonrió él.*

*Se incorporó y la besó. No era un beso de quinceañeros, apasionado como si fuera el último beso de sus vidas; era un beso más dulce; con menos desenfreno, pero más sincero y consciente de lo que era su relación.*

*Ella lo apreciaba igual. Sabía sacarle el lado bueno a todo, y le gustaba la tranquilidad de la rutina que habían creado juntos. No necesitaba nada más en su vida, más que lo que el futuro y el devenir les pudiera deparar. Convivencia, tal vez una boda, hijos... Lo quería todo con Darío Mazzola.*

*—Eso que estás leyendo... —interrumpió ella con tiento— Sabes que al final ganan los buenos, ¿verdad?*

*—¿Quién sabe? Todavía estoy esperando un libro en el que no sea así.*

*—¿Prefieres que la policía fracase, y el asesino quede libre? —se sorprendió.*

*—No te estoy diciendo eso. Me refiero a que, si en alguna novela pasase eso, al menos se rompería la monotonía de lo que acabas de decir. Y se parecería un poco más a la realidad, en la que muchas veces el asesino se libra.*

*—Pues yo prefiero que lo atrapen —resolvió ella—. Ningún asesino, real o ficticio, debería quedar libre de lo que ha hecho.*

*El vaivén de su cabeza iba a acabar por desequilibrar a Nora definitivamente. En sueños, a veces, todavía creía estar en paz, como si nada hubiera pasado. En esos sueños tenía a Darío a su lado, la besaba, la abrazaba y le decía que todo había pasado. Poco después, despertaba con una película de sudor sobre su*

cuerpo que le recordaba que no era así.

Eso había pasado esa última noche. Había soñado —más bien recordado— con uno de los muchos días que pasó con Darío en el campo. Solían hacerlo muy a menudo.

Era curioso: normalmente la gente tiene pesadillas mientras duerme y, al despertarse, siente alivio al volver a la vida real y comprobar que todo era tan solo un mal sueño. En el caso de Nora era todo lo contrario: soñaba plácidamente por la noche para encontrarse por las mañanas con una pesadilla real.

Habían pasado ya dos días desde que el ispettore Longo la había salvado. Dos días sin novedades después del polvorín de la casa de Carlo Mazzola. Todavía tenía que recapitular para tener claras todas las noticias de esa jornada.

“1: Estoy viva.

2: Estoy a salvo.

3: Carlo mató a Darío.

4: Después huyó con Giulio.

5: No se sabe dónde están”.

No era broma. Lo tenía todo apuntado en un papel, y lo primero que hizo la mañana siguiente fue leerlo y releerlo para inyectarlo así en su cerebro.

Ahora tenía una nueva casa. No era suya, obviamente. El ispettore le estuvo explicando que la trasladarían allí para protegerla. Probablemente Carlo estuviera más preocupado de esconderse él que de silenciar a Nora, pero toda precaución es poca, y más en un caso como aquel.

Pasó la primera noche en la comisaría de la Polizia di Stato. No estuvo sola, el ispettore Longo se encargó de quedarse con ella y procurarle todo lo que necesitara. Hizo guardia mientras ella dormía y, al día siguiente, le dio la noticia de su nueva residencia. Por la tarde ya estaba instalada en lo que sería su hogar durante... No sabía cuánto tiempo.

No podía quejarse, pese a todo. No tenía permiso para salir a la calle, y tenía órdenes estrictas de no acercarse a las ventanas ni abrir las cortinas que, las veinticuatro horas del día, debían estar cerradas. Pero al menos estaba tranquila, y era libre dentro de esas cuatro paredes. Y sola. Estaba comenzando a apreciar la soledad, algo que siempre había caracterizado a Darío, y no a ella.

Se levantó de la cama y se hizo un *espresso*. Al menos había recuperado eso. Algo de autonomía e intimidad. Ay, intimidad. Giulio se la había robado toda. El agua de la ducha hizo su trabajo, frotó y frotó hasta enrojecer todo su cuerpo. No era suficiente. Nunca sería suficiente. Se acuclilló, lloró y gritó, intentando ahuyentar los recuerdos de la violación. “Giulio, siempre lo recordaré. Pase el tiempo que pase, te aseguro que me vengaré”. Los servicios médicos de la

comisaría le habían suministrado una pastilla —bendita pastilla— para evitar el embarazo. Nada peor que un hijo de ese animal.

Tenía también un teléfono nuevo, suministrado igualmente por la policía. Su cometido debía ser únicamente la comunicación con Andrea o, en su defecto, alguno de sus agentes; tenía prohibido también su uso personal. Ningún tipo de contacto con sus padres.

Pudo hablar con ellos, sin embargo, el día que estuvo en comisaría. Una llamada desde el teléfono del ispettore, y la voz suplicante de sus padres, todavía negándose a aceptar que finalmente su hija estaba viva, llegó a sus oídos.

Sus padres. Con todo lo que había pasado, y no habían existido para ella durante el cautiverio. No se había parado a reflexionar sobre lo mal que lo estarían pasando. Su madre, puro sentimiento; no dudaba que habría llorado mares y océanos por su pérdida, por la ausencia de noticias, por la duda de si su hija era una asesina. Y su padre, aunque todo lo guardase dentro; su corazón habría estado a un paso de estallar, ya fuera de tristeza, decepción o histeria. Finalmente tuvo razón: él siempre supo que Carlo Mazzola no traería nada bueno. No les contó nada acerca de la violación, por supuesto. Era un mal trago por el que nadie más que ella debía pasar. De esa forma, también, protegería su maltrecha intimidad.

Como si le estuvieran leyendo la mente, el teléfono propiedad de la Polizia di Stato comenzó a sonar estruendosamente.

—¿Sí?

—Nora, soy Andrea... El ispettore Longo —anunció con voz dubitativa.

—Ah, hola, ispettore —contestó ella con aridez.

—¿Cómo estás?

—Bien... Bueno, dentro de lo posible —la voz de Nora titiló al evocar uno de sus muchos hirientes recuerdos.

—Ya, entiendo —reinó un silencio incómodo—. ¿Necesitas algo para la casa?

—Todo está bien, tranquilo. ¿Saben algo nuevo de Carlo?

—De momento nada —la decepción del ispettore traspasó el hilo telefónico—. Estamos buscando sobre sus últimos pasos, poniendo todos nuestros recursos para localizarlos. En cuanto haya algo serás la primera en saberlo.

—Gracias, ispettore.

—Llámame Andrea —aclaró.

—Gracias, Andrea —accedió ella.

—Nora...

—¿Sí?

—No quiero que te parezca mal, pero, sabes que tenemos un psicólogo en la

comisaría a tu disposición, ¿verdad?

—Tranquilo, Andrea —sonrió Nora—, creo que puedo arreglármelas sin él. Gracias por el detalle.

—Igual que si tienes necesidad de hablar con alguien en cualquier momento... no dudes en llamarme. Veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, ¿vale? —Andrea quiso, estérilmente, sembrar la semilla una sonrisa en donde no podía florecer.

—Tomo nota, ispettore, tomo nota. De momento prefiero que dé caza a los malos.

—Eso haré —asintió—. Te dejo, Nora, cuídate.

Nora sintió náuseas. Sabía que el ispettore Longo tenía la mejor de las intenciones, pero tras su experiencia con Giulio estaba comenzando a odiar irracionalmente al género masculino. Donde había un ingenuo ofrecimiento, ella veía una insinuación. Donde había una petición, ella veía una orden. Sabía que estaba siendo injusta, de modo que prefirió no pensar más en Andrea.

No podía, sin embargo, quitarse a Giulio de la cabeza. Sus manos, sus sudorosas e inmensas manos acechándola, arrancándole la poca ropa que tenía, profanándola, hiriéndola de muerte. Su miembro entrando en ella sin permiso alguno, desgarrando todo su ser, tanto física como moralmente. Definitivamente, Nora odiaba a los hombres.

Y hablando de hombres. Uno más a la lista de seres humanos infames y despreciables. Carlo. ¿Qué persona podía ser capaz de asesinar a su propio hijo? Sangre de su propia sangre, heredero, primogénito... Todo. Y además, Darío, que pese a todo, sentía devoción por su padre. Lo peor de todo es que Carlo también parecía sentirla por su hijo. Hasta que lo mató. O bien el patriarca de los Mazzola era un soberbio actor, o faltaba una parte de la historia por contar.

Nora decidió que divagar no la iba a ayudar. Tenía que mantener su mente ocupada, hacer algo que la distrajese. Encendió el televisor. En tres de los cinco canales principales hablaban de ella. Del caso. Tertulias en las que destripaban la noticia que llenaba todas las bocas; *el culebrón de las Navidades* como ya lo llamaban. “Una familia destruida por la malicia del potentado del textil”. En esa parte no se equivocaban, al menos.

Esa no era forma de evadirse, desde luego. La casa volvió a quedarse en silencio tras pulsar Nora el botón de apagado, y cruzó las manos. ¿Qué hacer? Se asomó a la ventana. Lo tenía prohibido, pero se sentía atrapada entre esas cuatro paredes. Simplemente abrió una rendija de una de las cortinas.

Afuera llovía. Las gotas golpeteaban en el cristal de la ventana con un constante repiqueteo que amortiguaba el sonido de la calle, y la lobreguez del día contrastaba con lo pintoresco de los paraguas que cubría a los ciudadanos de

Florenxia. Un abanico de rojos, amarillos, morados, y un sinfín más de colores que daban algo de alegría a una opaca jornada invernal. Nora ni tan siquiera recordaba donde estaba la casa. El trayecto de ida lo hizo inmersa en sus propias preocupaciones, dándole trabajo a una cabeza cuya necesidad era parar. Inspeccionó la calle. Era estrecha, lo justo para que cupiera solamente un coche. No la conocía o, al menos no la recordaba. Dedujo que no debería estar muy lejos de la comisaría, por si hubiera necesidad de actuar. Además, pese a no ser capaz de ubicar la calle, el tipo de edificios era semejante al de esa zona. Los edificios eran antiguos, al igual que el que ella misma habitaba, y en ellos predominaba el grisáceo característico de la piedra, santo y seña del casco urbano de la ciudad.

¿Qué le impedía irse? Desaparecer de Florenxia, de Italia, no volver jamás, comenzar de cero. Ideas todas ellas atractivas en ese momento para Nora. Podría buscar un nuevo lugar donde vivir. Podría huir a Suiza, siempre había sido un lugar atractivo para ella. O Francia. Por posibilidades no sería.

Pero realmente, pensó, de ninguna de esas maneras podría recuperar a Darío. Y esta vez quería tener en cuenta a sus padres. Ya habían padecido lo suficiente. Ahora la habían recuperado, y solamente tenían que esperar un tiempo prudencial para volver a abrazarla. Además, ya no se la consideraba sospechosa, por lo que no había motivo real para huir. Solamente quedaba encontrar a Carlo y todo habría terminado.

“Todo habrá terminado”.

Pese al eterno dolor en su corazón, esas palabras sonaron seductoras en su interior.

¿Qué le depararía el futuro? Nora se dio cuenta de que no había pensado más allá de lo inmediato. Ahora tenía tiempo para hacerlo. Estaría bien desconectar. Todo lo que acababa de pensar con intención de huir, bien podría ser una buena alternativa una vez que todo hubiese acabado. Salir del país, evadirse, abstraerse y comenzar una nueva vida, pero esta vez de forma legítima, con conocimiento de sus padres y con vistas a encontrar algo que le otorgase una mínima ilusión por vivir.

Mientras seguía replanteándose su futuro, decidió ducharse. Desde que salió de la casa Mazzola, se duchaba unas tres veces por día. En parte, para seguir despojándose de todo cuanto oliese a Giulio; en parte, por la tranquilidad que le daba el agua cayendo sobre su cuerpo. Era su refugio habitual contra los problemas. El sonido de las gotas cayendo en el mármol, el impacto de las mismas sobre su piel, el salpicar del agua en su rostro... La ayudaban a escabullirse de la realidad. La hacían verlo todo desde otra perspectiva, la hacían creer que había una salida.

Pensó en el ispettore. Andrea. Ignorando su última sensación respecto a él, el enfado repentino surgido de la conversación de unas horas atrás, creía en él. Pensaba que era una persona capaz de resolverlo todo; después de todo, la había salvado a ella. Parecía honrado —no se fiaba, en cualquier caso; nunca podría hacerlo ya—, y eso es más de lo que podía decir de nadie en ese momento.

Una lucha bipolar se estaba librando en la mente de Nora. Se repudió a sí misma por pensar en otro hombre bajo el agua de la ducha. Ese espacio estaba reservado para Darío. Debía guardar luto por él.

Sin embargo, no conseguía apartar al ispettore de su mente. Ni mucho menos pensaba en él de una forma romántica; simplemente se estaba dando cuenta de lo importante que iba a ser él en el devenir de sus próximos días, quizá semanas.

“Andrea Longo. Todo está en tus manos”.

## 9

—Vamos a ver, agente Tibaldi, por enésima vez. ¿Qué estaba usted haciendo cuando los dos sospechosos pasaron por la calle que le correspondía vigilar?

—Estaba comentando la operativa con mi compañero... —comenzó a balbucear, tembloroso.

—¿Comentando la operativa? —exclamó— Es la tercera vez que le pregunto, y es la tercera respuesta diferente que me da. Y en cualquier caso, ¿no había operativa que comentar! Solo tenía una misión a la que ceñirse: ¡vigilar, retener y, en caso de no poder hacerlo, avisar! ¡Nada más!

—Discúlpeme, ispettore Gagliardi.

—No le disculpo, Lucio, no le disculpo —suspiró Raffaele—. Salga de mi vista cuanto antes. Va a pasarse los próximos meses ordenando papeles. ¡Y eso si tiene suerte!

Un cabizbajo Lucio Tibaldi se fue de la sala con paso apesadumbrado. Su rolliza figura luchaba por dar la talla; cada vez que veía a cualquier superior, Andrea podía apreciar como encogía su abdomen con intención de aparentar una mejor constitución. Además, era el claro ejemplo de lo que no se debía hacer estando de servicio; esta vez estaba desprevenido haciendo a saber qué cuando Carlo Mazzola y su matón pasaron por su localización.

Respecto al ispettore superiore Gagliardi, si había algo que se le daba bien era activar al personal. Y si tenía una razón verdadera por la que reprender a la persona en cuestión, se dedicaba en cuerpo y alma a ello.

Andrea se disponía a salir del despacho de su superior. Se levantó de la silla y dio un par de pasos, pero la idea de irse sin tener que escuchar otra vez a Raffaele era demasiado jugosa para llegar a cumplirse.

—Longo.

—Sí.

—No tenemos nada —su voz sonó afligida.

—Lo sé.

—Este caso va creciendo según pasan los días. Lo que era un asesinato de una persona importante de la ciudad se ha convertido en la noticia de portada de cada periódico.

—Si me disculpa, Raffaele... Cuanto antes me ponga a trabajar...

—¡Escúchame, Andrea! —un silencio sepulcral se hizo tras el estallido de

Gagliardi—. Esta vez va en serio. No es un caso más, no lo digo porque tu puesto esté en juego, como también lo está el mío. En un caso de este calibre, si la cagamos nos vamos los dos a la mierda. Y además, está en juego el honor de todo el departamento.

—Raffaelle, lo sé mejor que nadie —la voz de Andrea sonaba templada y capaz—. Leo los periódicos, veo las noticias. Sé la magnitud que tiene esto. Todo lo que tengo que hacer es ponerme a trabajar. Si Mazzola está huyendo, cada hora que pasa está más lejos de nosotros.

—De acuerdo, Longo. Ve.

Abrió la puerta.

—Andrea.

—¿Sí?

—Demuéstrame el gran policía que eres —sentenció—. Haz que me trague mis palabras.

—No lo dude —Andrea aceptó el desafío—. No hay nada de lo que tenga más ganas.

Tenía su punto, el cabrón de Gagliardi. Cuando se quitaba su careta de hostigador y se mostraba tal cual era... seguía siendo un imbécil, pero como motivador no tenía precio. En un plazo de diez minutos había creado un cargo de conciencia gigantesco en Lucio Tibaldi, quien, si volvía a tener la oportunidad —cosa que Andrea dudaba—, se andaría con más cuidado a buen seguro. Y también había estimulado a Andrea con el arma más potente que tenía: el odio hacia su superior.

Andrea caminaba por los pasillos con fuego en sus ojos. Iba de un lado para otro, ordenando sus pensamientos, con más obsesión que frialdad; con más quiero que puedo. Su carrera pendía de un hilo. Si salía victorioso, sería un héroe, la persona que resolvió *el culebrón de las navidades*. Si no lo conseguía, probablemente lo mandarían a ordenar papeles con Tibaldi, y eso en el más afortunado de los casos. Tras cinco minutos deambulando, se frenó a sí mismo, se dijo “calma, Andrea, calma”, y entró en su despacho.

Lo cierto era que, por mucha motivación que le diese Gagliardi, había poco con lo que trabajar. La Polizia di Stato había perdido la pista de Carlo y Giulio todavía en Florencia, una vez cruzado el Arno, y no sabían la dirección que habían tomado. El inútil de Tibaldi no había sabido dar más datos sobre lo que había visto. Solamente que la moto había girado a la derecha en la Piazza Giuseppe Poggi y que, cuando él llegó corriendo, ya no había rastro de ellos.

—¿Y no se le ocurrió preguntar a la gente que había en la plaza? —preguntó Raffaelle furioso.

—Preguntamos a varias personas —declaró el agente, creyendo esta vez

saber la respuesta—. Según parece, había más de una motocicleta en la plaza. Unas personas decían haberla visto meterse todavía más en la ciudad, otras habían visto cómo volvía a salir de la plaza siguiendo el curso del río.

—¿Preguntó cómo era cada moto? ¿La matrícula? ¿Pidió detalles que pudieran diferenciar a los sospechosos para saber por dónde se habían ido?

La negativa del agente Lucio, acompañada de un sombrío y apesadumbrado gesto, consiguió que el ispettore superiore apagara uno de sus puros con vehemencia sobre la mesa.

Andrea miró al mapa. Tenía uno, de dos metros cuadrados, inmenso, con un plano, una cuadrícula en la que se veía el recorrido de Mazzola desde Santa Maria Novella hasta Giuseppe Poggi, con una gruesa línea que dibujaba su camino, igual que cuando un navegador guía nuestros pasos en un viaje.

Tenía otro plano del mismo tamaño con una vista de águila de Florencia y sus ciudades vecinas. Posibles destinos. Destinos cercanos, destinos lejanos. Pueblos pequeños, ciudades grandes. Prato, Empoli, Pistoia, Bagno a Ripoli — donde Nora se había refugiado en su escapada—, Fiesole, San Piero... Podría ser cualquier lugar. La lógica decía que debían haber escapado hacia el este, ya que esos eran sus pasos cuando les dieron esquinazo pero, ¿se trataba de una estratagema? ¿Estaban quizás esperando a esquivar a la Polizia para cambiar de rumbo? No había forma de saberlo.

También había otro mapa, este más pequeño, en el que solo se veía la Piazza Giuseppe Poggi, con otra línea que indicaba por dónde había entrado la moto, y dos trazos que se separaban. Uno giraba a la derecha sin llegar a entrar en la plaza, el otro bordeaba su centro para volver a encontrarse con el río Arno. Exactamente las versiones que los testigos habían dado. Dos rojos signos de interrogación, uno en el extremo de cada opción, daban forma a la incógnita que circulaba en la mente de Andrea.

“¿Dónde han ido?”

El ispettore apoyó las palmas de sus manos en los bordes del plano de la plaza. Miró la opción A, que era la que entraba en la Via de San Niccolo para torcer a la derecha, y así volver a adentrarse en Florencia. Esa opción daría validez a la idea de un destino al oeste de la ciudad. Enrevesado, pero plausible. Sería una buena manera de dejar en jaque a la policía.

Cambió su vista a la opción B, la que volvía a juntarse con el río, con una salida cercana por el este de Florencia. Sus probables destinos serían las ciudades que se avistaban en esa dirección.

Habían llegado a la conclusión, tanto él como Gagliardi, de que Mazzola debía tener un aliado que lo cobijase. Era absurdo que se escondiera en sus propiedades —pese a lo cual, obviamente, se había certificado que no lo había

hecho—, como también lo era que huyese sin una dirección determinada. No había atravesado la frontera, ya que se había reforzado la vigilancia y se estaban realizando los pertinentes controles en las aduanas.

No. Un hombre como Carlo no huye sin un lugar seguro donde guarecerse. Ahí es donde el aliado desconocido del pez gordo de la moda había entrado en acción. Pero ¿de quién se trataba?

Debía aclarar sus ideas.

¿Sería buena idea volver a llamar a Nora? Había hablado ya varias veces con ella, apenas unas horas atrás. No quería insistir demasiado, no sería profesional. Ella necesitaba estar en paz consigo misma, olvidar, llorar por Darío, llorar por sí misma. El caso es que no podía quitarla de su cabeza. Sus ojos verdes, esos profundos ojos aceitunados, con un eterno gesto de amargura a causa de la pérdida de su amado.

El caso es que Andrea estaba hechizado. Sabía que era impropio; él era un agente de la ley que debía centrarse en su caso. Sabía, además, que el profundo duelo de Nora impedía que hubiera conexión alguna entre ellos. Y, como colofón, a la chica la habían violado apenas dos días atrás. “¿De verdad, Andrea? ¿Ese es el tipo de persona que eres? ¿Alguien seducido por una mujer de luto y violada?” Al menos podría reconducir ese afecto en pos de protegerla, y evitar que le ocurriese cualquier otra desgracia.

No había lugar para nada que no fuera una relación estrictamente profesional. Andrea torció el gesto. “Quizás en otra vida”.

Divagó un rato más, dio varias órdenes, pidió colaboración a las autoridades de las ciudades y pueblos más cercanas. En Florencia no había rastro de él.

El Jueves ocho, día de la huida, un equipo policial había irrumpido en Mazzola's. En Florencia se contaban dos tiendas de la firma, y en las afueras de la ciudad, al este, se hallaba la sede central. Todo el mundo, desde el agente de menor rango hasta Gagliardi, estuvo convencido de que Carlo se habría atrincherado ahí. Andrea tuvo un pellizco de ilusión, contagiado por sus camaradas, pero su inicial reticencia fue la que dio en la diana. Los agentes se toparon únicamente con caras de oficinistas asombrados que nada decían saber. Esa misma tarde se hizo un exhaustivo interrogatorio a cada uno de los empleados, los cuales, primero temerosos, después cansados, y finalmente malhumorados, respondieron todo lo que sabían: nada. Salvo los encargados de las dos tiendas y un par de oficinistas, nadie tenía contacto habitual con Carlo. Algunos empleados ni siquiera lo conocían en persona.

“Esto es una pérdida de tiempo”, pensó.

Frente a sí mismo estaba Claudio Tadeo, vicepresidente de Mazzola's. Vestía un traje gris marengo, de su propia firma, una camisa blanca cuyos puños

sobresalían de las mangas de la chaqueta luciendo el brillo de unos gemelos personalizados, pues ambos mostraban ‘CT’ en plateado. Una fina corbata carmesí certificaba la elegancia de Tadeo, algo esperado en un hombre que vive de la moda. Su cara no era elegante en estos momentos, ya que esbozaba una mueca ignorante, temerosa, la de un animal salvaje liberado en pleno Manhattan. No cesaba de aflojarse el nudo de la corbata. Parecía culpable, a pesar de que no lo era.

—Dígame, Claudio —requirió, palpando sus reacciones para saber por dónde atacar—. ¿Por qué está tan nervioso?

—Porque ustedes quieren de mí una información que no poseo. Hace dos semanas que no hablo con Carlo. Cada vez tiene menos contacto con la empresa, simplemente se presenta una vez al mes para firmar papeles, y cuando ocurre algo fuera de lo común, hago una llamada para pedir confirmación —Tadeo miraba a Andrea en un gesto de súplica.

—De acuerdo —cedió el ispettore Longo—. Hemos comprobado sus llamadas, al menos en esa parte tiene razón. Tranquilícese, solamente voy a quitarle unos minutos. Necesito que me diga con quién ha tenido contacto Carlo en los últimos años. Socios, colaboraciones con otras empresas, empleados con mayor roce, así como enemigos, clientes con quejas. Lo habitual, ya sabe.

—Sin ánimo de ofenderle, ispettore. Somos una empresa internacional. Hemos tenido cientos de socios, hemos colaborado con muchas empresas, tenemos decenas de miles de clientes. La lista que usted me pide contaría con más de mil nombres —se quejó Tadeo, nervioso de nuevo—, por no hablar de lo costoso de su elaboración.

—Tiene razón, en parte. Conocemos la dimensión en la que se mueve su empresa —explicó el ispettore—, pero no le estoy diciendo que me proporcione cada hoja de reclamaciones que se haya puesto en Mazzola’s. Le pido una relación de gente cercana, de amenazas graves, de peligros reales. No solamente buscamos la ubicación de Carlo, también necesitamos conocer el trasfondo de esta historia.

De la conversación se traslucía la evidente falta de pruebas de la policía. Andrea se daba cuenta de lo difícil de su petición. Si Tadeo les proporcionaba un extenso listado de nombres, tardarían semanas en encontrar una pista que les guiase. Si les daba una lista menor, cabía la posibilidad de haber pasado por alto a alguien y quedarse en blanco.

Sin embargo, dos días más tarde, Longo tenía la lista delante suya. El vicepresidente de Mazzola’s había sido tan eficiente como la mejor secretaria, y Andrea tenía ante sí la misión de filtrarla al máximo y sacar de ella el mayor jugo posible.

Comenzó con una limpieza básica; una eliminación de las personas con las que Carlo no tenía contacto desde varios años atrás. Firmas de moda con las que hubo una colaboración, conocidos mudados a otros países. Tras una hora de revisión, en la que tuvo que buscar información de varias personas y empresas para clasificarlas, quedó una lista de treinta personas. Veinte de ellas vivían en Florencia y, aunque no había que descartarlas, pensó en quitarles prioridad, pues era más probable que el destino de Mazzola se hallase fuera de la urbe florentina.

Debía pensar en la mejor forma de afrontar cada conversación, pero había que poner el teléfono en marcha. Comenzó con Rodolfo Imburgia, que había tenido negocios con Carlo hasta pocos meses atrás. Su firma, Rodia, estuvo a la sombra de Mazzola's muchos años, hasta que decidió que era mejor nadar junto al pez gordo y así aprovechar sus migajas. Finalmente el trato no llegó a buen puerto, y el presidente de Rodia zanjó la colaboración con unas declaraciones a la prensa en las que dejaba claro que la relación entre ambas marcas no era precisamente buena. Quizá los problemas con la ley de Mazzola tuvieron algo que ver.

Andrea sabía que esta iba a ser la conversación más fácil de las que le aguardaban. Usó un tono neutro y amable, ya que sabía que Rodolfo le daría la información que tuviese sin necesidad de exprimirle. No sacó nada en claro, más que una serie de improperios hacia Carlo.

Segunda conversación. Gilberto Macci, amigo de la infancia. No tenían mucha relación, por lo visto Mazzola se desligó de él cuando le llegó la fama. Típico. Dijo no saber nada de él en los últimos dos años. No tenía por qué creerle, pero tampoco tenía razón que le dijera que mentía.

Habían estado investigando las llamadas realizadas y recibidas por Carlo en los últimos meses, y no había nada reseñable. O bien no había pista que buscar ahí, o bien estaba utilizando un teléfono sin registrar. Ahí radicaba la impotencia del ispettore Longo a la hora de tensar la cuerda con sus interlocutores. Si no había prueba alguna de contacto con Mazzola, no había ningún indicio en el que apoyarse para presionar.

Siguió llamando. Vacío la lista de diez personas que no vivían en Florencia, y comenzó con la veintena que le aguardaba. El primer nombre de esa segunda lista era Domenico Schiavone. Este hombre fue el principal agraviado por el proceso criminal de la prostitución ilegal. No él, realmente, sino su hijo, Adamo. El chico acabó pagando los platos rotos. Famosa fue la escena en la que lloraba arrodillado en el momento de su detención. La cara de odio de Domenico hacia Carlo fue foto de portada en los periódicos al día siguiente.

—Schiavone —contestó una hosca voz al otro lado.

—Hola, Domenico, soy Andrea Longo, ispettore capo de la Polizia di Stato.

—¿Y?

—Imagino que conoce la noticia de portada en Florencia en los últimos días —oyó cómo Domenico carraspeaba y asentía al otro lado de la línea—. Queríamos saber si usted ha tenido algún tipo de contacto con él últimamente, o si sabe algo acerca de su paradero.

—Bueno, ispettore —suspiró—. Hace meses que no hablo con Carlo, desde el juicio. Y como comprenderá, no es una persona a la que le tenga mucho aprecio después de todo lo sucedido.

Andrea no sacó nada de él. Ya lo imaginaba antes de marcar su número. Si había una persona sin motivos para cobijar a Carlo Mazzola, esa era Domenico.

La labor comenzaba a resultarle tediosa. Llamar y no conseguir nada. Gente que no sabía de Carlo desde hacía meses, años. Gente que sí había tenido contacto, pero aseguraban estar asombrados ante las noticias de los últimos días. “¿Cómo va Carlo a matar a su propio hijo? Estaba orgulloso de él”. Y un sinfín de manidas aseveraciones que contradecían la teoría de la policía.

Con el paso de las llamadas, el nombre de Schiavone surgía de nuevo. Un amigo de Carlo dijo haberle visto hablando con Domenico en una de las tiendas Mazzola's unas semanas atrás. Fue un comentario de pasada, sin mayor importancia. Andrea preguntó la fecha, y esta era posterior al ingreso en prisión del pequeño de los Schiavone. Curioso.

Decidió llamar al vicepresidente, Tadeo. Al preguntar por Domenico, Claudio gritó con un gallo en su voz, sorprendido y asustado, y dijo que sí, que unas tres semanas atrás el señor Schiavone se había reunido con Carlo, pero no sabía nada más.

Tocaba investigar. Tiró de hemeroteca y, tras desechar varias noticias, encontró lo que buscaba.

Al parecer, Domenico quería fraguar un buen futuro para Adamo y le introdujo en negocios con Carlo, ignorando las materias que éste trataba. El joven, embriagado por el frenesí de la juventud, se sintió atraído por la naturaleza de estas ocupaciones, y dejó a un lado la ética y la moral que pudieran disuadirlo. Así, el chico terminó convirtiéndose en pupilo de Mazzola, y acabó siendo gerente de sus asuntos turbios. Sin embargo, llegado el juicio, Carlo se las arregló para que solamente Adamo cargase con la culpa.

De forma que realmente Adamo sí era culpable. Igualmente, la treta de Carlo para zafarse de la prisión era deleznable, pero al menos tenía una base.

Longo llamó a dos de sus agentes y los mandó a casa de Schiavone. Debían llegar antes de que éste tuviera opción de marcharse.

Así que había que llamar a Domenico de nuevo. Pero esta vez Andrea tenía

que mostrar su lado agresivo.

—Schiavone.

—De nuevo el ispettore Longo.

—Dígame.

—Verá, Domenico, no sé por dónde empezar —gruñó Andrea—. Quizá usted quiera acompañar a su hijo en la cárcel encubriendo a un asesino fugado, o quizá, vaya usted a saber por qué, todavía le hace favores al hombre que hizo que Adamo esté preso.

—No sé de qué me habla, ispettore —Domenico no se amedrentó.

—Yo le diré de qué le hablo —Longo tomó aire para comenzar su exposición—: tengo varias personas que afirman haberle visto con Carlo Mazzola en las últimas semanas. Quizá se le olvidó esa parte cuando me dijo que no hablaba con él desde el día del juicio.

—Bueno, Longo. Quizá tenga usted razón —admitió Domenico—, pero no diré una palabra más sin mi abogado. Y ahora voy a colgar.

—¡Espere!

Andrea no podía permitirse más retrasos. Ahora había encontrado una pista, SU pista, y no podría demorarse más a la hora de seguirla. Necesitaba captar la atención de Schiavone.

—¿Cuántos años de condena tiene su hijo? ¿Ocho? ¿Diez?

—Trece —transmitía su angustia con su voz.

—¿Y cuántos años tiene ahora?

—Veintinueve.

—Es decir, que si ha cumplido poco más de un año, y tiene veintinueve, será libre con unos... cuarenta o cuarenta y un años aproximadamente —el ispettore calculó con deliberada lentitud para que sus palabras calasen en el ánimo de Domenico.

—Sí —repuso él con ánimo decaído.

Andrea dejó que el silencio hiciese su papel, mellando el coraje de Schiavone.

—¿Qué le parece si rebajamos esa condena?

—No puede hacerlo —zanjó él—. Fue un caso famoso. Ningún juez lo permitiría, y la prensa se le tiraría al cuello.

—No sé si se ha dado cuenta, pero este caso está siendo todavía más famoso. Tengo a mis superiores impacientes. Claro que puedo hacerlo.

—Lo quiero por escrito —dispuso.

Bingo.

—Lo tendrá —confirmó la voz de un radiante ispettore—. Dígame dónde está Carlo y lo tendrá.

—No tan deprisa, Longo —Schiavone pisó el freno—. Lo quiero por escrito *antes* de hablar. No diré una palabra hasta que no vea un papel frente a mí que me haga sonreír.

Mierda. Se la había jugado ofreciendo una rebaja en la condena, y ahora tenía que conseguirla de verdad. Gagliardi iba a escupir fuego. Al menos esperaba que Domenico tuviera realmente la información que necesitaban, y que esto no fuera una total pérdida de tiempo.

—Joder, Schiavone —se quejó Andrea—. Como Mazzola escape... Venga cagando leches hacia aquí.

## 10

Izquierda, derecha; izquierda, derecha. El paño sacaba pacientemente el lustre a sus oscuros zapatos. Con temple, con sosiego, con calma, Domenico Schiavone finalizaba sus quehaceres antes de dirigirse a la comisaría. Debía estar impecable. Era el momento.

Necesitaba centrarse, tenía que dar lo mejor de sí mismo en su próxima reunión. El futuro de Adamo dependía de ello, y ya le había fallado una vez.

Eran las ocho de la tarde; en un día normal estaría ya enfundado en una manta, leyendo unas últimas páginas antes de dar por finalizada una jornada más de su ahora mohína existencia. Entró en la cocina. Sobre la encimera había una fila de latas de Stella Artois vacías. Abrió la nevera, otras seis cervezas esperaban con impaciencia ser abiertas. Una promesa de olvido y postergación. “No”.

Cerró la nevera y salió a la calle.

“Se acabó la bebida por hoy. Gana la libertad para tu hijo, y después beberás, pero para celebrarlo”.

Los últimos días habían sido asquerosos. No era suficiente el peso sobre sus hombros, la insufrible carga de tener a su hijo preso. No, Carlo tenía que hacerlo todo más insoportable. Sus palabras todavía resonaban en su interior: “Mis contactos no se limitan solo a Florencia. Tengo amigos en prisión. Me basta con una llamada para que tu hijo vuelva a formar parte de todo esto. Solo tú puedes dejarlo al margen”.

¿Sería verdad? ¿Ese malnacido tendría tanto poder?

—¿Por qué acudes a mí, Carlo? Tienes cientos de amigos. ¿Por qué yo? —un atisbo de emoción, a medio camino entre la impotencia y la amargura, asomaba por la voz de Schiavone.

—Precisamente por eso, Domenico —expuso Carlo—. Doy por sentado que van a buscarme en casa de mis amigos. Pero no en casa de mis enemigos.

Schiavone recordaba la tarde en la que se habían encontrado, varias semanas atrás, en la sede central de la requerida firma textil. Tenía grabada la faz de su acérrimo enemigo, a medio camino entre el odio y el orgullo de saberse con el mando de la situación, mientras saboreaba el último trago de un vaso de whisky.

Pero tenía razón. La Polizia di Stato había tardado dos días en hacer sonar su teléfono. Domenico lo esperaba, estaba preparado para esa conversación, y pareció aplacar el interés del ispettore. Pero pasadas unas horas éste volvió a

llamar con la certeza de su implicación. El plan estaba perfectamente tejido por Carlo, pero la mala fortuna había querido que alguien reparase en esa reunión. O bien Mazzola había sido descuidado respecto a ello, o bien alguien le había traicionado.

La comisaría quedaba a apenas un kilómetro de distancia, así que decidió caminar hasta allí. Vio cómo de un coche aparcado frente a su casa asomaban dos cabezas; el ispettore no quería dejarle escapar. “Tranquilos, no voy a ninguna parte”, pensó al tiempo que inclinaba levemente la cabeza para anunciarles que era conocedor de su presencia.

Desde luego que no iba a ningún lado. Lo había pensado, no obstante. Había pasado por su mente la idea de llamar a Carlo, avisarle de la amenaza, del avance de la policía y del próximo peligro que se le aproximaba, pero, ¿y después qué? ¿Más exigencias? ¿Más amenazas? Carlo Mazzola era insaciable, y si tenía la mínima oportunidad de ejercer su poder sobre Domenico, no dudaría en hacerlo. Era el momento de atacar, de borrar a ese cabrón de su vida, de que fuera él quien se hundiese en la miseria esta vez.

Todavía recordaba el día en que Adamo ingresó en prisión. Nunca podría borrarlo de su mente, de hecho. Era un día soleado, un 27 de Mayo de 2015. Un día demasiado bonito para perder la libertad. Domenico siguió al furgón que trasladaba a su hijo a la prisión de Sollicciano, para apenas poder cruzar una mirada más con él. Una mirada que le dijo todo cuanto necesitaba. Una mirada de culpa, una culpa que pasó de Adamo a Domenico, y que éste llevaba consigo desde entonces.

Sí, el chico era culpable. De hecho, la sentencia no era engañosa en ese aspecto. Adamo cogió las riendas de la trata de personas con motivo de explotación sexual apenas un par de años atrás. Domenico no sabía nada, desde luego; él solo trató de conseguir un empleo prometedor para su hijo, y ¿qué mejor promesa de futuro que una colaboración con el rey de la moda en Florencia? Él quiso interesarse por el negocio, pero Adamo le hizo dar un paso atrás. Quería independencia; quería responsabilidad. Quería dejarle a un lado. Mazzola le dio autoridad y Adamo quedó cegado por el poder, por la lujuria, y el dinero terminó por nublarle la vista. Su padre estaba conforme, y no reparó en los síntomas que le podrían haber avisado de que algo no iba bien: las despampanantes compañías de su hijo o las exorbitantes cantidades de dinero que gastaba. Cuando se destapó la trama, Adamo descubrió que Carlo lo tenía todo previsto para no ser él quien cargase con la responsabilidad.

Inmerso en sus pensamientos, Domenico había llegado a la comisaría. Abrió la puerta con parsimonia; había reflexionado sobre la situación y sabía que el tiempo era una de sus mejores armas. En la amplia estancia que le recibió se

libraba una batalla de sensaciones. Varias personas, civiles, aguardaban en la sala de espera, hastiados, sin brillo en sus ojos. No era un lugar alegre, desde luego. Por otra parte, una sucesión de agentes entraban y salían de las numerosas puertas que había alrededor de las cuatro paredes de la sala; la urgencia guiaba sus pasos. Y en el centro de la estancia, dando vueltas de un lado para otro, impaciente, estaba el ispettore Longo. No lo conocía, pero no hacía falta para saber que era él. En cuanto le vio, giró sobre sus talones y se dirigió con paso firme, tendiendo ya su mano hacia Domenico.

—Schiavone, llega tarde —sus ojos delataban ansiedad.

—No se acelere, ispettore —bromeó él—. Las prisas no suelen ser buena compañía.

—Acompáñeme —contestó Longo omitiendo el comentario—, el ispettore superiore Gagliardi nos está esperando.

Una sucesión de pasillos les guio hasta su destino. Una nueva sala les aguardaba, pero en ésta, el cristal de recepción y la multitud de sillas eran sustituidos por unos cubículos donde los agentes tecleaban en sus ordenadores. Alrededor había varios despachos, y Andrea le invitó a pasar a uno de ellos. Un hombre grande, con un puro en la boca, le hizo un gesto para que se sentase. Parecía una invitación, pero era una orden. Lucía una descuidada barba de varios días, y su semblante no era precisamente el de un amigo, con el ceño eternamente fruncido como muestra.

—Bienvenido, señor Schiavone. Soy Raffaele Gagliardi, ispettore superiore de la Polizia di Stato. Como comprenderá, el tiempo nos apremia. Necesitamos que nos dé datos concretos acerca de la ubicación de Carlo Mazzola. Nuestra prioridad es encontrarle cuanto antes...

—Espere, ispettore —Domenico alzó una mano—. Si quieren obtener esa información, tendrán que concederme lo que les pida. Se lo dije al ispettore Longo.

Schiavone acertó a ver cómo Gagliardi ponía los ojos en blanco, para después fulminar con la mirada a su subordinado. No debía gustarle esa parte del trato.

—¿Hay algún problema con eso? —cuestionó con desconfianza.

—Ninguno, ninguno —contestó Gagliardi mirando a la mesa—. Precisamente mientras le esperábamos hemos mandado redactar los papeles. Aquí los tiene.

Le tendió unos folios. Domenico los cogió, impaciente, entusiasmado ante la idea de ver a su hijo en la calle. Sin embargo, frenó sus impulsos, miró al pie de la última hoja, y dijo:

—No.

—¿No qué?

—No me basta.

—¿Cómo que no le basta? A su hijo le queda más de una década en prisión, nosotros le concedemos una rebaja en la condena de cuatro años, ¿y dice que no le basta? —si las palabras pudiesen herir, las de Raffaelle Gagliardi serían cuchillos.

—Así es —espetó Domenico—. Viniendo aquí he puesto en juego no solo mi integridad física, sino la de mi hijo. No me voy a ir de aquí con menos de un indulto.

Gagliardi estalló de rabia. Longo se llevó las manos a la cabeza y se dio la vuelta.

—¡Un indulto! ¡Nada menos que un indulto! —vociferaba el ispettore superiore—. ¿Ha oído, Longo? ¡Un indulto! Aquí el señor Schiavone quiere un indulto para su hijo, el que traía mujeres de otros países para prostituirlas. ¿Cómo lo hacía, Domenico? Dígame, ¿venían las mujeres y su hijo las subastaba a los peces gordos? “*Esta me gusta, Adamo, ¿cuánto pides por ella?*” ¿O directamente las mandaba a la calle a follar contra su voluntad?

Hubo una pausa. En efecto, estas palabras acababan de herir a Schiavone. No fueron pocas las veces que él mismo pensó en esas chicas, las víctimas reales de todo aquello. Su hijo no era una mala persona, pero al fin y al cabo había colaborado con todo aquello. No dudaba de su arrepentimiento, pero eso no lo hacía más fácil.

Domenico estaba sopesando sus opciones. Había pensado exprimir al máximo el acuerdo, pero con una persona tan volátil como la que tenía frente a sí, todo podría irse al garete. Sin embargo, no debía olvidar que era él quien tenía la sartén por el mango, y era él quien debía poner las condiciones.

—Usted verá, Gagliardi —amenazó él—; no soy yo quien tiene un asesino convicto que atrapar.

—¡Será...! Si esto llega a pasar hace treinta años, cuando se torturaba a la gente para sacar información... —la burrada proferida por el ispettore superiore terminó por exasperar a Andrea Longo, quien hasta el momento había aguardado por razón de su rango.

—¡Calma, señores! —terció el ispettore Longo—. No somos enemigos. Tenemos diferentes objetivos, pero todos ellos son compatibles —miró a Gagliardi—. Tranquilícese, Raffaelle. No es forma de tratar a un testigo. Sin ánimo de ofenderle, creo que esta conversación puede ser más... dinámica, si la tengo yo con el señor Schiavone.

Su superior abrió la boca, hasta el punto de que el puro que sostenía estuvo a punto de caer despedido. El propio Domenico estaba asombrado ante la

sugerencia que acababa de formular Longo. No le faltaba razón, pero decirlo en voz alta era un paso más allá de sus atribuciones. Schiavone aplaudió interiormente el coraje del joven. El superior se dirigió a la puerta, y cuando estaba a punto de cerrarla, dijo a Andrea:

—Lo quiero hoy —decretó con gélido semblante—. Aquí. En la sala de interrogatorios. Si no es así —amenazó—, despídete de tu puesto.

El estruendo que hizo la puerta al cerrarse hizo que toda la sala adyacente se girase a mirar.

—Ya lo ve —dijo Longo, como si nada—, todos tenemos presión para conseguir nuestros objetivos —hizo una pausa—. En cuanto al suyo, Domenico, debe entender que es simplemente imposible. No hay nada que podamos hacer. ¿Cree que si estuviera en nuestra mano, con la urgencia que tenemos, no se lo íbamos a ofrecer? ¡Claro que sí! Todos sabemos que su hijo fue traicionado por Carlo, no me costaría nada firmar un documento de indulto para su hijo, si estuviese en mi poder. Estoy convencido de que, pese a las circunstancias, es una buena persona que fue vencida por la tentación.

El ispettore hizo una pausa para dar consistencia a sus palabras, y volvió a retomar su exposición.

—Y lo mismo digo de mi superior, tampoco está en su mano lo que nos pide. El papel que le hemos dado es lo máximo que podemos conseguir. De usted depende aceptarlo y reducir la condena de su hijo. O rechazarlo, en cuyo caso su hijo cumplirá la condena íntegra y Carlo Mazzola será libre para seguir amenazándole.

Este Andrea Longo no parecía el mismo que le había recibido apenas diez minutos atrás en el vestíbulo de la comisaría. La impaciencia había sido sustituida por la serenidad. Quizá al ver desbordado a Gagliardi había decidido tomar las riendas del caballo antes de que se desbocase. Por mucho que le doliese, Domenico supo que el ispettore decía la verdad. El tiempo les acuciaba, y el único propósito de la policía era atrapar a un asesino.

—¿Presentarán cargos contra mí?

—Le puedo asegurar que no —informó Longo con firmeza—. Entendemos el motivo por el que cedió al requerimiento de Mazzola.

Domenico Schiavone se levantó. Con paso temeroso, echó una última mirada al ispettore, todavía suspicaz por lo cerca que lo tenía. Solo tenía que decir una dirección y todo acabaría. Su hijo estaría cuatro años más cerca de la libertad, y Carlo Mazzola vería castigadas sus acciones. Era un buen premio para un día complicado.

Se dirigió a un extenso mapa que ocupaba una de las paredes, en el que se veía Florencia y sus alrededores. Ni tan siquiera lo tenían seleccionado, no era una

de las posibilidades que manejaban. Se alegró de ser él quien diera luz a esta cuestión.

Alzó su mano y posó el dedo índice de su mano derecha en el mapa, al tiempo que exhalaba un último suspiro de aquiescencia.

“Aquí tienes, hijo mío. Es todo cuanto he podido conseguir”.

# 11

Viajar de noche siempre le había proporcionado paz. La tranquilidad de una carretera vacía, sin la acumulación de vehículos habitual en la ciudad, y con suerte, la luz de la luna dando un justo punto de luz con el que guiarse.

Esta noche era así. Además, esa luna se reflejaba sobre el río Arno, a su izquierda, y daba así un tono más luminoso a una travesía que, sin embargo, ya se le hacía larga.

No era momento para la complacencia. Andrea llevaba prácticamente un día entero sin dormir, y el enésimo café, el que portaba en la mano derecha, no le hacía ya efecto alguno. Con la izquierda aferraba el volante, y de esta forma comandaba una comitiva formada por dos coches, un furgón y, esta vez sí, dos motocicletas.

“Ahora no me la vais a jugar con las motos”, se jactó Longo.

La preparación había llevado unas tres horas. Una inspección del lugar, sobre un plano improvisado por Shiovone —entradas, habitaciones, situación—, la selección de los mejores hombres disponibles, armamento, y puesta en marcha. Un total de siete agentes, además de Andrea, con el objetivo de traer a Carlo Mazzola de nuevo a Florencia, vivo y esposado.

Tuvo que escuchar la perorata final de Gagliardi, cómo no. Una abundante cantidad de mandatos, ultimátums y amenazas. “La mejor forma de animar al personal para un buen trabajo, claro que sí”.

Había pensado en llamar a Nora para contarle los avances, pero finalmente cambió de idea. Siempre sería mejor contarle lo sucedido cuando ya estuviera hecho, de esta forma le ahorraría la tensión en la madrugada.

Faltaban apenas veinte kilómetros para llegar al destino. Andrea volvió a sentir el cosquilleo de un trabajo próximo, el hormigueo que subía por su abdomen, señal segura del estrés que afloraba de su ser. Giró la cabeza a su derecha; el agente Rusciano estaba igual: tenía sus manos cruzadas, pero no paraba de moverlas con nerviosismo. Tenía la mirada fija en el horizonte, evadido en sus pensamientos. Era de sus mejores agentes, tan solo un poco mayor que él. Era lo suficientemente mayor para ser un agente experimentado, y lo suficientemente joven para no despreciar a su superior por ser todavía más joven que él. Realmente parecía un chaval: un hombre pelirrojo con aspecto adolescente, con un intento de barba que no conseguía ser tal; sus gruesas cejas anaranjadas estaban alzadas en un tenso gesto de expectación; sin duda, él

también tenía ganas de acabar con todo esto.

—Piensa que es un viaje normal —quiso tranquilizarle—. Hasta que bajemos del coche, puedes pensar que estás yéndote de vacaciones con tu mujer.

—No sería mal cambio, la verdad —rio Rusciano.

—Cuando acabemos con esto, unos cuantos necesitaremos vacaciones — Andrea le siguió el juego—. Pero bueno, en un rato podremos descansar. Si la información que nos han dado es cierta, no va a ser una misión difícil.

—Esperemos que así sea, ispettore.

La nocturnidad de la misión no había sido planeada, pero era una buena ventaja para ellos. Si Schiavone estaba en lo cierto, en la casa a la que se dirigían solo estarían Carlo Mazzola, junto a su inseparable matón, Giulio, y dos más de sus hombres, que se les habían sumado con posterioridad.

Arezzo. De las decenas de pueblos y ciudades que había en la zona central de Italia, Arezzo solo era una posibilidad más para ellos. Sin la información de Domenico, habrían tardado semanas en llegar a esa situación —en caso de hacerlo—, y para entonces Mazzola ya no estaría ahí. Schiavone tenía una finca a las afueras de la ciudad, y hubiera sido inaccesible para sus recursos, ya que ni siquiera estaba a su nombre.

Huelga decir que el sigilo era su principal baza en esos momentos, y cuanto más tiempo pudieran mantenerlo, mayor porcentaje de éxito tendría su misión. Por ello, aparcaron los vehículos a unos cien metros de la finca, excepto el de Andrea quien, con el motor apagado, dejó que su coche se deslizara unos metros más allá, silenciosamente, hasta quedó a apenas una corta carrera de la puerta de entrada. Muy cerca de alcanzar en caso de tener que perseguir a alguien, pero fuera de la vista desde cualquiera de las ventanas. Bajó del coche y se dirigió al resto de sus hombres.

Además del ya nombrado Pellegrino Rusciano, Paolo Occhio, Renzo Bellavite, Gioele Ciappesoni, Salvatore Fini, Michelle Cavalli y el italiano de origen español Jorge Villar formaban su equipo. Hombres capaces, todos ellos. Ninguno problemático, al menos hasta ese día, y completamente motivados para esta misión. Se acercaron a la puerta de la parcela. Un muro amarillo azafranado la rodeaba, y un portón de barrotes oscuros como la noche les impedía el paso. Sin embargo, y como ya les había adelantado Domenico Schiavone, había una escapatoria a la derecha, en la parte alta, por la que fueron escabulléndose uno a uno los agentes, siendo Longo el último de ellos en pasar.

Una vez dentro, usaron los diversos árboles que poblaban el jardín a modo de protección, mientras que el césped amortiguaba sus pisadas. El cantar de los grillos era el sonido que imperaba bajo la oscuridad. Andrea se dirigió a la puerta principal junto con Rusciano, y mandó al resto de los agentes a la puerta

trasera y las ventanas.

Al ser una casa con dos pisos, no podían saber bien dónde esperar habitantes. Debía ser un acto rápido y eficaz; sin errores, sin vacilaciones. No era difícil. Los hombres de las puertas —Andrea y Pellegrino en la principal, Gioele y Jorge en la trasera— entrarían con el objetivo de atrapar a Carlo y los demás. El resto de hombres debían quedarse vigilando las puertas y posibles escapatorias de la casa.

Hizo una cuenta atrás con la mano a Rusciano.

Tres.

Dos.

Uno.

Las astillas saltaron de las resquebrajadas puertas, y una sucesión de gritos copó los instantes siguientes. Tuvieron suerte, dos de los cuatros esperados ocupantes estaban en el salón, en la planta baja. Sus caras reflejaban un asombro inaudito; probablemente estaban dormidos, y probablemente debieran estar haciendo guardia.

En el tiempo que tardaron en buscar con la mirada sus armas, Andrea y Pellegrino ya estaban encima de ellos y les asestaron sendos golpes, uno con la culata del arma, el otro con el puño que tenía libre. La puerta trasera también se había abierto, y Andrea indicó a Jorge y Gioele que entrasen en cocina y aseo, con lo que habrían completado la planta baja del hogar. Mientras, el ispettore y su compañero habían acabado de esposar a los dos hombres de Mazzola.

No había tiempo que perder. Ambos se miraron y corrieron escaleras arriba; el estruendo provocado habría hecho saltar la alarma en Carlo y Giulio. Una vez en el piso superior, no hubo duda: ambos se dirigieron a la habitación situada inmediatamente delante suya, la habitación principal. Ya estaba hablado. A buen seguro, el ego de Carlo Mazzola le habría hecho escogerla sin vacilar. Sin embargo, había que contar también con Giulio, sin duda más peligroso que su jefe. Ordenó a Pellegrino que permaneciese a la espera en el rellano, pendiente del resto de puertas.

Andrea apoyó su espalda junto al marco de la puerta; se tomó un respiro. Si sus enemigos estaban alerta, la acción podía durar bien poco. Su mayor ventaja, la sorpresa, se había evaporado no sin lograr un buen resultado como era el haber inhibido la mitad de las fuerzas rivales. Jorge y Gioele ya subían, de forma que pudo situarlos a ellos a vigilar las puertas del resto de habitaciones, e instintivamente, el agente pelirrojo se situó frente a Andrea, al otro lado de la puerta, el hombro apoyado también en el marco. Sus respiraciones agitadas parecían combinarse, se compaginaban perfectamente mientras poco a poco bajaban el ritmo. Era hora de entrar. Se miraron.

Andrea volvió a hacer la cuenta atrás con sus dedos.

Tres.

Dos.

Uno.

Giulio estaba alerta. Eso lo esperaba. Nada más abrir la puerta, se escuchó un disparo que provenía del arma que éste empuñaba; la bala silbó al pasar entre los dos agentes, y acabó impactando en la pared posterior. Pellegrino Rusciano se abalanzó sobre él; su enjuto cuerpo impactó con una fuerza inesperada sobre el desprevenido torso del guardaespaldas, quien cayó de bruces contra el suelo. Eficiente trabajo, sí señor. Andrea, sin embargo, no podía perder tiempo vigilando a su agente. Carlo Mazzola estaba asomado a la ventana cuando los agentes entraron, sin duda buscando una escapatoria que no encontró; el resto de agentes debieron disuadirle. Entonces trató de empuñar el arma que reposaba sobre la mesita de noche, pero su torpeza le impidió hacerlo con la rapidez necesaria. Andrea le hizo desistir en su empeño.

—Ni lo intentes, Mazzola.

—Mierda —masculló Carlo. Ni tan siquiera había llegado a agarrar el revólver, que trastabilló entre sus dedos y acabó cayendo con estrépito sobre la moqueta—. Ha sido Schiavone, ¿verdad? Ese cabrón me ha vendido.

—Tenemos más recursos, Carlo. No lo limites todo a un chivatazo —quiso alejar la atención de Domenico; no quería que Mazzola le guardase rencor en el futuro.

—No importa, ispettore, no importa. Debí haberlo imaginado. Debí haber salido del país cuando pude —puso los ojos en blanco, rendido ya ante las circunstancias.

—Te hubiera encontrado igual —sentenció Andrea—. En cualquier caso, ¿por qué no lo hiciste?

—Todavía me quedan asuntos por resolver.

—Ya no.

Silencio sepulcral.

—¿Y la chica? —quiso saber Carlo— ¿Cómo está?

—Mejor que tú, desde luego.

—Yo no estaría tan seguro —rio Giulio, al tiempo que hacía una obscena mueca con su, ahora, ensangrentada boca.

—Ya hablaré contigo, eso tenlo claro —prometió Longo.

—Lo peor de todo es que ella quede libre —se quejó Mazzola—. No... quería a mi hijo, ¿lo sabe? Es la peor escoria que se haya acercado a esta familia.

—La peor escoria de tu familia la tengo frente a mí, Carlo. Y ahora cállate de una vez —zanjó Andrea.

Andrea se acercó con cautela, en todo momento apuntando a Carlo con su arma. Paso a paso, centímetro a centímetro, se aproximaba al objetivo que llevaba días soñando alcanzar. Lo tenía a un paso. Sacó su segundo juego de esposas. Con un gesto hábil, asió una de ellas a la muñeca izquierda de Mazzola y retorciendo su brazo, le hizo girarse para consolidar su trabajo.

Era suyo. Estaba hecho. Andrea no cabía en sí de gozo.

Se contuvo de gritar de júbilo, y simplemente esbozó una sonrisa, acompañada de un asentimiento a sus agentes.

—De vuelta —se limitó a decir.

Y de esta forma, Carlo conducido por el ispettore, y Giulio por Rusciano, abandonaron la finca de Domenico Schiavone. Los otros dos secuaces, todavía inconscientes, serían repartidos entre el coche de Andrea y el restante. Los detenidos, cabizbajos, entraron en la parte trasera del furgón, y los agentes Villar, Ciappesoni y Cavalli les acompañaron. Occhio estaría al volante. El ispettore Longo viajaría con la única compañía de su detenido, mientras que Bellavite transportaría al otro. Fini y Rusciano se repartirían las motos.

Arrancó el motor. Andrea se sentía jubiloso. Estaba en una nube, como cuando escribía la última palabra de un examen que estaba seguro de aprobar. Pisó el acelerador e introdujo el coche en la calzada. El resto de vehículos le siguieron.

Dio el aviso por radio. Las palabras “*sospechosos detenidos, iniciamos camino de regreso*” sonaron mágicas al ser emitidas por su propia voz. Ahora podría disfrutar del viaje.

Tomó la salida de Arezzo y volvió a la misma carretera que les había llevado allí. El sol comenzaba a asomar tímidamente por su espejo retrovisor; un colorido catálogo de azules, rosas, naranjas y amarillos hicieron acto de presencia mientras hacían que el cielo se aclarase minuto a minuto. Vio cómo, a su paso, los pueblos de los alrededores comenzaban a dar señales de vida; no obstante, eran ya las 7:30 de la mañana. Mientras, Andrea comenzó a notar cómo pesaban las más de veinticuatro horas que cargaba a sus espaldas. No había más café, pero no lo necesitaba; la mera emoción que sentía por un trabajo bien hecho sería suficiente estímulo para aguantar unos kilómetros más hasta su destino: Florencia.

El inquilino de la parte trasera no daba señales de vida todavía. Se había llevado un buen golpe. Cuando llegasen a Florencia tendría que debatirse entre dejarlo descansar en una celda, o despertarlo para interrogarlo inmediatamente. Aunque su opción preferida era la de irse a dormir nada más llegar a la ciudad. Que se encargase Gagliardi, que con toda seguridad habría dormido a pierna suelta toda la noche.

Acababa de pasar la zona del castillo de San Niccolo, y comenzaba un tramo en el que las curvas se sucedían sin descanso. Curvas cerradas, de ciento ochenta grados, que trazaban una hosca divergencia, un brusco combate en el asfalto, indeciso sobre si seguir una u otra dirección. Entretanto, Andrea disfrutaba. No había mejor forma de deleite al volante que un tramo como aquel. Giraba el volante a uno y otro lado hasta que finalmente, su placer finalizó; volvió a encarar una recta que le hizo volver a la realidad. Ya quedaba menos. Miró hacia atrás; el sol ya debía haberse alzado un buen trecho más, pues ya no lo veía por el retrovisor. Tampoco veía el furgón. ¿El furgón? ¿Dónde estaba? Se habría quedado rezagado, de forma que aminoró el paso, casi paró la marcha para esperar.

Casi dos minutos después, se cansó de hacerlo. Ya era demasiado retraso, y una sensación espínosa le atravesó. Miró a un lado. Miró al otro. Un violento rugido dio voz al acelerón que imprimió al coche, al tiempo que invertía el sentido de su camino. Volvió sobre sus pasos. Algo no iba bien. Voló y devoró el asfalto, no podía perder más tiempo. Había desaprovechado demasiado esperando a sus agentes, unos agentes que, quién sabía por qué, ya no le seguían.

En tan solo cinco minutos alcanzó la zona de las curvas, esas que, tan solo unos instantes atrás, le habían reportado tanta calma y tanta paz. Y lo vio. Toda esa calma y paz se convirtieron en angustia y tormento.

Lo primero era pedir ayuda. Avisó por radio, simplemente dijo que necesitaban refuerzos urgentes, pues no sabía de la gravedad de la situación. Mientras éstos llegaban, él debía descubrir qué había sucedido.

La imagen era desoladora. Andrea bajó del coche y comenzó a avanzar hacia la zona, arma en mano. No pensó en la cantidad de cosas que podrían salir mal, pues eran demasiadas. Cualquier coche podría pasar como una exhalación en ese momento y llevarse por delante todo cuanto había, que no era poco. Lo primero que se podía ver era el furgón en el que los cuatro agentes trasportaban a los detenidos, volcado sobre uno de sus laterales. Una gran humareda gobernaba el aire y dificultaba la visión, sin duda ocasionada a causa de una colisión. Longo siguió caminando, y aceleró su paso cuando vio a Occhio tirado a escasos centímetros de la puerta del conductor. Se arrodilló a su lado e intentó tomarle el pulso, pero no sirvió de nada. Estaba muerto.

Siguió avanzando de rodillas, la espalda pegada a la parte baja del furgón, usándolo como escudo. Unos metros más adelante había otro agente, tumbado también en el suelo. Era Jorge Villar. Se acercó a examinarle, sin perder de vista el resto de la situación. Su pulso tampoco daba señales de vida. Poco a poco, se fue dando cuenta de que esa sería la tónica de los próximos minutos. Además de Occhio y Villar, también Ciappesoni y Cavalli estaban alrededor del furgón,

todos ellos sin vida. El ispettore tragó saliva y percibió cómo una honda sensación de calor trepaba por su abdomen. Tuvo que reprimir sus ansias de gritar.

“Debo seguir”, se dijo a sí mismo.

Recorrió el corto trecho que le separaba de su siguiente objetivo. Quedaban tres de sus hombres por encontrar, además de los tres detenidos —obviando el que seguía en su automóvil—. Delante suya estaba el otro coche, y más lejos las dos motocicletas. Al lado de una de ellas vio a Rusciano, tumbado. Se acercó a él. El semblante del pelirrojo estaba vacío, ausente; su cuerpo, inerte. Ese cuerpo que tan solo unas horas antes estaba sentado a su lado en el camino de ida, bromeando sobre tomar unas vacaciones. La mente de Andrea Longo se nublaba más y más con cada cadáver que pasaba ante sus ojos.

—¡Ispettore Longo! —suplicó una voz. Era la de Bellavite.

Corrió en su búsqueda, sin precaución alguna. Estaba con la espalda apoyada en el lateral del coche. No lo había visto al correr hacia Rusciano. Su mano izquierda estaba esposada al automóvil, concretamente a uno de los radios de una llanta. El uniforme tenía multitud de agujeros y de una llamativa brecha en la cabeza manaba escuetamente un hilillo de sangre.

—¡Renzo! —imploró— ¿Qué ha pasado?

—Unos hombres... —Andrea se dio cuenta de que cada palabra que pronunciaba era un suplicio para él—. Nos atacaron. Chocaron un coche contra el furgón. Se llevaron a Mazzola y sus hombres. Eran muchos.

—¿Queda alguien más vivo? ¿Aparte de ti?

—Creo que no. ¿Los ha visto?

—Me falta solo Fini.

—No hace falta que busque más, entonces. Está muerto también —bajó la cabeza desolado.

—¡Joder!

—Esa gente... no estoy vivo de casualidad —las lágrimas parecían asomar por los ojos de Bellavite—. Me esposaron. Me dijeron que así podría transmitir su mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Dijeron que el señor Mazzola tenía una deuda con su jefe, y que la muerte de Darío había sido solo el primero de los pagos.

A Andrea le dio un vuelco el corazón, casi tan grande como el vuelco que acababa de dar la situación. En cuestión de segundos, lo que parecía un caso casi cerrado, solucionado, a falta de unos flecos, se acababa de enmarañar de una manera inconcebible.

En cualquier caso, no había tiempo que perder. Llamó también a

emergencias y pidió una ambulancia para Bellavite. Se acercó al agente y apoyó suavemente las manos sobre sus hombros, para acaparar la mayor atención posible, pero con cuidado de no presionar en cualquier punto en que el hombre pudiera sentir dolor.

—Escúchame, Renzo —musitó el ispettore—. He pedido refuerzos, están en camino. También el servicio médico va a venir a por ti. Pero yo tengo que irme, tengo que tratar de encontrar a esos hombres. ¿Entiendes? —la cabeza del agente hizo un leve gesto de asentimiento—. De acuerdo. Ahora tienes que decirme por dónde se fue esa gente.

—Por... por ahí —alzó la mano y señaló frente a sí—.

—¿Por la misma carretera por la que veníamos? —preguntó Longo, y Renzo volvió a asentir.

—Vale. ¿Algo más que me puedas decir?

—No vaya, ispettore —declaró él—. Si consigue encontrarlos, le matarán. Además, le conocen.

—¿Me conocen?

—Sí. El que me esposó me dio otro mensaje para usted.

—¿Qué dijo?

—Dijo que tenía por delante una difícil tarea. Y... —un ataque de tos invadió al debilitado hombre.

—¿Y?

—Dijo que su jefe le enviaba recuerdos.

—¿Qué jefe?

—No lo sé, Andrea, pero dijo “recuerdos para el ispettore Longo”.

Más problemas. El nuevo individuo que se había introducido en la trama le conocía. ¿Quién podría ser?

Ya tendría tiempo para pensarlo.

Levantó una de las dos motos caídas. La llave estaba puesta. La arrancó. “Maldición”. El depósito de gasolina estaba agujereado, y un charco transparente, ligeramente verdoso, actuaba como testigo de ello. Saltó y corrió a por la otra motocicleta; hasta poco antes había sido un fiable vehículo con el que viajar, pero ahora se trataba de un amasijo de hierros del que ningún uso se podía hacer. Miró a su alrededor. No podía utilizar ninguno de los coches, pues la carretera estaba llena de civiles que se habían aglutinado con sus automóviles en uno y otro extremo de la carretera, haciendo imposible el paso entre ellos. La carretera estaba totalmente cortada.

Andrea Longo estaba atrapado. Todo había salido mal, les habían cogido desprevenidos y les habían hecho pagar el despiste. Apoyó las manos en sus caderas en un gesto impotente, y miró al cielo clamando una explicación. Nunca

había sido creyente, pero con tal de descargar su furia contra un ente divino, deseó creer en alguien a quien culpar.

Usó la radio para avisar, para notificar que varios de los refuerzos que acudiesen deberían buscar a los sospechosos por la carretera que llevaba a Arezzo. “Un acto inútil”, pensó, igual que lo hubiera sido el suyo de haber podido acometerlo.

Todo estaba muy bien planeado. No supo si sus asaltantes habrían estado esperando a que Mazzola saliera de la casa para interceptarlo, o si había sido una simple casualidad. Quizás iban a realizar la misma operación que la policía y, al ver que se les adelantaban, decidieron atacarlos a ellos.

Miró a su alrededor una vez más.

Decenas y decenas de caras extrañas lo miraban. Ciudadanos de los alrededores que no habían podido viajar por esa carretera. Ciudadanos que, ese día, no llegarían a tiempo a trabajar. Algunos de ellos parecían irritados, incluso. ¿No veían lo que había sucedido ahí? ¿O es que acaso anteponían sus intereses cotidianos a la muerte de seis agentes de policía? Andrea prefirió no saberlo.

La humareda que nublaba su visión unos minutos atrás se acababa de dispersar. Así pudo ver que, detrás del furgón de la Polizia di Stato, había un coche. No uno de policía, sino un turismo. Con agujeros de bala. ¿El coche de los asaltantes? Corrió a inspeccionarlo. Era un Alfa Romeo 159 negro, de apenas un par de años atrás. Ambas puertas delanteras estaban abiertas. Buscó algo útil, algo que pudiera darle alguna pista acerca del conductor. Nada. Coche vacío. Ni un simple paquete de tabaco.

Llegaron los primeros coches de refuerzos; seguramente llevarían un buen rato tratando de abrirse paso. Comenzó a dar órdenes de despejar la zona; no envidiaba el trabajo que les esperaba a esos agentes, tenían una estoica labor por delante.

¿Alguien podría, sin embargo, envidiar a Andrea Longo? No en ese momento. Acababa de echar por la borda un trabajo impecable. Un caso casi solucionado se había truncado de una forma colosal. Se había roto, directamente.

¿Qué podría hacer ahora?

Una enajenada carcajada brotó de su ser al pensar en su próxima conversación con Raffaella Gagliardi.

## 12

La música de la iglesia sonaba fuerte, estruendosa. Fuera de lugar incluso. La basílica de San Lorenzo estaba a rebotar en esa triste tarde de diciembre. Sus imponentes columnas se alzaban presuntuosas, demostrando a todo el mundo que ni tan siquiera la muerte se podía elevar más que ellas. El negro, obviamente, predominaba, y se escuchaba un llanto en cada rincón de la casa de Dios.

Había seis familias destrozadas a los pies del altar. Occhio, Rusciano, Fini, Cavalli, Villar y Ciappesoni. Seis familias para las que tardaría en volver a salir el sol. Madres e hijos, las unas consolando a los otros, excepto la madre del pequeño Cavalli, que estaba demasiado despedazada, y era el niño quien, en un alarde de madurez, la consolaba a ella. Y la familia Villar, cuya hija era demasiado pequeña para saber que jamás volvería a ver a su padre.

Andrea Longo estaba varias filas atrás, escondido en un segundo plano que se le antojaba muy adelantado. Si por sí mismo fuese, estaría en la cama con la cabeza hundida bajo la almohada. O fuera del país, iniciando una nueva vida en la que no hubiera nadie más a quien fallar. Seis hombres honrados habían muerto esa mañana, y la culpa recaía únicamente sobre sus hombros.

Inesperadamente, Raffaele Gagliardi no había mediado palabra con él. En cualquier caso, no era una buena señal. Lo más probable sería que le aguardase un despido seguro. Un adiós a la vida como agente de la ley. Más que merecido, a decir verdad.

Todo esto pasaba por su mente mientras el sacerdote recitaba sus oraciones, pero Andrea no escuchó nada. Debía haber acabado la ceremonia, ya que la gente comenzaba a desfilar hacia fuera. Se sumó al río de personas, y una vez fuera, trató de irse. No quería saber nada más. Tan solo quería ir a casa.

—Ispettore... —una voz femenina le reclamó.

—¿Sí?

—Soy Claudia, la mujer de Jorge... Jorge Villar.

—Le acompaño en el sentimiento, señora —dispuso Andrea, profundamente afectado—. Créame cuando le digo que hicimos todo cuanto pudi...

—Tranquilo, ispettore, no tengo nada que reprocharle —la mujer parecía serena para la situación que estaba viviendo—. Solo quería decirle... Jorge me hablaba a menudo de usted. Me habló en más de una ocasión de su profesionalidad, de su gran trabajo. Solo quería agradecerle la inspiración que

usted era para mi marido.

—Gracias, señora. Su esposo era un gran hombre —Andrea giró la cabeza hacia la pequeña niña—. ¿Y tú eres?

—Se llama Nadia. Tiene un añito.

Una solitaria lágrima se deslizó por el rostro de Claudia. La pequeña niña miraba intrigada a su madre, sin saber por qué lloraba. Apenas tenía un año. Andrea cedió a su impulso y abrazó a la mujer del difunto agente, quien apoyó desconsoladamente la cabeza en el hombro del ispettore. Nadia miraba hacia arriba, confusa, presta a recibir una información que no obtuvo.

—Ehm... Ispettore Longo —la inconfundible voz de Gagliardi se abrió paso—. Si me lo permite, señora, tengo que robárselo.

—Claro, descuide —aprobó ella.

Andrea Longo soltó a Claudia y se dio la vuelta. No la volvió a mirar, pues no sabía si podría volver a soportar la perlada amargura de sus ojos.

Raffaelle y Andrea se alejaron de la multitud, ambos en silencio, cabizbajos. “No seré yo quien rompa este silencio”, pensó Longo. “Voy a darle el gusto de que me despida a su manera”.

—Alguien tiene que ir a interrogar al hombre de Mazzola —dictaminó él—. ¿Te sientes con fuerzas?

—¿Ya está? —se sorprendió Longo— ¿No va a haber consecuencias? Seis hombres que estaban a mi cargo han muerto. ¿Y sigo estando en el caso?

—Claro que sigues estándolo —replicó Raffaelle—. He hablado con Bellavite. Con la cantidad de gente que os asaltó, aun estando presente no hubierais conseguido nada. Simplemente tuviste suerte de que no te alcanzaran a ti.

—Pues yo no lo veo así —protestó Andrea.

—Es normal que te culpes, como dices, esos hombres estaban a tu cargo. Pero vosotros hicisteis vuestra misión, lo que ocurrió después no entraba en los planes, y lo afrontasteis lo mejor posible. Te repito la pregunta. ¿Puedes interrogar a ese hombre?

—¿Por qué no iba a poder?

—Porque llevas unas cuarenta horas despierto. Porque acabas de vivir una masacre humana.

—Tranquilo —el ispettore Longo le restó importancia—. Tengo más ganas que nadie de hablar con ese hombre.

—Necesitamos saber quién es la persona que está detrás de este atentado, de la que le hablaron a Bellavite —dictaminó el ispettore superiore, tras lo cual giró sobre sus talones y se marchó.

La palabra *atentado* hizo mella en Longo. No se lo había planteado como tal,

pero era un calificativo que encajaba a la perfección con lo acontecido. También era curioso el cambio de actitud en Gagliardi. Cuando más motivos tenía para explotar, cuando más derecho tenía para encolerizar, era el momento en que más calmado estaba. Quizá todos los fallecimientos del día le habían tocado la fibra sensible. Quizá, después de todo, Andrea lo había juzgado mal.

Había que cambiar el chip, tenía que activarse y reanimarse. De nada serviría derrumbarse y hacerse el mártir. Debía reconvertir todos esos sentimientos y hacer algo productivo con ellos. Se fijó dos objetivos para el resto del día: primero y principal, interrogar al guardaespaldas de Mazzola. En segundo lugar, iría al hospital a visitar a Bellavite, a ver cómo estaba. Se llevaría consigo a uno de los retratistas de la comisaría, necesitaba saber cómo era el rostro que había hablado con Renzo, ya que, por lo visto, no era desconocido para el ispettore.

Una vez en la comisaría, fue directo al grano. Estaba todo dispuesto, pues había llamado por teléfono para indicar que llevaran al detenido a una sala habilitada para interrogatorios.

Ni siquiera se había parado a pensar en este hombre desde que llegó a Florencia. Estaba tan absorto en su propia inmundicia, seguro de su exclusión del caso y del cuerpo de policía, que había dejado de lado el mundo real. Antes de entrar a la sala, le tendieron una carpeta con el expediente del sujeto. La foto era algo antigua, pero claramente era el mismo hombre. Ahora llevaba perilla, y el pelo algo más grisáceo, pero la mirada era la misma.

No se le había relacionado hasta ahora con Mazzola, y tan solo tenía varios arrestos por reyertas de menor importancia. La escolta de Carlo siempre había sido numerosa, de ahí que no reconociese la cara de este tipo.

Decidió entrar.

Hay dos tipos de personas a la hora de ser interrogadas. Por un lado está el novicio, intimidado desde el primer momento; una persona que a la mínima presión habla, cuenta todo lo que sabe. La otra posibilidad es una persona rodada, que ha estado varias veces en esa situación, y que incluso mira desafiante al interrogador. Obstinado a la hora de soltar información, es una persona a la que hay que hacer ver que está en clara desventaja.

Angelo Caldiero era de estos últimos.

—Vamos a ver, Caldiero. Como comprenderás, no estás en una situación muy cómoda. El delito de dar cobijo a un presunto asesino no es asunto baladí.

—Ispettore, le voy a ahorrar mucho tiempo: no sé nada —contestó con un tranquilo tono en su voz.

—Es mejor para ti colaborar —contestó un exasperado Longo—. Además, si nuestra información es correcta, lo ocurrido en la carretera no fue un rescate a Carlo, sino que fue un secuestro.

—No me importa lo más mínimo —confesó.

—¿No te importa?

—Por mí, como si lo matan —se confirmó de nuevo Caldiero.

—Eso se llama lealtad a un jefe, sí señor —bufó Andrea con sarcasmo.

—No es mi jefe.

—¿Cómo que no?

—De ahí viene el tiempo que le quería ahorrar —explicó—. Carlo Mazzola me llamó la tarde en que se fue de Florencia, hace tan solo tres días. Y fue mi primera conversación con él. Me contrató para protegerle hasta que se calmasen las aguas, hasta que dejaran de perseguirle, nada más.

De nuevo en blanco. ¿Cómo podía ser que cada vez que tenían algo, se diluyese con esa facilidad?

—En cualquier caso, has estado dos días conviviendo en la misma casa que ellos —protestó Longo—. Cuéntame qué viste en ese tiempo. Punto por punto.

—Una persona que huye de la policía no va contando sus secretos a desconocidos. Le voy a ser sincero. Ese hombre tiene mucho dinero. A mí y a mi compañero, Michele Trentin, nos ofreció una suma mareante por cubrirle las espaldas. Llegamos a la casa con provisiones, nos instalamos en la planta baja, y ellos en el piso superior. Y eso es todo lo que supe de Carlo Mazzola hasta que vinieron ustedes.

—¿Por qué os llamó a vosotros? Carlo tiene decenas de hombres que trabajan para él.

—Tenía, ispettore, tenía —le corrigió él—. Debe saber que la lealtad de algunos empleados es ciertamente mejorable cuando se hunde el barco en el que viajan.

Andrea Longo solía fiarse mucho de su instinto a la hora de juzgar a las personas, y pocas veces le había fallado. Caldiero decía la verdad, o al menos, le creyó. De hecho, hubiera sido mejor para él ser un trabajador de Mazzola, de esa forma habría tenido algo con lo que negociar.

Las manos en los bolsillos, sus pies en constante movimiento. El ispettore volvía a dar vueltas por la oficina, sin rumbo. Esta vez no era nerviosismo, no era impaciencia. Esta vez era desilusión y desengaño.

Sus tribulaciones fueron momentáneamente contenidas cuando sonó su teléfono móvil, y Andrea no tuvo más remedio que sorprenderse cuando vio el nombre de su madre en la pantalla del mismo. Habían pasado años desde que mantuvieron su última conversación. Una reunión en la que Massimiliano y él cerca estuvieron de llegar a las manos, en el cementerio, a escasos metros de la lápida de su hermano. Esa discusión fue el detonante de su definitivo distanciamiento. Hasta ese día.

—¿Sí?

—Andrea —murmuró Bianca con estremecida voz.

—Mamá —le correspondió él, todavía con el orgullo en pie.

—¿Cómo estás? —quiso saber ella— He visto tu nombre en el periódico.

—Ah, por eso llamas. Bueno, bastante ocupado, como podrás imaginar.

—No era mi intención molestarte... —se excusó.

—No lo decía por eso, mamá, ya lo sabes.

—¿Cómo lo llevas? Te estás haciendo famoso.

—Pocas veces un policía se hace famoso por sus méritos —advirtió Andrea

—. La presión mediática está alterando a mis superiores, y no hacen más que complicarme más mi trabajo.

—Entiendo.

—¿Cómo está papá?

—Él es quien me ha dicho que te llame —se jactó.

—Pero no ha sido él quien ha llamado —corrigió él, molesto. Llegó la retratista, y el ispettore le hizo una seña indicándole que aguardase.

—Paso a paso, Andrea; paso a paso —contestó Bianca mientras tanto.

—De acuerdo, mamá. Ahora voy a dejarte, tengo que seguir trabajando.

La retratista le preguntó si la había mandado llamar. Andrea asintió, y con un imperceptible gesto le indicó que fuera tras él.

Andrea decidió ir a pie. En circunstancias normales quizá hubiera preguntado a Adriana, que así se llamaba la chica encargada de hacer los retratos, pero hoy no era el día.

Era un corto trayecto de un kilómetro aproximadamente. Caminaban a inmediaciones del *Jardín de los Simples*. Recordaba las veces que lo había visitado. No habían sido muchas, ya que no era un campo que le apasionase. La primera fue una visita turística, la curiosidad de la persona que ha vivido toda su vida con un lugar conocido cerca y nunca lo ha visitado. No estuvo más de media hora allí. La segunda vez fue más divertida, ya que fue por un asunto de trabajo de lo más llamativo: una persona había tratado de robar una planta poco común y le habían cogido en el intento. Fue en su primer año como agente de la *Polizia di Stato*, y aunque no recordaba mucho más, siempre que pasaba por ahí se evadía al evocar la escena. Adriana lo vio mirar hacia el Jardín.

—¿Ha entrado alguna vez? —preguntó con curiosidad, aunque probablemente su objetivo simplemente era romper el hielo.

—No —zanjó Andrea.

No tenía ganas de hablar. No quería compañía. No quería conversación, pues la que había mantenido con su madre le había turbado más de lo que ya estaba, y su nivel de paciencia y tolerancia social estaban bajo mínimos.

Pero lo pensó otra vez. Llevaba más de diez minutos con Adriana, y no había hecho más que desplantarla y evadirla, varias veces y de una forma muy poco educada. Él no era así. ¿Acaso quería convertirse en una versión renovada de Raffaele Gagliardi?

—Sí —se corrigió—. He entrado dos veces.

—Ahm.

—Siento mi comportamiento —se excusó Andrea—. Como sabrás, hoy ha sido un día difícil.

—Entiendo, ispettore —asintió ella—. Yo estuve una vez, con mi ex marido. Él es un apasionado de todo esto, pero la verdad es que yo me aburrí como nunca.

—Lo mismo me pasó a mí —rio con desgana Andrea—. Al menos una de las dos veces que estuve fue por trabajo y tuvo algo de interés.

Y así comenzó una conversación que, al menos, evadió a Longo por unos minutos del mal trago. Hablaron y hablaron, y el ispettore descubrió que detrás de esa mujer que tantas veces había visto pero con la que tan pocas palabras había cruzado, se encontraba una persona con la que compartía gustos y aficiones. No era la chica más agraciada de Florencia, desde luego. Tenía una silueta atrayente, pero su forma de vestir impedía saber si bajo su atuendo se escondía un diamante en bruto de la pasión. Su tez, pálida como pocas, contenía unos rasgos desordenados y caprichosos: unos ojos grandes como platos que contrastaban con una diminuta nariz y unas orejas especialmente despegadas de su cara. Aun con todo, en su conjunto, Adriana Compassi era una mujer agradable de ver.

El azar es caprichoso y siempre encuentra cualquier recoveco por el que hacerse notar. Cuando se estaban aproximando al hospital, Andrea percibió que una mano tocaba su hombro por la parte trasera. El ispettore se giró inquieto ante el sobresalto, y la sorpresa fue mayor cuando vio una cara demasiado conocida tan cerca de sí: la que había sido su compañera sentimental durante más de un año, su único amor formal hasta la fecha.

—Andrea... —musitó Elia.

—Ah, hola —el ispettore no pudo dejar de apreciar cómo su ex pareja miraba de reojo a la retratista Compassi.

—¡Tenía ganas de verte!

—No sé por qué... —espetó él.

—Eres noticia en toda Florencia.

—Solo intento hacer mi trabajo. Y ahora tenemos que irnos. Adiós.

La dejó con la palabra en la boca, con los ojos relampagueando de asombro e incrédula ante el desplante del que acababa de ser víctima. Longo solía sentirse

inquieto en estas situaciones, pero no podía dejar de sonreír interiormente por haber sido especialmente duro.

—Veo que eres la simpatía personificada —se carcajeó Adriana.

—Es la falta de café, me afecta al humor —rio cómplice el ispettore.

Sin siquiera darse cuenta, habían llegado al hospital. *Santa Maria Nuova*. Era el hospital más antiguo de la ciudad; más de setecientos años en funcionamiento cargaban de respeto la mirada de sus visitantes.

Una vez dentro, Longo preguntó por la habitación del agente Bellavite, e incluso una enfermera les acompañó para que no se extraviasen. Tras la conexión anterior, el mutismo otorgó a la conversación entre Adriana y Andrea una tibieza que le hizo volver a su aflicción inicial. Después del infructuoso interrogatorio a Angelo Caldiero, el ispettore debía sacar algo de provecho del resto del día. Una conversación con Renzo podría ser más reveladora que cualquier otra prueba o testimonio.

Llegaron al fin a la zona de traumatología, donde otra enfermera informó a Andrea que el agente Bellavite estaba bien, todo lo bien que podía estar. El ispettore no había reparado en ello por la mañana, pero pese a estar vivo, Renzo no había salido indemne del tiroteo; una bala había alcanzado su pierna izquierda, y a la hora de inmovilizarlo, los asaltantes le habían ocasionado varias heridas a través de patadas y demás golpes, junto con la brecha de la frente que sí había detectado por la mañana.

Andrea pidió a Adriana que aguardase fuera, pues primero quería hablar a solas con su agente. Renzo estaba tumbado boca arriba, con la cabeza girada hacia el otro extremo de la habitación. ¿Dormido? Probablemente.

Cerró la puerta tras de sí. Al escuchar el mecanismo de la cerradura, se giró y abrió los ojos. Esos ojos no reflejaban sueño ni modorra alguna. Esos ojos estaban irritados tras horas de llanto. El shock derivado de la experiencia que acababa de vivir duraría meses, sería su aciago acompañante durante años.

—Ispettore... —sollozó con apenas un hilo de voz.

—Renzo —murmuró Longo, sintiendo una profunda desazón por el agente.

—Me alegro de verle —sus labios trazaron una triste sonrisa.

—Y yo a ti, amigo. No sabes cuánto.

—¿Hay novedades?

—Ninguna.

—Pero... El hombre que iba en su coche...

—No es de Mazzola. Lo contrató el día de la huida —a Andrea se le hacía pesado relatar su fracaso—. No sabe nada.

Andrea apoyó una mano en el hombro de Bellavite, a modo de consuelo.

—Vengo de la iglesia —informó—. Del entierro.

—Todavía no me lo creo —Renzo hablaba al aire, consigo mismo, con Andrea—. Están todos muertos.

—Todos.

Quedaron en silencio durante un instante, un improvisado minuto de duelo. Quizá a modo de profundo respeto por los fallecidos; quizá por la impotencia de no haber podido hacer nada por salvarlos; quizá por la utópica labor que les aguardaba, la de poder vengarlos.

A Andrea le costó un mundo pronunciar las siguientes palabras a un hombre convaleciente, pero era fundamental que volviese a revivir la tragedia.

—Renzo, ahora estamos más calmados —dijo al fin—. Necesito que me cuentes qué pasó. Trata de recordar lo que puedas, ya sabes que cualquier cosa que te venga a la mente puede ser clave.

—De acuerdo, ispettore. He estado pensando sobre ello —el agente pronunciaba las palabras con detenimiento—. El orden del convoy era el siguiente: usted en un coche, el furgón con los dos detenidos principales le seguía. Detrás iba yo con el último, y cerraban la marcha las dos motos.

—Correcto —asintió Longo.

—Al ser un tramo de curvas y recodos, todos íbamos algo más distanciados. Vi que un coche, un Alfa creo, me adelantaba por línea continua a toda velocidad. Aceleré para tratar de interceptarlo, y me dispuse a avisar, pero ya era tarde.

Bellavite hizo una pausa, y el ispettore no le apremió a que continuase. Quería respetar la velocidad que le permitiese su estado de ánimo.

—Habían disparado a la rueda de nuestro furgón —prosiguió él—, Occhio perdió el control y estaba dando volantazos. Cuando quise reaccionar otro vehículo me estaba sacando de la carretera. Frené en seco. Estaba saliendo de mi coche cuando recibí un disparo en la pierna. Enseguida acudió un individuo y me dio una patada en la cabeza. Todo se volvió confuso. Los cuerpos de Fini y Rusciano estaban tendidos, cada uno al lado de su moto. Un hombre se acercó, me esposó al coche y habló conmigo. Me dijo lo que le conté. Y después, vi que usted estaba en la escena. No sé cuánto tiempo había pasado. Ni siquiera sabía si estaba soñando o no.

Renzo tenía su vacua mirada postrada en un punto fijo. Simplemente estaba dejando que las palabras fluyesen de su mente, sin filtro alguno. Andrea aguardó pacientemente, y cuando supo que había terminado, intervino.

—Por lo que me dices, había al menos tres coches. ¿Cierto?

—Sí —confirmó él—. El que fue a por el furgón, el que me sacó de la carretera y, mínimo, uno más, que se encargó de las motocicletas. Quizá fueran cuatro.

—Háblame del hombre que habló contigo.

—No lo conozco, y además tengo el recuerdo algo borroso —se justificó—. Vino, me levantó la cabeza para que le mirase, y me dio el mensaje. Lo de Carlo... Recuerdos para usted. Nada más. No paraba de sonreír. Sentí asco.

—¿Recuerdas cómo era? ¿Cómo iba vestido?

—Más o menos. Era moreno, llevaba perilla. También llevaba...

—Espera, Renzo, espera —le detuvo Longo—. He traído conmigo a Adriana, la retratista. La conoces, ¿verdad? Voy a decirle que pase y vemos si podemos hacer un retrato decente. ¿De acuerdo?

—Claro —accedió él, algo animado—. No sé si podré ser de mucha ayuda, pero lo intentaré.

Andrea abrió la puerta y dijo a Adriana que entrase. Los recuerdos de Bellavite eran confusos y abstractos, pero ella demostró que su oficio no consistía tan solo en dibujar. Comenzó un interrogatorio particular, y con las preguntas adecuadas consiguió evocar datos más concretos, ocultos instantes atrás a la mente del agente. Su entendimiento era bueno, y el tiempo parecía haberse parado mientras hablaban. Las aptitudes de Adriana como dibujante también resultaron ser notables, y con el paso de los minutos se comenzó a vislumbrar lo que, a la postre, acabaría siendo un retrato majestuoso. Un boceto totalmente realista de la cara de un sospechoso.

Longo había estado dando vueltas por la habitación mientras escuchaba la conversación. No quería mirar hasta que no estuviese finalizado el retrato. Fue memorizando los datos más relevantes que derramaban las palabras de Bellavite. “Perilla”, “lunar en la mejilla izquierda”, “pelo oscuro”... Aun así, trató de recordar también la expresión facial del sujeto. Por lo visto, tenía una imborrable sonrisa de perturbado. De disfrute. De regocijo ante una masacre humana. Andrea sintió cómo se le revolvía el estómago también.

Por fin, acabado el trabajo de Adriana, le tendió el esbozo a Renzo, pidiendo confirmación.

—Un trabajo fabuloso —sentenció él.

Andrea tendió la mano solicitando el papel, y el agente se lo dio. Ante sus ojos emergió una imagen a carboncillo de un hombre. Lucía una desaliñada barba de un par de días, además de la mencionada perilla. La dibujante había omitido varios detalles aportados por Renzo, como la demente sonrisa, el gorro de lana o un cigarro inseparable de su boca, con la clara intención de favorecer la identificación del individuo. Los ojos, pequeños, transmitían una seguridad que casaba perfectamente con el carácter descrito por Bellavite.

Un dispositivo hizo clic en el cerebro de Andrea.

—Yo conozco a este hombre —dijo el ispettore.

—¿Cómo? —dijo Adriana.

—¡¿Quién es?! —reclamó Renzo.

—No lo sé, pero lo he visto antes. Me voy. La respuesta tiene que estar en el archivo. En la comisaría.

No había tiempo que perder. Estaba seguro. Ni siquiera esperó a Adriana, en caso de que ésta hubiera querido volver a la comisaría con él. Corrió y corrió. La gente se giraba para mirarlo, estupefacta, pero él no prestó atención.

Un kilómetro de distancia más tarde, entraba por la puerta de la comisaría. Fue a su despacho y abrió su archivo personal, donde guardaba una copia de todos sus casos. Los nervios le hicieron revolverlo todo, y probablemente perdió más tiempo del que ganó por el delirio de una pista próxima. Extendió las múltiples carpetas sobre la mesa, y decidió sosegar. Una vez sentado, comenzó a repasar los casos uno a uno.

“¿Dónde he visto esa cara?”

Su criterio, meticuloso, le hacía avanzar despacio. No quería pasar nada por alto; pero pasada una hora, y viendo la gran pila que se alzaba ante sus ojos, desistió. Echó la cabeza atrás, tomándose un respiro. Podría llevarle horas. No podía pedir ayuda, ya que ni siquiera sabía qué estaba buscando. Una foto, una imagen, un nombre... Necesitaba otro ‘clic’ en su mente, otro chispazo que le hiciera recordar definitivamente.

Con el retrato en la mano, trató de hacer memoria. Había visto a ese hombre, y no se trataba de ningún caso especialmente lejano en el tiempo. No haría más de dos o tres años, estaba seguro. Comenzó a descartar carpetas. Debía ser un caso importante, de una duración prolongada; de ahí la razón por la que recordaba esa cara. Siguió retirando carpetas en base a esas pautas. De vez en cuando, ojeaba alguna de esas carpetas, siguiendo únicamente su intuición. Murmuraba para sus adentros los nombres que leía, tratando de descifrar, de rememorar. Culpables, cómplices, testigos. Aldo Comparato, Gerardo de Toni, Davide Zanoli, Samuel Sesamo, Delio Iermano...

¡Delio Iermano!

—¡Ese cabrón se llama Delio Iermano!

Era tarde, aproximadamente las diez de la noche, y en la oficina no quedaban más que cuatro o cinco agentes. El alborozado grito de Andrea, totalmente fuera de lugar, los sacó de su letargo. Era un día catastrófico para la policía de Florencia, y un ispettore bramando de alegría en la oficina no era algo adecuado. A Longo no le importó lo más mínimo. Había encontrado a su hombre.

Tecleó su nombre en el ordenador, y en efecto, ahí estaba. La ficha policial de Delio Iermano apareció ante sus ojos. Esa cara... Prácticamente la misma que había dibujado Adriana. Gran trabajo el suyo.

La trayectoria criminal de Iermano era bastante amplia, pese a ser todavía una persona joven. Contaba treinta y cinco años, pero había estado ya dos veces en prisión. Ambas por peleas, aunque más que peleas, eran palizas. Una de ellas, la primera, había acabado con la víctima en una silla de ruedas. Salió de la cárcel y, apenas tres meses después, estaba de vuelta.

Ese caso, el de su segundo ingreso en prisión, lo llevó Andrea, un par de años atrás. Era, a priori, un caso de menor importancia, una paliza callejera como las hay a decenas en Florencia a lo largo de un año. La Polizia di Stato acabó por enlazar este caso con el anterior, y por fin supieron que Delio Iermano era un *perdonavidas*. Era la persona encargada de cobrar las deudas que faltaban a su jefe, y cuando no se recaudaba, era quien ajusticiaba al moroso.

Pero las deudas contraídas no eran con Delio, él tan solo era el castigador.

Andrea Longo había recordado el caso al completo, y un escalofrío atravesó su cuerpo cuando le vino a la mente el nombre de ese “jefe” al que llevaba todo el día tratando de identificar.

## 13

*La oscuridad era la dueña de la noche. Tan solo unas tímidas estrellas pululaban en lo alto del cielo, reclamando su porción de protagonismo. Y por supuesto, la luna. Una mayúscula luna llena sembraba un manto de luz sobre el césped que les rodeaba, e iluminaba los ojos de un Darío que no dejaba de mirarla, hipnotizado.*

*Una locura llamada adolescencia les había llevado hasta ahí. Estaban en Le Cascine, a escasos metros de la orilla del Arno, y no había señales de ninguna otra vida que no fuera la propia.*

*El nerviosismo afloraba en su cuerpo. Miró a su izquierda. Dos pilas de ropa esperaban pacientemente a ser usadas de nuevo. Nora sonrió. Cada pocos segundos sentía la tentación de volver a ponérsela, pues la vergüenza la estaba carcomiendo. No era para menos, era la primera vez que se desnudaba para un hombre. No obstante, ese era ‘su’ hombre. Tan solo la ropa interior aguantaba estoicamente el envite de la pasión.*

*—¿Estás nerviosa? —quiso saber él.*

*—Bueno... —tuvo que admitir.*

*—No tenemos por qué hacerlo, si no quieres.*

*—Claro que quiero, tonto —confesó Nora—. Pero es la primera vez.*

*Todo transcurrió con deliciosa suavidad. Fuera quedó el rubor de una remota compañía. Estaban solos, literal y metafóricamente. Se miraron a los ojos. Darío posó sus manos, con delicadeza, sobre los hombros de Nora, y deslizó con ambos dedos índices los tirantes del sujetador. Ella miró hacia abajo; todo parecía transcurrir a cámara lenta. Ayudó a Darío y desabrochó el sostén por su parte trasera, entonces su desnudez quedó a la vista. Quedó agradecida al ver la cara de deleite de su novio, que contemplaba fascinado sus encantos.*

*No quiso ser menos, y recorrió con medida el torso de su amante, centímetro a centímetro, hasta que llegó a su destino. Soltó el botón del pantalón, y con una traviesa sonrisa y un gesto de la mano, indicó a Darío que había llegado el momento. Él, solícito, se afanó, y en un visto y no visto estaba también en ropa interior.*

*Las manos de Darío recorrían su cuerpo con avidez; el tacto de sus dedos le provocaba un estremecimiento que hizo que su vello se erizase, que su piel se espinase, que un ardiente sofoco ascendiese desde sus pies hasta sus sonrosadas*

mejillas. Ella también usó sus manos para acariciar el pecho de Darío. Ese cuerpo fuerte y firme, cuyo abrazo protector era el máspreciado de sus bienes.

La ternura y la delicadeza abrieron el camino de la pasión y el desenfreno. Se apresuraron a quitarse el resto de la ropa, y quedaron totalmente desnudos. Ambos se observaron, otorgando un instante al análisis, hasta que decidieron que todo cuanto les rodeaba era perfecto.

Darío usó un único dedo para impulsarla con delicadeza, para indicarle que se tumbase sobre su espalda. Ella accedió, siempre sonriendo, olvidada la vergüenza, y se acostó lentamente. Apreció cómo se inclinaba sobre ella, apoyando sus manos sobre el suelo, y el calor de sus cuerpos impregnó el ambiente. El tiempo se detuvo. Sus labios se tocaron.

—Te quiero.

—Con locura.

Se fundieron en un ardoroso beso. Nora nunca había estado tan sedienta de su tacto. Cogió con sus manos las caderas de su amante, y sintió un contacto que la hizo reaccionar. Ella ayudó, con su mano, a que todo encajase, y tuvo que entrecerrar sus ojos para atajar el frenesí que la acometió. La excitación se desbordó, un torrente de emociones jamás experimentadas.

Retozaron una y otra vez, rodaron y se deslizaron; perdieron la noción del tiempo y el lugar. Solamente existían ellos dos, sus manos, sus labios, sus cuerpos desnudos.

El ritmo se aceleró. Las embestidas de Darío la estaban extasiando, y sintió cómo sus manos se aferraban a la espalda de él, sintió cómo las uñas se clavaban sobre su piel, dotando de un impúdico fervor al mejor momento de su vida. Rodaron sobre el césped, de forma que ella quedó colocada sobre él, que aprovechó la situación para acariciar sus senos, que se agitaban, traviosos, con el frenesí del movimiento.

El calor iba aumentando con el transcurso de los minutos, y en una de las escasas ocasiones en las que abrió los ojos, vio cómo el sudor perlaba la piel de Darío. Sus ojos se volvieron a encontrar, lo que bastó para que sus cuerpos llegasen al límite.

—Te quiero, te quiero, ¡te quiero!

Un último ataque desenfrenado colmó todas sus expectativas, y el acto quedó coronado en un sempiterno abrazo que los unió de por vida.

Nora miraba a través de la ventana, imbuida en sus propias cavilaciones. Últimamente pasaba gran parte de sus días en ese estado, a medio camino entre la reflexión y el atontamiento. En este caso, observaba cómo el ispettore Longo discutía con su jefe, ese hombre desagradable que solo había visto un par de veces y que nunca se cambiaba de traje. Se encontraban en la sala contigua, y

ambos hacían aspavientos, compitiendo por ver quién abarcaba más espacio con sus brazos. Andrea vio cómo Nora le miraba, y esbozó una empática sonrisa.

Recibió la buena noticia con alegría. Ese era el día de su puesta en libertad, tras tres días encerrada en su piso provisional. Había seguido las noticias con desidia, hasta que el día anterior vio el gran fracaso de la policía por la televisión. Carlo Mazzola había conseguido huir tras ser arrestado, y seis agentes de policía habían muerto en la operación. Era normal que se alzase la voz en la estancia anexa. Al parecer, la huida de Carlo evidenciaba que Nora estaba ya fuera de peligro, y el ispettore Longo se lo había comunicado esa misma mañana. Un agente fue a recogerla tan solo media hora después, y ahora estaba esperando el último trámite antes de volver a una vida normal. Todo lo normal que pudiera ser una vida sin Darío.

La discusión finalizó, y ambos ispettores, capo y superiore, salieron al pasillo en el que ella aguardaba sentada.

—Voy a coger tus cosas y ya te vas —informó Andrea, sonriendo una vez más.

Ella asintió. Vio cómo se alejaba dando amplias zancadas, sin mirar atrás. A pesar del descalabro policial del día precedente, era un buen policía. Al menos eso le parecía a ella. Y como persona, la había tratado con amabilidad en todo momento, desde el día que la rescató de la casa de los Mazzola hasta ese mismo instante, el momento de su adiós. Cualquier mujer que compartiera vida con él se podría sentir plenamente dichosa si Andrea Longo la trataba igual. Y Nora no dudaba que así sería. En circunstancias diferentes, totalmente diferentes, quizá le hubiera podido ver con otros ojos.

El ispettore se perdió tras girar a la derecha en un lejano pasillo. Era un hombre espigado, pero con un cuerpo bien esculpido. No un vigoroso Adonis de los que tan de moda estaban, sino simplemente, un hombre llamativamente atractivo. Además, siempre lo acompañaba con una adecuada vestimenta, y se apreciaba que era una persona impecable en ese aspecto. Lucía una perfilada y siempre bien recortada perilla de finos trazos. El colofón final lo ponían sus ojos azules, que acaparaban por completo la atención de quien hablaba con él.

Esos ojos azules estaban de vuelta. Andrea sostenía en sus manos una bandeja azul en la que habían estado guardadas sus pertenencias los últimos tres días. Esas pertenencias se reducían, sin embargo, a su teléfono móvil, pues era el único de sus objetos que no le habían permitido conservar durante su tiempo de aislamiento. Sus documentos personales, tales como el carnet de identidad o de conducir, también estaban en esa bandeja.

—Bueno, pues... aquí tienes —Andrea le tendió una funda de plástico. Con la otra mano se rascó la nuca, en un tímido gesto.

—Gracias por todo, ispettore —dijo Nora.

—Andrea —sonrió él—, y no tienes que dárme las. Solo hago mi trabajo, y en este caso bastante mal, por cierto.

—No se culpe, Carlo Mazzola siempre ha sido muy poderoso; tiene recursos para todo. Espero que puedan cogerle.

—Sí, yo también lo espero —agregó él.

—Bueno, Andrea... Le deseo suerte —Nora se giró, presta a abandonar la comisaría.

—Espera —titubeó Longo—. No debes estar en peligro, pero si vieras cualquier cosa sospechosa, por insignificante que sea, llámame enseguida. En la funda te he dejado una tarjeta con mi número personal.

—Gracias, ispettore.

—Cuídate, Nora.

Se despidió de un par de agentes más de la comisaría, alzando la mano a modo de escueto adiós. Ahí había pasado los peores días de su vida, pero el trato recibido por los agentes había sido maravilloso, y por ello les estaría por siempre agradecida.

Salió caminando, con ambas manos en los bolsillos y la cabeza baja. Quiso ir a pie, pues quería sentir el aire acariciando su cara. Una gélida brisa impactó en ella nada más girar la primera esquina, y se incorporó a la corriente de personas que deambulaba de un lado para otro. Volvía a ser uno más de los miles de ciudadanos de una gran ciudad. Anónima, desconocida; como a ella le gustaba.

La primera parada era obligatoria: debía ir a casa de sus padres. Andrea les había informado de la situación por la mañana y estaban emocionados con la idea de volver a abrazarla. Ella también tenía muchas ganas, pero por otro lado, en esa visita tendría que recordar todo lo acontecido, palabra por palabra, hecho por hecho, y podría derrumbarse una vez más. Había cosas que las quería solo para ella. Además de la nauseabunda experiencia con Giulio, tampoco disfrutaría ahondando en la conversación sobre Darío. Era su novio, era su amante, era... suyo. De nadie más. Pero sus padres también eran suyos, al fin y al cabo, y tendría que darles alguna explicación.

Llegó a su hogar. El entusiasmo venció al recelo y subió los peldaños de dos en dos para llegar antes al segundo piso, en el que estaba su casa. Una vez allí, eso sí, se paró en seco cuando se disponía a tocar a la puerta. Sus nudillos estaban a escasos centímetros de la madera, pero necesitaba respirar. Una avalancha de emociones se avecinaba, y quería un último instante de paz e intimidad para sí misma. Una vez conseguido, llamó y aguardó. Escuchó cómo unos pasos acelerados acudían, y la puerta se abrió.

—Dios, no me lo puedo creer —era su padre.

—Papá...

Sin haberlo previsto, las lágrimas anegaron sus ojos a una velocidad abrumadora. Abrió los brazos y se abalanzó sobre su progenitor; su cálido contacto la apaciguó como nada lo había hecho en los últimos días.

—¡Nora, mi vida! —su madre, Francesca, apareció corriendo, y se sumó al abrazo familiar.

No sabría decir si estuvieron medio minuto o media vida abrazados. Solamente se dejó llevar por el momento, y descargó toda la tensión acumulada. Estaba a salvo. La consabida frase “nunca sabes cuánto necesitas a una persona hasta que te alejan de ella” tomó sentido para Nora, que por primera vez en una semana creyó albergar una pizca de felicidad.

Una vez separados, los tres miembros de la familia Laguzzi pasaron al salón. Hablaron largo y tendido, y la conversación no fue molesta como Nora esperaba. Sus padres tuvieron todo el tacto posible, y no la interrogaron más de lo debido. No obstante, le preguntaron sobre Carlo, sobre su desaparición el día del asesinato de Darío, y sobre sus planes futuros, pero se abstuvieron de objetar nada. La mano de Francesca se aferraba a la suya, negándose a soltarla ahora que la volvía a tener.

Su padre, Filippo, estaba algo más distante, pero era habitual en él. No paraba de mirar hacia su mejilla izquierda, y Nora recordó entonces el golpe recibido por Giulio. Agradeció interiormente que no le preguntaran por ello, aunque el sombrío gesto de su progenitor, clamando venganza, le dijo que sabía quién era el culpable; no se trataba de Carlo, pero indirectamente había acertado.

El amor de su padre era incondicional, pero se contenía a la hora de demostrarlo. A ella no le importaba, solo con ver la cara de alivio con la que fue recibida, quedó complacida.

Terminados los abrazos y la conversación de reencuentro, anunció que debía marcharse.

—¿Cómo que te vas? —preguntó su padre. El horror se había dibujado en su rostro por un momento.

—Tengo que ver a Darío —comunicó.

—Comprendo —dijo él, y puso una mano en el hombro de su hija como muestra de apoyo—. ¿Quieres que te llevemos?

—No, quiero estar a solas con él. Necesito despedirme en condiciones. El día de su muerte... no pude.

—Ten cuidado, hija —gimió Francesca—. Ahora que estás de vuelta no quiero perderte de vista. Por cierto, ha llamado tu amiga Mina. No ha parado de llamar, de hecho. Está muy preocupada.

—Gracias, mamá, ahora la llamo. Y tranquila, a la hora de comer estoy aquí

—prometió.

La familia se fundió en un nuevo abrazo, esta vez de despedida, y Nora salió a la calle. Pensó en ir caminando hasta el cementerio, pero esta vez la distancia por recorrer no era pequeña y optó por coger el autobús. Anduvo, eso sí, hasta Santa Maria Novella, donde estaba situada la parada más cercana para su trayecto. Una vez allí, se percató de que apenas unos días atrás estaba en un sótano cercano, encarcelada y violada. Miró con rencor a la casa de los Mazzola, que la observaba impertérrita y desafiante, y transmitió sus mejores pensamientos para el ispettore Longo por sacarla de ahí.

Se sentó en uno de los asientos de un autobús de la línea doce, y un nuevo recuerdo acudió a su mente: su huida. El estado de ansiedad en el que se encontraba, Gina Bacceliere importunando como siempre, y el sigilo empleado para salir de la ciudad. Por suerte, todo aquello había acabado, pero se felicitó a sí misma por los ardidés empleados en su escapatoria.

Mina. Se acordó de ella; había llamado. Quizás se sintiera defraudada, y no era de extrañar, pues en su última conversación tuvo la oportunidad de contarle todo lo que había pasado, y prefirió guardárselo para sí. Era inexplicable el sentimiento de sobreprotección que Nora sentía hacia una mujer que tan solo era unos meses menor que ella.

Lo más curioso de todo era que en el instituto, lugar donde se habían conocido, ni siquiera tenían el contacto suficiente para cruzar dos frases. No eran amigas, de hecho. Fue una lluviosa noche de febrero, con alrededor de dieciocho años, cuando Nora se había topado con una versión desastrada de Mina, sentada en el suelo, apoyada en una farola, semiinconsciente, y ausente al torrente acuífero que le estaba cayendo encima. Se agachó y le tomó el pulso; la despertó y la tuvo que sacar casi a rastras de la calle, para llevarla a su casa, que por suerte estaba a tan solo un par de manzanas de distancia. La puerta de los Casola se abrió cuando más arreciaba la lluvia, y la señora de la casa las recibió entre lágrimas, agradeciendo escuetamente a la chica que la había salvado de quién sabe si la muerte. Días después fue la propia Mina quien la correspondió por lo que había hecho, invitándola a tomar un café, y sincerándose. Mientras Nora se percataba de las profundas ojeras que rodeaban sus ojos, o de la enfermiza delgadez que solía disimular con ropa holgada, ella se derrumbó al relatar sus problemas con las drogas, con la heroína concretamente. A través de dichos problemas comenzó a forjarse una amistad que a la postre sería inquebrantable.

Nora quiso mantener a Darío, en un principio, al margen de las complicaciones de su amiga. La propia Mina se lo había pedido, pero tuvo que romper esa promesa cuando tuvo una recaída. La pareja tuvo que acudir en su rescate, entrando a una destartalada casa en la que era imposible avanzar sin

tropezarse con alguien por los suelos. Entre esos escombros humanos estaba su amiga, tendida boca abajo y con un hilo de espuma proveniente de su boca. La llevaron al hospital y no la volvieron a ver en casi dos años. Su madre les hizo saber que había ingresado en un centro de desintoxicación. Nora se sintió profundamente afligida por no poder estar con su amiga y ayudarla a pasar el amargo trago, pero supo que, al menos, se estaban dando los pasos adecuados para que pudiera ser la alegre y dicharachera persona que ella había conocido en contadas ocasiones, cuando la droga lo había permitido.

El resto es historia: Mina volvió, totalmente recuperada, conocedora de que debía media vida a Darío y, especialmente, a Nora. A partir de ese momento fueron uña y carne, y aunque no pudieran verse todo lo que quisieran, no pasaba un día en que no hablasen para contarse todos sus chismes y preocupaciones. Hasta ahora.

Estas atribulaciones la habían distraído, y sin darse cuenta, había llegado al Cementerio delle Porte Sante, y con ello, al final de su camino. Antes de bajar del autocar pudo apreciar que el verde predominaba en el paisaje; unos prominentes y majestuosos árboles le daban la bienvenida. Anduvo unos diez pasos hasta quedar a los pies de una colosal construcción en piedra, con dos escaleras curvas, que se separaban en la parte baja para volver a encontrarse en la planta superior. Una vez arriba, de nuevo escaleras, esta vez más amplias, eran el preámbulo de una cita con las emociones más profundas del ser humano. Nora sintió cómo se le iba acelerando el corazón, cómo se avivaba la llama de la devoción. Con cada escalón que subía, estaba un poco más cerca de Darío. ¿Qué le diría? ¿Qué puedes decirle a la persona que más quieres, cuando sabes que no la volverás a ver?

Solamente había estado una vez allí, y hacía al menos veinte años de aquello, de forma que no recordaba nada. No era muy amiga de visitar a sus difuntos, a pesar de que en ese mismo cementerio estaban desde muchos años atrás sus abuelos Reggina y Paolo. Se disculpó con ellos interiormente, pues ni siquiera estando tan cerca pensó en visitarles. Esa visita al cementerio tenía un dueño, y se llamaba Darío Mazzola.

Sin embargo, temía el momento de su encuentro. Quizá creyese que, al ver su lápida, se esfumarían todos los recuerdos del Darío vivo. Quizá no estaba preparada para despedirse de él. O quizá la asustase que, en caso de seguir vivo, su amado la culpase a ella por no haber estado allí cuando fue asesinado. El caso es que ese miedo la hizo dar un rodeo, no buscar inmediatamente su emplazamiento.

Pudo contemplar, de esta forma, la maravillosa obra de arte que se puede construir desde el amor a un familiar fallecido. Por aquí y por allá destacaban las

esculturas que presidían los mausoleos, cada cual más extraordinaria y hermosa que la anterior. Estatuas de niños, adolescentes, adultos y ancianos; mujeres y hombres; todos ellos eran insignificantes por separado, pero en su conjunto formaban un todo mayúsculo. Predominaban los ángeles, ya fueran sentados, acostados o con sus manos extendidas, pero especialmente le llamó la atención la figura de una pareja bailando en un soporte sobre el mármol. Esa pareja bien podría ser Darío y ella, solo que con una historia diferente. ¿Cuál sería la suya? ¿Qué habría tras la vida de ese par de enamorados? Nunca lo sabría, y aun así, sintió una eterna empatía para con ellos.

Siguió avanzando, dejando a un lado todas estas reflexiones. Sus padres le habían indicado el camino a seguir para encontrar a Darío. Ellos no estuvieron en el entierro, pues en ese momento su hija era considerada culpable del asesinato, pero varios días después hicieron una visita fugaz al que fuera su yerno. Francesca y Filippo lo apreciaban, a pesar de las muchas diferencias con su padre. Sabían que el chico sentía una absoluta devoción por su hija, y eso era suficiente para que ellos le trataran como a un miembro más de la familia.

Alcanzó una zona en la que las fechas de las defunciones eran más próximas a la contemporaneidad, lo cual era un presagio de que estaba en el camino adecuado. Comenzó a observar con más atención los encabezamientos de las losas, y cuando llegó al final de la última hilera, la vio. Supo que era la que buscaba desde que la divisó en la distancia.

La lápida de Darío Mazzola era señorial incluso desde la lejanía. No exhibía una suntuosa escultura que le rindiese homenaje, en esa ocasión Carlo había estado comedido. Sin embargo, sobresalía varios centímetros por encima de las demás, y su reciente colocación hacía que luciese impecable al ojo visitante. Una vez junto a ella, Nora pudo apreciar los minuciosos detalles que presentaba: la cúspide del sepulcro caía hacia ambos lados con una curvatura pronunciada; una enrevesada confluencia entre dos varas formaba la perfecta cruz esculpida en piedra gris, que destacaba sobre el negro mármol de la losa; las letras eran doradas, y Nora cedió a la tentación de, una vez arrodillada ante su pareja, palparlas con su mano derecha. Sintió su tacto, notó el frío roce del mármol diciéndole que ahí no había vida.

Estudió la inscripción, cuya leyenda rezaba:

**DARÍO MAZZOLA**  
**03 de Abril de 1985 — 04 de Diciembre de 2017**  
**TU CORAZÓN SEGUIRÁ LATIENDO**  
**EN NUESTRA FAMILIA**

Cuando se quiso dar cuenta, las lágrimas caían a mares por sus mejillas. Sollozaba estruendosamente y sin consuelo, con su mano pegada al sepulcro.

“¿Por qué me has dejado?”, se preguntaba una y otra vez, y su pesar parecía perpetuo.

Pasados unos minutos trató de templar su ánimo; se permitió un último instante de duelo. Posó sus dedos índice y corazón sobre sus labios, los besó, y volvió a acariciar la lápida para de esa forma despedirse de su amado.

Tan abstraída estaba Nora en ese momento que no percibió cómo una mano la rodeaba. Algo obstruyó su boca y le impidió gritar, y lo último que sintió antes de desfallecer fue un intenso olor que penetraba en su ser.

## 14

Lo único que Andrea Longo veía en ese momento era la negrura provocada por sus manos al taparle la cara. Tenía los codos apoyados en la mesa y la cabeza gacha, todo ello como muestra del profundo desaliento que le asolaba. Pensó, irónico, en el paralelismo que había con su situación actual, donde la oscuridad era la nota preponderante, donde casi todo se había ido al traste, donde además, le habían pisoteado eludiendo todos sus pareceres.

Sin embargo, a través de sus dedos, en esas mismas manos que oscurecían tanto su vista como su mente, se filtraban unas pequeñas franjas luminosas. Había un último resquicio para la esperanza; una última carta que jugar, pero esta vez, la definitiva, era una carta que forzosamente les llevaría a la victoria o a la más lacerante de las derrotas.

Nora se acababa de ir, y con su marcha se había activado un mecanismo imparable para él. Había tratado de mostrar su indignación en todo momento ante Gagliardi, pero según decía, él también estaba atado de manos, aunque en ningún momento se opuso a la medida acordada.

El caso, al parecer, se había vuelto demasiado importante como para dejar escapar una buena oportunidad de cerrarlo. Primero fue un simple asesinato, para pasar a ser el asesinato del hijo de un gran empresario florentino. A medida que fueron sucediéndose los hechos, se convirtió en noticia nacional al ser Carlo Mazzola el asesino de su propio heredero. Y ahora, como colofón, nada menos que había entrado en escena Alessandro de Luca, el más importante usurero de toda la Toscana, un mafioso de los de toda la vida.

Además de ser conocido por cualquier persona de a pie, a Andrea le había correspondido, en el pasado, dirigir provisionalmente un caso en el que él estaba relacionado. Fue entonces cuando conoció a Delio Iermano, el momento en que se suponía que era un caso común de pelea callejera. Longo interrogó a las partes, y cuando relacionó el expediente con el de un anterior caso, se enlazaron ambos. Posteriores indagaciones resolvieron que Iermano trabajaba para Alessandro De Luca, y ahí se acabó el caso para él, por entonces, *ispettore 'a secas'* Longo. Le relevaron y le dijeron que el caso había tomado unas dimensiones que superaban a su rango. Buen trabajo, unas palmaditas en la espalda, y a otra cosa.

Ahora De Luca volvía a cruzarse en su trayectoria. De aquella situación salió indemne; parecía alguien intocable a pesar del mucho mal que ocasionaba. Bajo

sus garras se sostenía el mayor negocio de préstamo ilegal de la zona, pero no había manera de incriminarlo. Aunque él estaba separado del caso, dos años atrás vio desde la lejanía cómo ocurría; por mucho que hubiesen relacionado a Delio Iermano con el magnate de la usura, ni él, ni tan siquiera el otro hombre, quien había recibido una paliza de muerte, abrieron la boca para inculpar a Alessandro de Luca.

Se presentaba, en esta ocasión, una nueva oportunidad; un nuevo caso. Y, aunque él compartía el ansia por atraparlo que pregonaba Gagliardi —de hecho, lo deseaba más que nadie—, no estaba dispuesto a usar a Nora como cebo para ello.

Eso es lo que acababa de ocurrir. Habían mentido a Nora respecto al secuestro de Mazzola, haciéndola creer —al igual que a toda la ciudadanía, pues era lo que se había divulgado a través de los medios— que el empresario textil había logrado escapar de la policía. Pero no conformes con eso, habían usado a una mujer inocente como señuelo para Alessandro de Luca, a quien, por otra parte, no debía interesarle lo más mínimo la existencia de Nora Laguzzi. ¿Cómo podía ser, entonces, que ella significase tal reclamo? Carlo Mazzola era la respuesta. Andrea recordaba el rencor que sentía por la chica, en todas las ocasiones que tuvo lo demostró con algún comentario cargado de odio. Todavía recordaba su última conversación con él.

*“Lo peor de todo es que ella quede libre. No quiere a mi hijo, ¿lo sabe? Es la peor escoria que se haya acercado a esta familia”*

‘El primero de los pagos’, como Iermano lo había llamado, de Carlo a Alessandro había sido el cadáver de su hijo Darío. ¿Qué clase de deuda tendría para que la vida de su hijo fuese una condición sin ecuánime? Y sobre todo, ¿qué más podía pedir De Luca? La única respuesta que se le ocurría a Andrea era la eliminación del propio Carlo Mazzola; pero no de forma común. Alessandro tenía fama de ser un hombre dado a los juegos, no le gustaba hacer las cosas con sencillez. Disfrutaría viendo cómo el propio Mazzola se suicidaba. ¿O quizás querría que siguiera aniquilando a su propia familia, siguiendo por su mujer, Eva?

En cualquiera de estos casos, Carlo era un hombre que preferiría morir matando. Ahí es donde podría entrar Nora Laguzzi. Quizá Carlo pusiese como requisito que también cayese ella. Los medios de comunicación se habían encargado, cómo no, de anunciar a bombo y platillo que la chica estaba en libertad, algo con lo que la Polizia di Stato contaba, y que haría introducir esta nueva carta en la baraja.

Pero todo esto no eran más que conjeturas. Pudiera ser que el pago restante de Carlo no fuese su propia destrucción. Tal vez se tratase de otro menester, pero

todo cuanto tenían era a Nora. El ispettore Longo deploraba la opción que habían tomado. Gagliardi insistía en que ella no corría un peligro inmediato, porque las dos posibilidades que podían darse eran, por un lado, que la atrapasen, se la llevasen y de esa manera el cebo habría funcionado; o bien que la ignorasen y la chica quedase sin riesgo alguno, en plena libertad, en cuyo caso la Polizia di Stato habría fracasado con letras mayúsculas.

Nada más averiguar que todo el caso estaba relacionado con De Luca, un grueso equipo de agentes especiales se dirigió, al mismo tiempo, y divididos en secciones, a las dos casas que el magnate tenía en Florencia. Como ya esperaba Andrea, no hubo rastro ni de Alessandro ni de Carlo.

Una vez más, la libreta mental de anotaciones del ispettore Longo estaba vacía. Fue entonces cuando recibió la llamada de Gagliardi, a las tres de la mañana, dándole la noticia. No había discusión posible, la decisión estaba tomada.

Andrea puso a dos agentes en seguimiento de Nora, a todas horas, pegados como una lapa, y en contacto directo en todo momento con él. Quería saber si la chica iba al servicio de un restaurante, o si se agachaba a atarse los cordones de las zapatillas, al instante. En cualquier caso, habían instalado un dispositivo de seguimiento en el teléfono de la chica antes de devolvérselo. Solo por si acaso.

El agente Dall’Orio le había llamado dos veces ya, cumpliendo a rajatabla sus instrucciones. La primera llamada fue para comunicar que Nora había ido a casa de sus padres caminando, sin novedad alguna. Un par de horas más tarde recibió una segunda llamada, diciendo que había salido y había tomado un autobús de la línea doce. Consultó en su ordenador, y comprobó que, tras cruzar el Arno y dar un rodeo, su más que probable destino era el cementerio delle Porte Sante, donde reposaba el cuerpo de Darío.

Era obvio, por otra parte. ¿Qué le quedaba si no? Era de suponer que querría despedirse de forma adecuada del amor de su vida. Necesitaría unos momentos de intimidad, de duelo, de reflexión y unas últimas palabras para su hombre, que se había ido para siempre. Andrea quiso estar ahí con ella; poner un brazo sobre su hombro, consolarla y abrazarla.

Negó con la cabeza. Debía quitarse ese tipo de ideas de su mente. No eran buenas; de hecho, eran totalmente estériles, y además, le nublaban el pensamiento. No podía negar que, por primera vez desde que la soltería imperaba en su vida, por primera vez desde que Elia no existía para él, volvía a sentir algo especial por otra mujer. Pero ese ‘algo’ era totalmente inoportuno e impropio.

Decidió ojear el currículum de Alessandro De Luca, mientras descargaba sus nervios con unos constantes y repetidos movimientos de su pierna derecha.

Sentado en su oficina, sentía cómo las paredes le comían, cómo se acercaban a medida que pasaban los minutos, acechándole y recordándole lo impotente que estaba mientras los acontecimientos se sucedían.

Durante la noche anterior, había redactado un dossier sobre De Luca, en el que solapó sus antecedentes oficiales junto con los que no se le habían llegado a imputar.

Curiosamente, el historial legal contaba tan solo con dos delitos menores, ambos por inducción a la violencia, en escala menor. Para lo que él hacía habitualmente, tan solo eran migajas. Fueron dos ocasiones sucesivas, a finales del año 2015 y principios de 2016. Uno de sus hombres cedió a la presión de la policía y acabó confesando actuar bajo las órdenes de Alessandro. Cuando la sombra de la prisión sobrevoló su figura, dio con la forma de que no se le relacionara con nada más de eso, probablemente aumentando las ganancias de sus hombres, o amenazándolos, según el humor que tuviera ese día el caprichoso De Luca.

El currículum oficioso estaba repleto de casos desestimados por falta de pruebas, acusaciones que no llegaron a buen puerto y sospechas varias. Supuestos sobornos, chantajes, agresiones y, sobre todo, préstamos ilegales, que era, al fin y al cabo, a lo que se dedicaba. En el último lugar figuraba el caso actual, redactado como *'coacción a Carlo Mazzola para asesinar a su hijo'*. Esperaba, cuanto antes, poder mover ese caso al otro apartado.

Profesionalmente era una gran oportunidad. Era ese caso que todo policía necesita para granjearse un nombre, ser conocido por las altas esferas de la ley y abrirse camino en pos de un futuro brillante. La parte negativa era que Andrea Longo no pensaba en el apartado profesional. Tan solo pensaba en la injusticia que acababan de hacerle a una mujer que no había cumplido los veinticinco años y que, además, estaba destrozada por múltiples desgracias recientes. Cogió su expediente. Nora Laguzzi. Unos entristecidos ojos verdes reflejaban el pesar que sentía unas pocas mañanas atrás, cuando la fotografiaron para adjuntar su rostro al perfil que le acababan de crear.

Abducido de nuevo por su cara, una vibración le sacó de su ensoñación. Era Dall'Orio.

—Longo.

—¡Ispettore! —gritó él— ¡Se la han llevado! Hace apenas unos minutos. Estamos comenzando el seguimiento del coche —el nerviosismo se abría paso a través de la voz del agente.

—Vale, Ciro. Cuéntame cómo ha sido. ¡Y no les perdáis la pista, pero no os acerquéis demasiado! —a toda prisa, Andrea cogió sus enseres y se apresuró a salir de su oficina.

—Ella estaba en el cementerio, arrodillada sobre la tumba del chico — informó el agente—. Solamente había un par de personas muy alejadas, llorando a sus familiares. Un hombre salió de detrás de una lápida que había un par de metros más allá, y atrapó a Nora. La dejó inconsciente, la cogió en brazos y se fue con ella. Fue visto y no visto.

—Dime el modelo, color y matrícula del coche —ordenó Andrea.

—Fiat Bravo, negro. Matrícula DS·545·DG, de Florencia.

—De acuerdo —contestó—. Os alcanzo en unos minutos. ¡No les perdáis, ¿eh?!

—Descuide, ispettore.

Había llegado el momento. Ahora es cuando absolutamente todo estaba en peligro. Si no recuperaban a Nora, habría sido una acción policial temeraria con unas colosales consecuencias humanas, por no hablar del fiasco a nivel profesional. Además de ella, los seis agentes muertos el día anterior lo habrían hecho en vano. Y Carlo Mazzola. Pese a lo atroz de sus actos, también él tenía su pequeño rol como víctima en todo este embrollo.

Al menos, ahora Andrea tenía una posibilidad. Había algo que hacer, y volvía a sentir que tenía algo de potestad en el devenir de la historia. Dio el aviso al equipo que aguardaba a su orden.

El plan era unirse al par de agentes que seguían a los hombres de Alessandro De Luca, en un turismo diferente al que solía llevar. Unos kilómetros atrás, sin contacto visual, les seguirían un par de furgones con diez agentes en total. Una vez Andrea hubiese llegado al lugar, analizaría el emplazamiento y tomaría las medidas adecuadas con el equipo de intervención. Lo fundamental era saber hacia dónde estaban llevando a Nora.

Miró la señal del navegador. Estaba en Florencia, inmóvil en el cementerio desde que el agente Dall’Orio le había notificado el secuestro. Los agentes no sabían nada sobre el dispositivo integrado en el teléfono de Nora, para que de esa forma pensasen que su labor era esencial. Andrea llamó a Ciro.

—Dígame, ispettore.

—Cuando esos hombres han cogido a Nora —inició Andrea—, ¿te has fijado si ella llevaba algo encima?

—Tenía el bolso en el césped —respondió Dall’Orio—, a medio metro, pero lo han dejado allí. Pensamos en cogerlo, pero nos hubiera puesto bajo sospecha en el caso de que alguien estuviera observando.

—Bien hecho, agente. ¿Seguís tras ellos?

—Sí, ispettore, acabamos de salir de la ciudad. Viajan a una velocidad moderada, no quieren llamar la atención —se palpaba el afán del agente por agradar a Longo, tratando de complementar todo lo posible su información.

—¿Dónde tienen a la chica?

—En el maletero. Atada de pies y manos, y con la boca amordazada.

—¡Cabrones! —Andrea hizo una pausa mientras la irritación fluía por sus venas, y el agente Dall’Orio no la interrumpió—. Yo estoy saliendo ya. ¿Dónde estáis?

—Acabamos de pasar Bottai, circulamos por la SP4 en dirección suroeste.

—Os alcanzo enseguida. No cuelgues y ve dándome instrucciones sobre vuestro rumbo.

No había tiempo que perder, pues el ispettore no sabía la longitud del trayecto. Quizá estuviese varias horas al volante. Era un seguimiento totalmente a ciegas. Subió a su coche, un Alfa Romeo Brera plateado. Suficientemente normal como para no llamar la atención, pero sus 185 caballos le darían la opción de galopar como, presumiblemente, iba a necesitar.

Las grisáceas nubes se arracimaban en el cielo de Florencia, y una fina pero incesante llovizna amenazaba con amargar el trayecto al ispettore. Los coloridos paraguas daban el único toque de color al final de una mañana tan lóbrega que parecía querer desalentarlo sobre su propósito.

Ahora todo estaba en manos, efectivamente, de los agentes que seguían a los secuestradores. El teléfono de Nora estaba en su bolso, y éste, a unos centímetros de la tumba de Darío Mazzola. No dependía de sí mismo; una vez más, se le escapaba el mando de la situación, y esa era una sensación que no complacía a Andrea Longo.

Le costó más de diez minutos solamente salir de la ciudad, y para entonces, los agentes estaban a unos veinte kilómetros de él. Volcó su pie sobre el acelerador, adelantando vehículos a toda prisa, con la conducción más agresiva que recordaba haber realizado en mucho tiempo. El clima había empeorado, y la lluvia, que inicialmente era una mera anécdota, estaba comenzando a ser un elemento a tener en cuenta. Un giro más rápido de lo debido, y podría despedirse de Nora.

Con una salpicadura de un charco sobre la gente que aguardaba en un paso de cebra dijo adiós definitivamente a la ciudad. Pudo apreciar la forma en la que alzaban sus brazos ofendidos y empapados, pero no tenía tiempo para disculpas. Engulló el pavimento y tan solo unos minutos después, había dejado atrás Bottai. El agente Dall’Orio le iba informando de su posición, que en esos momentos no era otra que Montespertoli, un pequeño pueblo en la misma dirección que seguían desde el inicio. Aproximadamente quince kilómetros les separaban todavía.

Un lejano relámpago restalló en el horizonte, y comprobó, minuto a minuto, cómo se le hacía más complicado controlar el volante. El limpiaparabrisas

trabajaba a máxima velocidad, pero la copiosa lluvia se había propuesto dificultar la labor de Andrea. Puso todo su empeño, pero aun así, tuvo que aminorar el paso tras sentir cómo los neumáticos le jugaban una mala pasada. Las curvas se sucedían con asiduidad, de forma que la velocidad nunca era la que él pretendía alcanzar. Se consoló pensando que probablemente los hombres que transportaban a Nora tampoco podrían avanzar a altas velocidades.

Habían pasado unos diez minutos sin novedades, cuando *Ciro Dall’Orio* habló en voz baja:

—*Ispettore*, parece que aminoran la marcha. Han entrado en un camino privado a la altura de *Torraccia*. Si entramos nosotros también, probablemente se percaten de nuestra presencia —informó.

—De acuerdo, no entréis —suspiró *Andrea*—. Pero trata de seguir su dirección con la vista. Si en cualquier momento los pierdes, entrad en el camino con mucha cautela. Estoy a cinco minutos de vosotros, y la caballería viene conmigo.

Mintió. Con la velocidad a la que había viajado *Longo*, los dos furgones que le secundaban estarían al menos quince kilómetros atrás. Muchos posibles contratiempos se agolparon en su cabeza ante los nuevos acontecimientos. Cuando llegase él, los agentes podrían haber perdido la pista del objetivo, y peligrar así toda la operativa. O quizás los furgones tardasen demasiado en llegar, y no hubiese posibilidad de una intervención exitosa. Eran demasiadas las cosas que podían salir mal, y era una agria sensación que, desgraciadamente, había vivido varias veces en los últimos días.

Puso *Torraccia* en el navegador, ya que no conocía de nada ese nombre. No era para menos: cuando llegó, comprobó que la vida humana brillaba por su ausencia, o al menos, no estaba muy a la vista. Alguna casa lejana, casi invisible a causa de la oscuridad de la jornada, y campo, mucho campo. Siguió las orientaciones de *Ciro*, y en unos minutos alcanzó su posición. Habían parado junto a un gran cartel indicativo, y mientras el agente *Fornaro* vigilaba con unos prismáticos, *Dall’Orio* le hacía unos disimulados aspavientos indicándole su posición.

Por suerte para ellos, la flora era imponente. A su derecha se alzaba una especie de bosque del que no se podía descifrar nada más que la oscuridad y la impenetrabilidad; a su izquierda, unos altos juncos ocultaban su posición y se interponían entre los agentes y el lugar de donde *Fornaro* no despejaba la vista. El fuerte viento movía los tallos de las plantas, esparciendo un zumbido que en otra ocasión hubiera podido apaciguar al *ispettore*.

Bajó de su coche y entró por la parte trasera del de los agentes.

—¿Los tenemos? —preguntó con impaciencia el *ispettore*.

—Sí, no se han movido —anunció Ciro—. Nada más llegar han sacado a la chica y han entrado en el almacén que hay unos metros más allá. ¿Vienen con usted los refuerzos?

—Están al caer —o eso esperaba, al menos. Había hablado con el conductor del primero de los furgones justo antes de llegar, y creía que tardarían al menos diez minutos más.

Andrea tomó los prismáticos de manos del agente Fornaro, y buscó en la lejanía. Tras el campo de juncos se abría un vasto llano de cultivo a ambos lados, rodeando el mencionado almacén, que se trataba más bien de un granero. No había demasiada distancia, el ispettore calculó que podrían separarles apenas doscientos metros. Una gran construcción de ladrillo que tan solo contaba con unas escasas ventanas para poder avistarles. En el lateral que había a la vista se podía advertir una gran puerta con dos hojas, sin duda fabricada así para poder albergar en su interior tractores, segadoras y demás vehículos para el trabajo del campo.

Un grueso dilema se le presentaba en ese momento. Podían esperar a que llegara la ayuda para asegurar el objetivo de la misión; era lo más cauteloso, y era la idea inicial, pero a su vez era la opción que abría un abanico más amplio de escapatorias para el enemigo. O bien, podían actuar en ese momento, y contar así con un efecto sorpresa más efectivo a la hora de intervenir.

Miró a sus hombres. Ciro Dall'Orio, totalmente servicial, era un hombre con el que se podía contar siempre. Habitado al trabajo en la propia comisaría, esta expedición era para él una prueba de oro; se le veía maravillado, y si Andrea le pidiese que saliera corriendo en ese mismo instante y trajera a la chica ilesa, él lo intentaría con ahínco. Giancarlo Fornaro, por su parte, contaba con una edad más avanzada, pues estaría acechando el medio siglo de vida. Era disciplinado, y nunca daba una voz más alta que otra, pero no compartía el júbilo de Dall'Orio por el trabajo de campo. Ambos estaban ahí, y no en comisaría, a causa de las bajas ocasionadas dos días atrás. Ninguno de ellos estaba preparado para asaltar un almacén en el que no sabían si había tres, diez o treinta personas hostiles para recibirles. Además, el ispettore Longo no quería que ningún cadáver más recayese sobre su ya descompuesta conciencia. Entrar de inmediato no era una opción.

Sin embargo, Andrea no era una persona que se conformase con su destino, y tampoco casaba con él la idea de quedarse a la espera, de brazos cruzados, indiferente a cuanto pudiera suceder. Volvió a colocar sus ojos tras la lente de los prismáticos, y fijó su mirada en las ventanas. Intentaba averiguar si podía ser visto desde una de ellas, aunque la distancia desde el suelo le hacía pensar que no. La oscuridad y la copiosa lluvia fueron un ineludible impedimento para él, lo

cual, por otra parte, era una buena noticia, ya que imposibilitaría, o al menos dificultaría en exceso que los secuestradores le divisasen también.

—Chicos, voy a ir a echar una ojeada —comunicó Andrea.

—¿Antes de que lleguen los refuerzos? —preguntó un incrédulo Fornaro. Quedó claro que a él ni siquiera se le habría pasado por la cabeza.

—¿Le acompañamos, ispettore? —solicitó Dall'Orio.

—Tranquilos, solo voy a acercarme para planear la mejor estrategia. Echo un vistazo y vuelvo —aseguró.

Y los dejó allí. No les mintió, su única meta era familiarizarse con el terreno y estudiar las posibilidades.

Palpó su cadera para cerciorarse de que su arma seguía allí, era uno de sus actos reflejos antes de entrar en acción; le infundía seguridad. Salió del coche, agachado, y el aguacero cayó torrencial sobre su espalda; de inmediato estuvo empapado. No le importó, y con una presurosa carrera se introdujo en la espesura de los juncos. Trotó con paso ligero hasta que alcanzó el límite en el que comenzaba la llanura. Desde ahí pudo apreciar con más detalle tanto el almacén como los demás elementos de la escena: dos coches, además del que había traído a Nora, eran los que custodiaban la edificación. Esos dos automóviles estaban estacionados a ambos lados de la gran puerta de entrada a la nave, mientras que el Fiat Bravo estaba unos metros más atrás, con el maletero todavía abierto después de haber desalojado a la chica.

Andrea corrió, todavía oculto tras los juncos, a su derecha, para perder la visión de la puerta de entrada, y de esta forma evitar ser visto en caso de que alguien la abriera. Llegó hasta el otro lado del almacén, pues quería verificar si había una segunda puerta en el otro extremo del edificio. Le congratuló que no fuera así, y volvió a la zona en la que la imponente construcción emergía frontalmente ante sí.

Echó un último vistazo a los altos ventanales, corroboró que nadie le vería acercarse, y sin más moratoria, galopó hasta que pudo situar su espalda contra la pared del almacén, momento que aprovechó para tomar aire y dar un respiro a su imprudente acometida. Fue caminando lateralmente, con sigilo y lentitud, con el objetivo de acercarse a los tres coches y al portón. Cuando llegó a la esquina asomó tímidamente la cabeza, arma en mano, y confirmó que nadie más se hallaba presente.

Quiso acercarse al coche en el que había venido Nora, pero no se atrevió; al estar algo retirado de la nave, podría ser visto desde alguna de las ventanas. No obstante, sí se acercó a los otros dos automóviles; se agachó tras el primero de ellos, de forma que si alguien abría la puerta del almacén al menos podría ocultarse tras su carrocería. Palpó la maneta de cada puerta, pero estaban

cerradas: no habían sido tan descuidados como quienes habían traído a Nora, claro que no habían tenido tampoco la prisa ni habían sufrido las inclemencias del tiempo igual que ellos. Asomó su cabeza por la ventana del conductor, y no pudo ver nada que no fueran cigarrillos apagados —más de una decena— en un cenicero, y un par de papeles inescrutables desde la distancia en uno de los asientos.

“Ya basta, Andrea”, se dijo. “Has visto cómo es el edificio, has comprobado que no hay demasiada gente, y tienes una opción clara de entrar cuando vengan los refuerzos. No hagas más el tonto y retírate a tiempo”.

Fue entonces cuando se oyó un disparo.

¡Nora!

Pese al estruendoso fragor que causaba la lluvia golpeando aquí y allá con estrépito, Andrea Longo escuchó claramente un disparo en el interior de la nave; era lógico, pues tan solo unos metros le separaban, y la detonación había retumbado en todo el recinto. El ispettore suspiró, ya que estaba en una encrucijada. ¿Qué hacer? ¿Había sido Nora el destino de esa bala? Ninguna otra opción acudió a su cabeza, pero no tenía forma de estar seguro sin entrar.

No podía esperar más.

Buscó con la mirada el lugar donde estaban los agentes Dall’Orio y Fornaro. No se les veía por ninguna parte, pero en la lejanía sí alcanzó a ver algo: dos oscuros furgones que avanzaban por la carretera hasta el lugar de donde él había venido. No podía volver allí para dar instrucciones, y comprobó su torpeza al haber olvidado el teléfono móvil en su coche; regresar le retrasaría demasiado, y quería entrar cuanto antes para ver el motivo del disparo que había escuchado. Confiaba en esos hombres, y sabía que acudirían en su ayuda en cuanto estuviesen preparados.

Con la espalda férreamente apoyada en el armazón del coche, y el arma apuntando al cielo, asida por ambas manos, el ispettore Longo se dio un último instante de paz. Cerró los ojos y suspiró.

El recuerdo de Renato acudió a su mente como solía hacer en los momentos cruciales de su vida. Se encontraba ante una coyuntura decisiva, y en casos como ese siempre rememoraba el gran error de su existencia. Se imaginaba a sí mismo en una vida paralela, en la que en lugar de recular ante el miedo provocado por esos chicos en bicicleta, les hacía frente. ¿Qué habría ocurrido en tales circunstancias? Quizá esos chavales hubiesen reculado ante una oposición más firme. Quizá la muerte les esperara a ambos, o quizá solamente Andrea hubiese perecido en lugar de Renato, desenlace que, sin dudarlo, preferiría.

La cobardía le había arrebatado a su hermano muchos años atrás, y la sola aparición de tal recuerdo en su cabeza le daba el impulso necesario para

acometer cuantos problemas se presentasen.

Se incorporó.

Con un rápido movimiento avanzó y pegó su retaguardia en la pared contigua a los portales, cada uno de los cuales contenía un pequeño ventanuco. Trató de inspeccionar discretamente a través de ellos, pero justo enfrente había un gran tractor que le impedía mirar. Agarró el picaporte de la puerta y, con todo el silencio del que disponía, tiró hacia abajo de él. La puerta se entreabrió. Esperó unos segundos, y cuando entendió que nadie le había oído, entró.

*Alguien le dijo una vez que lo importante en el amor era sentir apoyo incondicional en todo momento, fuera cual fuera la situación y en cualquier circunstancia que pudiera darse.*

*Nora acababa de descubrir que esa persona tenía razón. En ese instante necesitaba un hombro sobre el que llorar, y no podía hablar con Darío. Hacía tan solo dos días desde que su padre le había prohibido salir de casa, y la guerra había explotado también en el hogar de los Laguzzi. Esa misma mañana, Carlo Mazzola había telefoneado a Filippo para advertir que no quería que su hija se acercara a su familia. Éste, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar, pues un sonoro golpe le indicó que ya no había nadie al otro lado del auricular.*

*Como era lógico, esa misma tarde hubo reunión familiar, y Nora pasó una velada más que desagradable. La ira de su padre iba en aumento, y Francesca intentaba estérilmente calmar sus ánimos. La adolescente permanecía inmóvil en una silla, con el sollozo como única señal de vida. Filippo también sentenció que Nora no debía ver más a Darío, pero no porque Mazzola lo dijera, sino porque él aborrecía la superioridad con la que Carlo se había manifestado.*

*Al menos una hora después, la polémica continuaba, y Nora se había cansado. Se levantó con tal violencia que volcó la silla contra el suelo, y se fue corriendo a su habitación. Dejó caer su endeble cuerpo sobre la cama y rompió a lloriquear. Todo tipo de calamidades pasaron por su mente, porque la pasión de la recién superada pubertad le impedía otear una vida feliz si no era con Darío a su lado.*

*No sabía cuánto tiempo había pasado, quizá había acabado por dormirse; pero el persistente sonido del teléfono móvil la sacó de su letargo. Era él:*

*—¡Darío! —exclamó ella.*

*—Mi amor —su aterciopelada voz sonó con tranquilidad desde el otro lado del teléfono.*

*—Necesitaba escuchar tu voz.*

*—Y yo necesito ver tus ojos.*

*—Ojalá pudiéramos vernos —suspiró ella.*

*—No tienes más que asomarte a la ventana.*

*—¡¿Estás aquí?!*

*—Compruébalo tú misma —la pícara voz con la que ahora hablaba había contestado la pregunta.*

*Nora asomó su cabecita por la ventana; un segundo piso era una gran altura como para hablar a gritos, de forma que ambos mantuvieron su conversación con el teléfono pegado a la oreja. Ahí estaba, Darío Mazzola había acudido a rescatarla cuando ella más lo necesitaba.*

*—¿Cómo has salido de casa? —quiso saber Nora.*

*—Mi padre se pasa la mitad del día fuera, y he hecho un trato con la limpiadora para que no hable —sonrió él.*

*—Pero esto no puedes hacerlo más, ¡te acabará descubriendo!*

*—Solo es hoy —afirmó Darío—. He escuchado cómo mi padre llamaba a tu casa esta mañana, y quería ver cómo estás.*

*—Pues mi padre lleva toda la tarde gritando cosas horribles de tu padre, y tampoco quiere que nos veamos. ¿Qué vamos a hacer?*

*—No lo sé, nena. Pero tenemos que ser fuertes. Más que ellos. Y lo conseguiremos.*

*Siguieron conversando tan solo unos minutos más, pero el gesto, el esfuerzo que Darío había hecho ese día para consolarla había llegado al interior de su corazón. Había traspasado las pocas barreras que faltaban por superar para saber, incuestionablemente, que quería estar junto a él por encima de todo.*

Era el primer viaje de Nora en el interior del maletero de un coche. Una de esas experiencias que no querría haber probado en su vida. La oscuridad gobernaba en el ambiente, y tan solo se escuchaba el constante traqueteo de un automóvil avanzando por la carretera.

Cuando despertó, estaba totalmente confundida. No recordaba lo ocurrido, no sabía dónde estaba, y cuando trató de mover manos y pies, descubrió que no podía. Sintió que un trozo de tela le oprimía la boca, y su voz, amortiguada, intentaba estérilmente abrirse paso para pedir auxilio. Entonces se acordó; estaba en el cementerio, llorando a Darío, despidiéndose de él. Y ni siquiera esa voluntad le había sido concedida finalmente.

¿Qué hacía ahí encerrada? La policía la había dejado en libertad porque ya no corría peligro; entonces, ¿no era eso cierto? ¿Carlo Mazzola había vuelto para raptarla otra vez? ¿Y Giulio? Giulio... Otra vez no.

Sintió cómo una solitaria lágrima caía por su mejilla, evidencia de su imposibilidad para hacer algo al respecto. Estaba cansada, harta, irritada... No quería volver a pasar por eso otra vez.

Comenzó a liberar toda su tensión. Se encontraba tumbada boca arriba, con las manos atadas a la espalda, y los pies sujetos entre sí. Con ellos, comenzó a dar patadas al techo del maletero; apenas tenía espacio, pero su menudo cuerpo era una ventaja en esta situación. También era un impedimento, ya que su fuerza fue insuficiente para lograr nada. Pateó y pataleó hasta que le dolieron las

piernas por el cansancio, y los pies por los golpes propinados. También gritaba, tratando de descargar su furia, pensando que ese trozo de metal que estaba recibiendo sus puntapiés era la cara de Giulio, o la de Carlo, o la de ambos, sonriendo lascivamente al unísono. Quería borrar esa mueca de sus despreciables rostros.

Se lo pensó mejor. Sería mejor guardar las fuerzas que le quedasen, reservar una de esas patadas para cuando la compuerta del maletero se abriese. Sí, mejor. Estamparía el pie sobre su nariz. Desgraciadamente, todos los golpes que había dado habrían alertado a Giulio, si es que era él quien conducía. Aun así, su única baza era quedarse quieta hasta que la sacaran de ahí.

Con la vista incapacitada, su sentido auditivo estaba reforzado. Podía escuchar cómo llovía en el exterior, el sonido de las gotas traqueteando sobre el metal del automóvil le anunciaba que una fuerte lluvia azotaba el entorno.

Pasaron tan solo cinco minutos hasta que hubieron novedades; advirtió que el coche aminoraba la marcha. Percibió cómo cambiaba la superficie sobre la que circulaba el automóvil, pasando del asfalto a lo que probablemente sería un camino de tierra o de grava. Escuchaba el rechinar de las piedras al ser aplastadas por los neumáticos, y poco después apreció cómo el coche se detuvo.

Había llegado el momento. Aunque no veía prácticamente nada, cerró los ojos en un gesto de concentración, de ánimo, de apoyo a sí misma. “Puedes hacerlo, Nora. Jódete esa cara que tiene”.

Dos voces hablaban afuera, amortiguadas por el alboroto que la lluvia seguía causando. Preparó sus pies, pues estaba a punto de necesitarlos. Oyó cómo el mecanismo del maletero se accionaba, y una franja de luz la invadió. Unas manos agarraron la compuerta y tiraron de ella hacia arriba. Ahora o nunca.

Las suelas de las zapatillas de Nora impactaron con toda la fuerza de que disponía contra un absoluto desconocido; no era Giulio. Desafortunadamente, erró en su objetivo por unos centímetros, y fue el hombro el que recibió el golpe. El hombre emitió un quejumbroso alarido, retrocediendo unos pasos, pero su compañero acudió al momento para agarrarla de las piernas, inmovilizando así a Nora. Y de esta forma concluyó su tentativa de escape y venganza.

El hombre que había recibido la patada se aproximó con ímpetu y la agarró con ambas manos del cuello, oprimiéndolo y cortando su respiración.

—Eres una zorra, ¿lo sabes? —su cara mostraba un eterno desprecio. Finalmente, cuando la faz de Nora comenzó a enrojecerse y sus ojos a expandirse clamando auxilio, la soltó.

Mientras recuperaba el aliento, tosiendo y tomando amplias bocanadas de aire, ella se limitó a sonreír; estaba segura de que, a pesar de la venda que tapaba su boca, su secuestrador apreciaría su gesto.

Era un hombre de tamaño medio, con el pelo oscuro parcialmente oculto tras un gorro de lana, y su mueca de crispación acentuaba sus rasgos faciales: sus ojos eran pequeños, en ese momento despiadados, y el vello facial le daba un aspecto todavía más agresivo. Lucía un lunar en una de sus mejillas, y no cesaba de maldecir hacia ella, hacia la lluvia, mientras se agarraba el hombro derecho.

—¡Aparta! —dijo a su compañero, y la agarró por las axilas.

La sacó del maletero con toda la brusquedad que pudo, sin importarle dónde golpearan sus piernas. El otro hombre lo ayudó y le abrió la puerta de un almacén que había a escasos pasos del automóvil. Las piernas de Nora arrastraban sobre la tierra mojada, y ella no podía hacer más que patear y gemir, pero sabía que nadie podría verla ni oírla. Una vez dentro, vio cómo un gigantesco habitáculo les recibía. Había una gran cantidad de maquinaria agrícola, en su mayoría tractores de diferentes tamaños para trabajar las tierras aledañas.

Una solitaria silla de plástico llamaba la atención en el centro de la estancia, sin objeto alguno alrededor que interrumpiera su protagonismo, y allí tiraron a Nora con tal vehemencia que a punto estuvo de caer de espaldas.

—¡Ve a llamarlo! —exigió el hombre del gorro, y esta orden fue velozmente obedecida por el que claramente era su subordinado.

Imaginó que éstos eran dos nuevos empleados de Carlo Mazzola. O al menos, desconocidos para ella. El hombre que se acababa de ir parecía notoriamente intimidado por el que todavía permanecía ahí, que ahora se dedicaba a dar vueltas alrededor de la silla que ella ocupaba.

—Bueno, bueno, bueno... Perdóneme, señorita Laguzzi, si mis palabras le han resultado un tanto... ofensivas —sonrió e hizo una burlona reverencia hacia ella—. Hemos empezado con mal pie. Y nunca mejor dicho —sonrió con sarcasmo, palpándose de nuevo el hombro derecho—. Yo te entiendo. Estabas tranquilamente llorando la muerte de tu gilipollas preferido, cuando he llegado yo y, sin ni siquiera presentarme, te he llevado de viaje a saber dónde, ¿verdad?

Sus pies seguían dando vueltas en torno a ella, y sus manos estaban guardadas en sus bolsillos, con un gesto indiferente. Con un hábil movimiento, deshizo el nudo de la mordaza de Nora, dejando su boca a la vista.

—Pues me llamo Delio. Ahora ya me he presentado, pero permíteme decirte —alzó la voz—, que no tienes ninguna opinión que dar, ninguna voluntad que pedir, nada que aportar a esta historia —agarró la cara de Nora con su mano derecha, con tal firmeza que, pese a intentarlo, no pudo zafarse.

El hombre se agachó y puso su cara a escasos centímetros de la de ella. Sintió el vaho que su boca desprendía al respirar, a causa del frío que imperaba en el almacén. Sonrió, y acto seguido, abrió su boca para pasar su lengua de

abajo a arriba, mojando su barbilla, nariz y ojos de saliva, en un asqueroso movimiento que la repugnó sobremanera.

Nora ocultó su desagrado lo mejor que pudo, pues había decidido que, si iba a morir, quería hacerlo incordiando lo máximo posible, y la mejor forma de lograrlo no era otra que aparentando un carácter formidablemente robusto, impasible ante todo cuanto le fueran a hacer.

Delio se incorporó.

—Y ahora te advierto —metió su mano en el pantalón, y sacó una pistola, con la que apuntó hacia ella. Nora tuvo que tragar saliva, y esta vez no creyó haber podido disimular la cara de pánico—. Como vuelvas a pegarme, a patalear, o a hacer cualquier cosa que no me guste, ¡bum! Puedes despedirte de vivir.

—¿Has acabado de hablar? —estalló Nora, una vez recompuesta—. Está muy visto tu ataque de hombría, para demostrar que eres quien manda. Muy valiente por tu parte amenazar a una mujer atada a una silla con un arma. Pero si tuvieras orden de matarme, ya lo habrías hecho. No... Tu jefe, Carlo Mazzola, no quiere.

—Carlo Mazzola, ¿mi jefe? —una gran carcajada surgió de su boca—. No, nena, tienes que subir varios escalones. Carlo Mazzola no es nadie. Pero te voy a decir una cosa —se acercó y apuntó con su pistola a la sien de Nora—. Sea quien sea mi jefe, este arma acabará contigo. Cuando llegue el momento.

Estaba harta, cansada de bravucones que querían oprimirla. Delio se dio la vuelta, y Nora, una nueva Nora, usó sus dos piernas para barrer las de su secuestrador, quien cayó de bruces contra el suelo. No sabía qué impulso divino la había alentado para poner su vida en semejante peligro, pero se sintió poderosa por un instante. Trató de levantarse, pero con ambas piernas atadas, le costó una eternidad. Para entonces, su captor ya se había levantado, y golpeó con su puño cerrado en la mandíbula izquierda —la misma mandíbula que todavía estaba de resaca por el impacto propinado por Giulio, días atrás— de Nora, cuyo mundo se oscureció al tiempo que se desplomaba.

—¿Qué te acabo de decir? ¡¿Qué cojones te acabo de decir?!

Nora escuchaba ausente mientras el frío cemento, que estaba en contacto con su rostro, aliviaba mínimamente la dolorosa punción en su cara. “Te lo tienes bien merecido”, se dijo a sí misma, a medio camino entre la consciencia y el desmayo. Le pareció oír un disparo a lo lejos, y una perorata de la que no era capaz de discernir nada.

Abrió los ojos, y pestañeó para aclarar su turbia percepción. Debían haber pasado varios minutos, ya que desde su volteada situación apreció que había más gente en la estancia; cuatro personas la custodiaban, uno de ellos era el otro

acompañante en su trayecto de ida. Algo alejado, Delio era reprendido por un hombre alto y espigado, que no encajaba en ese paisaje. Vestía un pulcro traje avellanado, sin una sola mota de polvo, hazaña a resaltar dada la poca limpieza del almacén, y el temporal que caía a plomo en el exterior. Su engominado pelo seguía el curso de su cabeza, sin un descuidado mechón fuera de su lugar. Hacía enérgicos aspavientos con sus brazos, explicando a Delio lo que hubiese hecho mal. Nora aguzó el oído, y sonrió cuando consiguió escuchar.

—¿Y si la matas? ¡¿Y si la matas?! Creo que mis órdenes fueron claras, ¿verdad?

Su empleado asintió con la cabeza, equiparándose a un niño pequeño al ser reñido por su padre. No parecía el mismo hombre que minutos atrás la había apuntado con su arma. Nora se felicitó por haber provocado, en parte, esa situación.

Debieron percatarse de su despertar, ya que, acto seguido, el elegante traje se situó a tan solo unos centímetros de ella.

—Querida... Siento mucho cómo te han tratado mis hombres —desvió exiguamente su mirada hacia Delio, una mirada cargada de rencor—. Golpearte... Y disparar al aire... —negó con la cabeza—. Deja que te ayude a sentarte, te aseguro que no volverá a pasar.

El hombre tendió la palma de su mano en un gesto cortés, y Nora, dubitativa en un primer momento, no la rechazó. Su tacto era terso y agradable, como también lo era el rostro de su interlocutor. Visto de cerca, Nora pudo apreciar que el cuidado de su aspecto se volvía todavía más meticuloso visto de cerca. Debía rondar la cincuentena, pero su aseada apariencia y su esbelta complexión rebajaban varios años a su imagen. La ayudó a levantarse, y una vez sentada de nuevo en el asiento, prosiguió:

—¿Sabes quién soy, pequeña? —dijo el hombre, ajustando las mangas de su traje, que tras haber estado agachado, se habían descolocado apenas un centímetro.

—No —contestó Nora con apatía, sin tan siquiera mirar.

—Bueno, yo sí sé quién eres —comunicó el hombre—. Y sinceramente, si por mí fuera, te habría dejado libre, pero el guión te requería.

—¿El guión? —preguntó ella, sorprendida— ¿Qué guión?

—Seguro que podrás adivinarlo —acompañó su ingenioso comentario de un guiño.

—Carlo —certificó ella.

—En efecto.

—¿Y qué tiene que ver en esto? Usted no tiene aspecto de recibir órdenes de él.

—Y no las recibo —arguyó—, pero tú fuiste su única condición para acabar de pagar mi deuda.

—¡Qué considerado! —bufó ella con sarcasmo.

Había mucha información escondida tras esas palabras. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué deuda tenía Carlo con él? ¿Y por qué ella era importante en ese asunto? Quiso hacerse de rogar, no quería dar ninguna muestra de la curiosidad que sentía en ese momento. No obstante, la intriga pudo con ella.

—Entonces, ¿quién es usted? Si se puede saber.

Cuando el nombre *Alessandro de Luca* llegó a los oídos de Nora, sus mandíbulas se desencajaron.

## 16

“En la boca del lobo”.

Era una expresión que siempre había encantado a Andrea Longo. En un día podía citar esa máxima tranquilamente un par de veces, ya fuera hablando con subalternos, amigos o familiares. Solía imaginarse a la persona en cuestión entre las fauces de ese mortífero animal, tratando de zafarse por todos los medios, y no consiguiéndolo. La lástima, en ese momento, es que él era quien sufría el significado del proverbio.

Respiraba de forma agitada mientras, unos metros más allá, varios hombres ocupaban la escena. No podía inspeccionar con toda la claridad que deseaba si quería pasar inadvertido, de forma que solamente sus dos ojos asomaban a través del cristal de la cabina del gran tractor verde que unos minutos atrás le había impedido observar desde el exterior. El vidrio estaba oscurecido también en un tono verdoso, de forma que era un escondrijo idóneo para vigilar y pasar desapercibido ante unos anfitriones que, en cualquier caso, ya estaban bastante ocupados entre sí.

Eran seis en total. Cuatro de ellos estaban situados en torno a Nora, con varios metros de separación, formando un gran cuadrado de protección y vigilancia sobre ella y sobre las otras dos personas, que eran nada menos que Delio Iermano y el mismísimo Alessandro De Luca.

Hacía mucho tiempo que no veía la estilizada figura del gran usurero, ya que, tras sus escauceos con la justicia, se convirtió en un hombre más escrupuloso con su vida privada, muy difícil de ver en sociedad. Sin embargo, nada había cambiado en él: vestía un traje marrón y una camisa negra, en concordancia con el tiempo del día, y una corbata gris que remataba el estiloso, pero a la vez, llamativo atuendo. En ese momento estaba acabando de hablar con Delio, y no parecía contento.

Nora estaba tendida en el suelo, atada de pies y manos. El ispettore había sentido pánico al verla en tal situación, asociando el disparo que había escuchado con la posición del cuerpo inmóvil de la chica. Afortunadamente se trató de una falsa alarma, ya que poco después, y ya con todos los enemigos en la estancia, Nora empezó a moverse. Alessandro advirtió su actividad, y acudió en su auxilio, hablándole con afecto y ayudándola a incorporarse de nuevo.

Ahora habían pasado varios minutos, en los que De Luca seguía dialogando con ella. Andrea tenía a Nora de espaldas, y el enorme tractor que le servía de

escudo también amortiguaba las palabras de ambos, de forma que tenía que esforzarse para seguir el hilo de la conversación.

—A Mazzola se le escaparon los negocios de las manos —decía—, y tuvo que recurrir a mí. Desafortunadamente para él, fue su perdición, ya que apenas unos meses después me volvió a pedir dinero. Se lo presté, advirtiéndole de los grandes intereses que estaba generando, y de su obligación de pago. Sinceramente, no me inmiscuí en sus asuntos, no me importaban lo más mínimo, pero le debieron salir mal. Y yo que me alegro.

—¿Por qué se alegra? —se extrañó ella— Carlo ha perdido a su hijo, y va a perder sus negocios, pero usted no va a recuperar su dinero de esta forma.

—¿Mi dinero? —rio— Cariño, no te miento al decirte que lo tengo por castigo, aunque suene a tópico. Ya desde pequeño dispuse de todo el que quise, y solo hube de invertirlo para generar todavía más. No me importa perder unos pocos millones, si con ellos tengo a Carlo Mazzola.

—No sabía que pudiera existir alguien todavía más despreciable que mi odiado suegro —escupió Nora.

—Tienes una lengua muy osada para la situación en la que te encuentras —dijo De Luca tras emitir una estruendosa carcajada—. Así me gusta, atrevida hasta el final.

—No tengo nada que perder —replicó ella—, ya no me importa nada. Pero ya que estamos, quiero saber más. ¿Por qué mandó matar a Darío?

—Buena pregunta, sí señor. Directa al grano. Veamos —Alessandro comenzó a caminar lentamente, en círculos, dándose importancia—, cuando eres una persona sin preocupaciones acuciantes, tienes que buscar otras maneras de ocupar tu tiempo. En mi caso, comencé a prestar dinero a gente necesitada, con el objetivo de recaudar posteriormente mucho más a la hora de ser devuelto a mis manos. Pero pasados unos años me aburrí, y no hallaba forma de entretener mi inquieta mente. Tuve problemas con varios clientes a la hora de devolver lo que les había prestado, y contraté gente que me pudiese... Garantizar, digamos, ese reembolso.

—Llámelos por su nombre. Matones.

—Sí, es una manera de llamarlos. Pero oye —señaló con el dedo al tiempo que esbozaba una sonrisa—, no menosprecies su trabajo, no es fácil encontrar personas carentes de escrúpulos que puedan llevar a cabo esa labor y no tengan remordimientos por las noches, que puedan dormir a pierna suelta. Bueno, como te decía, en ese momento acabé por descubrir mi vocación: el juego.

—¿El juego? —se extrañó Nora.

—Me encanta jugar —prosiguió Alessandro—, llevar a la gente hasta el límite, ver qué son capaces de hacer por salvarse a sí mismos o a su familia, y

que me muestren en qué orden están situadas sus prioridades vitales. Si supieras lo gratificante que resulta ver lo diferentes que son unas personas de otras. Algunos me paraban los pies pronto, gente honrada que prefiere sufrir sus propios daños antes que proporcionárselos a sus semejantes. Pero hay otros que venderían su alma al propio diablo, como suele decirse, con tal de salvar su culo —zanjó un obnubilado De Luca, que se había evadido de todo cuanto había en el granero, y parecía hablar para sí mismo.

—Y todo lo que usted hace es estar ahí, jugando a ser Dios, sin importarle las vidas con las que juega —se molestó ella—. No podría haber encontrado una labor más narcisista, egocéntrica y a la vez, repugnante.

—No te equivoques, Nora. No hay nadie tan maquiavélico como para arruinar vidas de forma tan gratuita. Al menos, yo no soy así. Tengo un código moral —se jactó—, y solo castigo a quien lo incumple.

—¿Cómo?

—A esa gente honrada que te acabo de nombrar les perdono la deuda. Quien es capaz de anteponer a sus familiares o amigos a sí mismo, tiene mi absolución.

—Y Carlo Mazzola no fue uno de ellos —entendió ella.

—En efecto. Hubo un momento en el que pensé que lo conseguiría, pero ni tan siquiera el amor a su propio hijo fue más fuerte que el que se tiene a sí mismo. ¿No te parece deleznable?

—Y Darío solamente es un daño colateral en este circo que ha montado, ¿verdad? —Nora evadió la pregunta de Alessandro dirigiendo la conversación hacia donde le interesaba.

—Tú lo has dicho.

—Será mejor que no me sueltes, cabrón, porque te aseguro que te mato —amenazó una impotente Nora Laguzzi.

—Tranquila —confesó De Luca—, de momento no está entre mis planes dejarte suelta por aquí. En cualquier caso, recordaré tu amenaza, pequeña —concluyó el usurero con una gran carcajada.

A Nora le hervía la sangre tras la conversación mantenida, pero Andrea Longo no se quedaba atrás. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no salir de su escondite y callar la boca a ese imbécil. Pasados unos segundos, se agradeció a sí mismo tal paciencia, pues por más que la razón estuviese de su lado, seguían siendo seis hombres contra un solo agente, y una mujer atada de pies y manos en el centro de la escena que tenía todas las papeletas para acabar malparada en caso de haber un enfrentamiento. Mientras la situación continuase calmada, lo mejor era aguardar. Los agentes recién llegados decidirían entrar al ver que su ispettore capo no regresaba.

De Luca se había vuelto para volver a hablar con Iermano, que había

observado la escena con una taimada sonrisa en sus labios. Ahora era una conversación — monólogo, más bien— distendida, sin duda alguna la ostentación había liberado la tensión que pudiera albergar el magnate.

Longo continuó prestando atención, y activó su alerta al apreciar el lenguaje corporal de Alessandro: estaba dando unas últimas instrucciones antes de despedirse. Confirmando sus sospechas, De Luca se acercó de nuevo a Nora, con un paso cansino, deleitándose en cada movimiento que realizaba.

—Bueno, Nora, ha sido un placer conocerte —reveló finalmente—, pero éste no es el único negocio que tengo activo, como supondrás, y tengo que dejarte en manos de mis hombres. Me he asegurado de que no te vuelvan a tocar ni un solo pelo.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —quiso saber ella.

—No debes preocuparte por eso, de momento. Pero oye, esto no es una despedida; en un rato nos volveremos a ver —sentenció con una amplia sonrisa—. No aquí, por supuesto, este no es un paisaje digno de ti.

Andrea no tenía forma de saber cuál era el destino del usurero, pero no podía agarrarse a la opción de que más tarde fuera a volver, como tampoco arriesgarse a un seguimiento que pudiera dispersar las fuerzas policiales que había fuera. Tenía que actuar de inmediato.

—Alto, Alessandro.

Las palabras de Andrea, con su arma apuntando a la cabeza del usurero, habían surtido el efecto deseado. Los cinco guardaespaldas desenfundaron sus armas y apuntaron al ispettore, quien no pudo evitar sentir un escalofrío ante la cercanía de la muerte. El asombro poblaba la ahora lívida tez de De Luca, quien tardó apenas una fracción de segundo en recomponerse.

—Vaya, ispettore Longo, ¡no le esperaba por aquí! —miró alrededor— ¿Ha venido solo? ¿Acaso ha habido algún recorte de personal en los últimos días en la Polizia di Stato? —mostró sus dientes, luciendo una cruel sonrisa. Sin duda, se refería a la matanza que él mismo había originado.

—No —respondió él, mostrando a su vez una falsa sonrisa—, están todos fuera, apurando el último cigarro antes de entrar a arrestarte.

—¿Seguro? —fingió extrañarse— Yo no diría que esté ahora mismo en una situación ventajosa —De Luca hizo unas cuentas innecesarias, señalando a sus hombres—. Veo cinco armas apuntando hacia usted, y tan solo una en mi dirección. Si tuviera que apostar, lo haría por mí, la verdad.

No le faltaba razón. Si los agentes no entraban de inmediato, Andrea Longo acabaría capturado, y eso con suerte. Lo único que podía hacer era alargar la situación lo máximo posible hasta que llegase el resto de sus fuerzas.

—¿Sabe lo que pienso, Longo? —prosiguió Alessandro, que también parecía

querer alargar el momento, relamiendo cada instante de poder— Creo que, tras el fiasco que protagonizaron sus agentes el otro día, ha venido usted por su propia cuenta, sin respaldo policial, movido únicamente por la locura de un joven ispettore que se sabe derrotado, y quién sabe, si por algún otro impulso — miró de reojo a Nora, sonriendo como quien lo sabe todo.

—En cualquier caso —alegó el ispettore—, aunque vosotros seáis más, no creo que te quieras exponer a que yo apriete primero el gatillo. Tu ego no te permite ese riesgo.

—Pues mucho me temo que, en este momento, estamos en la misma situación —comenzó a caminar y, metiendo su mano en el bolsillo, sacó una pistola.

—¡Quieto ahí, Alessandro!

—Si tuviera que disparar, ispettore, ya lo habría hecho —apuntó con su arma a la cabeza de Nora, con tal cercanía que incluso tocaba su sien con el cañón—. Y ahora, permítame anunciarle que la balanza se ha inclinado todavía más hacia mis intereses.

—Nada va a evitar que te meta una bala en la cabeza si llega el momento — advirtió—. Lo mejor será que dejéis las armas, todavía no habéis matado a nadie... hoy. No agravéis vuestra situación.

—Venga, Andrea, no me vas a vender esa moto —De Luca comenzó a tutear al ispettore—. Todos sabemos que si algún día me detenéis, no voy a salir precisamente bien parado. No hay acuerdo al que podamos llegar —hizo una pausa—. En cualquier caso, hoy no es ese día. Quizá no hayas venido solo, te concedo eso, pero si estás aquí, sin apoyo, es porque no cuentas con muchos efectiv...

Un tremendo golpe seco interrumpió la conversación de Alessandro de Luca, quien por segunda vez en los últimos minutos se había quedado con la boca abierta. Ahí estaban, no habían fallado.

Con una disposición milimetrada, los agentes se fueron desplegando hasta que cubrieron toda la franja que separaba a los delincuentes de la única salida del almacén. Un total de ocho agentes, uniformados con cascos, chalecos y todo tipo de protecciones se apostaron tras tractores y columnas, dirigiendo sus armas a los hombres que se iban a enfrentar a ellos, especialmente hacia De Luca. Los dos agentes especiales restantes, junto con Fornaro y Dall’Orio, debían haberse quedado en los aledaños de la nave, cubriendo terreno por si había alguna evasión.

—Bueno, Alessandro —enunció un perspicaz Andrea Longo—, ¿por quién apostarías ahora? Te volveré a hacer la propuesta: tirad las armas y no habrá heridos.

—Mi arma sigue apuntando a la chica —informó—, y dudo que su departamento se pueda permitir la muerte de un civil, por no hablar de uno tan famoso como se ha vuelto ella.

Estaban en un punto muerto; nueve agentes de la Polizia di Stato, Longo incluido, frente a los cinco matones del magnate de la usura, quien estaba en el centro del círculo con una pistola que encañonaba a Nora Laguzzi. No era una guerra entre bandas, así que no podían solucionarlo a tiros, pese a que las fuerzas de la ley superasen en fuerza y medios a las rivales.

—¿Quién se va a acordar de un inocente muerto cuando anunciemos que el gran Alessandro De Luca ha sido detenido? —amenazó— Con lo célebre que eres, taparás todas las demás noticias. Las primeras veinte páginas de cada periódico hablarán de ti, y quizás la vigesimoprimerá tenga un apunte de media página sobre *la pobre Nora Laguzzi, que dio su vida por el bien de la ciudad de Florencia*— el ispettore puso un tono burlón en sus últimas palabras, tratando de quitar importancia a algo que, realmente, era parte fundamental en sus propósitos.

No esperaba que mordiera el anzuelo, solamente quería un momento para poder encontrar una solución; si hablaban durante unos minutos quizá se relajase el ambiente y pudieran aprovechar un descuido para actuar.

Sin embargo, uno de los hombres de Alessandro sí cedió ante la presión.

—Jefe, no quiero morir hoy. Quizá sería mejor...

—¡Cállate de una vez! ¿Quién te ha dicho que puedas abrir la b... — intervino a voces Delio Iermano.

—¡Ahora! —gritó Longo.

Todo sucedió en apenas unos segundos. Un agente disparó a Delio en una pierna, y éste cayó al suelo bramando de dolor. El ispettore aprovechó que Alessandro se había girado a mirar a Iermano para correr hacia él y embestirle, derribándole y salvando así a Nora, mientras que las manos de su víctima soltaron la pistola, la cual voló por los aires. Con las rodillas sobre la espalda de su presa, alzó de nuevo su arma hacia el resto de delincuentes.

Los agentes dieron un paso al frente y, una vez eliminadas las dos principales amenazas, los cuatro hombres restantes alzaron sus manos en señal de rendición.

—¡Tirad las armas! —espetó Longo, y ellos lo hicieron.

Cuatro agentes avanzaron y los esposaron, dando carpetazo a una situación más que peliaguda, y certificando así una actuación inmaculada de la Polizia di Stato. Lo primero que sintió Andrea no fue júbilo, sin embargo, sino un pensamiento que le advertía: “esta vez no te dejes sorprender de camino a la comisaría”. Ciñó las esposas en las muñecas de Alessandro, y volteó su quejumbroso cuerpo. Su rostro mostraba un gesto de dolor y decepción, y ambos

sentimientos pugnaban por ver cuál afloraba con mayor vehemencia a los ojos de De Luca.

—Vaya... He manchado tu valioso traje. Déjame que te limpie —acompañó su comentario de unos suaves golpecitos sobre la solapa de la chaqueta, acto con el que concluyó su mofa—. Quédate ahí, ahora más que nunca te conviene llevarte bien conmigo —avisó.

Andrea se irguió y se acercó a Nora, que había contemplado la acción policial como espectadora de primera fila. No era fácil adivinar cuáles eran sus sentimientos en ese momento: alivio por encontrarse a salvo, rabia por la conversación anterior con Alessandro, o la eterna pesadumbre por Darío.

El ispettore se arrodilló junto a la silla que ella ocupaba, henchido de orgullo y poder, y desató lentamente las vendas que aferraban las manos a su espalda, y las piernas entre sí.

—Sabes que todo lo que he dicho sobre ti era falso, ¿verdad? Jamás hubiera dejado que te ocurriese nada —mientras pronunciaba sus palabras, acarició instintivamente la pálida tez de Nora, quien ahora más que nunca tenía un aspecto de indefensión y desamparo. Sus ojos brillaban pidiendo ayuda, afecto, quién sabe si amor.

—Lo sé. Gracias, ispettore Longo —parecía haber desahogado sus emociones, y un par de lágrimas caían por sus mejillas.

—Andrea —la corrigió.

—Andrea —repitió ella.

El ispettore se giró hacia sus hombres, tenía mucho que agradecerles.

—Chicos, gran trabajo. Esto es lo que yo llamo una actuación impecable — fue dando la mano uno por uno a los agentes, quienes con el visor de sus cascos levantado, sonreían a Longo.

Ayudó a Alessandro De Luca a levantarse, y lo condujo hacia la silla que había ocupado hasta entonces Nora. Indicó a los agentes que agrupasen al resto de los detenidos y que éstos fuesen vigilados sin descuido alguno.

Era momento de lidiar con el ego y el orgullo del usurero, que a buen seguro estarían heridos en lo más profundo de su existencia. No era tarea fácil, pues cabía la opción de que se cerrase en banda, y todavía había mucho por hacer, y mucho por descubrir.

—Bueno, Alessandro, no quiero ahondar en tu dolor ahora mismo, ya tendrás tiempo para hacerlo tú solo. ¿Dónde está Carlo Mazzola?

—Se me han agotado las ganas de hablar que tenía, ispettore —dijo con una falsa sonrisa.

—No tienes mucho que hablar, al menos ahora —sentenció Andrea—. Solamente dínos a dónde ibas a marcharte antes de que yo interviniese, dónde lo

tienes retenido, y habrá concluido este calvario para ti.

—¿Concluir? ¡Ja! —rio sarcástico—. Como te he dicho antes, no hay medias tintas conmigo, ahora que me habéis detenido. Si me prestas un arma, yo mismo me volaré la cabeza, y entonces sí podremos decir que ha concluido la pesadilla.

—Por muy alta que sea la condena que te impongan, colaborar con la justicia siempre es un gran atenuante, Alessandro —el ispettore buscó palabras conciliadoras, necesitaba acercarse emocionalmente a él—. No te puedo garantizar cuánto te ayudará, pero sí te aseguro que es lo mejor para ti.

De Luca guardó silencio. En sus gestos se podía adivinar la ardua batalla que se libraba en su interior, pugnando, deliberando qué hacer. Probablemente era la primera vez en años que se encontraba en una situación tan comprometida, y no era fácil para él sopesar sus opciones con claridad. Era el momento de dar el último empujón.

—Además, si tú ya estás arrestado, ¿qué te importa colaborar? No querrás que Mazzola se salga con la suya mientras tú estás encarcelado, ¿verdad?

—Mazzola no va a salirse con la suya, está custodiado por un buen número de mis hombres —atacó De Luca.

—Y ¿qué crees que pasará cuando sepan que tú estás entre rejas? Carlo los convencerá para que se unan a él, y será libre de nuevo. ¿Es eso lo que quieres?

De nuevo silencio. No quedaban cartas que jugar, y Andrea creyó que sería mejor no presionar más, dejar que las emociones encontradas guiasen a Alessandro, ahora que le había influenciado hacia su mejor opción. Pasaron varios minutos, en los que el ispettore dio tiempo y espacio al usurero para que recapacitase.

—De acuerdo —dijo al fin, con una amplia sonrisa—. Quiero que me asegures una rebaja en la condena y un posterior trato de favor.

—Habla primero, esos términos los discutirás con mis superiores. Yo estoy de manos atadas respecto a eso —no quiso pillarse las manos, no otra vez. Una cosa era prometer una rebaja de condena a Schiavone, y otra muy diferente hacerlo con uno de los mayores delincuentes de toda la península itálica.

—¿Qué hora es, si se puede saber, ispettore?

—Pasan diez minutos de las siete de la tarde —respondió un desconcertado Longo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me están esperando, se llevarán una decepción cuando vean que no aparezco.

—Bueno, tendrán que conformarse conmigo. ¿Dónde tengo que ir?

—Carlo Mazzola tiene una finca en propiedad en Siena —dijo al fin—. ¿La conoces?

—No aparece ninguna finca en Siena en su expediente. Lo recordaría —

replicó inseguro Andrea.

—Pues la tiene —repitió—. No te preocupes, Longo, yo te daré esa dirección.

—¿Cuántos... acompañantes hay con él?

—Cinco de mis mejores hombres, ispettore.

—Y ¿qué han ido a hacer allí?

—Te he dicho todo cuanto necesitas saber —musitó, bajando la mirada—. Como comprenderás, no tengo ánimo para hablar más.

Sus últimas palabras fueron pronunciadas con un abatido semblante, y Andrea, ciertamente, ya tenía los datos que requería. Dejó a Alessandro peleando con sus remordimientos, y se dirigió a los agentes. En total formaban un grupo de trece, incluyendo a los cuatro que había fuera —que había mandado llamar—, y al propio ispettore.

—Bueno, vamos a ver —anunció Longo, señalando a cada agente—. Terranova y Duodo, vosotros os encargaréis de llevar a los detenidos a Florencia. Como están todos esposados, no debéis tener mayor problema. Comprenderéis que necesito el mayor número de agentes conmigo. Ahora os ayudaremos a subirlos a uno de los furgones. Es un trayecto más corto que el de ayer y tenemos en nuestras manos a quienes nos estropearon el viaje anterior, por eso no debe haber riesgo en esta ocasión. Pero eso sí: tened los ojos muy abiertos. No esperamos otro ataque parecido, pero tampoco entonces lo preveíamos.

Los dos agentes asintieron resignados, ya que sin duda hubieran preferido participar en la intervención que se avecinaba. Andrea se giró para seguir instruyendo al resto.

—Dall’Orio y Fornaro —prosiguió—, habéis hecho un gran trabajo, ahora os queda lo más fácil: tenéis que llevar a la señorita Laguzzi de vuelta a casa, pero con la radio en la mano en todo momento, y pendientes de cualquier movimiento.

—Ni lo sueñes —protestó desde detrás la única voz femenina que había en el almacén.

—Nora, no pued...

—¿Prefieres que, cuando llegue a Florencia, vaya a la prensa y les diga que me habéis usado como cebo para cazar a De Luca? —su pregunta, además de retórica, lanzaba un claro desafío al ispettore.

Andrea guardó silencio, claramente intimidado.

—No te preocupes, no os guardo rencor. Imagino que no lo habríais hecho en caso de haber otra opción —prosiguió ella con más calma—. Pero ahora quiero ver cómo acaba esto. Quiero ver cómo detenéis a Carlo.

Longo meditó sus opciones. Era arriesgado llevar consigo a Nora, pues era una civil y no podía ayudar, sino todo lo contrario. Por otra parte, si les acompañaba, podría enviar a Dall’Orio y Fornaro con los detenidos a Florencia, mientras que Terranova y Duodo, dos agentes mucho mejor preparados, podrían acompañarles a Siena, y contar así con más efectivos.

—De acuerdo —accedió finalmente—, pero con una condición. Vienes con nosotros, pero te quedarás en el furgón; cuando todo haya acabado, y solo entonces, podrás salir. ¿Entendido?

—Me parece justo —dijo ella, tendiendo su mano para sellar el acuerdo, al tiempo que sonreía.

Mucho había cambiado esa mujer desde que, tan solo una semana atrás, su novio apareció asesinado en la habitación de casa. En ese breve espacio temporal, la vida había endurecido la personalidad de una mujer que ahora, mientras miraba a los ojos del ispettore Longo, parecía haber envejecido varios años. A pesar de ello, estaba preciosa, y resultaba satisfactorio volver a verla sonreír, algo que, lógicamente, solo había podido disfrutar en contadas ocasiones.

No quedaba más que hacer, de forma que Andrea ordenó que llevaran a los detenidos a los furgones y dispusiesen todo para poder marcharse. Uno de esos furgones volvería a la ciudad, mientras que el otro, junto con el coche patrulla y el de Andrea, irían a Siena donde, si todo sucedía tal como esperaba, podrían finiquitar de una vez por todas el tortuoso calvario que llevaban una semana soportando.

Una vez en marcha, volvieron sobre sus pasos para, a la altura de Florencia, separarse del furgón donde estaba esposado De Luca, tomar un desvío y alcanzar la autovía que les llevaría a su destino. De esa forma también habían escoltado a los agentes, dificultando otro ataque inesperado. El trayecto que les aguardaba ahora era más largo, pero les permitiría viajar con más tranquilidad y a una velocidad mayor que por una carretera que, a Andrea, le hubiera recordado demasiado a la emboscada sufrida tan poco tiempo atrás.

El ispettore estaba inquieto. Parecía un niño de diez años que descubre el amor por primera vez, y no conseguía dejar de mirar por el rabillo del ojo a su derecha, donde Nora observaba a través de la ventana del coche, por la que solamente se podía apreciar la oscuridad de la noche, y de tanto en tanto algún solitario banco de niebla que había sustituido a la anterior borrasca. Acertaba a ver su reflejo en el cristal del copiloto, y comprobó cómo su gesto reflejaba, de nuevo, una tristeza que parecía no querer abandonarla.

—¿Nerviosa? —preguntó él, tratando de romper el hielo tras varios minutos de silencio.

—No... Más bien cansada. Tengo ganas de que termine todo esto —dijo ella con hastío.

—Entiendo. ¿Qué harás entonces?

—No me he parado a pensarlo, pero probablemente estaré un mes encerrada en mi habitación, llorando —dijo ella, y parecía sincera.

—No deberías —medió Andrea—. Aunque pueda sonar algo duro, y aunque es respetable que cumplas tu luto, no debes olvidar que ahí fuera hay un mundo que vivir.

—Tú ves cadáveres todos los días, estás acostumbrado, y por ello no te afecta tanto. Para ti solo son *uno más*, y espero que nunca compruebes lo que significa que te arrebaten a alguien importante —zanjó ella con un tono cargado de desprecio.

—Siento si te he ofendido —se tuvo que disculpar el ispettore Longo.

Un molesto silencio se apoderó del ambiente en el coche. Andrea acababa de traspasar los límites profesionales, y no solo eso, sino que al hacerlo había errado en su juicio. ¡Claro que Nora tenía derecho a llorar a Darío todo el tiempo que estimase oportuno! ¿Quién era él para juzgarla por ello? El semblante del ispettore se ensombreció, airado consigo mismo, y decidió no volver a abrir la boca hasta que no se alejase de Nora, para de esa forma no estropearlo todavía más.

Recordó cuando él mismo perdió a Renato: desde luego que había llorado, había clamado al cielo y había maldecido a todos los seres supremos que, por otra parte, no creía que existieran. Por otro lado, él transformó toda esa rabia y tristeza en fuerzas renovadas, con el objetivo de conseguir el acceso a la persona en la que se había convertido. Eso era lo que había querido transmitir a Nora, que debía usar ese luto para progresar, para avanzar en su vida y conseguir reconducirla. Pensó en volver a intentarlo, con otras palabras, con esas que ahora cruzaban su mente, pero desistió. No debía rizar el rizo y, en cualquier caso, no era un asunto de su incumbencia.

Estaban aproximándose a Siena, y Longo se sentía incómodo por la situación, así que, para evadirse, comenzó a planificar mentalmente lo que debían hacer al llegar. Era una operación similar a la que acababan de realizar, tanto por la materia, como por el número de individuos a los que deberían detener. No obstante, había una complicación mayor en esta ocasión, como lo era el escenario, una finca desconocida para la policía, y con una gran cantidad de lugares donde esconderse o defenderse.

Recibió una llamada de la comisaría de la Polizia di Stato. Dall’Orio informó de que habían llegado sin mayores novedades, y que el renombrado Alessandro De Luca estaba entre rejas, a la espera de interrogatorios y demás. Andrea pidió

que confirmasen la dirección que De Luca les había dado, y cuando recibió la respuesta, agradeció la noticia y la información a su agente.

Sobre la mente de Andrea no dejaba de sobrevolar la sombra de lo ocurrido... ¿El día anterior? ¿Tan solo había pasado un día desde la matanza? Técnicamente sí, aunque ahora era de noche y aquello había ocurrido la mañana de la anterior jornada. Era increíble la cantidad de sucesos acontecidos en tan estrecho margen de tiempo, y al reparar en ello, una losa de cansancio cayó sobre la espalda del ispettore.

Abstraído en sus propios pensamientos, no percibió que una mano se había posado sobre su rodilla. Cuando cayó en la cuenta de que solo podía ser la de Nora, una ola de calor ascendió por su cuerpo.

—Andrea... —dijo ella con una conciliadora voz.

—Dime, Nora.

—Siento mi brusquedad —se disculpó—. Llevas una semana cuidándome, y no se me ha ocurrido otra cosa que reprochártelo.

—No te preocupes, es normal que estés susceptible. Soy yo quien ha traspasado la línea, no soy psicólogo y he actuado como tal —bromeó el ispettore.

—Tampoco te he agradecido todas las veces que me has salvado... Hoy, por ejemplo, de Alessandro De Luca. El otro día, de Carlo Mazzola... —puso su mano sobre la de él, que estaba en el pomo del cambio de marchas—.

—Es mi trabajo —él giró instintivamente su mano y la entrelazó con la de ella—. Todas las veces que tengas problemas tendré que ir a salvarte —dijo él con una sonrisa cautivadora.

—Entonces, quizás después de ese mes de llanto que te he dicho, decida meterme en algún lío —y, de forma inaudita, Nora se acercó y besó al ispettore, de forma fugaz, en la comisura de los labios.

Fue apenas un roce, un leve toque de carne contra carne, suficiente para dar un vuelco al semblante de Longo. Es curioso lo volátil que es la mente humana; tan solo unos minutos atrás, la irritación consumía la de Andrea, y ahora, únicamente unas palabras y un beso después, el mundo volvía a brillar con una fuerza que le hacía pensar que podría conseguir todo cuanto se propusiese, siempre que esos ojos aceitunados lo mirasen como lo hacían ahora.

*El alcohol corría y grandes cantidades de comida eran servidas por doquier, muestra de la opulencia de cualquier banquete nupcial. Era complicado entablar cualquier conversación debido a la algarabía que imperaba en el ambiente, pero se palpaba la felicidad en cada rincón al que uno mirase. Estaban en el enlace del mejor amigo de Darío, y era una noche de diversión y placer.*

*Unas inmensas cristaleras permitían apreciar la oscuridad de la noche, combatida únicamente por la claridad que proporcionaban los halos de luz proyectados hacia el césped exterior, donde horas atrás se había celebrado la ceremonia que había unido a Tino y Aria, Aria y Tino.*

*Los novios no paraban de pasear de un lado para otro, saludando a los invitados alrededor de la media luna que dibujaba el salón. Ella coqueteaba con sus dedos en los rubios rizos de él, que no cesaba de enseñar con orgullo el fragmento que había rescatado del vaso roto tras la ceremonia<sup>[3]</sup>. Cuando se acercaron a su mesa, Nora aprovechó para dar algo de su propia comida a los protagonistas de la noche, ya que con tanto ajetreo no habían probado bocado.*

*—Siempre piensas en todo —le dijo Darío cuando los novios se hubieron ido.*

*—El día de nuestra boda espero que alguien se preocupe de que comamos —contestó ella luciendo una amplia sonrisa.*

*Siguieron cenando, hablando con sus compañeros de mesa, con los que hacía mucho tiempo que no coincidían. Nora entabló una conversación con Mara, la mujer de otro amigo común. Hablaban sobre futuros enlaces, embarazos... ¿Quiénes serían los próximos en casarse? Cuando concluyó su charla, miró a Darío, que mantenía su mirada perdida en un horizonte abstracto, enfrascado en sus propios pensamientos.*

*—Parece mentira —cambió de tema él— que sean tan felices ahora, después de que Tino le haya perdonado su infidelidad.*

*—Oye, eso es cuestión de cada pareja —arguyó Nora—. ¿Tú no me perdonarías una a mí?*

*—Jamás —dijo tajantemente—. No podría vivir con eso, lo tendría a todas horas en la mente... Cada vez que te mirase estaría viendo el engaño en tus ojos. “¿Qué acabo de hacer?”*

*Pasados unos minutos, Nora se castigaba interiormente por su reciente*

arrebato de pasión. Por más vueltas que le daba, no acababa de comprender qué estímulo la había llevado a besar al ispettore. Habían sido apenas dos minutos en los que, pensó, ella no había sido dueña de su cuerpo.

Por primera vez en más de ocho años había probado unos labios ajenos a los de Darío, y aunque la experiencia no le había desagradado, se repudiaba por ello. Miró a su izquierda, y Andrea miraba a la carretera con una embelesada sonrisa de bobalicón, embriagado, al parecer, por lo ocurrido. Era el efecto de uno de los muchos errores que Nora había cometido en los últimos días.

¿Qué sentía por él? Algo debía haber en su interior que la hubiera impulsado a besarlo y acariciar su mano. Quizá solamente sintiera apego por él al haberla protegido durante una semana. O acaso había algo más. Pudiera ser que ese hombre la atrajese de verdad, pero en cualquier caso, en esos momentos no había hueco en su vida para tales distracciones.

Decidió no pensar en ello; ya estaba hecho y no había solución. Pasaron por un cartel que señalaba Siena a tan solo veinte kilómetros, lo que significaba que quedaba menos de media hora para llegar al lugar donde iba a resolverse, para bien o para mal, la mayor pesadilla de su vida.

—Ocho años con Darío, y no sabía que su padre tuviese una casa en Siena — musitó.

—Al parecer no la usa —le rebatió el ispettore—. Nadie sabía de ella, ni siquiera está a su nombre, sino que la propietaria oficial es una tal Marta Mancini. Si tuviera que dar una respuesta, te diría que Darío tampoco sabía nada. Creo que éste es solo uno de los muchos secretos que desconocemos de Carlo Mazzola.

—Marta era, si no me equivoco, una gran amiga de Eva antes de que naciese Darío. Él ni siquiera llegó a conocerla.

—Algo así imaginábamos, pero todavía no han tenido tiempo en comisaría de comprobarlo —asintió el ispettore.

Se hizo un instante de silencio en el automóvil. Los mismos pensamientos circulaban por la mente de ambos, sin que ellos mismos fueran conscientes de ello, hasta que Nora puso voz a esas reflexiones.

—¿Qué puede llevar a un hombre con la vida resuelta a complicársela de esta manera?

—La codicia, Nora, es el peor de los pecados capitales, si te digo mi opinión —se sinceró Andrea—. Si tienes diez euros, quieres cien; si tienes mil, quieres diez mil, y si tienes un millón quieres ser el rey del mundo. Nunca hay suficiente.

—Pues ya podría haberse conformado con su riqueza *de andar por casa* y no fastidiarle la vida a media Florencia —resolvió ella.

Nora miró el reloj del coche. Eran ya más de las nueve de la noche, y el tiempo había ido mejorando con el transcurso de los kilómetros; la niebla se había disipado y tan solo quedaba un oscurecido asfalto como prueba de la lluvia que había arreciado horas atrás.

Andrea daba unas últimas órdenes por radio, y cuando se quiso dar cuenta, estaban entrando en un camino de tierra, el cual les condujo a un gran caserón que aguardaba en la oscuridad, a apenas unos metros. La finca parecía deshabitada, pues no había farola ni foco que indicase presencia alguna allí. Los coches policiales, el del ispettore incluido, habían apagado sus faros para no llamar la atención, y avanzaban con inusitada tardanza hasta que tuvieron a la vista la silueta del chalet.

—Espera aquí —le dijo Andrea—. Voy a dar unas instrucciones y ahora te llevaremos al furgón.

Sus ojos se fueron habituando a la oscuridad y pudo ver, con algo de claridad, el relieve de la finca que se alzaba ante ella. Estaba custodiada por dos altos cipreses en ambos flancos. Desde donde se encontraba podían distinguirse, al menos, dos accesos; la entrada principal, situada entre los dos árboles, además de una puerta más pequeña en el lateral de la casa. Nora no entendía mucho de estrategias policiales, pero intuyó que el que hubiera dos entradas como mínimo podía ser una gran traba a la hora de intervenir.

El ispettore estaba fuera, hablando con los agentes, que formaban un gran círculo en torno a él, y le atendían con cuidado interés. Vio cómo sus manos señalaban hacia una y otra puerta, sin duda otorgando importancia al descubrimiento que también había hecho Nora.

Se veían algunas estrellas luciendo en el firmamento. Divagó observándolas, saltando de una a otra, recordando aquella distante noche en la que Darío le había hecho el amor por primera vez. Pensó en esa experiencia mientras sonreía, ignorando que ahora era ella quien ponía un semblante embobado y enamorado. ¡Qué diferente fue aquella noche! La luna los observaba, y una extraordinaria congregación de estrellas la acompañaban, trazando las directrices de lo que a la postre fue una noche mágica.

En esta ocasión, sin embargo, todavía quedaban varias nubes que tapaban esa tímida luna que hoy no quería mostrarse, quizá desaprobando los recientes actos de Nora. Tal vez Darío, desde ahí arriba, estaba despreciándola por haber besado a otro hombre. Todavía recordaba sus palabras:

*“No podría vivir con eso, lo tendría a todas horas en la mente... Cada vez que te mirase estaría viendo el engaño en tus ojos”.*

Técnicamente no le había sido infiel, pensó, pero no podía evitar sentirse como tal, pues tan solo hacía una semana de su fallecimiento y ella ya se había

echado en brazos del ispettore.

## 18

La oscuridad se había colocado el traje de juez en uno de los días más importantes en la vida de Andrea Longo. Para bien o para mal, iba a jugar un papel esencial en la consecución del objetivo de esa fría pero ahora tranquila noche. Tanto se había calmado que incluso se podía apreciar alguna estrella en la noche, quizá mostrando así su bendición por el beso que lo había unido a Nora apenas unos minutos antes.

A su alrededor tenía a nueve de los hombres mejor preparados para la misión que les aguardaba —el décimo, Bonfiglio, había ido a comprobar que no existiesen más entradas a la casa que las dos que tenían a la vista—, y todos ellos estaban dispuestos, ansiosos más bien, a enfrentarse a lo que pudiera suceder esa noche. Ese era el tipo de hombres con el que el ispettore querría codearse en una situación límite como lo era aquella.

Cuando tuvo a todos sus agentes presentes, y una vez desechada la opción de una vía de escape suplementaria, estuvo hablando con ellos, arengándolos y dándoles unas directrices que, en este caso, eran banales.

Los dos coches que había en el exterior, unos metros retirados del porche de la casa, daban validez a la información de Alessandro, y esperaban por lo tanto encontrar seis personas que se pudieran oponer al arresto, siendo una de ellas Carlo Mazzola. Sin embargo, había muchos interrogantes en esta historia. ¿Qué hacía toda esta gente en ese lugar? ¿Iba a acudir De Luca, antes de saberse detenido? ¿Con qué motivo?

Espantó las divagaciones con un gesto de la mano, y se dirigió al coche donde todavía permanecía Nora, mirando al cielo, totalmente absorta en sus pensamientos. Sin duda tendría en su mente a Carlo; ella era, por motivos personales, la persona más interesada en verlo entre rejas, y que de esta forma, todo terminase. Tal vez entonces pudiera pasar página, decir adiós a una funesta experiencia, y en ese momento Andrea le abriría su corazón.

De nuevo estaba divagando. Ese beso era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, pero quizá el momento no había sido el adecuado. En cualquier caso, lo mejor era apartar todo de su mente y ceñirse a lo que debía hacer.

—Nora, vamos a entrar ya —anunció—. Sube al furgón, ahí nadie te podrá ver y estarás a salvo hasta que volvamos.

Ella le hizo caso sin hablar, mirando en todo momento al suelo, y únicamente abrió la boca en el último instante, cuando musitó un escueto e

imperceptible:

—Suerte, Andrea.

El ispettore asintió con la cabeza, y esas dos únicas palabras le dieron el coraje necesario para abordar su misión con todavía más ahínco.

El silencio era, junto con la mencionada oscuridad, quien gobernaba en el ambiente, y apenas una leve brisa hacía palidecer de frío a los agentes, quienes estaban más que deseosos de pasar a la acción. Realmente, era totalmente vano permanecer ahí, incluso podía ser perjudicial en caso de que alguien los avistara desde el interior, por lo que Andrea dio la orden de comenzar con la operativa prevista.

Dos agentes, Carpano y Scava, quedarían como centinelas en el exterior, vigilando especialmente la puerta lateral, mientras que los otros ocho agentes, además del ispettore, se aproximaron a la principal, completamente en silencio.

Andrea no era el más especializado de los presentes, y por lo tanto no llevaba la delantera, que le correspondió en este caso a Eusebio Pace. Su fornido cuerpo se movía con una gracilidad impropia, y adelantándose al resto, se puso en cuclillas y pegó su espalda a la pared que estaba en contacto con la entrada. Con un escrupuloso movimiento giró el pomo y comprobó que la puerta no estaba cerrada con llave, probablemente en espera de Alessandro De Luca. Eusebio hizo un gesto con la cabeza al resto, y capitaneó el grupo de agentes, que fueron entrando uno a uno, con cautela, y se fueron desplegando por el domicilio.

Era una vivienda de una sola planta, grande y amplia, pero su enrevesada distribución la hacía parecer más extensa todavía. Por lo que pudo apreciar Longo, contaba con tres habitaciones, dos baños, otro par de salones y una gigantesca cocina, además de una galería para las labores del hogar —la cual daba a la puerta lateral de salida— y el porche de la entrada principal. Era una construcción antigua, no aparentaba haber sido reformada recientemente. Pese a que la lobreguez impedía evaluar los detalles con precisión, se podía apreciar la ausencia de cuidado en muchos puntos de la casa: el color desvaído del sofá, los raídos manteles que cubrían la mesa de uno de los salones, o las señales de golpes que se distinguían en las esquinas de varios muebles. En la cocina había varios utensilios sin limpiar, como prueba de una reciente presencia humana en el hogar. Sin embargo, por más vueltas que dio, no consiguió toparse con Carlo Mazzola ni ninguno de los hombres que le tenían retenido. Se cruzó varias veces con alguno de los agentes, que igualmente decían no haber encontrado nada llamativo.

Disgustado, tomó en su mano una de las fotografías que había en la estantería del salón principal. Su desproporcionado marco daba cabida a una imagen en la que se podía ver a un niño que sonreía a la cámara. Debería tener

aproximadamente unos cinco años de edad, y sus rasgos le indicaban que se trataba de Darío Mazzola. El ispettore torció el gesto al comparar el contraste de la alegría de ese niño con el trágico final en el que había desembocado su vida un par de décadas más tarde.

Volvió a dejar la fotografía en su lugar, y fue en búsqueda de Eusebio Pace. Los diez agentes que le acompañaban eran iguales entre sí, pero instintivamente le habían otorgado a Pace el distintivo de líder moral del grupo. Andrea los conocía tan solo de vista, y aunque había leído sobre su trabajo, era la primera vez que compartía misión con ellos, de forma que si habían decidido que Eusebio fuera la cabeza visible, Longo no era quién para negar esa sentencia. Cuando llegó a la galería, la figura del agente se encontraba de espaldas a él, y por lo tanto de cara a la otra puerta que permitía salir de la casa.

—¿Nada? —preguntó el ispettore.

—Nada —contestó el agente—. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé. Llevamos más de quince minutos aquí, y esta casa está desierta. Tal vez hayamos llegado tarde.

—Pero los coches siguen ahí fuera —informó Pace.

—Quizá hayan encontrado otra vía de escape. O también puede ser que De Luca nos haya mentido —dijo Andrea.

—Y ¿qué gana él con eso? —cuestionó el agente—. Ya está detenido, le conviene colaborar.

—No lo sé, Eusebio. Vamos a seguir mirando, tiene que haber algo.

Salió de la casa y se dirigió a los dos agentes que vigilaban en el exterior. Uno de ellos estaba de pie frente a la puerta lateral, la misma tras la cual acababa de hablar con Pace. Basilio Carpano era un hombre bajo de estatura, pero recio y robusto como un árbol. A pesar de que hacía un frío despiadado, de esos que le hacen a uno replantearse el salir de casa, el agente llevaba las mangas de su chaqueta recogidas hasta los codos.

—¿Alguna novedad aquí fuera?

—Ninguna, ispettore —respondió—. Esto está totalmente muerto.

—¿Y Scava?

—Está dando vueltas a la finca, pero tampoco ha visto nada.

Andrea comenzó a maldecir interiormente. Estaban perdiendo un valioso tiempo que podía resultar vital en el caso de que sus objetivos hubieran escapado. Con cada vez más prisa en sus piernas, casi al trote, se acercó a los vehículos de los hombres de De Luca. Eran dos Fiat Bravo negros, que por lo visto era el modelo predilecto para los empleados de Alessandro. Inspeccionó el primero, pero estaba cerrado con llave y desde fuera no se podía apreciar nada. El segundo coche también estaba cerrado en su parte delantera, pero no así el

maletero; sin embargo, tan solo encontró unos fragmentos de cuerda, probablemente la que hubieran utilizado para atar a Carlo. Pensó en el gran hombre de la moda atado de manos en el maletero de un coche... Y se dijo a sí mismo que no le hacía gracia imaginar así ni tan siquiera a ese hombre al que tanto odiaba.

El ispettore estaba bloqueado. Habían inspeccionado la casa de arriba a abajo y no habían encontrado absolutamente nada que les indicase qué había ocurrido. La presencia de Mazzola era evidente, por supuesto, pero excepto por eso, estaban totalmente en blanco.

Apretando con todas las fuerzas de su mano uno de los trozos de cuerda que encontró en el maletero, el estrés subía por su cuerpo hasta hacerle un nudo en la garganta. No sabía si pensar que De Luca le había engañado, que Mazzola había convencido a los hombres de Alessandro para dar marcha atrás, o si quizás había conseguido escabullirse y escapar de ellos. O tal vez no hubieran esperado a su jefe y habían acabado con Carlo antes de tiempo.

Cogió su teléfono móvil y se dispuso a llamar a comisaría para hablar con De Luca. Quizá supiera darle alguna respuesta.

—¡Ispettore Longo! ¡Aquí!

Era la voz de uno de los agentes. Andrea corrió como quien no llega a tiempo para subir al autobús, y a punto estuvo de trastabillar en uno de los escalones que daban acceso a la vivienda. Siguió su camino sin preocuparse por ello y finalmente encontró el origen de la llamada, que provenía del salón más lejano a la entrada. Cruzó el largo pasillo hasta que lo alcanzó, y encontró a los agentes Ziza y Addeo, el primero arrodillado en el suelo, y el segundo mirando a una de las esquinas. Junto a Pierluigi Ziza se podía ver una elevación bajo la alfombra central del salón.

—No me jodas... —consiguió musitar Andrea.

—Me temo que sí —declaró Addeo con una sonrisa.

El pie de éste permanecía inmóvil sobre un pedal situado en la esquina izquierda de la sala, siendo apenas un saliente en el revistero adyacente a uno de los sofás. Era una proeza la realizada por Gerardo Addeo al percatarse de tal detalle, ya que el ispettore no hubiera reparado en ello ni tras un mes analizando la habitación. Dicho saliente no era otra cosa que un mecanismo que alzaba una trampilla colocada bajo la alfombra. Los agentes Ziza y Pace estaban retirándola, y dejaron a la vista una abertura con unos escalones que bajaban varios metros, difuminándose poco a poco y dejando paso a una completa negrura.

—¡Eres un genio! —exclamó Longo mirando al agente Addeo.

—Gracias, ispettore —contestó el ruborizado agente—. Me pareció que eran demasiadas patas para mantener en pie un revistero —rio.

Su carcajada fue acompañada por el grupo de policías, totalmente aliviados tras el descubrimiento. Poco a poco se había acercado el resto de agentes, a excepción de los dos vigías exteriores. Andrea analizó la oquedad; una única lámpara envejecida, fijada en la pared, emitía una tenue luz que daba pocas pistas sobre el recorrido que seguían las escaleras. Se distinguía la diferencia temporal en la construcción de uno y otro piso: mientras que la planta baja que tanto habían inspeccionado era una construcción contemporánea, aunque algo envejecida, en el subsuelo recién descubierto predominaba la piedra, que además se apreciaba húmeda, garantizando una glacial bienvenida.

—Bueno, señores; como podéis ver no nos encontramos ante un caso común —comenzó a explicar el ispettore—. No sabemos qué podemos encontrar ahí abajo, así que tenemos que estar concentrados y atentos a todo. Parece que la oscuridad va a estar de nuestra parte, así que vamos a jugar con eso y a mantenernos ocultos todo el tiempo que podamos. Necesito que uno de vosotros se quede aquí, así que si hay algún voluntario... —pasaron varios segundos sin que nadie abriese la boca. Longo sonrió—. Lo imaginaba. En ese caso... Musmeci, si no me equivoco estás recién incorporado al grupo.

—Así es, ispettore. Aquí me quedo —dijo él, resignado.

—De acuerdo —acompañó su expresión con una palmada en la espalda. Stefano Musmeci era un chaval de apenas veinticinco años, recién ingresado en la *I Sezione*. Su apariencia, además, acentuaba esa juventud, y Andrea había percibido también un punto de nerviosismo que podría jugarle una mala pasada en el episodio que les esperaba unos minutos más adelante.

Se acabó la conversación, y llegaba el momento de iniciar un descenso totalmente enigmático. Encendió su linterna, y explicó a los agentes que hasta que supieran cuál era la situación a la que iban a enfrentarse, ese sería el único punto de luz que tomarían como referencia. Esta vez fue él quien tomó la delantera, y Eusebio Pace iría tras él.

Bajó el primer peldaño, y después el segundo. Cuando tenía cuatro escalones a su espalda, la insignificante luz de la lámpara que les precedía ya no parecía existir, y la opacidad era la reina una vez más, a excepción del círculo blanco que proyectaba la linterna de Andrea en el suelo. Pese al sigilo que querían conferir a sus pisadas, ocho hombres armados, siete de ellos equipados con ropa de protección, no tenían posibilidad alguna de mantener el silencio en un pasadizo cuyo eco no era asunto baladí.

Pese a todo, continuaron descendiendo. Longo tenía su mirada fija en el halo luminoso, y tras diecisiete escalones exactos, alcanzaron una amplia planicie, donde pudieron agruparse de nuevo. El ispettore dirigió la punta de la linterna hacia ambos lados, y comprobó que estaban en una especie de semicírculo, hasta

donde sus ojos lograron llegar. Avanzó varios pasos en línea recta, y consiguió atisbar una barandilla un par de metros más adelante; miró por encima de la misma y confirmó que tampoco había información que extraer de ahí. Volvió sobre sus pasos, llegó a donde los agentes le estaban esperando y los vio, lo cual era noticia: sus ojos comenzaban a adaptarse a la penumbra.

Avanzó varios pasos en cada una de las dos direcciones disponibles. La que se situaba a la derecha según habían descendido solamente les permitía recorrer varios metros hasta toparse con una pared sin puerta ni lugar hacia donde avanzar, de forma que dirigió sus pasos en la dirección opuesta, y divisó una pendiente, hacia la cual se encaminaron. Una hendidura de medio metro de anchura serpenteaba en la misma dirección hacia la que iban a dirigir sus pasos, pero Andrea no supo el porqué de este canal. Habían descendido tan solo unos metros cuando Andrea alzó una mano pidiendo silencio a los agentes; éstos se detuvieron, y él hizo lo propio. Aguzó el oído, ya que le había parecido escuchar algo. Les hizo un gesto para que permaneciesen en sus puestos, y el ispettore bajó lentamente, zancada a zancada, hasta que llegó a un nuevo llano. Unos metros más adelante vio una dorada rendija de luz, signo inequívoco de una puerta entornada. Volvió a reunirse con los agentes, y les informó de la novedad.

—Tenemos que acercarnos en silencio, deben estar tras esa puerta —instruyó Longo.

Todos asintieron, y siguieron sus pasos. Su corazón comenzó a latir en intervalos más cortos cuanto más se acercaba a la puerta. Estaba a tan solo unos pasos de ella, y aferró todavía con más ahínco el arma que empuñaba con ambas manos. Caminaba lateralmente, con la espalda pegada a la pared que le estaba conduciendo al momento más importante de ese caso, al trance vital de su carrera, al instante capital de su vida. Tras esa puerta se hallaba la respuesta a la inmensa mayoría de las preguntas que le habían asaltado durante la última semana.

Miró a su derecha, buscando la posición de los agentes; dejó que le alcanzaran, y cuando estuvieron a su lado, les pidió calma. Trató de escuchar, y aunque percibía unas voces que se abrían paso desde la habitación contigua, no fue capaz de descifrar una palabra. Intentó también mirar a través de la rendija de la puerta entornada, pero el resplandor que brotaba era cegador, y tan solo consiguió distinguir una sombra que caminaba en el interior de la estancia.

Andrea llegó a la conclusión de que seguir aguardando era perder el tiempo, de forma que avisó a los agentes, y con sus dedos llevó una cuenta atrás que todos siguieron con detalle.

No hizo falta siquiera gritar. Dos de los matones de Alessandro estaban conversando, sentados en sendas sillas, y no se percataron de la presencia

policial hasta que tuvieron un arma apuntando a sus cabezas.

—Quietos los dos —ordenó Pace con aspereza, mientras con la ayuda de Addeo esposaba a los dos hombres.

Para entonces, el resto de agentes se habían desplegado y apuntaban a los desperdigados secuaces, cuyo despiste no había sido tan grave y habían tenido tiempo de sacar sus pistolas. Entretanto, Carlo Mazzola estaba presente de cuerpo, pero no de pensamiento: tenía ambas manos agarradas entre sí y deambulaba por el habitáculo sumido en sus reflexiones. Parecía fuera de sí, ignoraba todo cuanto sucedía a su alrededor, que no era poco, ya que había una batalla campal por acaecer. Murmuraba entre dientes unas palabras indescifrables.

—No tenía que ser así, no tenía que pasar esto... —de repente, levantó su mirada y reaccionó al ver a Andrea— ¡Ispettore! ¿Qué hace usted aquí? Estaba esperando a otra persona.

—Alessandro no va a poder venir, os envía recuerdos.

—¿Dónde está? —preguntó uno de los matones, sin dejar de apuntar al agente Ziza.

—En la comisaría, así que ya podéis bajar las armas —ordenó Longo.

—No me lo creo —dijo el hombre—, Alessandro no se dejaría atrapar.

—Y no se dejó —aseguró Andrea—, pero ya está entre rejas.

—En cualquier caso —expresó ceñudo—, Mazzola ha venido aquí por un motivo, y no voy a bajar el arma hasta que lo haga.

—Y ¿qué es eso que debe hacer?

No contestó inmediatamente. Era un hombre ancho de torso, y la posición de sus brazos al sujetar el arma y apuntar con ella le hacía parecer más tosco todavía. Mostraba sus dientes en una mueca de desprecio, y su tez morena estaba salpicada por varios eccemas originados, a buen seguro, en su pubertad. Finalmente, hizo un nimio movimiento con su cabeza, en dirección a la última pieza que faltaba por nombrar de la gran partida de ajedrez humano que se estaba jugando en el subsuelo de la casa de los Mazzola.

La figura de una persona con un saco cubriendo gran parte de su cuerpo se erguía en el centro de la habitación. Atada de manos a una columna de piedra, lo único que se podía ver de su cuerpo era una holgada tela amarillenta repleta de manchas que abarcaban un abanico de colores desde marrones y ocres hasta verduscos y rojizos. Apenas unos centímetros de una tela que llegaba hasta el suelo, impidiendo descifrar dato alguno sobre su identidad.

—¿Quién es? —preguntó el ispettore al tiempo que se acercaba a la figura. Un paso sucedió a otro y estuvo frente a él en un par de segundos. Puso sus dedos índice y pulgar de cada mano en los extremos del saco y tiró hacia arriba

de él, con lo que poco a poco fue descubriendo el cuerpo del cautivo. Cuando había terminado de retirar el fardo, éste se le cayó al suelo. Su mundo se había vuelto del revés.

—¿Darío?

Unas piernas barrieron las suyas, haciéndole perder el equilibrio, y su cabeza impactó contra el suelo. Alcanzó a percibir cómo el hombre con el que había hablado le decía “quieto o te mato”, y acto seguido escuchó un disparo que supuso sería el de su muerte. Tras varios segundos seguía respirando, por lo que volvió a evaluar sus sospechas e intuyó que esa bala no era para él. Se giró y vio cómo su agresor yacía en el suelo, y un chorro de sangre manaba de su pecho. Recuperó su arma y apuntó hacia los dos hombres que quedaban en pie.

—¿Queréis seguir su camino? —desafió Andrea, mientras sentía cómo su cabeza palpitaba en el punto que había impactado contra el suelo.

Los hombres tiraron sus armas al suelo, temerosos sin duda de correr la suerte de su compañero. El agente Bonfiglio acudió con presteza y se hizo con ellas, poniéndolas a buen recaudo, y ayudando a Longo a esposar a los detenidos. Una vez finalizada la tarea, el ispettore miró hacia atrás e hizo un gesto afirmativo, agradeciendo su salvación. Ironizó interiormente sobre su destino, ya que Edoardo Terranova no estaba predestinado a hacer ese viaje, pues en primera instancia debía ocuparse de trasladar a Alessandro a Florencia. Tomó nota mental de agradecer a Nora su insistencia por venir, que había ocasionado tal permuta.

Un interruptor se activó en su cerebro, y recordó qué lo había despistado y propiciado que le golpearan. Darío. No era posible. Giró sobre sus talones y alzó la cara del prisionero. Estaba completamente mugrienta, y él respiraba, a pesar de su inconsciencia. Su cuerpo hedía, y un hilo de saliva pendía de su boca. Tenía el pelo grasiento, impregnado sobre la frente; en definitiva, era una caricatura del chico que fue. Pero estaba vivo.

—¿Cómo puede ser? —preguntó, mirando hacia Carlo.

—Siéntese, ispettore, voy a tardar un rato en explicárselo todo —dijo un Mazzola que no parecía impresionado por la presencia de un hijo que estaba dado por muerto.

—Prefiero seguir así —replicó Andrea—, pero estoy deseando escuchar esa historia. Chicos, desatad a Darío y sentadlo en ese banco. Tendremos que llevarlo enseguida a un hospital.

—No será necesario, ispettore, mi hijo simplemente está sedado. Probablemente en unos minutos despertará y podrá acompañarnos en nuestra charla —aseguró sin titubear Mazzola—. Bien, imagino que se habrá sorprendido al entrar en este tramo subterráneo, que por otra parte, le felicito por

haber descubierto, no es una labor fácil para quien no conoce su existencia.

—Felicite al agente Addeo, ha sido él quien ha localizado la trampa — comunicó un honesto ispettore Longo.

Carlo asintió sonriendo al agente señalado, complacido. Mazzola parecía haber recuperado gran parte de su cordura y elocuencia, y caminaba mirando a las paredes y abriendo las manos para magnificar el emplazamiento.

—La inmensa mayoría de este túnel —prosiguió— fue construido del siglo trece en adelante, y su objetivo era transportar el agua corriente al interior de los hogares de la ciudad. Ahora está seco, como puede comprobar, pero por ese canal exterior que habrá apreciado en el pasillo circulaba el agua hace unos ocho siglos.

—Al grano, Mazzola —espetó Andrea.

—Cuando adquirí esta casa, hace unos treinta años, no me imaginaba el enorme tesoro que albergaba. Lógicamente, la entrada que hemos utilizado no data del siglo trece —se carcajeó—, sino que la encargué construir yo. Al principio no le di ningún uso, simplemente bajaba en ocasiones para admirar lo que hay aquí, la piedra, las estalactitas y estalagmitas, estos metros de historia y paz. ¿Sabe? En el mismo pasillo por el que ha venido hay una estatuilla, que según he leído pudieron colocar los trabajadores que crearon estos pasadizos para ahuyentar unas extrañas criaturas que, según la leyenda, moraban por aquí: se llamaban *omiccioli* y *fuggisoli*.

—Todo esto es muy interesante, Carlo; pero la clase de Historia la podemos dejar para otro día —volvió a apremiar Longo—. Quiero saber qué ha pasado con Darío. Toda la historia, la verdad, y ahora.

—De acuerdo, ispettore, de acuerdo. A eso iba.

Mientras Mazzola se preparaba para contar su historia, Longo echó un vistazo al malogrado Darío. Seguía inconsciente, con la espalda y la cabeza apoyadas en la dura y fría piedra de la pared de la estancia. Carlo se había sentado también, al otro lado de la misma, a buen seguro buscando la mejor forma de dar a conocer tanto secreto como tenía guardado. O quizás tramando una nueva mentira que divulgar, pero él mismo debía saber que era inútil, pues con Darío recuperado y vivo para refutarle, estaba condenado a la sinceridad.

## 19

*“Para contarles esta historia tengo que remontarme a muchos años atrás. Les pido, antes que nada, que no me interrumpen.*

*Como ya saben, ahora soy una persona habituada a que le funcionen los negocios, pero no siempre fue así. Empecé mis comercios desde la nada, en colaboración con un par de amigos, Enrico y Amanda. Nuestro sueño era llegar a la situación en la que he vivido todos estos años. Ellos se encargaban de confeccionar las prendas y yo de distribuirlas. Éramos muy jóvenes, y aunque se podía decir que mi trabajo era el más insustancial, también es cierto que yo era la única persona que estaba en contacto con los representantes que visitaba. Al principio hacíamos mucha confección y poco negocio, pero cuando triunfaron varios de nuestros diseños, pudimos abrir nuestra propia tienda de ropa. Era un cuchitril en el que apenas cabían unas cincuenta prendas, pero nos fue bien. Me involucré en el diseño y nos fue mejor todavía, y pronto recibí una oferta para prosperar, momento que aproveché para dejar en la estacada a mis amigos. Ni tan siquiera lo dudé, solamente pensaba en mi propio auge. El resto es historia. Gané más y más dinero, y pronto creé mi propia firma, que a día de hoy es conocida en toda Italia. Podría decirse que es de lo que más me enorgullezco en toda mi vida.*

*Ahora pasemos a la parte de la que no estoy tan satisfecho. Conocí a Eva y no, ese no es el error del que les iba a hablar. Tuvimos un noviazgo encantador, nos casamos, y ya con los bolsillos repletos de dinero, comenzamos a derrochar y, entre otras cosas, compramos esta casa. Unos meses después escuché que los famosos pasadizos subterráneos de Siena podrían tener una sección oculta por la zona. Como no quería tirar la casa abajo, comencé a excavar en el jardín exterior, y descubrí que, venturosamente para mí, esos rumores eran ciertos.*

*Huelga decir que soborné gustosamente a las altas esferas que tenían la potestad de investigarlo para que no se inmiscuyesen, pues de ser así probablemente el Estado se hubiera apropiado del descubrimiento, y yo me habría quedado sin la casa. Contraté un especialista para que hallase la forma de entrar, y conseguimos la manera de construir una entrada desde mi propia casa. ¡Era maravilloso! No tenía un uso que darle, pero era como tener un búnker medieval para mí.*

*Pasaron los años, y a mediados de 1990 decidimos formar una familia. ¿Por qué no? Éramos felices y jóvenes, y teníamos la vida asegurada. Era el siguiente*

paso lógico, y Eva estaba entusiasmada.

Y llegó el día. Era un tres de Abril de 1991, y teníamos a media docena de médicos en nuestra casa de Florencia. Yo esperaba en el pasillo, dando vueltas de un lado para otro, con las manos en los bolsillos, en la cintura, en la cabeza. Debí desgastar el suelo de esa superficie que tantas veces pisé esa noche. Tenía que ser el día más feliz de toda mi vida, ¡nada menos que el nacimiento de mi primer hijo! Y yo estaba desquiciado. ¿Era habitual tanta demora?

El doctor salió del paritorio improvisado que se había habilitado en una de nuestras habitaciones y, con una sonrisa torcida, me miró a la cara. Se quitó un guante, se quitó el otro... No parecía tener prisa, y a mí se me agotaba la paciencia.

—¿Y bien? —dije yo.

—Señor Mazzola, acaba usted de ser padre —contestó él sin mayor celebración.

Le abracé. Y era el abrazo más sincero que se podía dar, cargado de una total veneración y admiración. Pensé que estaría eternamente en deuda con ese hombre.

—Eso no es todo, Carlo —se sinceró el doctor Fraleoni, al tiempo que le cambiaba la expresión de la cara.

—¿Qué más puede haber?

—Son dos —hizo una pausa—. Gemelos.

—¿Gemelos? —mi gozo era inmenso—. ¿Dos chicos?

—Sí, pero... Uno de ellos... —calló.

—¿Qué? ¡Dímelo! —la paciencia había desaparecido por completo.

—Uno de ellos ha nacido con problemas.

—¿Qué problemas?

—Ha tenido complicaciones respiratorias al nacer, y ha estado cerca de morir —confesó abatido.

—Pero al final ha sobrevivido, ¿no?

—Sí, de momento, pero su estado es crítico, y si sobrevive quedará con secuelas —al ver que yo no reaccionaba, amplió su comentario—. Secuelas irreversibles, Carlo.

No acababa de entender lo que me explicaba el médico. Siguió dándome datos, unos que yo ya no escuchaba porque estaba fuera de mí. Miraba al suelo, cambiando la dirección de mis pupilas a cada instante, buscando una explicación, un por qué, pero no lo hallé. Quise verlo con mis propios ojos, y me dirigí a la habitación donde todo había ocurrido.

—Espere, Carlo —me pidió el doctor—. Su esposa, Eva, no lo sabe todavía, está muy débil después del parto. Acompañeme y le llevaré a ver al niño.

—¿Solo uno? —pregunté extrañado.

—Sí, el que ha tenido dificultades va camino del hospital.

Y allí estaba, en la habitación anexa a la que se encontraba Eva, una criatura en un pequeño lecho, llorando y agitando sus brazos y piernas, rogando que alguien lo sostuviera y le diera afecto. Yo nunca había sido un enamorado de los bebés, pero ese era mío, y me había conquistado desde el primer momento. Lo así entre mis manos, lo alcé, y su llanto se interrumpió cuando sus ojos se posaron en los míos. Lloré de alegría, olvidando por un momento la mala noticia que Fraleoni me había dado.

—Deberíamos ir con su mujer, apenas sabe nada. Si quiere se lo puedo contar yo desde el apartado médico o...

—Descuide, doctor —le interrumpí—. Yo se lo contaré.

Y me dirigí, bebé en mano, a la habitación donde descansaba Eva, que como yo esperaba, sabía que algo había ido mal. Simplemente nadie le había informado, y no sabía qué. Cuando puse a Darío sobre sus manos, la preocupación desapareció de su cara, y una sonrisa afloró en ella. Incluso yo dejé de existir. Pasados unos minutos volvió en sí, y me preguntó por el otro bebé.

Una vez relatado lo poco que recordaba de las palabras transmitidas por el doctor, Eva se derrumbó. Le transmití unas palabras de ánimo y consuelo, y la dejé allí con el doctor y algunas enfermeras que todavía deambulaban por la casa. Mi próximo destino era el hospital, pues quería dar la bienvenida al mundo a mi otro hijo.

La escena distaba mucho de asemejarse a la vivida con mi primer encuentro con Darío. Lo que había sido emoción, alegría y gozo con él, se tornó en abatimiento, tristeza y aflicción con ese segundo bebé. Transmitía una sensación de fragilidad que no había sentido jamás, y me pareció imposible que hubiera semejante diferencia entre la robustez que presentaba uno de los bebés, y la endeblez que mostraba el otro. Una mascarilla cubría su boca, y ningún movimiento demostraba que estuviera dormido o despierto, a excepción de sus ojos abiertos. No me permitieron cogerlo, pues su vida pendía de un hilo; me estuvieron explicando las muchas particularidades con que debería tratarse durante el resto de la misma, en el caso de que consiguiera sobrevivir, y la cantidad de secuelas que padecería. Recuerdo que no presté ninguna atención, estaba totalmente ausente.

Al día siguiente, bien temprano, corregí mi error y acudí a la consulta del doctor Fraleoni. Irrumpí en la sala en la que se hallaba auscultando a una anciana; ambos se quedaron petrificados y a buen seguro el pulso de la mujer debió acelerarse bajo el estetoscopio del doctor.

—Necesito hablar con usted —enuncié con un tono que dejaba fuera de lugar cualquier rebatimiento. Tras un momento de duda, el doctor bajó su herramienta y le habló en voz baja con la mujer. Ésta asintió y se marchó con paso cansino, no sin antes lanzarme una mirada cargada de desprecio.

—Entienda —empezó Fraleoni, al tiempo que se sacaba con meticulosidad, una vez más, los guantes de las manos— que le acepto esta absoluta falta de respeto por ser quien es, y por el mal momento que está pasando, pero no son maneras de interrumpir la consulta de un médico.

Poco a poco me calmé, y permanecí aproximadamente dos horas en la consulta, escuchando sus explicaciones y directrices, esta vez con ambos oídos totalmente atentos.

El bebé había sufrido hipoxia cerebral neonatal durante el parto. Tras nacer su hermano mayor, el doctor encontró problemas para traer al mundo al segundo de los vástagos, ya que hubo una interrupción del riego sanguíneo en la circulación de su cordón umbilical, lo que provocó la destrucción de varias neuronas en el cerebro del bebé.

Al parecer, el pequeño Mazzola estaba respondiendo bien a los cuidados médicos, y su vida estaba fuera de peligro. Volví al hospital para verlo, en lo que iba a convertirse en un día dedicado íntegramente a él. Probablemente el único día de su vida en que hice tal cosa. Un nuevo torrente de frustraciones recorrió mi cuerpo cuando estuve frente a él, separados de nuevo por un cristal.

Cabizbajo tras la experiencia, y madurando lo que iba a ser una vida muy complicada a partir de ese momento, volví con Eva y Darío; pasamos una silenciosa noche a medio camino entre el júbilo por uno y la depresión por otro.

—Marco —se pudo escuchar un susurro a media noche, cuando ambos mirábamos al oscuro techo de la habitación sin pegar ojo.

—¿Cómo? —pregunté a mi mujer.

—Quiero que se llame Marco —sentenció ella.

Efectivamente, antes del parto teníamos preparado un nombre para el primer bebé, Darío, pero no habíamos previsto que fueran dos los nuevos miembros de la familia.

Estuvimos una semana yendo a visitar al pequeño al hospital, y cada vez que salíamos de la habitación en la que estaba, el desconsuelo nos atacaba sin piedad. Pasábamos los días en silencio, pues el dolor por el estado en que se encontraba Marco estaba ganando la batalla a la alegría por la vida de Darío. Llegados a ese momento, me pregunté: ¿Vamos a estar así toda la vida? ¿A medio camino entre la felicidad y el pesar? No era, ni mucho menos, lo que estaba en mi mente. Obviamente el bebé no tenía la culpa, pero me había percatado de cómo, en cada contacto con él, contagiaba a la familia de una

desazón y un abatimiento que de ninguna forma podían ser buenos. Los ojos de Eva derramando lágrimas cuando le conté sus problemas, la primera vez que yo mismo lo vi...

Tras varios días dándole vueltas en mi cabeza llegué a una conclusión, la cual me costó un mundo expresarle a ella. Con mis manos aferradas a las suyas, cuando le mencioné la idea de darlo en adopción, me soltó y me acuchilló con la mirada. Lo sabía. Sin embargo, cuando le hablé de que esa persona a quien podríamos entregar a Marco fuera Marta, su amiga del alma, esa misma que no podía tener hijos y cuya mayor ambición en la vida era precisamente esa, cambió algo el gesto de su rostro.

—¿No te das cuenta? —azucé yo, hurgando todavía más cuando vi que había opción de que funcionase— Va a cuidarlo mejor que nosotros, para ella será un regalo del cielo, lo mejor que le puede pasar. Y nosotros... Teniendo a Darío, lo único que conseguimos con Marco es pasar la mayoría del tiempo con lágrimas en los ojos. Además, podremos verlo y visitarlo cuando queramos, ¡es la parte positiva de que sea ella quien lo tenga!

No sé cómo, pero lo conseguí. Lógicamente, Marta estuvo de acuerdo, para ella los problemas de Marco no eran tales, y como yo esperaba, sabría darle una vida plena. Solamente tuvimos problemas en un apartado, que era innegociable por mi parte, y es que no debía saberse que ese niño era nuestro. Yo soy un hombre de negocios, y a la hora de entablar conversaciones con las diferentes empresas, ésta era una noticia que podía afectar a mi imagen y a mis futuras inversiones; los círculos en los que se mueve el dinero pueden ser muy crueles, y había quien podría pensar que era una deshonra para el apellido Mazzola. Marta se negó en primera instancia, pero le expliqué que, al fin y al cabo, pese a ser gemelo de Darío, era una persona que no podía depender de sí mismo, y cuya vida transcurriría, en su mayoría, en la calma y la paz que otorga una familia. No debía ser difícil de conseguir.

Una vez sellado el acuerdo, solamente restaban unos flecos legales que unas cuantas liras acabaron por solucionar.

El problema, el gran problema, sucedió después. Una vez Marta tuvo al niño consigo, cambió totalmente de actitud. Me abominó por mis actos, me acusó de no tener corazón, de ser un cobarde por no intentar dar una buena vida a Marco, y me maldijo por todo ello. Dijo que el niño estaría mejor con ella que con unos desalmados como nosotros, y rehuyó de cualquier contacto futuro. Me excluyó a mí, Carlo Mazzola, por mis acciones, y a Eva por sus omisiones.

Mi pobre mujer no pudo superar ese duro revés. Había perdido a Marco y a su mejor amiga de una vez, y el sentimiento de culpa la devoraba por dentro. Yo traté de demostrarle que no éramos como su amiga había dicho, y que teníamos

*una venturosa vida por delante, con Darío a nuestro lado, pero el asestado por Marta fue un golpe del que no consiguió levantarse. Odió a su amiga, se odió a sí misma, y me odió a mí, sobre todo a mí.*

*Nuestra relación cambió por completo. Cada uno de nosotros, con Darío, éramos unos progenitores impecables, nos esmerábamos por que creciese sano y feliz. En cambio, cuando nos cruzábamos por nuestro hogar, ni siquiera nos dirigíamos la mirada. Era insoportable, pero habíamos tapiado un muro indestructible entre ambos, y por muchos años que han pasado, no he podido derribarlo.*

*Con el paso del tiempo nos hemos acostumbrado a esta situación; de puertas para afuera somos un matrimonio feliz, a secas, sin florituras, pero en el interior de nuestra casa somos apenas dos desconocidos.*

*Bien, ya llegamos a la parte de la historia que más les interesa. Traté de llenar el vacío provocado por Eva en el ámbito empresarial. Fui expandiendo mis negocios hasta que me llegó una propuesta que no era totalmente ética, pero resultó demasiado tentadora, de la cual no voy a entrar en detalles aunque podrán imaginarse de qué se trata, no es ningún secreto a día de hoy. Un negocio que al principio funcionó de fábula, pero después esta dinámica se volteó y ocurrió todo lo contrario. Diversas circunstancias me hicieron perder dinero, mucho dinero, y para mantener nuestro nivel de vida y que Eva no acabase destapando nada, tuve que pedir un préstamo a Alessandro De Luca. Probablemente ese haya sido el error más grave que haya cometido en mi vida. Debería haber zanjado el asunto ahí, reacondicionar nuestro estilo de vida y tratar de paliar esa deuda con los beneficios que daba Mazzola's. Pero no, me creí omnipotente y me llené de barro hasta el cuello.*

*Y así me salió la jugada.*

*El cabronazo de De Luca, cuando le dije que no podía pagarle, me secuestró. Estuve un fin de semana completo en una celda, a oscuras, aislado, y cuando me sacó de ahí, sus únicas palabras antes de soltarme fueron:*

*—Querido Carlo, llegados a este punto, tienes dos formas de saldar esta deuda. Una de ellas es tu muerte, así de simple. La otra es la muerte de Darío. Con cualquiera de esos dos finales me daré por satisfecho, y dejaré a tu familia en paz. Obviamente, si consigues el dinero también podremos deshacer este entuerto.*

*No podía creerlo. ¿Matar a Darío? Jamás. Tenía una semana de plazo, y estuve los cinco primeros días tratando de reunir el dinero de alguna manera. Tras ese tiempo, y sin haberlo conseguido, tenía tres opciones entre las que elegir: la primera era vender Mazzola's, pero era el trabajo de toda una vida y no estaba dispuesto. La segunda era el suicidio, que sería un romántico broche*

*a una vida cargada de éxitos y errores gigantescos por igual; pero pensé que nadie me podría garantizar que Alessandro dejaría ir en paz a Darío y Eva una vez yo no estuviese. La tercera opción, Darío... No.*

*Sin embargo, llegó a mi mente una cuarta opción, la cual había estado sopesando, pero negándome a admitir como válida. Marco. Desde el día en que Marta desairó a mi familia tenía una espina clavada, y acababa de dar con la manera de saldar dos deudas con un mismo acto. Cuando esa inspiración llegó a mí, ni siquiera lo pensé. Al día siguiente tenía al chico en mi poder. Era tan parecido a Darío... Una lástima para él tener un final así, pero hubiera hecho cualquier cosa con tal de salvar a mi hijo. Una vez De Luca estuviese satisfecho, podría mandar a Darío a otro país y que, de esa forma, comenzase una nueva vida. No era el futuro que había soñado para él, pero la situación no ofrecía mejores alternativas.*

*Secuextré a Darío, que ha permanecido en la sala en la que estamos toda esta semana. Traté de explicarle la situación, pero no ha sabido entenderme y trató incluso de agredirme cuando le conté que tenía un hermano, y lo que yo había hecho para salvarle, de forma que lo he tenido que mantener encerrado por su propio bien.*

*Creía tenerlo todo controlado, pero infravaloré a Alessandro. Había oído, en alguna ocasión, que tiene ojos y oídos en todas partes, y desgraciadamente lo he comprobado de la peor manera posible. Desde el principio, él sabía de la existencia de Marco, y jugó conmigo a sabiendas de cuál sería mi siguiente movimiento. No tengo pruebas, pero si tuviera que apostar por alguien, diría que el doctor Fraleoni fue quien habló. Parece que a De Luca le pareció divertido observar cómo un hombre mataba a su hijo no una, sino dos veces en una semana.*

*Entiéndame, ispettore, yo tan solo he sido una simple marioneta en este juego que ha orquestado Alessandro. Tuve que acceder a acabar con Marco en primera instancia, y ahora... Darío no lo ha comprendido, y me ha rechazado en todo esto. Un hijo tiene que tratar de ponerse en el punto de vista de su padre, siempre”.*

## 20

*Una sucesión de pesadillas se estaban solapando en su mente.*

*En una de ellas, Giulio le pasaba un cuchillo por la garganta tras violarla con violencia; podía sentir cómo la sangre manaba a borbotones y descendía por su cuello, empapando y embadurnando su cuerpo de color carmesí.*

*Sin tiempo para asimilar el sufrimiento, Giulio se fue y entró en escena Carlo Mazzola, quien con la mano abierta le asestó un golpe que la derribó e hizo que su cara impactase contra el frío cemento. Estaba desahuciada en el suelo de la celda que la había hospedado durante su calvario. Pudo ver cómo una cucaracha pasaba a escasos centímetros de su mano, se paraba frente a ella para, acto seguido, continuar su camino. Ya ni tan siquiera era importante para los insectos que tanto la repugnaban en el pasado.*

*Sin haberse percatado, Mazzola ya no estaba ahí, y Andrea Longo había ocupado su sitio. Sintió alivio, ya que el ispettore no sería capaz de provocarle daño o sufrimiento alguno. Por eso le dolió tanto cuando sintió que un salivazo impactaba contra su cara, rompiendo sus predicciones y, en parte, su corazón. Andrea completó la humillación espetándole “Eres una zorra”. Giró sobre sus talones y también se fue.*

*¿Quién sería el siguiente? ¿Quién más podría atenazar su alma una vez consumida?*

*Darío.*

*Su figura se cernía sobre ella con cara amenazadora. Esculpido en piedra, tardó un rato en moverse, y cuando lo hizo fue para acercar sus brazos en gesto amenazador. Una capa de mugre cubría su cuerpo, y sus tiznadas manos se extendían para aprehenderla. Nora se cubrió instintivamente, ya había tenido suficiente tormento por ese día.*

*Sin embargo, esas malvadas manos se deslizaron con dulzura y suavidad por su espalda, aferrándola, cobijándola, refugiándola en un manto de comprensión y consuelo. Ella alzó la mirada y posó sus ojos en los de él, a apenas unos centímetros los unos de los otros, mirándose, rememorándose, amándose por primera vez en una eternidad. Los labios de él se acercaron y, con ardoroso fervor, rozaron los suyos, evocándola a una época ya perdida, irrecuperable.*

*La pesadilla se había tornado en fantasía, y temía el momento en que tuviera que despertar. No obstante, esos labios, esos dulces y carnosos labios parecían tan vívidos, su tacto era tan puro... Parecían reales.*

Eran reales.

—¿Darío? —abrió los ojos.

—Te quiero —era su voz.

—Pero... ¿Cómo? No puede...

—Calla y abrázame —dispuso él.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Una lágrima, en esta ocasión de felicidad, cayó por su mejilla a una velocidad endiablada hasta que llegó a la comisura de sus labios, y sintió su gusto salado.

No se encontraban en la celda donde había sido vejada por Giulio, naturalmente. Estaban en la parte trasera del furgón de la Polizia di Stato, y por lo visto, Nora se había quedado dormida mientras Andrea Longo y los suyos actuaban, y habían pasado muchas horas, tantas que, según le dijeron, eran las cuatro de la madrugada. Y Darío estaba ahí. Era real. Lo estaba tocando, su cara, su áspero rostro ahora poblado de esa barba que tan poco le agradaba a ella. Ahora la adoraba. Jugeteaba con ese vello facial descuidado, acariciando y sonriendo al amor de su vida, que había vuelto de entre los muertos para seguir cuidándola.

La historia no era esa, por descontado. Darío le narró, durante lo que pareció una eternidad, una sórdida historia, inconcebible para nadie que tuviese una pizca de corazón. El ispettore estaba en lo cierto cuando le dijo “*éste es solo uno de los muchos secretos que desconocemos de Carlo Mazzola*”. Un gemelo abandonado, prostitución ilegal, secuestro y asesinato de dos inocentes, siendo uno de ellos hijo propio para mayor escarnio, y el intento de asesinato de su descendiente reconocido. Este era el currículum que el padre de Darío había tratado de ocultar a su propia familia, a Florencia y a toda Italia.

A su mente acudió Marta, antigua amiga de la familia, y hasta la semana anterior, *madre* de Marco. Pensó en cómo a estas dos personas se les había arrebatado la libertad primero, y la vida después, siendo partícipes pasivos de la gran crueldad que en ocasiones nos brinda la humanidad. Nora percibió cómo una avalancha de lágrimas amenazaba con brotar al exterior como señal de este sentimiento, y el brazo de Darío, estrechándola con firmeza, fue el único bastón en el que pudo apoyarse.

De esta manera, abrazados, se hallaban sentados en el extremo de la furgoneta, con sus pies suspendidos y oscilando en el aire. Pudo observar cómo el ispettore Longo pasaba a escasos metros de ellos, conduciendo a un cabizbajo Carlo Mazzola. Éste tuvo la poca decencia de alzar su cabeza y mirarlos, constriñendo el gesto de su cara en una mueca de odio. Darío no vio la escena, o no quiso verla, y se limitó a suspirar y musitar:

—Ahora sí te puedo prometer que vamos a estar toda la vida juntos —

aseguró él, al tiempo que sonreía y ladeaba la cabeza como solo él sabía hacer.

—No te voy a soltar jamás —repuso ella—. Así que si tienes que ir a cualquier lugar, tendrás que llevarme contigo.

Él también quiso saber cómo había transcurrido su semana, como era lógico. Pese a que no le apetecía volver a pasar por todos esos momentos tormentosos, él merecía saberlo. Le abrió su corazón y le contó absolutamente todo, desde su huida para escapar de la policía, pasando por el secuestro de Carlo. Pudo apreciar cómo Darío fruncía el ceño y hacía fuerza con sus manos contra el metal de la furgoneta cuando le relató el apartado de la violación. También le narró su segundo secuestro, esta vez a manos de Alessandro De Luca, y la única secuencia que omitió fue el beso fugaz que la había unido al ispettore por una fracción de segundo. No creía que fuera necesario relatar ese lance, que ahora podía quedar definitivamente en el olvido.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Andrea apareció frente a ellos.

—¿Cómo estáis, chicos? Esto es lo que se llama un final feliz, ¿eh? —se dio cuenta de lo descortés de su comentario y se corrigió— Dentro de lo posible, claro.

—Sí, ispettore —atajó Darío—. No sabe cuánto le agradecemos lo que ha hecho por nosotros. Nos ha vuelto a unir —Nora sintió cómo apretaba su mano en un gesto de alivio —para siempre.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad —notó cómo el disgusto amenazaba con asomar al rostro de Andrea Longo, pero cambió su expresión—. Si hay algo más que pueda hacer por vosotros...

—Pues ahora que lo dice —interrumpió Darío—. Por curiosidad, me gustaría saber qué ha sido de Giulio.

—Eso le pregunté a tu padre —manifestó él—, y por lo visto los hombres de De Luca sentían tanto desprecio por Giulio como nosotros. Su cuerpo estaba tirado en una esquina, unos metros más adelante, en el pasadizo del que venimos.

—No puedo decir que me sienta mal por él —alegó finalmente Nora.

El ispettore sonrió y se fue, dejándolos en la placidez de su soledad. Se sentía fervientemente deseada por Andrea, y lamentaba no poder corresponder ese sentimiento al hombre que tanto había hecho por ella, a la persona que había trabajado para devolverle la felicidad. Tendría que conformarse con toda la gratitud que tanto ella, como Darío, podían brindarle.

## 21

Estaba sentado en el automóvil, en la parte trasera, observando el respaldo del asiento delantero. Sus ojos estaban postrados sobre el tejido grisáceo, sin intención alguna de moverse de ahí, al igual que su mente, la cual, tras una semana surrealista había llegado a un clímax del que necesitaba descansar.

El coche se puso en marcha, y dedicó los primeros minutos del trayecto a mirar sin ver el paisaje que velozmente quedaba atrás, en el olvido. Quizá eso es lo que debería hacer él, olvidar, o intentarlo al menos, ya que las experiencias vividas difícilmente podrían borrarse alguna vez de su recuerdo. Vio árboles, asfalto y un oscuro cielo que no tardaría mucho en aclararse, y pensó que debería mostrarse más agradecido al contemplar el exterior por primera vez en una semana, al ser libre de nuevo.

Darío Mazzola había sobrevivido.

Miró a su derecha y apreció la cara de Nora. Su amada, su vida. Volvía a tenerla consigo tras unos días de sufrimiento inhumano por ambas partes. Ella compartía su misma sensación, y miraba por la ventana de su costado, sumida en sus pensamientos. Debió percibir que la observaba, pues giró su cabeza y le sonrió. Se acercó, y los labios de ambos volvieron a contactar, dejando en el olvido todo problema habido y por haber. Cuando se separaron, Nora apoyó su cabeza en el hombro de él y se sumió en un pacificador letargo.

Pensó en su padre. Prefería llamarlo Carlo, ya que cualquier alusión a la consanguinidad entre ambos le inspiraba una profunda repulsión una vez sabida toda la historia.

Para Darío todo comenzó el día de su secuestro, que a su vez fue el día del asesinato de Marco. La noticia de que su padre estaba en el hospital resultó ser una farsa para atraerlo y, una vez en el coche de Carlo, lo dejaron inconsciente. Lo siguiente que vio fue una casa desconocida, y su padre dando vueltas por ella.

—Darío, hijo, ya estás despierto —exclamó con cálida voz.

—¿Dónde estamos? —preguntó él, desconcertado.

—En mi finca de Siena.

—Creía que la habías vendido hace años —se extrañó, con el mundo todavía dando vueltas alrededor de él.

—Bueno, hijo —se excusó—, hay unas cuantas cosas que no sabes.

—¿Me habéis dejado inconsciente?

—Sí, hijo —hizo una pausa—. Si me lo permites, voy a contarte una historia.

Dicha historia resultó ser una serie de horrores y abominaciones perpetradas por su progenitor, a cada cual más condenable que la anterior. No trató de disimular el desprecio que se iba formando en su interior en el transcurso del relato de Carlo.

—¿Me estás diciendo que todo este tiempo he tenido un hermano gemelo y no lo he sabido? —clamó con furia— ¿Qué lo abandonaste? ¿Qué ahora, veinticinco años después, lo has matado?

—Darío, ha sido por el bien de la familia, debes entenderlo. Había que elegir entre él o tú.

—¿Y por qué no tú, papá? —fue subiendo el tono de voz con cada palabra que pronunciaba— Claro que no, porque tú eres el miembro principal de la familia, ¿verdad? Siempre he pensado que eras un hombre demasiado recto y estricto, pero lo que eres es un desgraciado. Yo me voy de aquí, y me voy directo a una comisaría.

Giulio se plantó en su camino, impidiéndole avanzar con una perversa sonrisa en la cara.

—¡Largo! Déjame pasar —le espetó.

—Hijo, recapacita —trató de calmarlo Carlo.

—No me llames hijo —rugió Darío—. No quiero volver a saber nada de ti.

Sintió un impacto en la cabeza, y dado que Giulio estaba frente a él, tuvo que ser Carlo quien se lo propinó. Quedó inconsciente y, al despertar, estaba inmovilizado en una penumbrosa habitación. Con las manos atadas a la espalda, y tan solo unas difusas sombras como compañeras, perdió la noción del tiempo transcurrido hasta que una puerta se abrió. Escuchó el chasquido de un interruptor al ser accionado, y un par de lámparas dieron color al habitáculo que lo había hospedado durante un largo calvario.

Lo que Darío no sabía es que ese martirio no había hecho más que comenzar. La persona que estaba con él era, de nuevo, su padre. Traía un plato con comida, y venía acompañado de su inseparable mascota, Giulio, que tomó una silla y se acomodó en ella.

Ayudó a dar de comer a Darío, como si fuera un niño pequeño, ya que al tener las manos atadas le era imposible hacerlo por su cuenta. Estuvo tentado de rechazar la comida, pero la verdad era que su estómago rugía como pocas veces lo había hecho, de forma que aceptó los alimentos en silencio.

—¿Cómo estás? —preguntó Carlo.

—Genial —bufó con sarcasmo.

—Tienes que entender por qué he hecho esto. Cuando todo acabe podrás salir del país y comenzar de nuevo. Estarás fuera de peligro.

—¿Salir del país? —rugió— ¿Estás loco?

—Es la única salida —trató de convencerlo—. Alessandro no puede volver a verte, no sería sensato. Debes desaparecer de Italia.

—Se me ocurre otra solución —dijo Darío con frialdad—. Dile de mi parte que te pegue un tiro a ti, después a sí mismo, y entonces sí estaré fuera de peligro. Y seré feliz, por cierto.

Las duras palabras debieron calar hondo en Carlo, que lanzó el plato al suelo; éste se estrelló dividiéndose en miles de fragmentos. Su padre se giró y, sin mediar palabra, abandonó la estancia seguido de Giulio. Instantes después, la oscuridad volvió a apoderarse de la sala.

Volvió a pasar mucho tiempo, días presumiblemente, hasta que volvió a tener contacto humano aparte de las comidas que Giulio le daba sin mediar palabra. Solo sonreía. Por tercera y definitiva ocasión, apareció Carlo, esta vez seguido de varios hombres más, desconocidos para Darío. Nadie le dirigió la palabra, y ni siquiera entre ellos hubo conversación alguna, excepto algún comentario suelto en el que el nombre de Alessandro De Luca pareció escucharse. Su padre parecía abstraído, disgustado, y no cesaba de dar vueltas murmurando palabras ininteligibles. Sintió cómo un aguijón le perforaba el cuello, y su mundo se tornó, nuevamente, oscuro.

Al despertar la situación era totalmente opuesta. Su padre estaba relatando la sarta de inmundicias que habían acontecido, y el semblante del ispettore y el resto de policías mostraba la misma repelencia que la del propio Darío. El resto, como suele decirse, es historia, y finalmente esa historia se había resuelto del modo menos doloroso posible. Carlo Mazzola pasaría la mayor parte de la vida que le quedase en prisión.

Volvió a mirar a Nora. Se alegraba, al menos, de comprobar que su futuro juntos seguía intacto. Acarició su cabello, y acudió a su cabeza la historia que le había contado. La violación que había tenido que soportar, esa violación que Darío ignoraba hasta el momento y que no había podido impedir. Se prometió a sí mismo que no permitiría que le volviese a ocurrir nada parecido. Se alegraba del funesto final de Giulio, y no tenía reparo alguno en reconocerlo. Lamentaba, si acaso, no haber sido él quien acabara con su vida.

Exhaló un largo suspiro. Un suspiro del que emanaron todos sus sufrimientos e inquietudes; al fin había concluido el gran tormento. Una vez descargada toda la adrenalina, los párpados comenzaban a pesarle, implorando un descanso que se le hacía obligatorio con cada kilómetro que dejaba atrás.

Le era imposible apartar de su cabeza el relato de Carlo Mazzola, confesando sus peores crímenes, y solicitando a Andrea, aun con todo, que “le entendiese”. El ispettore no podía comprender semejante demencia, creía estar viviendo un delirio al escuchar esas palabras. Siempre había fantaseado con el momento en que, con la futura y desconocida —hasta el momento— señora Longo, concibiesen un futuro retoño. Esperaba ese momento como el más importante de su vida, y pensar en abandonar o dar en adopción a una criatura nacida de su cariño le hacía sentir náuseas. Además, la forma de Mazzola de hablar de la enfermedad de ese niño le hizo creer que carecía de corazón. Lo peor de todo era que Carlo lo veía normal, incluso dentro de toda lógica, y de ahí que fuese capaz de asesinar a una persona que él mismo había engendrado.

Según iban fluyendo las palabras de Mazzola, el ispettore fue creando un sentimiento de empatía con Eva, un sentimiento que creció más y más con el transcurso de la historia. Una mujer que, en un principio, cedió ante una mezquina propuesta de su marido y que, pasados los años, se vio atrapada en un matrimonio que más bien era una cárcel, y cuya única vía de escape, Darío, le había sido arrebatada también. Decidió que podría ser una buena idea llamarla y, de esa forma, contarle que el final había sido, dentro de las posibilidades, satisfactorio. Eva sabía, con toda seguridad, del cambio realizado la semana anterior, cuando Marco fue colocado en el piso de Florencia. De lo que no estaba tan seguro es de que supiera que Carlo tenía pensado repetir asesinato, esta vez con Darío.

—¿Sí? —su dulce voz sonaba temerosa a través del hilo telefónico.

—Eva, soy el ispettore capo Longo, de la Polizia di Stato.

—Sí, dígame.

—Hemos detenido a su marido, e imagino que ya sabe por qué —hizo una pausa para escuchar la reacción de la mujer, pero al ver que no la había, prosiguió—. Quien murió la semana pasada en Florencia no era Darío. Era... Marco.

—Entiendo —se limitó a decir.

—Carlo nos ha contado toda la historia, pero no estoy seguro de que usted la conozca.

—Ispettore, todo esto lo he pasado con mi marido, y aunque tengo que decirle que no estoy para nada de acuerdo con lo que ha hecho, también debo admitir que lo sabía todo desde el principio —admitió ella.

—¿También sabe, señora Mazzola, que hoy ha estado a punto de asesinar a Darío, pero esta vez el Darío de verdad?

—¿Cómo? —se sorprendió entonces— La idea era enviarlo fuera del país.

—Sí, ese era el plan, pero Alessandro fue más listo de lo esperado y le obligó a repetir la jugada —informó Andrea—. Suerte que hemos llegado a tiempo.

—No sé si debo creerle, ispettore.

—Haga lo que quiera, Eva, pero Darío estaba atado de pies y manos, e inconsciente, cuando nosotros hemos llegado a su finca de Siena. Ahora nos estamos dirigiendo a la comisaría para poner a su marido a disposición judicial. En cualquier caso, vamos a ver si ahora me cree —tendió el teléfono hacia el asiento trasero.

—Hola mamá —la trémula voz del chico se abrió paso, a medio camino hacia el llanto—. Soy yo, Darío. Sí, ahora estoy bien. Todo lo que te ha dicho el ispettore es verdad. No podía creérmelo. ¿Cómo podéis haberme ocultado esto durante tantos años? —una interferencia se abrió paso por el auricular, y la conexión en la línea cesó—. ¿Mamá? ¿Mamá? Se ha cortado.

Andrea supuso que un altibajo en la cobertura del teléfono habría sido la causante del corte en la comunicación. O quizá Eva había roto en llanto y no quería que Darío fuera testigo. En cualquier caso, la mayor parte del mensaje estaba entregado, por lo que el ispettore creyó innecesario volver a llamar.

La conversación materno—filial que acababa de escuchar le hizo pensar en sí mismo, y en sus propios padres. En cómo se habían distanciado con el tiempo a causa del egoísmo y el orgullo de unos y otros. Cómo la culpa viajaba de bando a bando, cuando una fortuita desgracia era la única causante de la desgracia familiar que habían vivido. Y, en lugar de apoyarse y confraternizar, ellos se habían limitado a destruirse mutuamente.

Los sentimientos afloraban y pugnaban por ganar una batalla que se creía perdida en el corazón de Andrea Longo. No lo pensó más y marcó el número de su madre. Volvió a escuchar la voz de su padre tras varios años de ausencia, y la experiencia resultó más gratificante de lo esperado. La conversación no duró más de lo necesario. No hubieron llantos de alegría, no hubo una emotiva e instantánea reconciliación. Como había dicho Bianca, su madre, en su anterior conversación, el nuevo camino de la familia Longo debería ser recorrido paso a paso.

Circulaban a una velocidad inusitadamente lenta, pues el ambiente que reinaba en el vehículo era de una tensa paz, una sensación totalmente agrídulce pese a la consecución de los objetivos. Longo estaba recostado en el asiento del conductor, manejando el volante con tan solo unos dedos, y su brazo izquierdo apoyado en el lateral del automóvil. Estaba pensando en tomarse unos días libres tras el agotamiento que sentía; a buen seguro que Gagliardi debería proporcionárselo. Era gracioso pensar en él, pues ahora se encontraban en una situación de orgullo correspondido: dos personas que querían tener la razón y que, en efecto, la habían tenido, cada uno a su manera. Raffaele tuvo razón en la poco ética estrategia de utilizar a Nora como cebo, pues de no haberlo hecho, muy probablemente no habrían llegado a esa situación. Y por su parte, Andrea había demostrado a su superior que era digno de un respeto ganado día a día durante ese caso. Había sabido manejar a sus hombres en todo momento, había sido respetado, y a excepción del incidente en la carretera de unos días atrás, había tenido éxito en todas sus operaciones. A partir de ese momento debería pensarlo dos veces antes de menospreciarle.

Volviendo a sus planes vacacionales, el ispettore pensó en pasar una semana sin hacer absolutamente nada. No quería tocar un coche en ese tiempo, pues sus hombros cargaban con muchos kilómetros en los últimos días. La cama de su apartamento, un buen libro y el aire libre impactando contra su cara en sus escapadas deportivas iban a ser sus mejores amigos en los días venideros.

Se avecinaba una buena época, o al menos esperaba una tregua, y como vaticinio del deseo de impedirse la, el teléfono sonó de nuevo. El rótulo 'oculto' puso un toque de inquietud hasta que Andrea deslizó el dedo por el teléfono para contestar.

—Longo.

—¿Andrea? —preguntó una conocida voz.

—¿Eres Elia? —preguntó, mientras se arrepentía de haber descolgado el teléfono.

—Todavía reconoces mi voz —dijo ella complacida.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás.

—De momento bien.

—Me alegró verte el otro día —quiso confraternizar Elia.

—No sé por qué.

—Porque todavía me acuerdo de ti muchas veces.

—Y ¿qué opina Diego de eso? —preguntó el ispettore, hurgando en la herida.

—No tiene por qué opinar nada.

—Bueno, dale recuerdos de mi parte —concluyó—. Y no te molestes en llamar más.

—Espera, Andrea —atajó ella con voz desesperada.

—¿Qué?

—A veces pienso que me equivoqué yéndome con él —confesó con apenas un hilo de voz—. Lo que teníamos era especial.

—Tienes razón, te equivocaste. Adiós.

Pese a que las palabras de Elia sonaban sinceras, ese tiempo ya pasó, y el rencor que Andrea guardaba tanto a ella como al que otrora fuera su amigo, Diego, suponía una barrera insuperable. No debía y no quería. Además, ese día era el de su triunfo, y no quería que nada ni nadie lo distrajese de lo esencial.

Sin siquiera darse cuenta, una sonrisa se había formado en su cara mientras sus pensamientos se desviaban hacia esas direcciones triviales. Había completado la mayor parte de su recorrido, y cuando alzó la mirada hasta el retrovisor interior del vehículo pudo comprobar que la pareja del momento había caído rendida en una profunda ensoñación. Tuvieron poco tiempo para disfrutar, pues en apenas diez minutos habían llegado a Florencia. Daba gusto volver a la cotidianidad de la ciudad. Terreno conocido, terreno tranquilo. Cada ciudadano miraba únicamente al suelo, o al frente, sin prestar atención a lo que acontecía a su alrededor. Eran pocas las personas que circulaban por las calles, pues el día apenas estaba comenzando; el sol no había salido todavía, y únicamente un pequeño fulgor de claridad trataba de esclarecer los sombríos recovecos de las calles florentinas.

Los oscuros adoquines traqueteaban bajo el peso de los neumáticos, y el ispettore Longo se cercioró, por enésima vez en el trayecto, de que tanto el coche patrulla como el furgón seguían sus pasos: esta vez no se había dejado sorprender, aunque teóricamente no había nadie ya que pudiera pretender un ataque. Giró a la izquierda en la Via San Gallo y tan solo restaban unos seiscientos metros para finiquitar la jornada. Un par de cabezas se giraron para mirar, pues también era normal captar la atención de algunos ciudadanos cuando un furgón y dos coches policiales circulan por las tranquilas calles de la urbe.

Aparcaron los tres automóviles en la zona habilitada para ello. Un grupo de cinco agentes esperaban para darles la bienvenida, impecablemente uniformados y prestos a colaborar en la reclusión de los detenidos.

—Darío... Nora... —trató de despertarles de forma delicada de su profunda somnolencia—. Hemos llegado.

—De acuerdo, ispettore —susurró él.

—Ahora os tendremos que tomar una declaración oficial en la comisaría —informó Andrea—. Será un momento nada más, y un coche patrulla os llevará a

casa.

—Gracias, Andrea —expresó Nora al tiempo que estiraba sus brazos y profería un bostezo.

Cuando bajaron del coche, una sorpresiva mano tocó a Andrea en el hombro. Se giró inquietado, cuando comprobó que la frágil figura de una joven aguardaba tímidamente ante él. Estaba llorando, y le costó reconocer a la joven asistente de los Mazzola. La belleza no se había esfumado, pero un halo de indefensión rodeaba a la chica.

—¿Valentina?

—Sí, ispettore.

—¿Qué haces aquí? No vas a poder ver a Carlo, ni a Darío, tenemos que hablar con todos.

—No vengo por ellos —admitió ella, bajando todavía más la cabeza.

—¿Entonces? —se extrañó el ispettore.

—Delio.

—¿Cómo? ¿Tú y...? —la joven alzó la mirada y asintió levemente, dando a entender la relación que existía entre ambos.

—Vaya compañías te has buscado, pequeña —ironizó Andrea—. Ven con nosotros, tendremos que tomarte declaración también a ti.

—¿Podré verlo? —se limitó a preguntar ella.

—Después, quizá.

Longo quería acompañar a Nora y Darío al interior de la comisaría, de forma que encargó al resto de los agentes que confinasen a los detenidos en sus respectivas celdas. Recorrieron varios pasillos y, finalmente, llegaron al despacho de un Gagliardi que aguardaba impaciente su llegada. Con una plétórica sonrisa en su cara recibió a Andrea, Darío y Nora. Especialmente efusivo estuvo con el chico, a quien poco faltó para que le abrazase. Sin duda, el ispettore superiore trataba de ganarse el favor de las víctimas del que era el caso más importante del año en Florencia. Se habían acabado los gritos, apremios innecesarios y los puros apagados en la mesa de Andrea; ahora todo se limitaba a falsas sonrisas y corrompidas palmaditas en la espalda.

—Tomad asiento, chicos —comenzó a decir Raffaele—. Longo, el suyo ha sido un gran trabajo, mis más sinceras felicitaciones. Ahora, si nos disculpa, me gustaría tomar declaración a los protagonistas de la historia.

—Cómo no —repuso Andrea, sorprendido a la vez que indignado.

Comenzó a dirigir sus pasos hacia la salida, pero antes de abrir la puerta, una decidida voz se hizo oír.

—Si no le importa, eh... ¿Gagliardi, se llama? Me gustaría que el ispettore Longo permaneciese en la declaración —expresó Nora—. Me parece justo que el

hombre que nos ha salvado la vida sea también quien firme el acta.

Esa chica era maravillosa. Con todo el sufrimiento por el que había pasado, tanto ella como Darío, y todavía guardaba fuerzas suficientes para imponer una sugerencia velada, que no era otra cosa que una condición para declarar.

—Cómo no, señorita Laguzzi —el tono de Raffaele se había recrudecido hasta transformarse en un enunciado glacial.

Andrea sonrió. Realmente poco le importaba llevarse el mérito por sus actuaciones, aunque obviamente consideraba que era merecedor de ello. Pero le complacía ver cómo la justicia encontraba la manera de abrirse hueco en algunas ocasiones, a través de los actores más inesperados, como en este caso era Nora, quien ahora sonreía pícaramente al ispettore.

Desafortunadamente para él, tuvo poco tiempo para paladear esa sensación, pues un acalorado agente Fornaro irrumpió en la estancia, con expresión de pánico y moviendo enérgicamente sus brazos.

—¡Ispettore! ¡Longo! —parecía fuera de sí.

—¿Qué formas son estas de entrar aquí, agente? —exclamó Gagliardi, más preocupado por la intromisión que por lo que tuviera que decir Fornaro.

—Tranquilo, Giancarlo —terció Andrea—. ¿Qué ha pasado?

—¡Tiene que venir enseguida! ¡Mazzola!

¿Mazzola? ¿Qué pasaba con Mazzola? Se levantó sin dilación de la silla que acababa de ocupar, que cayó al suelo por la inercia, y no perdió tiempo en despedirse. Sin cerrar la puerta tras de sí, trotó por los pasillos de una comisaría cuyos agentes eran invisibles para él. Llegó al recibidor principal, donde varios agentes interrumpían su acceso al exterior, expectantes ante lo que estuviera ocurriendo fuera.

—¡Apartad! —voceó el ispettore, al tiempo que se hacía hueco con sus brazos.

La escena era perniciosamente fúnebre. Un corro de ineptos agentes permanecía impasible ante la conclusión de un matrimonio que había durado poco menos de tres décadas. Carlo Mazzola yacía tendido en el suelo, perdiendo la vida a través del reguero de sangre que manaba de un agujero en su abdomen. Su mirada reflejaba el asombro que había sentido al ver cómo su mujer, Eva, había acabado con su vida de un balazo, y ahora estaba sentada a horcajadas sobre él, golpeando con impotencia un cuerpo que ya no sentía dolor alguno. Las palabras “te odio, te odio, te odio” eran emitidas con un volumen que iba en aumento, mientras un llanto desconsolado liberaba el dolor soportado durante largos años de angustia.

## 23

La sartén emitía un constante y estridente sonido al cocinar los alimentos que reposaban sobre ella. El aroma del salmón friéndose ascendía hasta las fosas nasales del ispettore, quien estaba comenzando a salivar a causa de ello. En el otro hornillo se estaban salteando varias verduras y algunas patatas, y con ello quedaría terminada la receta nocturna para la noche de celebración de Andrea. Nunca se había jactado de poseer una brillante habilidad culinaria, pero sabía defenderse lo suficiente como para poder disfrutar del placer que la comida podía proporcionar.

Distribuyó meticulosamente los alimentos en dos platos, cuidando que la pulcritud estuviera presente en todo momento. Con una pericia que él mismo ignoraba y en un alarde de suficiencia, cargó ambos en una sola mano y, con la otra, tomó una botella de Chardonnay que debería abrir especialmente para la ocasión. Alcanzó la mesa del comedor en el momento exacto en que uno de esos dos platos comenzaba a desequilibrarse, y suspiró aliviado cuando comprobó que, por poco, había salido exitoso del lance.

En un segundo plano podía escuchar cómo el noticiario televisivo continuaba hablando sobre él. Durante todo el día la noticia había copado las aperturas de los informativos, emitiendo programas especiales, tertulias, debates y amplios reportajes sobre los protagonistas. Fotografías y vídeos de Darío, Nora, Alessandro, Carlo y, sobre todo, Eva estaban en constante reproducción, y los presentadores, extasiados, desmenuzaban la vida de los citados protagonistas representando un papel que sabían que les tendría ocupados durante varias semanas. En ese preciso instante un supuesto experto criminólogo estaba explicando a la audiencia los entresijos de una trama que si ya era enrevesada de por sí, él procuraba enredar todavía más. Un gran grupo de periodistas había estado toda la tarde acosando a Nora y Darío en la puerta de la casa de éste, atestando el lugar de una forma que al ispettore le hizo recordar el día que todo comenzó, cuando los mirones y curiosos ocupaban esa misma Via Purgatorio en busca del motivo de la presencia policial. De esta forma, sonrió irónico Andrea, todo concluía de la misma manera que había comenzado.

La pareja, sin embargo, se encontraba en una situación totalmente diferente en varios aspectos. A partir de ahora deberían lidiar con la presión social de ser reconocidos por lo sucedido en su trágico episodio. Pasarían los meses y los años y, de cuando en cuando, seguirían siendo objeto de un intermitente

hostigamiento por parte de prensa y ciudadanos. Por otra parte, ambos, aunque en mayor medida Darío, deberían ordenar los sentimientos en su cabeza respecto a la pérdida de Carlo, pues en una semana había pasado de ser un padre disciplinado a convertirse un asesino sin ningún atisbo de escrúpulos. No sería tarea fácil, pero en cuanto consiguieran asimilarlo, probablemente hallarían la felicidad sin ningún tipo de obstáculo o impedimento como los que el propio Mazzola trataba de interponer entre ellos.

En última instancia quedaba Eva, la madre del chico, quien no pudo reprimir su arrebato de furia y se fabricó su propio camino hacia la prisión al perforar a su marido con una bala. Longo tenía sentimientos encontrados hacia esa mujer, pues por un lado reprobaba sus omisiones iniciales cuando Carlo dio en adopción al pequeño Marco, o en el momento del secuestro de una persona que ella misma había dado a luz. No dudaba que lo había permitido por el ansia de ver crecer a Darío, un Darío sano y feliz, pero no por ello era menos imperdonable. Mirándolo desde otro punto de vista, el ispettore sentía pena por ella. Era una mujer que se había dejado manipular en todo momento por un marido que antepuso su bienestar, riqueza y felicidad a la maravillosa experiencia de cuidar a una pareja de gemelos, simplemente por el hecho de que uno de ellos había tenido problemas al nacer. Finalmente, el sentimiento de culpa acumulado a lo largo de veinticinco años había hecho explotar a esa mujer, la cual, pese a todo lo hecho, había sufrido como nadie, llevándola a asesinar a Carlo Mazzola en un acto que, aun siendo totalmente inmoral, había otorgado un toque de justicia poética a la trama.

La televisión seguía narrando las experiencias vividas por los protagonistas, y ahora era el turno de Nora Laguzzi. Una *voz en off* estaba situando a los televidentes en la vida de una muchacha que provenía de una familia absolutamente normal, pero que contrastaba con la opulencia de los Mazzola. Habló de encontronazos previos entre ambas familias, pero también nombró los muchos años que la pareja llevaba a cuestas con una relación que había conseguido superar todas las adversidades, incluida la última, lo cual resultaba ser una absoluta proeza. Tanto era así que ese mismo día, Darío Mazzola había confesado al ispettore que, tras todo lo sucedido, había decidido pedir matrimonio a la que era la mujer de su vida.

En la pantalla se mostraban varias fotografías de esa preciosa mujer, que sonreía de una forma radiante. Imágenes, sin ninguna duda, previas a los sucesos experimentados en la pasada semana, ya que el ispettore no había conseguido ver esa sonrisa desde que conocía a la chica. Sonrió él también, de forma instintiva, al ver la felicidad reflejada en un rostro al que tanto afecto había tomado. Más que afecto, amor, se obligó a reconocer.

Era curioso, pues el día había concluido a pedir de boca. Los criminales estaban entre rejas, el chico se encontraba a salvo y la chica, feliz, en sus brazos. No podía dejar de alegrarse por Darío y Nora, pero no podía, tampoco, dejar de entristecerse por lo que pudo haber sido y no sería jamás. En el conflicto de intereses que se jugaba en su mente, esta vez, el egoísmo había ganado la batalla.

Ensimismado en estas reflexiones se encontraba cuando recordó que no estaba solo en la casa. Un reguero amarillento rebosaba de una de las copas de vino formando una amplia mancha en el, hasta entonces, impoluto mantel blanco.

—¿Qué tal si intentas olvidarla? —preguntó ella, mientras exhibía su más coqueta sonrisa.

—Será lo mejor, sí —coincidió él, y trató de acompañarla con una mirada cómplice.

La retratista Adriana Compassi lucía espléndida esa noche. Andrea había acertado cuando pensó, unos días atrás, que su vestimenta habitual para trabajar no le hacía ninguna justicia. En esa ocasión había tratado de potenciar al máximo su escultural físico, y los ceñidos pantalones vaqueros que vestía dibujaban unas curvas de impresión, preámbulo del explosivo aspecto que le daba una blusa azulada. Bajo la ambarina luz de la lámpara, unos largos pendientes brillaban al oscilar con el movimiento, y sus estilizados y oscuros tirabuzones combinaban a la perfección con su morena piel. Ella también sonreía, y quizá no se llamase Nora Laguzzi, pero Andrea resolvió que esa mujer le llenaba de alegría, y que solamente el destino debería decidir si esa cena se alargaba únicamente durante esa noche o, por el contrario, durante los siguientes cincuenta años.

Presionó el botón del televisor y la imagen se evaporó. Ya había tenido suficientes quebraderos de cabeza, a partir de ese momento sus únicos planes de futuro iban a ser degustar un buen vino, cenar un sabroso filete de salmón, y disfrutar de esa mujer que tanto interés había despertado en él.

# Notas

La deshonra de Mazzola nació unos años atrás como un proyecto modesto en el que tratar de plasmar una historia convincente para el propio escritor. El objetivo es que guste, y tras meses de escritura y meses de revisión, ahora ve la luz con la ilusión de que pueda llegar a más gente. Su misión principal era atrapar a algún lector cuando viajase por sus líneas, y eso parece haberse conseguido ya. Todo lo que pueda llegar a partir de ahora será un regalo añadido.

La escritura de esta novela ha sido una labor a tiempo parcial, al menos en el plano físico, pues se ha tenido que compaginar —como otros tantos cientos o miles de aspirantes a escritor— con un trabajo en la *vida real*. Esta es una situación compleja, pues con una trama por confeccionar, las ideas o la inspiración acuden a ti en los momentos más inesperados: en el trabajo —sin posibilidad de tomar notas—, en una noche de insomnio —obligándote a levantarte para apuntar cualquier nimiedad que se te ocurra— o cuando sales a correr y no llevas más que el móvil encima.

Durante el proceso ha habido momentos de bloqueo con semanas sin escribir, momentos de inspiración en los cuales las palabras fluyen como un manantial, y momentos de distancia en los que evaluar el trabajo desde fuera. Yo mismo he apreciado una evolución en la escritura que en sí misma ya es una meta lograda, y que me impulsa a seguir escribiendo, sea cual sea el recibimiento que se le acabe entregando a La deshonra de Mazzola.

Para finalizar, y como el *juntaletras* novel que soy, simplemente quiero agradecer el tiempo gastado a todo aquel que haya llegado hasta estas últimas palabras.

# Agradecimientos

Escribiendo esto a 9 de diciembre de 2016, y encontrándose *La deshonra de Mazzola* todavía en fase beta, quiero agradecer su apoyo y ayuda a las pocas personas que tienen conocimiento de su existencia. Mis *lectores cero*, como lo son mi padre y el Hall, mi correctora Nanda, mi suegra Mari Carmen o mi madre, que aportan un punto de vista diferente. Adrián, por hacer realidad la única imagen de la obra, y por supuesto al resto de familia (José, Óscar) o amigos que en algún momento han escuchado mis palabras sobre la novela.

Y por supuesto, a la mujer por la cual me levanto cada mañana y me acuesto cada noche, inspiración y ayuda permanente, imagen de la portada y voz del booktrailer. Para ti, *Culito*, para Áxel y para Tyrion ☺

# Referencias

Florenxia, su entorno, su historia:

<http://www.florenxia.es>

<https://curiositasufirenze.wordpress.com/>

<http://www.wikipedia.org>

Para saber acerca del que a la postre sería Andrea Longo, consulté varios foros policiales, intercambiando correos en uno de ellos con un usuario que me informó sobre las posibles opciones. Desafortunadamente, no guardo referencias de aquel foro ni usuario.

Lo siguiente no se trata de una referencia al uso, pero Google Maps ha sido un importante bastón en el que apoyarme, ayudándome a la hora de desmenuzar cada escena.

---

<sup>[1]</sup> La tapenade es una pasta de aceitunas machacadas con alcaparras, anchoas y aceite de oliva, típica de la Provenza. También puede llevar ajo, hierbas diversas, atún, vinagre balsámico, zumo de limón o brandy. Su nombre proviene de la palabra provenzal tapena (tápena o alcaparra). Puede hacerse con aceitunas negras o verdes.

<sup>[2]</sup> Pater familias es un término latino para designar al padre de la familia, bajo cuyo control estaban todos los bienes y todas las personas que pertenecían a la casa. Tenía poder para aceptar o rechazar un hijo recién nacido, o venderlo como esclavo. Era el dueño absoluto de la familia.

<sup>[3]</sup> En Italia, muchos recién casados rompen un vaso o copa de cristal en su casamiento. La tradición dice que la cantidad de piezas en que se rompa el cristal simbolizará el número de años que durará la felicidad del matrimonio.